

ALGO SE MUEVE BAJO EL HIELO.

**ALGO QUE SE REMONTA A LOS
ALBORES DE LA CIVILIZACIÓN.**

PROYECTO ARCADIA

GREIG BECK

LA FACTORÍA DE IDEAS

Lectulandia

Cuando en el transcurso de una terrible tormenta un avión se estrella en la Antártida, dejando expuesta una enorme cueva subglacial, un equipo de investigación y rescate es enviado al lugar. Veinticuatro horas después, todo contacto con ellos se pierde.

El capitán Alex Hunter y su equipo de soldados de élite son enviados allí para averiguar qué ha ocurrido. En el interior de esas cavernas encuentran una sustancia no identificada, pero no hay ni rastro de posibles supervivientes. Extraños y primitivos jeroglíficos cubren sus paredes: códigos secretos, la llave para desenterrar una antigua civilización.

Lectulandia

Greig Beck

Proyecto Arcadia

Alex Hunter - 01

ePub r1.0

Titivillus 14.10.15

Título original: *Beneath the Dark Ice*
Greig Beck, 2009
Traducción: María Otero González

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Barbara, que aún lo hace divertido.

En 1996, científicos rusos y británicos descubrieron un lago de agua cálida a unos cuatro mil metros bajo la placa de hielo antártica. El lago Vostok, que así es como lo llamaron, tiene el tamaño del lago Ontario, y los biólogos sospechan que puede contener formas de vida que no se han visto sobre la superficie de la Tierra desde hace millones de años. Se cree que existen cientos de esos cuerpos de agua ocultos por todo el mundo.

PRÓLOGO

Colonia de la isla Roanoke, 1587

Eleanor acunaba a su hija Virginia en brazos mientras sonreía a aquella carita sonrosada y durmiente. Era el primer bebé nacido en la isla y los colonos estaban encantados con su llegada, pues la consideraban un buen augurio para el nuevo asentamiento.

El sol de finales de primavera las envolvía en una confortable calidez mientras la madre primeriza le cantaba entre susurros una nana a su bebé.

John White, el padre de Eleanor y gobernador de la isla, estaba orgulloso de lo que había conseguido. Inglaterra vivía la edad de oro de su etapa colonizadora y ese prometía ser otro año en el que su país natal alcanzaría nuevas cotas en la expansión de sus vastos dominios. A principios de esa misma década, en 1583, *sir* Humphrey Gilbert había nombrado a Terranova primera colonia exterior de Inglaterra y ahora Roanoke iba a ser la primera colonia inglesa en el Nuevo Mundo.

El gobernador White quería asegurarse de que todo estuviera bien atado antes de su renuente regreso a Inglaterra para hacerse con más provisiones. La isla Roanoke era alargada y estrecha, y se encontraba situada entre el continente y los traicioneros Outer Banks, las orillas exteriores del océano Atlántico. Las aguas que bañaban la isla eran frías y de un poco atrayente color gris verdoso, pues las gélidas corrientes del Atlántico rodeaban los más de diecinueve kilómetros de costa. Sin embargo, y afortunadamente, ese terreno era un oasis de frondosas marismas, campos de hierba corta y tupida y bosques, de elevados robles, rebosantes de animales que cazar.

Los nativos de la isla eran por lo general gente amigable, si bien extraña, en ocasiones tímidos y en otras agresivos, que alertaban a gritos a los colonos para que no se adentraran por ciertos tramos del bosque. White pronto descubrió que, siempre y cuando permanecieran dentro de determinadas áreas muy concretas del territorio, no tendrían problemas. Una relación comercial esporádica, aunque precaria, fue estableciéndose entre ellos y, en términos generales, White estaba satisfecho, ya que la población indígena no suponía una amenaza para el grupo.

La preocupación principal del gobernador era que el lugar del asentamiento no fuera tan seguro como le hubiera gustado debido a las fuertes tormentas que azotaban el Atlántico. Su emplazamiento estaba demasiado cerca de la costa y, ahora que estaban empezando a nacer bebés, estaba resuelto a garantizar que ningún riesgo imprevisto pusiera en peligro a su nueva colonia, especialmente porque estaría ausente durante meses.

White había organizado una pequeña partida de hombres para que escudriñaran las áreas circundantes en busca de zonas guarecidas en las que pudieran refugiarse cuando las condiciones climáticas fueran severas. En menos de una semana, esos hombres lo informaron de que habían encontrado la entrada a una cueva y que, aunque un extraño olor emanaba de sus profundidades, parecía bien guarecida, seca y lo suficientemente grande como para dar cobijo a un centenar de colonos. White había ordenado que transportaran barriles de agua al interior de la gruta. Mientras revisaba las provisiones, pensaba en que creía haber hecho todo lo necesario para mantener a la colonia a salvo; se dispuso a subir a bordo de su barco para regresar a Inglaterra.

Eleanor caminó hasta la suave hierba situada junto al riachuelo de aguas cristalinas que había a las afueras del asentamiento. Iba a esa parte de la ribera a lavar la ropita de Virginia y la dejaba secar en las rocas planas que había junto al agua. Cuando vio por primera vez a la joven india, supo que se harían amigas.

Incara, que así era como Eleanor había descubierto que se llamaba, iba también a la ribera a realizar sus tareas diarias más a menos a la misma hora, así que no transcurrió mucho tiempo hasta que un saludo con la mano y una sonrisa se tornaran en una oportunidad de sentarse juntas y enseñarse a sus recién nacidos. Aunque no hablaban el mismo idioma, se las apañaban para comunicarse y conectar como madres jóvenes y primerizas que eran.

Eleanor se cerró bien el chal y alzó la vista al cielo; oscuras nubes avanzaban desde el oeste y la lluvia parecía inminente. Se puso en pie con Virginia en brazos y se despidió con la mano de Incara, que sonrió y trató de repetir tanto el gesto como las palabras. Aquel intento hizo reír a Eleanor. Tal vez le hiciera a Incara un vestido, dependiendo de con cuánta tela regresara su padre.

El viento crecía rápidamente en intensidad, así que Eleanor apretó el paso para regresar a la colonia. El horizonte estaba en esos momentos cargado de enormes nubes púrpuras que amenazaban con romper sobre la isla. En el preciso momento en que llegaba al claro junto al extremo de la colonia, el marido de Eleanor, Ananias, fue a su encuentro y le dio un rápido abrazo. Estaba casi sin aliento y su cabello rubio ya se le había pegado a la cara por las enormes gotas de lluvia que estaban empezando a caer. Le dijo a gritos, para hacerse oír por encima del ululante viento, que tenía que coger toda la comida y ropa que pudiera transportar, pues la colonia iba a refugiarse en las cuevas al sur de la isla.

El fiero viento ya estaba arrancando partes de los techos de paja y las tejas de madera de las cabañas, arrojándolos como cuchillos por todo el campamento. La lluvia, propulsada por las fuertes ráfagas de viento, agujoneaba sus rostros mientras

se dirigían al centro del asentamiento. Eleanor vio a Incara junto a los árboles. Parecía extremadamente inquieta y le indicó con gestos que se acercara. Ésta corrió junto a Eleanor e intentó tirar de ella mientras sacudía con vehemencia la cabeza y gesticulaba frenéticamente en dirección a las cuevas. No paraba de repetir una y otra vez una palabra que sonaba como «croatoan», con los ojos implorantes y fuera de sus órbitas. Agitó los brazos y se abrazó a sí misma con fuerza. Curiosamente, con aquel gesto no parecía querer dar la impresión de estar intentando entrar en calor, sino que transmitía una sensación de forcejeo o apabullo.

El padre de Eleanor había dicho que los nativos de la isla creían que todo era obra de los espíritus, buenos y malos, y el clima no era una excepción. Eleanor le dio un abrazo y se dirigió a la cueva junto con los últimos colonos que quedaban en el asentamiento.

Incara había repetido la palabra «croatoan» tantas veces que Eleanor supuso que se refería al nombre de las cuevas a las que se dirigían, así que por si acaso siguieran allí cuando su padre regresara, le pidió a Ananias que grabara la palabra en un árbol de gran tamaño situado en un extremo del asentamiento para que su padre o quienquiera que quisiera saber sobre su paradero sólo tuviera que preguntarles a los indígenas cómo llegar a las cuevas.

Incara corrió junto a su padre, Manteo, el jefe de la tribu Roanoke. Estaba sentado junto a sus hombres sagrados, alrededor de la hoguera que ardía en el centro de su choza, cuando ella se arrodilló junto a él y entre resuellos le dijo adónde se dirigían los colonos. Aunque a los Roanoke los colonos les eran, por lo general, indiferentes, conocían los peligros de las cavernas. Generaciones atrás, el suelo había temblado y la caverna se había abierto a la superficie. Incara había oído las leyendas de las hambrientas cavernas y habían pasado muchos años desde que algún joven cazador hubiera sido lo suficientemente estúpido como para aventurarse en ellas. Aquellos que lo habían hecho jamás habían regresado.

El tiempo era ya inclemente y los tabúes tribales impedían que los Roanoke se aventuraran al interior o se acercaran incluso a las proximidades de las cuevas. Sin embargo, Manteo conocía el vínculo que se había formado entre Incara y la piel blanca Eleanor, y la joven se sintió enormemente aliviada cuando su padre anunció que enviaría a sus más fuertes guerreros para intentar detener a los colonos. En contra de los deseos de su padre, Incara fue con ellos.

El pequeño grupo de nativos llegó a la cueva justo cuando los últimos colonos estaban entrando en ella y se disponían a sellar la entrada para protegerse de los elementos. Incara gritó los nombres de Eleanor y Ananias y estos se asomaron por la entrada. La imagen que Incara y los guerreros vieron fue una que permanecería con ellos para siempre: Eleanor bajo la lluvia, acunando a su hija. Mientras sonreía y se despedía con la mano de Incara, Ananias giró bruscamente la cabeza como si lo

hubieran llamado y corrió al interior de la cueva. Eleanor se volvió para mirar hacia atrás cuando unos gritos empezaron a resonar desde las profundidades y ella también se apresuró a adentrarse en la oscuridad.

Tan sólo transcurrieron unos minutos antes de que los lamentos y sollozos comenzaran. Los sonidos de puro miedo animal y angustia que reverberaban de la cueva hicieron que Incara se desplomara de rodillas en el suelo y comenzara a sollozar. Cogió puñados de tierra y hojas mojadas y se cubrió la cabeza y el rostro con angustia. Incluso a los valientes guerreros Roanoke se les mudó el rostro cuando los gritos procedentes de la caverna fueron apagándose uno a uno. Manteo contempló la cueva durante varios minutos, recordando viejas leyendas, consciente de lo que significarían para su gente. Se dio la vuelta. Estaba decidido: abandonarían la isla de inmediato.

John White no había tenido la intención de estar fuera tanto tiempo, pero ya antes de desembarcar supo que algo no marchaba bien. No había botes ni barcas pesqueras en el agua, ni humo de hogueras. En el campamento no había señales de vida, ni gente, tan sólo restos de chozas; el bosque ya había comenzado a reclamar su territorio desde el claro. La única pista era una palabra, «Croatoan», grabada en un árbol con letras mayúsculas e irregulares.

Tras semanas de búsqueda no encontró ni rastro de su hermosa hija o de su nieta, ni tampoco de los otros colonos. Los nativos también se habían marchado, y la única esperanza del afligido gobernador era que, donde quiera que se encontraran, Eleanor estuviera a salvo con ellos.

Antártida, en la actualidad

En los últimos segundos previos al impacto, John *Dólar* Banyon, probablemente uno de los empresarios hoteleros más ricos de Estados Unidos, soltó la columna de dirección en forma de «U». Se cruzó de brazos, tapando con estos las letras doradas bordadas a mano de su cazadora bomber que rezaban «Dollar». Había sabido que estaban todos muertos tan pronto como el reencendido del motor había fallado y el resto de sistemas auxiliares, que en un primer momento se habían vuelto locos, se habían ido apagando uno a uno. Ya no había tiempo para otro reencendido y saltar en paracaídas era una locura en tales condiciones climatológicas. Resopló mientras contemplaba el cristal blanco de la cabina de mando y susurró un último «a tomar por culo» cuando el altímetro le indicó que tenía el suelo casi en sus narices.

Banyon había invitado a su equipo ejecutivo y a sus esposas o novias a un vuelo en su avión privado, el *Perseo*, a modo de gratificación por su trabajo. Un vuelo de un día de duración en el que saldrían del sur de Australia y sobrevolarían la Antártida. Había realizado el vuelo él sólo varias veces y en esa ocasión confiaba en mostrar a sus jóvenes empleados que *Dólar* Banyon sabía hacer algo más que ganar dinero y trabajar dieciocho horas al día. La belleza de ese lugar era absolutamente exótica y singular. Que se quedaran con sus colonias de vida silvestre, podía ver un puto pingüino cuando le viniera en gana en cualquier zoo. Pero allí abajo había visto cosas que sólo un puñado de personas sobre la faz de la tierra habían contemplado: amaneceres verdosos donde el sol se cernía sobre el horizonte durante horas y una banda esmeralda refulgía entre el cielo y el hielo; irreales montañas de hielo flotantes provocadas por la quietud del aire, que creaba el espejismo de un pico glacial que parecía elevarse a cientos de metros del suelo.

Debería haberlo sabido; si te enamoras de la Antártida, ella será tu fin. *Dólar* Banyon se había olvidado de una cosa: era tan hermosa como impredecible. A pesar de que había consultado el servicio meteorológico antes de despegar, el continente glacial lo había sorprendido con unos monstruosos vientos catabáticos. Los ocultaba tras montañas y pronunciadas grietas, y cuando estabas lo suficientemente cerca, los revelaba en toda su ferocidad: paredes de kilómetro y medio de viento, nieve y furia que trepaban rápidamente sobre cualquier pronunciamiento del terreno.

La luz que otrora había sido tan clara y nítida que permitía ver en un radio de cientos de kilómetros en todas direcciones de repente se había tornado confusa, teñida de ráfagas de hielo y nieve. El resultado había sido una aterradora tormenta de nieve allí donde el cielo y la tierra eran uno y no había ya más horizonte. En cuestión de segundos, la temperatura había caído cuarenta grados y los vientos habían alcanzado

una velocidad proporcional. No existía ningún manual que dijera qué hacer cuando te quedabas atrapado en una tormenta; había que evitarlas sin más. Una vez dentro, el avión simplemente dejaba de existir.

Los diez pasajeros del avión de Banyon no estaban tan tranquilos como él; la cacofonía procedente de la cabina principal parecía sacada de una de las historias de Dante sobre los tormentos del infierno. Las copas y los cócteles se vertieron sobre los mullidos asientos de terciopelo cuando los pasajeros cayeron hacia atrás por culpa de la combinación de velocidad y un pronunciado descenso.

El avión blanco, de veintidós metros de largo, cayó en picado hacia el hielo antártico a más de ochocientos kilómetros por hora. Sus pequeños pero potentes motores turbofán habían dejado de funcionar en aquel aire gélido que fustigaba el cegador paisaje níveo. Mientras se precipitaba hacia las inhóspitas llanuras de hielo, el más sepulcral de los silencios reinaba, salvo por un estridente silbido que bien podría haberse confundido con un petrel blanco extraviado llamando a sus hermanos. El silbido también quedó engullido por el fuerte ululato de la terrible tormenta catabática que azotaba el armazón del aerodinámico pájaro de metal.

El impacto inicial, cuando se produjo, se asemejó más al sonido de una almohada gigantesca golpeando una cama por hacer que al ruido metálico explosivo de casi catorce mil kilos de metal impactando en una superficie dura. Una columna de hielo y nieve en forma de embudo se elevó treinta metros en el aire, seguida de un chorro secundario de piedras, escombros y un bum sordo, cuando el otrora aerodinámico Challenger se precipitó finalmente contra la roca. El avión penetró en la superficie gélida como una bala atraviesa el cristal, abriendo un agujero irregular y oscuro en una caverna situada a decenas de metros de profundidad. Los ecos del impacto reverberaron por los túneles durante kilómetros, rebotando en paredes y techos conforme la silente piedra asimilaba y a continuación conducía los terribles sonidos de la colisión.

El silencio regresó al fin a aquel mundo subterráneo, pero sólo durante un breve periodo de tiempo.

La criatura se elevó por encima del agua y tanteó el aire. Las vibraciones de las cavernas superiores trajeron consigo recuerdos que habían permanecido latentes durante generaciones mientras, presa de la confusión, se arrastraba fuera de su guarida. En su oscuro mundo hacía tiempo que había aprendido a ser silenciosa, pero los ruidos y las vibraciones de los techos de las cavernas la excitaron y se apresuró a acudir a las cuevas superiores, emitiendo un sonido similar al de un río de reverberante fango.

Tardaría horas en llegar al lugar del accidente, pero ya podía detectar el leve olor a metal fundido, a combustible y a algo más, algo que ninguno de los suyos había percibido en muchos milenios. Movida por el hambre, desplazó su enorme masa

mucosa con rapidez.

Stamford, Connecticut

Una franja de cálida luz bañaba a Aimee Weir mientras esta le daba un sorbo a su bebida y apartaba la vista de los últimos resultados de su proyecto para mirar fijamente a su compañero de trabajo. De cabello oscuro y dulces ojos azules, Aimee hacía honor a su ascendencia escocesa. Era la primera de una familia de tenderos y constructores de barcos en llegar a científica, y su brillantez en el campo de la síntesis de combustibles fósiles hacía de ella un activo muy codiciado por las empresas ávidas de recursos naturales de todo el mundo. Era una mujer alta, de veintinueve años de edad, con una fuerte determinación y la capacidad de hacer que sus ojos pasaran de dulces a lacerantes, una cualidad que hacía que sus amigos se refirieran a ellos como «los láseres Weir». Era capaz de mantenerle la mirada al facultativo o al miembro de la junta más temible y, a la hora de la verdad, por lo general siempre se salía con la suya. Se terminó el refresco y dirigió esa misma mirada a Tom.

—No va a servirte de nada, Aimee; no pienso ni mirarte. No necesito que me dejen ciego a estas horas de la mañana. —Tom se rió y siguió sirviéndose el café. Sabía que Aimee lo estaba taladrando con los ojos y se lo estaba tomando con tranquilidad, con la esperanza de que finalmente se le pasara el enfado por no dejarla acompañarlo al viaje de investigación. Removió el café con gesto teatral y prosiguió —: Además, sé que odias las alturas, y tendremos que bajar con una cuerda a una cueva helada en, o más bien debería decir debajo, del hielo antártico.

—¡Ja! Eso de bajar con una cuerda se llama descenso en rápel. Y lo de las alturas ocurrió hace mucho tiempo. No es una fobia, Tom.

Él le dio un sorbo al café, haciendo un ruido exagerado. Aimee dijo, articulando los labios, «Muy bien», a la espalda de Tom. Arrancó un pequeño trozo de papel de la impresora y lo arrugó hasta hacer una bola que se metió en la boca y que modeló un poco más con la lengua. Sacó la pajita de su bebida y se la llevó a la boca, apuntó y disparó el húmedo proyectil a la nuca de Tom; se le quedó pegado.

—Aghhh. Odio que hagas eso. —Se limpió el cuello con la mano y se dio la vuelta.

Aimee siguió sentada con una enorme sonrisa, la ceja izquierda arqueada y la pajita colgándole del labio inferior.

Conocía a Tom desde hacía diez años, cuando se había presentado en la universidad de Aimee en busca de talentos para su empresa. A pesar de tratarse de una larguirucha estudiante de diecinueve años, sus calificaciones y su innato talento científico en las áreas de descomposición biogénica y biología habían hecho que destacara por encima de unos ya de por sí impresionantes y numerosos compañeros.

Su potencial era como un imán para las empresas que buscaban el más valioso de los activos corporativos: la inteligencia. Cuando se conocieron, Tom la había hecho reír hasta saltársele las lágrimas y había humanizado la ciencia más que cualquier otro profesor rancio que hubiera tenido nunca. Para ella era como un hermano mayor, y todavía hoy podía hacerla reír como aquella cría universitaria, diez años atrás. Sin embargo, con el transcurso del tiempo, él se había convertido también en su tutor y mentor y en esos momentos Aimee Weir era una de las petrobiólogas más respetadas del mundo.

Tom Hendsen era el científico jefe de GBR, una pequeña empresa especializada en la investigación geológica y biológica de combustibles fósiles, su descubrimiento, uso, síntesis y, con suerte algún día, reemplazo. Tenía cuarenta años y era alto y delgado, de risa fácil. Aunque en GBR todos mantenían una relación laboral informal, él era el líder nato debido a su madurez y a su conocimiento enciclopédico de la petrobiología.

Aimee quería a Tom pero, como en toda relación fraternal, siempre había algunas riñas. No eran frecuentes, pero a veces se daban, como era el caso. Habían requerido con gran urgencia a Tom para que acompañara a una misión de rescate a la Antártida. Un jet privado se había estrellado en el hielo o, más bien, lo había atravesado. El siniestro había dejado al descubierto una enorme cueva y los primeros datos recibidos indicaban la presencia de un importante cuerpo líquido en mitad de la corteza; podía tratarse de petróleo y gas natural. Probablemente los datos resultaran errados o tal vez simplemente fuera un terreno de vertidos ilegales utilizado por las numerosas naciones que visitaban la región antártica para todo tipo de propósitos, desde la investigación a la extracción; naciones que contemplaban la Antártida con avidez por tratarse del último gran continente sin explorar, o más bien, sin saquear. Sin embargo, podría ser algo importante. La región antártica no siempre estuvo cubierta de hielo y nieve y unos ciento cincuenta millones de años atrás, cuando el Gondwana empezó a separarse, lo que en la actualidad es la Antártida se fusionó alrededor del Polo Sur. Se sabe que allí existieron algunas especies de dinosaurios y que la flora se caracterizaba fundamentalmente por plantas similares a helechos que crecían en marismas. Con el tiempo esas marismas se convirtieron en yacimientos de carbón en las montañas Transantárticas, que podrían haberse descompuesto en yacimientos de petróleo bajo ellas.

—Pero tú odias el frío, y no te gusta el trabajo de campo. Estoy más que cualificada para al menos echarle una mano allí abajo. —Aimee no soportaba el tono quejumbroso que tenía su propia voz. Sabía que Tom era la persona más adecuada para ir. Más que ella, en todo caso, pero llevaba dieciocho meses trabajando en su proyecto actual y mataría por cualquier distracción interesante, y aquello tenía toda la pinta de ser algo que le gustaría hacer.

—Aimee, alguien tiene que presentarse ante la junta el miércoles para enseñarles nuestros resultados sobre los modelos de viabilidad para la producción de

combustible sintético o no conseguiremos la financiación adicional —le respondió Tom en su tono más paciente—. Sabes que eres mejor que yo en eso de llevarlos al huerto. —Aimee sabía que Tom la estaba adulando deliberadamente y le regaló una falsa sonrisa de agradecimiento.

—Estaré de vuelta en una semana, probablemente con poco más que un resfriado que mostrarte —dijo sin levantar la vista de su equipaje—. Tomaré algunas lecturas electromagnéticas y trazaré los efectos de la alteración cerca de la superficie de cualquier migración de hidrocarburo, y luego podremos convertir los resultados en bonitas maquetas en 3D para nuestros amigos de la junta.

—Bueno, pues asegúrate de usar muchos colorines y descripciones y de no emplear jerga alguna o se quedarán igual que si les enseñaras fotos de la calceta que hace tu abuela —le respondió Aimee medio en broma, pues Tom era el mejor a la hora de hacer que temas complejos resultaran accesibles y fáciles de comprender hasta para el burócrata más negado—. Y tráeme algo de nieve.

—Te traeré un pingüino, o mejor dos, para que te hagas unas zapatillas de andar por casa —dijo Tom, y los dos rompieron a reír.

Los ojos de Aimee habían vuelto a su tono azul dulce. Como era habitual, Tom había conseguido desarmarla con un sentido del humor que casaba más con un patio de colegio que con un laboratorio. Conociéndolo, se pasaría todo el tiempo en la tienda de campaña, pegado al ordenador, y acabaría resfriado y aburrido al final del primer día.

La próxima vez, pensaba Aimee, sería su turno. Sin discusión.

Costa este de Australia

Alex Hunter salió de las cálidas aguas del mar tras su chapuzón matutino. Era su momento favorito del día, con los graznidos de las gaviotas que volaban en círculo sobre su cabeza y el chapoteo de las olas al golpearse con la arena dorada de la playa. La neblina del mar le acariciaba suavemente el rostro mientras sus ojos verdes grisáceos oteaban el horizonte. Los cerró un instante y cogió aire para absorber por completo los olores de su mundo.

Tras una hora nadando a pleno rendimiento, apenas sí resollaba. Con treinta y seis años de edad y poco más de metro ochenta, su cuerpo era enjuto, si bien sus brazos y torso estaban fuertemente musculados, lo propio de alguien que entrenaba duro y con frecuencia. Sin embargo, abundantes cicatrices atestiguaban que aquel cuerpo no había sido modelado a golpe de gimnasio, sino curtido en varias batallas. Alex sacudió la cabeza y a continuación se pasó la mano por el pelo, oscuro y corto. Su mandíbula cuadrada y sus mejillas angulosas le aseguraban la atención de las féminas; sin embargo, un estilo de vida complejo y peligroso implicaba que jamás tendría una relación estable. Alex había sido instruido y entrenado para vencer, para luchar y vencer, independientemente de cuáles fueran sus posibilidades, pero había cosas que estaban por encima incluso de sus capacidades. Jamás podría establecerse en ningún sitio, ni hablar de su trabajo, ni compartir sus éxitos y fracasos con nadie que no fueran sus compañeros militares. Y en esos momentos, tras su accidente, estaba más solo que nunca.

Cual estatua de bronce, Alex siguió inmóvil en la arena mientras sus manos se aferraban a una toalla de playa descolorida. Sus ojos se tornaron cristales inertes cuando su cabeza regresó a una vida que en esos momentos se le antojaba de otra persona. Angie no estaba. Ya iba a dejarlo antes de su última misión, pero le había prometido que lo esperaría y que estaría allí para hablar con él a su regreso; pero eso no había llegado a ocurrir. No creía que hubiera dejado de amarlo, pero se figuraba que no había podido soportar tantas preocupaciones. En el tiempo que habían estado juntos, se habían amado y habían reído como adolescentes, e incluso en esos momentos, pequeños detalles de ella seguían acechándolo: su mata de pelo castaño que siempre olía a manzanas verdes, la línea de transpiración en su labio superior después de hacer el amor, sus enormes ojos marrones. Ella le decía que podía hacer que se sonrojara con sólo hablarle. Se iban a casar y ahora ni siquiera podía llamarla, había dejado de existir. Había llegado a sus oídos que había ido a ver a un abogado de Boston. Estaría bien.

A su madre le habían dicho que había muerto, sólo Dios sabía cuándo estaría

autorizado a contarle la verdad. Desde que a su padre se lo llevara un infarto diez años atrás, ella había dejado de trabajar, adaptándose a un ritmo más saludable: había cambiado un trabajo en publicidad por flores, huertos y partidas de *bridge* dos noches por semana. Aún podía verla en el porche delantero de su casa, con la primavera tocando a su fin, junto a su malcriada alsaciana, Jess, dormida a sus pies y agitando las patas mientras soñaba que unos gatos siameses con sobrepeso se cruzaban en su camino. Hasta que no hubiera aprendido a controlar y ocultar sus nuevas habilidades, no era seguro que nadie supiera que seguía con vida.

La vida para Alex había sido un extraño tira y afloja; uno en el que había ganado, pero también perdido. La gruesa toalla que Alex estaba sosteniendo se rasgó por la mitad. No había sido consciente de que la presión había estado creciendo en su interior.

Su rehabilitación, si es que podía llamarse así, había concluido. Dos años atrás, en una misión de rescate clandestina al norte de Chechenia, Alex Hunter había caído en una emboscada y había recibido un tiro en la cabeza, un disparo que tendría que haberlo matado. Había permanecido en coma profundo durante dos semanas y, cuando había salido del hospital un mes después, era diferente, había cambiado. La bala había quedado alojada en el cerebelo, en la unión entre el hipotálamo y el tálamo, un lugar que hacía que su extracción pudiera resultar más una carnicería que una cirugía. Sin embargo, en vez de provocarle un daño irreparable como debería haber ocurrido, había desatado una tormenta de cambios tanto físicos como mentales que había dejado a los médicos atónitos.

Alex recordó cómo habían intentado explicarle lo que le había ocurrido, así como sus hipótesis cuando algunas de sus habilidades habían comenzado a salir a la luz. Incluso entre los especialistas congregados en su habitación, había surgido la discusión de cómo funcionaba el mesencéfalo. Algunos sostenían que los seres humanos utilizaban menos de la mitad de las funciones totales del cerebro, mientras que la otra parte significativa quedaba al margen para que la evolución hiciera uso de ella cuando los factores medioambientales o cronológicos dictaminaran que estaba preparada. Otros se mantenían firmes en su teoría de que las partes sin utilizar eran un remanente evolutivo sin mayor utilidad que la del apéndice o las amígdalas.

Lo que la bala había hecho era forzar un «reencaminamiento» de la sangre en su mesencéfalo, el área que era en gran parte responsable de catalogar, trazar y seleccionar la información. A Alex también le habían dicho que ese era el centro de las funciones endocrinas, donde el control del dolor, la adrenalina y los esteroides naturales eran monitorizados y distribuidos. Lo que más había sorprendido a Alex era que el mesencéfalo era la parte del cerebro humano que contenía las mayores áreas con clasificación de «uso desconocido». El flujo extra de sangre en esas áreas había desencadenado una enorme actividad eléctrica, como si una nueva sala de máquinas hubiera sido puesta en marcha, despertando en él capacidades largo tiempo inactivas.

La agilidad, velocidad, fuerza y agudeza mental de Alex se habían incrementado

hasta salirse de los parámetros normales, y en actividades de alta intensidad el mundo a su alrededor parecía ralentizarse, como si él se saliera de la realidad. Los médicos habían quedado impresionados ante el hecho de que pudiera completar pruebas de fuerza o agilidad a una velocidad que en ocasiones sólo podía ser analizada con un equipo de cámara superlenta. No todo eran buenas noticias, sin embargo. Alex sufría brotes de ira que en ocasiones apenas si eran controlables. Durante esos brotes, su fuerza y velocidad se veían incrementadas. Hasta la fecha había conseguido canalizar esa agresividad con ejercicio, pero que Dios ayudara a aquellos que estuvieran a su alrededor si llegara a perder el control.

Tras los primeros brotes, y tras asimilar que parecían ser parte del bagaje que venía con su mejora física, se alegraba de que Angie ya no estuviera en su vida. Si en algún momento le hubiera hecho daño, incluso durmiendo, tal vez se hubiera visto impelido a dirigir esa mortífera ira hacia sí mismo.

Los superiores de Alex se habían apresurado a concluir las pruebas en el hospital y le habían permitido que siguiera con su recuperación en una casa, propiedad del ejército de Estados Unidos, en la costa este de Australia. La cúpula estaba deseosa de asegurarse de que la rehabilitación psicológica de Alex se completara tan pronto como fuera posible. Ninguna droga psicopresora había funcionado con Alex; su cuerpo combatía cualquier sustancia química con más estimulantes naturales propios; esa batalla sólo podía acabar de dos maneras: o que a Alex le estallara el corazón o con una embolia masiva en su mesencéfalo. Los psicólogos militares habían conseguido proporcionarle ciertas técnicas sensoriales a su medida, que le permitían controlar sus ataques de ira y mantenerlo lejos de las sustancias químicas de momento. Alex sonrió para sí mismo. Estaba empleando una de esas técnicas en ese momento: la sal, el mar y la arena siempre lo ayudaban a relajarse. Sólo tenía que mencionárselo a los médicos y ahí estaba. Su única tarea era cargarse de experiencias sensoriales y revivirlas en su cerebro para inyectar una ola de calma y tranquilidad en su conciencia. Sin embargo, también tenía una salvaguardia secreta, un olor, una fragancia, una que le calmaba inmediatamente incluso en el más letal de sus ataques de ira; simplemente recordaba el olor de las manzanas verdes recién cogidas.

Y funcionaba. El ejército se había hecho con su primer supersoldado por accidente y, siempre y cuando estuviera disponible para más pruebas, le permitirían permanecer en activo. Pero Alex Hunter era ahora un león enjaulado que entrenaba hasta seis horas al día sin fatigarse. Necesitaba algo más que ejercicio o entrenamiento. Se consideraba apto para estar en activo y aguardaba ansioso la llamada prometida de su superior y mentor, el comandante Jack Hammerson. Mientras tomaba aire a pleno pulmón por última vez, sonrió.

—Se acabaron las vacaciones —murmuró para sus adentros.

El rostro del comandante Jack Hammerson mostraba todos sus años de servicio

activo cual valla publicitaria. Profundas arrugas surcaban su frente y mejillas y, allí donde las condiciones climáticas no habían cincelado sus rasgos, las cicatrices de los combates se habían encargado de ello. Ya en la cincuentena, seguía siendo un hombre de hierro que continuaba realizando el entrenamiento diario que le había enseñado cómo incapacitar al enemigo en menos de siete segundos, una destreza a la que había tenido que recurrir en multitud de ocasiones durante sus años de servicio. Gran aficionado a la historia militar de Grecia, Hammerson había rechazado varios ascensos para poder mantener un papel activo junto a su estimada unidad de servicios especiales y cerciorarse de que sus hombres fueran los soldados mejor adiestrados y más letales de la faz de la tierra. Él se aseguraba de que siempre regresaran a casa de la batalla como los espartanos: con sus escudos o sobre ellos.

Hammerson se sentó con el puño derecho cerrado dentro de la mano izquierda y miró la información que tenía encima del escritorio. Al SOCOM, el mando de operaciones especiales de los Estados Unidos, le había sido encomendada una misión de rescate encubierta en la Antártida. Todos habían desaparecido. Personal científico y un equipo de apoyo de boinas verdes se habían caído de las coordenadas. Ni contacto por radio, ni imágenes por satélite, ni nada en los satélites de imágenes térmicas. Ni rastro de ellos. Hammerson se agachó y cogió una de las fotografías que el equipo había enviado antes de que se hubiera esfumado de la faz de la tierra. Entrecerró los ojos como si estuviera intentando adentrarse en el hielo para que aquellas imágenes cobraran sentido. Sabía que el general Malcolm del SOCOM y los tipos a los que habían enviado como apoyo a la misión no eran unos ineptos. Con su gruesa ropa de combate, sus cuerpos habrían tardado varias horas en enfriarse, incluso con temperaturas así. El satélite de imágenes térmicas tendría que haber captado algo.

Ahora era su turno. Por motivos políticos, el mando no podía enviar a una fuerza mayor, pero aun así seguían queriendo más potencia militar. No se desplegaría un tercer equipo; eso sería todo. Necesitaban la máxima capacidad ofensiva y defensiva. Jack Hammerson soltó la fotografía; ya sabía a quién enviar.

El comandante conocía a Alex Hunter de sus primeros días en el pelotón y desde entonces le había parecido un miembro talentoso y entusiasta, si bien dentro de la media (si es que alguien perteneciente a una unidad especializada como esa podía considerarse dentro de la media). Sin embargo, en los dieciocho meses que habían transcurrido desde el accidente, había cambiado mucho. Ahora nadie podía siquiera acercársele en los ejercicios estratégicos y tácticos, y en una instrucción en combate cuerpo a cuerpo había levantado a un hombre de más de cien kilos de peso por encima de su cabeza y lo había arrojado a cuatro metros y medio de distancia como si de un muñeco se tratara. Los médicos de Alex creían que se trataba de un beneficioso efecto secundario derivado del hecho de que la bala estuviera alojada tan cerca de las salas de máquinas endocrinas; Hammerson lo veía como un don para perfeccionar todo su potencial.

El comandante asumió el mando personal de Alex y le proporcionó el entrenamiento extra que necesitaba para convertirlo en la primera superarma de los servicios especiales: nombre en clave «Arcadia». Al igual que Zeus, nacido en Arcadia y que acabó con los Titanes, el nuevo Alex había sido creado por la guerra. Sería más rápido, duro y con una letalidad máxima.

Alex estaba listo para volver de nuevo al servicio y la situación actual en la Antártida era exactamente el tipo de circunstancia que se beneficiaría de un recurso especial. Jack Hammerson cogió el teléfono; había llegado la hora de que Arcadia entrara en el terreno de juego.

El miércoles por la mañana, Aimee comprobó una última vez la presentación para asegurarse de tener preparada y destacada toda la información relevante, con la que lograría persuadir hasta al inversor más duro de pelar. Había impreso y encuadernado los documentos de una manera muy profesional y le parecía que tenían bastante buena pinta. Lo que más deseaba en esos momentos era salir de aquella sala de juntas en dos horas (o menos, con suerte) y tener buenas noticias para cuando Tom regresara el fin de semana.

Aimee confiaba en que los progresos de su proyecto proporcionaran a la junta la confianza suficiente en ellos como para seguir financiándose. Tomó aire y se estiró la parte delantera de su único traje, de color azul. Llamó a la puerta con los nudillos y pasó sin esperar a ser invitada a entrar.

En vez de a los siete miembros de la junta que esperaba, solamente reconoció al presidente, Alfred Beadman, que la saludó afectuosamente junto a la puerta. Sentadas a la mesa había cuatro personas a las que nunca antes había visto. Las observó rápidamente: dos con pinta de estudiante y deportista, respectivamente, un ratón de biblioteca de mediana edad y un militar. Volvió a mirar a Alfred, una figura paternal para ella y alguien en quien sabía que siempre podía confiar. Éste la condujo a una silla sin soltarla de la mano y le pidió que se sentara.

Lo primero que pensó era que les iban a cerrar el grifo y que le había fallado a Tom por no haber conseguido la financiación y, peor incluso, por haber provocado que los echaran de GBR. Aimee cerró los ojos y se imaginó a Tom regresando el fin de semana y diciéndole con tono infantil: «Tengo una sorpresa para ti» con una caja tras la espalda y a Aimee respondiéndole con un «Yo también tengo otra para ti».

Tras unos breves instantes, Alfred le habló con delicadeza:

—Aimee, hemos perdido contacto con Tom... Con todos ellos.

Fue como si todo el aire hubiera sido succionado de la habitación; nadie se movió o habló, ni siquiera respiró. Todos siguieron sentados, mirándolos.

—¿A qué te refieres con que habéis perdido contacto con ellos?

Aimee se levantó de la silla, irradiando una mezcla de incredulidad e ira.

—Puede que no sea nada grave, pero eso es exactamente lo que ha ocurrido, Aimee. Pensé que sería mejor decírtelo directamente para que así podamos ahora determinar las medidas que debemos tomar. Por favor, siéntate, querida, para que podamos empezar. —Consciente de lo volátil que la joven científica podía llegar a ser, Alfred estaba hablándole con toda la calma y sinceridad de la que era capaz. Observó cómo esta volvía a tomar asiento y a continuación se volvió a su izquierda y le presentó al hombre de aspecto temible que no podría tener más pinta de militar ni aunque hubiera llevado un uniforme hecho con la bandera de los Estados Unidos.

—Aimee Weir, este es el comandante Jack Hammerson. Comandante, le gustaría, esto...

Hammerson se cruzó con los ojos láseres de Aimee y le sostuvo la mirada. En esa ocasión fue ella quien bajó la vista. El comandante aguardó unos segundos más y empezó a hablar.

—Iré directo al grano. El martes a las 08:00, hora estándar del este, recibimos la última comunicación de nuestro equipo de inserción inicial. El equipo de Hendsen tenía que informar cada tres horas debido a la naturaleza potencialmente peligrosa de la misión y al entorno hostil. —Hammerson se volvió hacia Alfred y asintió con la cabeza. El presidente pulsó un botón en la mesa y un panel situado en la pared más alejada se elevó. Conforme la sala iba oscureciéndose, una superficie blanca y vacía fue desvelándose. Al instante, las imágenes comenzaron a parpadear en la pantalla. El comandante prosiguió—: Cada tres horas desde que tuviera lugar el aterrizaje, a las 10:00 horas del lunes, y hasta las 08:00 horas del martes, hemos recibido paquetes de imágenes y datos de voz encriptados. Ante ustedes, en la pantalla, están algunas de estas imágenes. No es necesario que les recuerde que todo lo que están viendo es información altamente clasificada. Sin embargo, hasta que se hayan incrementado sus niveles de seguridad, todos ustedes tendrán que firmar un acuerdo de confidencialidad antes de abandonar esta sala.

Aimee se sentía indispuesta e inquieta al mismo tiempo; el nudo que tenía en el estómago se estaba abriendo paso hasta su caja torácica. Se llevó la mano al pecho para intentar apaciguar los latidos de su corazón. Tom estaba perdido en un enorme continente en el fin del mundo, donde las temperaturas podían caer por debajo de los cuarenta grados bajo cero y en el que cualquier intento de rescate sería valorado en días y no en horas, y todo lo que a este General Patton, le preocupaba eran sus autorizaciones de seguridad. Sabía que Tom no era James *Grizzly* Adams y que para él el trabajo de campo se reducía a cruzar la calle desde la oficina para traer unos donuts. La mera idea de pensar en su hermano mayor honorífico atrapado, o algo peor, en aquel infierno gélido, le provocaba náuseas. Reaccionó de la única manera que sabía.

—¿Niveles de seguridad? Escuche, comandante, me importan una mierda los protocolos, los niveles de seguridad y todo su puto ejército en estos momentos. Sólo quiero saber qué le ha pasado a Tom y qué piensa hacer para traerlo de vuelta. —Aimee se cruzó de brazos y miró al comandante Hammerson con la esperanza de que este no se percatara de que le temblaban las manos. Alfred puso los ojos en blanco y, como si estuviera dirigiendo una orquesta, le indicó con gestos que se tranquilizara.

El comandante miró con frialdad a Aimee durante unos veinte segundos antes de responder:

—Doctora Weir, trabajo para el gobierno, eso no es ningún secreto. También trabajo para la maquinaria militar de Estados Unidos, eso tampoco es un secreto. Pero tenemos más en común de lo que piensa. —Hammerson calló y taladró a Aimee con

su mirada fija—. Verá, doctora Weir, somos los dueños de GBR. Financiamos su investigación. Si nos gusta lo que vemos, les concedemos las subvenciones. Les damos lo que necesitan. Hasta pagamos las galletas de chocolate que tienen en ese tarro azul de su oficina.

Hammerson alzó la voz.

—Somos los dueños de GBR, de usted, y de más de cincuenta compañías similares a la suya en todo el país, y en otros también. Le guste o no, doctora Weir, usted también trabaja para el puto ejército. Y si usted ha perdido contacto con el doctor Hendsen, yo he perdido contacto con casi una treintena de hombres y mujeres buenos, algunos con familia, maldita sea.

Aimee abrió y cerró la boca. Su ira se estaba tornando en miedo y confusión. Quería responderle, pero no sabía cómo.

—Las reservas mundiales conocidas de gas y petróleo se estiman en cerca de ciento cuarenta y dos mil millones de toneladas y, al ritmo de su utilización actual, sólo durarán otros cincuenta años. Pero con la sed de petróleo de China y la India creciendo de manera exponencial, dispondremos de reservas para únicamente veinticinco años más. —Hammerson continuó—: La cuestión es que su petición de financiación adicional era de prever. Somos criaturas ávidas, ansiosas, doctora Weir, e incluso si usted hubiera entrado por esta puerta con la ropa del revés pidiéndonos usar el transbordador espacial de la NASA para su próximo estudio electromagnético, probablemente se lo habríamos financiado.

Aimee percibió que el comandante estaba aflojando la presión sobre ella cuando su mirada penetrante se relajó y su voz perdió aquella dureza.

—Necesitamos su ayuda, doctora Weir, para averiguar qué le ha ocurrido al doctor Hendsen y a los otros científicos y miembros del equipo médico civil que desaparecieron allí abajo con él.

Aimee se desplomó sobre la silla. Como no confiaba en poder articular palabra, se limitó a asentir. Hammerson deslizó por la mesa los documentos con los acuerdos de confidencialidad y a continuación prosiguió con la reunión informativa.

—La primera imagen que están viendo es el lugar de la colisión. El avión que se estrelló era un Challenger con motor turbofán de veintiún metros de largo. El carné de mantenimiento muestra que estaba en perfecto estado y que sólo tenía unos meses de uso. El señor John Banyon, propietario y piloto del mismo, estaba acompañado de su equipo ejecutivo y su objetivo era sobrevolar la Antártida. Por motivos aún sin determinar, el avión cayó y se estrelló contra el suelo a las 19:07 horas del sábado, hora estándar del este. —La imagen que mostraba la pantalla era la toma aérea de un agujero gigante en el hielo blanco. Ni restos de fuselaje ni combustible del motor, tan sólo una oscuridad oscura en contraste con el cegador blanco del hielo.

»A juzgar por el punto de entrada, pueden ver que no se trata de un cráter resultante de la colisión; lo que parece haber ocurrido es que el impacto ha hundido el hielo y la piedra y ha abierto el acceso a una caverna subterránea. Siguiendo

diapositiva, por favor, señor Beadman. —Hammerson siguió hablando—: Esta imagen nos permite ver el avión siniestrado y la primera aproximación a la caverna por parte del equipo de Hendsen. —La foto mostraba en esa ocasión a un equipo considerable de hombres y mujeres en el interior de la entrada a un sistema de cuevas que parecía enorme. Valiéndose de esas personas como escala se podía deducir que el agujero era gigantesco, tenía que haber más de treinta metros desde donde se hallaban hasta el techo de la caverna. Varios miembros del equipo de rescate estaban trabajando entre los restos de un avión completamente destrozado y cogiendo trozos de ropa hecha jirones y sin propietario. Al fondo, Aimee vio a Tom, con su parka naranja favorita, examinando algo con detenimiento, como era habitual en él. Las lágrimas se le agolparon en los ojos y se enfadó, con Tom y consigo misma. Con Tom por haberse dejado enredar en aquel misterio (quería agarrarlo por el cuello de esa estúpida parka y arrastrarlo de vuelta a casa como si de un crío que ha vuelto tarde del parque se tratara). Pero estaba más enfadada consigo misma, si es que eso era posible, por haberle dejado ir solo: tenía que haber insistido más en acompañarlo. Cerró la mano en un puño y se golpeó el muslo por debajo de la mesa.

El comandante Hammerson retomó la narración.

—Los escombros y restos están concentrados en un mismo punto, salvo una ligera desviación elíptica en dirección este, lo que nos indica que el avión se estrelló en un ángulo aproximado de ochenta y cinco grados y a más de ochocientos kilómetros por hora. Eso explica que los fragmentos sean tan pequeños. No se esperaba que hubiera supervivientes, pero sí cuerpos, partes de cuerpos, al menos salpicaduras de sangre importantes.

La siguiente diapositiva apareció, mostrando a parte del equipo de rescate adentrándose por un extremo oscuro de la cueva. Hammerson prosiguió.

—No se encontró nada salvo unos extraños residuos semilíquidos. Ahí es donde entran usted y el doctor Silex, doctora Weir.

Al oír el nombre, Aimee regresó del hielo antártico a la sala de juntas.

—¿Disculpe? ¿El doctor Silex? —preguntó.

Alfred habló de nuevo con su cálida y autoritaria voz.

—Lo siento, Aimee, teníamos tanta prisa por ponerte al día que no hemos hecho las presentaciones. Deja que empiece por alguien a quien ya conoces. Empezando por mi izquierda, este es el comandante Jack Hammerson, que estará a cargo de los equipos de apoyo, seguridad, médico y logístico. —Alfred se volvió hacia Jack Hammerson y le preguntó—: Comandante, no he llegado a preguntarle por sus áreas de especialización, ¿verdad?

Hammerson hizo caso omiso del presidente de la junta, se volvió hacia Aimee y sonrió.

—Soy experto en mantener a la gente con vida. Mis amigos me llaman Jack. —Hammerson sonrió y extendió la mano desde el otro lado de la mesa—. Es un placer conocerla y espero poder llegar a trabajar con usted, doctora Weir.

Al principio Aimee había estado resuelta a que no le gustara, pero pronto se vio desarmada por su naturaleza fuerte y su trato fácil. Le gustaba, pero de la manera en que te gusta un perro enorme que siempre es amigable contigo pero que amenazaría con arrancarle el cuello a cualquiera que te mirara de soslayo.

—Es un placer conocerlo, Jack y, por favor, llámeme Aimee. —Tras eso, la científica se volvió para mirar al siguiente hombre de la fila, justo a tiempo para pillarle observándole los pechos.

El doctor Adrian Silex se pasó la lengua por sus ya de por sí húmedos labios y tragó saliva.

—¿Cómo está? Soy el doctor Adrian Silex. Siento que no haya oído hablar de mí, doctora Weir. Tom Hendsen y yo nos conocemos de hace tiempo.

Adrian Silex era un hombre alto y delgado de unos cuarenta años. Su rasgo más particular era una cabeza alargada con un círculo de pelo fino que le tapaba las orejas. La mayor parte de su cabeza era calva. Tenía una manera desagradable de mover su cráneo ovoide de un lado a otro que le asemejaba a un pájaro grande. *Sí, a un buitre*, pensó Aimee.

Entonces lo recordó; Tom le había mencionado en alguna ocasión al doctor «Sinex», un colega al que había rebautizado con la marca de un espray nasal descongestivo porque siempre andaba tocándole las narices. Tom y «Sinex» a menudo competían para que sus artículos aparecieran en las publicaciones de la comunidad científica geológica o petrobiológica. El problema que tenía Tom con Silex era que se trataba de un mal perdedor. Si Tom publicaba un artículo nuevo, su competidor, en vez de publicar su propio trabajo, dedicaba todas sus energías a desacreditar la investigación de Tom. Sin embargo, rara vez encontraba tacha en los procedimientos o resultados de este, pero aun así se las había apañado todos esos años para poner trabas a la aceptación de los artículos de Tom, y por ende, a su prestigio.

—Estoy al frente de PBRI, empresa que se dedica a la investigación petrobiológica. Estoy, quiero decir, estamos, desarrollando un avanzado dispositivo de escaneo geológico electromagnético en el que el ejército está muy interesado. Estoy deseando trabajármela, digo, trabajar con usted en esto.

Aimee apartó la mirada del doctor Silex y bajó la vista a los folios que tenía ante sí. Suspiró disimuladamente y contuvo un leve escalofrío de repulsión.

Alfred intervino con diplomacia.

—Se trata de un proyecto de vital importancia, Aimee. Necesitamos científicos con conocimientos químicos, geológicos y petrobiológicos. Asimismo, tu trabajo en la interrelación petroquímica orgánica y la investigación del doctor Silex en las técnicas de imagen estratigráficas os convierten en los candidatos más cualificados.

Alfred miró con conmiseración a Aimee y siguió hablando.

—La ionosfera ahí abajo sufre muchas alteraciones magnéticas, por lo que cabe la posibilidad de que lo que haya ocurrido sea un fallo total en las comunicaciones. O

tal vez se hayan adentrado más en las cuevas y no puedan emitir señal alguna. Nuestro objetivo, por supuesto, es traerlos de vuelta, Aimee, pero hasta que sepamos con total seguridad que están a salvo, la expedición sigue siendo científica. Por tanto, como el científico con experiencia más dilatada, será Adrian quién la encabezará.

—Preferiría que considerara este trabajo más como una colaboración que como una asistencia —dijo Silex—. Pero ahora pasaré el testigo de las presentaciones y ya podremos hablar luego.

La joven mujer que había a su lado sonrió de oreja a oreja. Tenía un rostro franco y Aimee no pudo evitar sentir simpatía hacia ella.

—Hola, doctora Weir, mi nombre es Monica Jennings. Encantada. —Con el pelo recogido hacia atrás y la cara llena de pecas, Monica era como otras cientos de jóvenes a las que Aimee había visto jugando al voleibol o en los campos de atletismo de los campus de todo Estados Unidos. Aimee le devolvió la sonrisa y le pidió a Monica que la llamara por su nombre de pila, y a continuación asintió para que ella prosiguiera—: Estoy aquí para ayudarles a descender por el agujero y adentrarnos en el vientre de la bestia. Mi especialidad es doble; he escalado prácticamente todas las montañas escalables y no hay mucho que no sepa sobre trepar o descender por el hielo. Pero mi verdadera pasión son las cuevas. Soy espeleóloga.

El joven con pinta de recién licenciado que estaba al lado de Monica la miró con admiración.

—Mola —dijo.

Aimee estaba convencida de que a ese chico le gustaba la escaladora. Éste se aclaró la garganta. Resultaba obvio que estaba nervioso. Procedió a presentarse:

—Me llamo Matt Kerns y soy profesor de estudios arqueológicos en la Universidad de Harvard. Estoy especializado en civilizaciones antiguas y en protolingüística y, eh... —Matt miró a su alrededor, a los compañeros de mesa—. Y si esto es un accidente de avión en la Antártida, no sé por qué estoy aquí.

—Gracias, doctor Kerns, este es un momento perfecto para que retome la reunión informativa donde la había dejado. Señor Beadman, por favor. —De nuevo las luces se atenuaron y el comandante Hammerson prosiguió con la descripción y explicación de las nuevas imágenes que ocupaban la pantalla. Éstas mostraban el lugar del accidente y a los distintos equipos, que en esos momentos estaban adentrándose más en las cavernas para recopilar información de la colisión. Aimee se inclinó hacia delante; al fondo de la imagen actual se veía a Tom haciendo el signo de la victoria y sosteniendo lo que parecía una probeta. Las siguientes imágenes mostraban la caverna desde distintos ángulos, imágenes que dejaban claro que aquello no era un simple agujero en el terreno, sino un vasto entramado de cuevas que se adentraban en la impenetrable oscuridad.

La siguiente diapositiva hizo que Matt Kerns se pusiera de pie y se pegara a la pantalla.

—¿Qué es eso? ¿Una estructura? —preguntó el joven.

—Y ahora ya sabe por qué está usted aquí, doctor Kerns —dijo Hammerson. Para el resto del grupo, la pantalla mostraba un embrollo de rocas erosionadas y talladas, con lo que apenas si parecían rasgos faciales en una de esas paredes. Para Matt Kerns, aquello era su vocación.

Matt estaba en esos momentos concentrado, murmurando para sí.

—Una máscara modelada de estuco que decora ambos lados de una escalera en una otrora plataforma piramidal. Muy similar a Uaxactún o El Mirador, me atrevería a decir. La mampostería es cruda y de talle rudimentario, con una gruesa capa de estuco para igualar las imperfecciones de la superficie, arcos de entrada en ménsula. Parece de Petén, de alrededor del 150 a. C., pero llena de variaciones únicas. No, las ménsulas no corresponden. Debe de ser anterior, creo. Muy, muy anterior.

Matt Kerns calló durante unos segundos y, a continuación, asintió vigorosamente a Jack Hammerson y dijo:

—De acuerdo, sí, estoy dentro.

Adrian Silex se aclaró la garganta.

—Muy bien, nuestro turno. Por favor, hágannos a la doctora Weir y a mí del residuo líquido que encontraron en las cuevas.

—Lo haré lo mejor que pueda, doctor Silex, pero tengan paciencia conmigo, pues no soy ningún experto. —El comandante Hammerson abrió una carpeta fina y sacó cerca de media docena de hojas escritas a ordenador. Pasó la primera y su dedo recorrió el folio—. Esto se encontraba en el último paquete de datos que recibimos del doctor Hendsen. Habla de varias composiciones químicas en hidrocarburos subsuperficiales y los resultados de cierto modelado de propensión para el potencial antártico. Ah, esto era, aquí es donde se pone interesante. Hay dos cosas en el informe que llamaron nuestra atención, dos asuntos que creemos que requieren de su increíble talento para la petrobiología y el estudio estratigráfico.

Hammerson dejó los papeles en la mesa y miró al doctor Silex y a Aimee.

—El primer asunto de interés es el resultado del estudio electromagnético a nivel del terreno de la estratigrafía asociada a aceites combustibles y conductos de gas potenciales. Las imágenes iniciales muestran un enorme cuerpo líquido bajo la superficie que, si resulta ser aceite combustible, podría proporcionar unas reservas de entre cien y ciento cincuenta mil millones de barriles. —El comandante Hammerson paró de hablar y a continuación prosiguió más despacio, como si estuviera hablando para sí—. Eso es mucho petróleo, suficiente para desencadenar una guerra.

En ese punto, Alfred Beadman volvió a hablar.

—Los Estados Unidos, al igual que otros once países, suscribieron el Tratado Antártico. Si no me equivoco, fue el primer acuerdo de control de armas firmado durante la Guerra Fría, al final de la década de los cincuenta, ¿no es así, comandante?

Hammerson asintió y tomó el testigo de Beadman.

—En efecto, señor Beadman. Se firmó en 1959, para ser más exactos, y en la actualidad hay más países signatarios. Seguiremos respetando ese tratado. El

problema reside en que hay docenas de países que no lo han firmado, y que no tienen motivo alguno para respetar siquiera lo acordado con respecto a ese continente. Creemos que si uno de los principales países más necesitados de recursos detecta lo que hemos descubierto, presentarán una queja oficial para hacerse con la soberanía de la Antártida, cuya resolución por parte de Naciones Unidas podría prolongarse durante décadas, y para entonces lo habrían digerido todo.

—¿Qué hay de China? —preguntó Silex.

Beadman prosiguió.

—China fue uno de los últimos signatarios y creemos que son de fiar, teniendo en cuenta las relaciones comerciales que tenemos en estos momentos. Francamente, a Estados Unidos no le importa tener que pagar por su parte; sólo quiere asegurarse de que esté disponible de una manera equitativa para todo el mundo. Nos reuniremos con China y los demás signatarios cuando dispongamos de una información más concreta.

Aimee frunció el ceño. Alfred Beadman no era un presidente cualquiera.

El comandante Hammerson centró de nuevo la atención en él.

—Pasemos al segundo punto de interés, un pequeño rompecabezas para nuestros petrobiólogos. —Hammerson miró directamente a Aimee—. ¿Por qué la única traza química que hemos podido encontrar en esas cavernas es un tipo de amoniaco orgánico de origen y biología desconocidos? —Hammerson arqueó las cejas y prosiguió—: ¿Y por qué el doctor Hendsen escribió una palabra, una pregunta, al lado de los resultados?: «¿Secreción?».

Silex saltó.

—Contaminación. Los resultados de Tom siempre han sido un tanto imprecisos. —Aimee se giró hacia él y lo miró de tal manera que a este no le quedó más que recular. Se encogió de hombros—. Quiero decir, ¿qué resultados no se verían contaminados en tales condiciones?

Hammerson intervino rápidamente; había asuntos más importantes y extraños de los que ocuparse.

—¿Contaminación? Posiblemente, pero ese no es el único problema que se nos plantea con los datos que hemos recibido.

Asintió con la cabeza en dirección a Beadman, que pasó a la siguiente imagen. Era borrosa y no se veía bien, pero mostraba a una joven vestida con ropa antigua, sin duda no la más adecuada para las gélidas temperaturas de la Antártida. Sostenía a un bebé en brazos.

Aimee sintió que un escalofrío le recorría la espalda y se inclinó hacia la pantalla.

—¿Quién es? —preguntó.

—No lo sabemos. En el avión estrellado no iba ninguna mujer con un bebé, y tampoco es un miembro del equipo de rescate. —Negó lentamente con la cabeza—. Para serles sincero, no sabemos quién es o de dónde ha salido, y lo más importante, adónde fueron ella y los demás —repitió.

La reunión concluyó poco después de que Alfred y el comandante dieran algunos detalles acerca de la logística del viaje. Lo único que Aimee quería en esos momentos era correr a su casa y hacer la maleta. Vio a Matt y a Monica, que estaban tomando un café juntos, y a Silex, con otra taza, de pie junto a ellos y señalándola. No tenía ganas de charlar con sus futuros compañeros, así que tan pronto como Hammerson le estrechó la mano a Alfred y se dirigió a la puerta, fue tras él.

—Comandante, perdón, Jack, ¿ha estado antes en la Antártida?

—Sí, así es, Aimee. Tenemos unas cuantas estaciones de investigación allí, y pasé una primavera en McMurdo. Es un lugar hermoso. Frío, pero hermoso, así que meta ropa de abrigo en la maleta. —Le sonrió y en su mejilla se marcó una vieja cicatriz.

Ella le devolvió la sonrisa, y fue entonces consciente de que seguía un tanto inquieta por Tom y nerviosa por el viaje. Estaba agradecida de que él fuera a estar allí con ellos; le hacía sentir más segura.

—Jack, no me ha quedado claro si iremos todos juntos o si se encontrará con nosotros allí.

—Ahhh, estos viejos huesos se resienten por el frío con demasiada facilidad. No estaré allí, pero se encontrarán con el equipo de apoyo cuando lleguen a Australia. Les enviaré a mi mejor hombre y a unos cuantos HAWC. —Llegaron a las escaleras y Hammerson se volvió para estrecharle la mano—. No se preocupe, Aimee, cuidarán de ustedes. Buena suerte y nos vemos en una semana.

Una semana, no hay problema, pensó Aimee. Miró el ascensor, cambió de opinión y siguió a Hammerson por las escaleras.

—*Chyort vozmi*; ¡a buenas horas me llega la información! —Viktor Petrov, ministro de energía y recursos de la Federación de Rusia, leyó la información proporcionada por uno de sus muchos espías estadounidenses con frustración y una ira creciente. Acababa de abandonar una reunión sorpresa con el presidente Volkov donde le habían tendido una buena emboscada. Había sabido que estaba metido en un grave problema cuando el presidente se había negado a estrecharle la mano y había bordeado la mesa hasta situarse a escasos centímetros de su cara, una señal de que aquello iba a ser más una confrontación que una reunión.

El presidente Vladimir Volkov era un exmiembro de la KGB que se había ganado el apodo de Lobato debido a su escasa estatura y aterradora presencia. Lo que le faltaba de altura lo compensaba con una ferocidad que helaba la sangre. El Lobato era un depredador cuya mordedura era mucho peor que su aullido.

Petrov se secó la frente y tomó aire varias veces. Todavía se sentía asqueado por su propia debilidad, pero se había visto acorralado por la mirada hipnótica del presidente. Aquellos ojos, casi incoloros y fijos. Había notado cómo le temblaban las piernas. Maldito fuera por disponer de mejores fuentes de información que él. Petrov recordó el frío intercambio de miradas y sintió náuseas.

—Rusia es un oso gigante y hambriento, Petrov. Debe ser alimentado constantemente para que hiberne y siga siendo dócil. Si no, crecerá débil y será comido por otro oso hambriento, o se rebelará y hará pedazos a sus amos antes de devorarlos. —El presidente siguió pegado a Petrov y miró a distintos puntos de su rostro, observando cómo las gotas de sudor se hacían más gruesas y le resbalaban por mejillas y cuello hasta desaparecer en el interior del estrecho y amarillento cuello de su camisa. Petrov no dijo nada, pues no sabía si debía responder a aquella críptica analogía o limitarse a asentir. Optó por no hacer ninguna de las dos cosas.

—¿Sabe con qué debemos alimentar a nuestro hambriento oso, camarada Petrov? Con lo que los estadounidenses, los chinos o los europeos alimentan al suyo... Petróleo, mucho petróleo; la sangre de la tierra. Dígame, ¿cuánto petróleo se halla en el terreno que tenemos bajo nuestros pies, Petrov?

Al ministro no le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Unos sesenta mil millones de barriles, presidente Volkov.

—¿Y cuánto tienen los estadounidenses?

Petrov se irguió un poco más.

—Menos de una tercera parte de lo que tiene la Madre Rusia, camarada presidente.

—Y si los estadounidenses se quedaran sin combustible antes que nosotros, eso sería bueno, ¿*da*? ¿Pero qué ocurrirá si Rusia se queda sin él antes que Estados

Unidos? ¿Qué hará nuestro oso con nosotros, mi querido amigo Petrov?

—Eso es imposible, con su tasa de consumo y las volátiles relaciones con Oriente Medio, Estados Unidos habrá vuelto a los carruajes de caballos en doce años.

—Comprendo. ¿Cuánto petróleo cree que encontrarán en la Antártida, camarada?

—¿Qué? Jamás lo tocarían, son signatarios del Tratado...

—*Svoloch!* ¡Ya están de camino!

Petrov, desprevenido por la ferocidad de la palabrota, sintió la acuciante necesidad de ir al lavabo. De repente se sintió muy pequeño ante aquel hombre que tan sólo le llegaba a la altura de la nariz y lo único que quería era salir de la sala y estar lejos de su presencia lo más pronto posible. El presidente pegó su cara a la de Petrov más todavía, hasta estar a escasos centímetros de su boca. Aquellos fríos ojos grises penetraron en lo más profundo de su ser.

—La próxima vez que hablemos me contará qué es lo que está haciendo con respecto a la misión secreta estadounidense en la Antártida y por qué debería seguir siendo mi ministro de energía, ¿*da?* *Do svidanja*, camarada Petrov.

El presidente escupió el nombre del ministro de energía como si de una obscenidad se tratara y se apartó de Viktor Petrov, indicando así que la reunión había finalizado. Con las piernas temblorosas, el ministro se dirigió a la puerta y, cuando puso la mano en el pomo para abrirla, oyó una última advertencia del presidente:

—El oso se alimenta en primer lugar de ministros incompetentes, camarada Petrov.

El aludido salió a toda prisa de la sala, muy rápido para tratarse de un hombre tan alto, y sólo le dio tiempo a cerrar la puerta y llevarse la mano a la boca antes de que la bilis se le agolpara en la garganta.

Sentado en el mullido sofá de cuero burdeos, Viktor Petrov notó que su corazón finalmente volvía a latir con normalidad. La botellita de Stolichnaya Elit estaba medio vacía en su escritorio y por fin sentía que podía pensar con la suficiente claridad como para organizar sus planes. Lo primero que haría sería averiguar qué agente había dado aquella información al presidente antes que a él y asegurarse de que su siguiente destino fuera la frontera afgana; tal vez aquel pequeño *koshka* aprendiera así a reconocer sus prioridades.

Petrov leyó de nuevo el informe de seguridad. Los estadounidenses estaban preparando un equipo de investigación para estudiar un posible hallazgo de aceite combustible subestrático; no era de extrañar que el presidente hubiera estado de mal humor.

Sabía que si podían asegurar y explotar aquel hallazgo, destruirían los planes que Rusia había estado trazando con tanto cuidado y cautela a lo largo de la última década. Rusia fue en otros tiempos aspirante a convertirse en la superpotencia suprema en el mundo y había competido con Estados Unidos por hacerse con el dominio armamentístico y por vencer en la carrera espacial. Disponía de un ejército que hacía temblar el suelo cuando desfilaba por la Plaza Roja. En la actualidad, Rusia

se había devaluado hasta convertirse en una nación corrupta y fingidamente capitalista que había tenido que presenciar cómo sus soldados hervían repollo en sus cascos para poder comer. Pero, como ministro de energía, Petrov era consciente de que Rusia dormía sobre oro. Enterrado bajo su suelo se estimaba que había cerca de sesenta mil millones de barriles de petróleo y casi seis mil billones de centímetros cúbicos de gas natural. Conforme el mundo a su alrededor se tornaba más ávido de petróleo y los países de Oriente Medio se volvían más díscolos con relación a Occidente, el precio del oro negro se había disparado.

Rusia era el segundo mayor productor de petróleo y el mayor productor de gas natural del mundo. Disponía de más de lo que podía consumir, así que podía vender millones de barriles. Petrov no tenía que negociar precios mejores para el petróleo, simplemente tenía que amenazar con retener el suministro y los clientes de Rusia, como por arte de magia, de repente disponían de más dinero para gastar. Los ingentes beneficios reportados por tales recursos permitían a Rusia ser una potencia de nuevo; podían erguir la espalda y mirar cara a cara a los Estados Unidos.

Petrov había estado presente en la entrevista radiofónica en la que el presidente Volkov había llegado tan lejos como para insinuar que fijarían el precio de su petróleo en euros y dejarían de usar los dólares. Los estadounidenses tan sólo pudieron rechinar los dientes. Sabían que un comercio global de petróleo basado en el dólar les proporcionaba carta blanca para emitir su moneda sin desatar la inflación y así financiar sus tremendos gastos en guerras e infraestructuras militares, además de recortar impuestos. Tal sugerencia fue más que bienvenida por Irán, quinto productor mundial de petróleo, e incluso por Arabia Saudí, tradicional aliado de Estados Unidos. Y, claro está, a los europeos nada les gustaría más que ver otra china en el zapato de Estados Unidos.

Al presidente estadounidense finalmente no le quedaría otra que llamar a la puerta del presidente Vladimir Volkov, y todos los términos comerciales los establecerían los rusos. Petrov le dio otro sorbo a su caro vodka y se recostó en el sofá de cuero. Todo iría según lo planeado, a menos que Estados Unidos pudiera de alguna manera asegurarse una fuente de petróleo o una reserva de gas natural no reclamadas, y entonces todas sus cuidadosas maquinaciones se irían al traste.

Dio otro sorbo a la bebida y dejó que esta le llenara la boca. En términos de valor, la Antártida estaba fuera del alcance de todas las naciones. Era el último continente deshabitado de la tierra; más de quince millones de kilómetros cuadrados con más del noventa y ocho por ciento de estos cubiertos de hielo. Los ministros de energía de todos los países miraban con avidez a ese continente, pero tenían que contenerse en virtud del acuerdo firmado décadas atrás que prohibía toda actividad militar o explotación, pero sí permitía la investigación científica. El cumplimiento del tratado era vigilado fundamentalmente por Australia, al tratarse de la nación más cercana.

Petrov sabía que, llegado el momento, los estadounidenses sabrían alterar la interpretación de las normas para que les permitieran actuar y obtener lo que

necesitaban. Con la enorme necesidad de recursos de Estados Unidos y la cada vez mayor hostilidad hacia ellos por parte de los países productores de petróleo, encontrarían la manera. Asimismo, Australia, uno de sus principales aliados, era el país que supervisaba las actividades en la Antártida; nadie se enteraría de nada hasta que los estadounidenses se hubieran asegurado el acceso ventajoso a cualquier nueva reserva.

Petrov no podía permitir que los Estados Unidos consiguieran ser autosuficientes gracias a una reserva de petróleo no explotada. Tenía que detenerlos, o al menos ralentizarlos para poder elaborar un plan más a largo plazo. Podía compartir la información con los chinos, que estaban tan ávidos de petróleo como los estadounidenses. Sin embargo, estos tendían a actuar en beneficio de sus propios intereses y era más probable que reclamaran su parte o que llegaran a un acuerdo con los americanos. Además, eran el principal cliente de Rusia. Hacerlo público con tan pocos datos o llevar la información ante las Naciones Unidas era una pérdida de tiempo: o bien les llevaría seis meses redactar una carta de rechazo o Estados Unidos simplemente manifestaría que estaban investigando, al igual que los otros cuatro mil científicos que trabajaban en sus zonas nacionalmente delimitadas. Sería mucho mejor para Rusia que nadie obtuviera el petróleo de la Antártida o que ni siquiera supieran de su existencia.

Ese trabajo necesitaba de una tercera vía, algo que no implicara a los rusos directamente. Hasta que se vieran públicamente expuestos, los estadounidenses negarían conocer la misión secreta en la Antártida. Denegabilidad plausible, lo llamaban ellos. Bueno, si los estadounidenses podían negar conocer la existencia de su equipo secreto, entonces Petrov se aseguraría de que no existieran. Conocía a un hombre que era muy bueno en hacer que las cosas dejaran de existir, y sabía qué decirle exactamente para asegurarse de obtener resultados inmediatos.

Chechenia, a las afueras de Grozni

Uli Borshov salió de la pequeña cabaña limpiándose las manos manchadas de sangre con un jirón de tela de un vestido checheno. Como era de esperar, no le había llevado mucho tiempo sacarle a su víctima todo lo que necesitaba saber, y se disponía a volver a reunirse con su equipo de fuerzas especiales para poder hacer llegar la información de la base rebelde.

Borshov era un hombre imponente, de metro noventa y ocho de altura, y un rostro eslavo impassible que no reflejaba emoción alguna. Su pelotón se componía de exmiembros escogidos del Spetsnaz que habían desarrollado una crueldad o habilidad especial, lo que los convertía en idóneos para trabajos que o bien eran extremadamente peligrosos, o desagradables para sus compatriotas rusos, o que en ocasiones llegaban a infringir las leyes más básicas de la humanidad.

Su unidad, conocida como los Krofskoya, u «hombres de sangre», no ocupaba necesariamente la primera línea en el combate, pero siempre se infiltraba tras las líneas enemigas. Más asesinos que soldados, eran seleccionados para las peores misiones. Eran seis en total, no eran amigos y todos sabían que eran prescindibles. La paga era inexistente, la comida terrible y, a menos que se tratara de una misión especial, las armas eran las que les robaban a los cadáveres de sus enemigos. Sin embargo, el principal atractivo para ellos era que se les permitía matar y torturar, y con frecuencia. Nunca antes había existido un trabajo más adecuado para semejante perfil psicopático.

La unidad de comunicación GSM de Borshov emitió un pip. Frunció el ceño; podía contar con los dedos de las manos las personas que tenían ese número, y todas ellas sabían que sólo podían llamar en situaciones de extrema urgencia. El sistema global de comunicaciones móviles le permitía ser contactado en cualquier lugar del mundo vía satélite; también significaba que podía ser localizado gracias a esa misma tecnología, y había una docena de naciones a las que les gustaría borrar a Borshov del mapa. Se agachó tras los restos de un coche, se colocó el auricular y sólo dijo una palabra:

—*Da.*

Al otro lado de la línea, Viktor Petrov no se molestó siquiera en saludarlo. Borshov escuchó con atención mientras el político ruso le refería brevemente su nueva misión, las reglas de compromiso y una información final:

—Le interesará saber, camarada Borshov, que el capitán Alex Hunter, el fantasma al que afirmó haber matado, no sólo está vivo y coleando, sino que encabeza esta misión. —Borshov apretó con fuerza el pequeño dispositivo de comunicación y pudo oír un leve zumbido desde lo más profundo de su pecho.

Petrov siguió provocándolo.

—¿No tiene algo suyo? Algo en la cabeza, creo recordar. ¿Con qué tipo de proyectiles dispara últimamente, Borshov? ¿Con guisantes?

Que Alex Hunter siguiera vivo era un insulto a la destreza y reputación del ruso como asesino. Habían transcurrido casi tres años desde que se habían visto las caras, no muy lejos de donde se encontraba en esos instantes. Borshov había golpeado a Hunter hasta dejarlo sin sentido y, al no conseguir sacarle ninguna información, le había descerrajado un tiro en la cabeza y se había marchado. Había visto el agujero de la bala. ¿Cómo había podido sobrevivir?

Borshov colgó a Petrov y permaneció quieto en el frío de la estepa chechena durante varios segundos antes de pulsar algunas teclas de su teléfono y llevárselo al oído. Había otra persona que necesitaba ser informada. Una que pagaba mejor que Petrov.

Borshov regresó corriendo al campamento y condujo directo al aeródromo, desde donde volaría a la Antártida. Escogió a los dos mejores miembros de su equipo para que lo acompañaran.

Como era habitual, las reglas del pacto eran sencillas: no dejar a nadie con vida, no dejar nada de una pieza. Para sus hombres había una regla más: quería encargarse de Alex Hunter personalmente.

Aimee estiró la espalda tras el incómodo vuelo en un enorme avión de carga y echó a andar lentamente por el gigantesco hangar mientras esperaba a que el equipo se reuniera. El sol ya asomaba por el horizonte cuando llegaron a algún rincón del hemisferio sur. Hammerson le había dicho que era Australia, pero bien podía haber sido el sur de Nueva Zelanda, o Tasmania quizá, incluso. Hacía mucho más frío, de eso no cabía duda, pero no era insoportable. La base en la que se encontraban era militar, sin lugar a dudas; vieja y largo tiempo deshabitada a juzgar por su exterior, pero en el interior alguien pagaba puntualmente las facturas. El suelo estaba immaculado y las luces recorrían todo el espacio del hangar, hasta en los pequeños despachos vacíos. Las únicas marcas identificativas eran un escudo circular en lo alto de la pared posterior: un guantelete de acero que sostenía unos rayos rojos. Aimee no había visto antes esa insignia, pero la imagen era potente: fuerza defensiva y ataque letal.

Aimee no podía evitar impacientarse; estaba llevándoles demasiado tiempo y aún tenían que bajar hasta el hielo de la Antártida. El mero hecho de pensar en Tom allí hacía que se le formara un nudo en el estómago que se le retorció cada vez que pensaba en que sólo iban a enviar allí a un pequeño equipo, y que sólo la mitad de este era médico y científico. Estaba de acuerdo en lo que había dicho Alfred de que era necesario un equilibrio entre el secretismo y la rapidez, y el comandante Hammerson la había convencido de que necesitaban permanecer por debajo del radar o de lo contrario la ONU exigiría supervisar su expedición. Con la velocidad a la que se tomaban las decisiones allí y su capacidad organizativa, podrían tardar meses sólo en decidir qué países participarían. Aun así, había esperado encontrarse con varios helicópteros y múltiples equipos en trineos avanzando por la nieve y el hielo sin descanso hasta dar con sus compatriotas desaparecidos.

Se llevó las manos a sus estrechas caderas y se volvió hacia la parte posterior del hangar. Adrian Silex estaba comprobando su equipaje y, más atrás, Matt Kerns charlaba animadamente con Monica Jennings. El sonido de la risa de Monica retumbaba por el suelo del hangar como música animada. Aimee sonrió para sus adentros; parecía que Matt iba ganando puntos. Se dio la vuelta justo a tiempo para pillar al doctor Silex mirándola. Éste se pasó la lengua por los labios rápidamente y la saludó levemente con la mano. Ella asintió con la cabeza, pero no pudo evitar gemir con repulsión. Silex se estaba ya revelando como una cotorra pomposa; todo apuntaba a que iba a tener que lidiar con insinuaciones poco gratas. Deseó que Tom estuviera con ella. El nudo del estómago se le retorció una vez más.

Jack Hammerson había dicho que enviaría a sus mejores hombres para que los ayudaran y, mientras Aimee caminaba de un lado a otro del hangar, nerviosa, las

pequeñas puertas dobles de acero de la parte posterior se deslizaron en silencio hasta abrirse del todo. Tras ellas, en fila, aparecieron seis hombres con el aspecto más mortífero que había visto nunca. Las conversaciones cesaron y todos se los quedaron mirando. Aimee retrocedió incluso. Los soldados caminaron hasta la mitad del hangar y examinaron con detenimiento al grupo allí reunido. El hombre del centro apenas superaba el metro ochenta de altura, era atractivo y despedía un aura de autoridad y peligro que resultaba casi tangible. Sus ojos escudriñaron la habitación y observaron a todas las personas cuyas vidas tendría que proteger hasta detenerse en Aimee.

Ella notó cómo se ruborizaba, pero él siguió inmutable con su escrutinio. *Brutalmente guapo y seguro de sí mismo, vale, eso me gusta.* Llevaba guantes, así que no podía ver si tenía anillo de casado, pero mucho se temía que habría una mujer esperándolo en algún lugar. Se cruzó de brazos y siguió mirando al soldado.

Alex Hunter observó con detenimiento a las personas a su cargo. La mayoría parecían en forma y moderadamente cualificadas. Sus ojos se vieron atraídos hacia la mujer alta que tenía ante sí; tenía que tratarse de la doctora Aimee Weir. Sus ojos miraban de manera penetrante. Una leve hostilidad, tal vez. *Bien*, pensó. Siempre había preferido a la gente con espíritu que a la amable. Por lo que a él respectaba, la misión acababa de comenzar.

—Buenos días, damas y caballeros. Soy el capitán Alex Hunter. Son las siete y cuarenta y cinco. A las ocho en punto comenzaremos con la reunión informativa y después haremos los últimos preparativos. Eso solamente nos llevará una hora. A continuación subiremos a bordo de nuestros helicópteros, a las nueve en punto, para despegar de inmediato. Es imperativo que nos movamos con rapidez.

Miró a su alrededor y preguntó en voz alta.

—¿Está Monica Jennings aquí?

Monica levantó la mano y soltó un cordial «Presente» que hizo que Matt riera disimuladamente.

—¿Han llegado los monos de espeleología? —preguntó Alex.

—Vaya si han llegado —respondió Monica mientras se bajaba la cremallera de su grueso abrigo para la nieve y mostraba lo que parecía una especie de mono de neopreno—. ¿De dónde los han sacado? Son increíblemente...

Alex la cortó y habló de nuevo con voz fuerte y clara.

—Les ruego presten atención, por favor. A continuación, la señorita Jennings distribuirá los trajes. Cada uno de ellos lleva su nombre en la parte delantera y ha sido confeccionado a medida para cada uno de ustedes. La señorita Jennings responderá a todas sus dudas relativas a estos trajes en la reunión informativa que se celebrará en doce minutos. Por el momento, procedan a ponérselos.

Alex no iba a decirles demasiado hasta que estuvieran en el aire o en el punto de inserción. El problema de los civiles era que tenían cierta tendencia a querer

escaquearse si parecía que las cosas iban a ponerse un poco complicadas, y en ese punto de la misión todas y cada una de sus capacidades iban a ser necesarias.

Alex había leído las biografías de todos ellos y las notas detalladas de la misión que le había proporcionado Hammerson; ya sabía bastante de los miembros del equipo antes siquiera de conocerlos. Iba a tener que estar más pendiente de algunos que de otros, pero en su mayor parte parecían estar física y psicológicamente preparados para pasar un día bajo el hielo.

Alex recordó que, de crío, su padre siempre le decía que uno comenzaba a sentirse mayor cuando los policías y los profesores empezaban a parecerte jóvenes. Alex estaba aún en la mitad de la treintena, pero al ver al joven profesor de arqueología, de repente entendió a qué se refería su padre. Alex vio que Matt Kerns había conseguido ser el primero en meterse en su mono de tecnología punta y que estaba haciendo un poco el payaso para atraer la atención de Jennings. Matt se llevó las manos a la cadera, se volvió y comenzó a desfilarse por el hangar como si se encontrara en una pasarela. Miró hacia atrás, a Monica, y Alex se valió de su audición extra sensitiva para distinguir las palabras del arqueólogo: «¿Me hace el trasero más grande?».

—El trasero no. El ego, mucho —le respondió entre risas Monica. Fue junto a él y lo ayudó a tensar unas correas del traje que estaban sueltas.

Alex los envidiaba. Eran libres para hacer lo que quisieran. Sin demonios del pasado que los acecharan. Antes de girarse para unirse de nuevo a sus hombres, miró una vez más a Aimee Weir. La pilló observándolo antes de apartar rápidamente la vista.

A las ocho en punto, Alex se situó de nuevo en el centro del hangar.

—Damas y caballeros, ¿podrían prestarme atención? En menos de sesenta minutos subiremos al helicóptero situado en el aeródromo. Nuestros objetivos son la rapidez y la invisibilidad, por lo que en el vuelo tendremos que prescindir de ciertas comodidades a las que están acostumbrados. El viaje se hará en dos tramos: el primero hasta la isla Macquarie, a mil quinientos kilómetros de nuestro sur-sureste. Nos llevará aproximadamente seis horas. La isla es poco más que una roca seca y fría, así que estiraremos las piernas mientras repostamos y a continuación retomaremos el viaje. El último vuelo nos llevará directamente a nuestro punto de inserción en el hielo, a unos dos mil novecientos kilómetros más al sur. Si las condiciones climáticas son buenas, no debería llevarnos más de doce horas. —Sonrió para sus adentros cuando oyó los gemidos de prácticamente todo el grupo. De todos salvo de la doctora Aimee Weir, que se limitó a asentir con gesto resuelto.

—La señorita Jennings les informará a continuación de nuestros objetivos principales, operativos de seguridad y algunas técnicas básicas de seguridad y espeleología. Se hará una última comprobación del equipo a las ocho cincuenta y estaremos en el aire a las nueve horas. Podrán hacer más preguntas cuando estemos a bordo del helicóptero y a la llegada.

Matt Kerns fue a hacer una pregunta, pero el capitán Hunter levantó la mano y negó con la cabeza.

—Tengan paciencia, andamos cortos de tiempo. Doctor Silex, si es tan amable.

—Gracias, capitán. Usted y sus hombres pueden descansar.

Alex no se movió. Había trabajado anteriormente con civiles y rara vez había resultado una experiencia agradable, salvo que sus roles fueran meramente consultivos. Si se les concedía cierta autoridad, la cosa siempre acababa mal. Sin embargo, Alex pensaba que sería capaz de seguirle el rollo unos pocos días, especialmente si ambos iban en la misma dirección.

Los hombres de Alex ni se movieron ni asintieron a Silex; por lo que a ellos respectaba, era el capitán Hunter quien daba las órdenes. Fin de la cuestión.

El doctor Silex se aclaró la garganta.

—Nuestro objetivo es doble. En primer lugar, verificar la existencia de yacimientos superficiales de petróleo líquido de esquisto bituminoso, su tamaño, profundidad y posibilidad de extracción. La doctora Weir y yo nos valdremos de dispositivos de imágenes electromagnéticas terrestres para poder «ver» qué hay exactamente bajo la superficie. En este punto, podría tratarse de una cama de petróleo o tan sólo de una cueva con agua contaminada. Tomaremos más muestras para un análisis inicial *in situ* con el que poder efectuar ciertas recomendaciones preliminares respecto a los siguientes pasos a seguir, ya de regreso en la base. La doctora Weir también investigará ciertas anomalías petrobiológicas detectadas en las muestras recogidas por nuestro predecesor, el doctor Tom Hendsen.

Aimee miró con los ojos entrecerrados a Silex y Alex se figuró que no le gustaba demasiado que se le hubiera dado prioridad al aspecto científico de la misión.

Silex se aclaró la garganta una vez más antes de proseguir:

—El segundo objetivo es averiguar qué le ha ocurrido al doctor Hendsen, a los veintiocho miembros de su equipo y, asimismo, a las once personas que iban a bordo del avión que se estrelló. No sabemos si están muertos o si se han visto expuestos a las docenas de gases que pueden acumularse cerca de los yacimientos naturales de petróleo. En resumen, esta expedición tiene dos objetivos: el científico y el de un posible rescate. Sin embargo, sabemos que los hielos flotantes no cuentan con vigilancia y pueden ser el nido de muchos personajes indeseables, como piratas o cazadores furtivos; de ahí que el capitán Hunter y su séquito de seguridad vayan a hacernos compañía.

Justo después de hacer mención a la seguridad de la misión, Alex se percató de que Aimee estaba escudriñando a su equipo y pudo ver el escepticismo en su expresión. Tiene razón, doctora Weir, demasiado músculo y armas para un puñado de cazadores furtivos. Cuando sus ojos se posaron en él, este asintió de manera casi imperceptible. En esa ocasión Aimee no apartó la mirada tan rápidamente.

Silex prosiguió:

—Lo importante es ser conscientes de que estaremos haciendo nuestro trabajo

bajo tierra. El avión atravesó el techo de una caverna y tendremos que acceder a esa apertura para llevar a buen término nuestra investigación. Para aquellos que, como yo, jamás hayan escalado ni practicado la espeleología, estamos a punto de recibir un curso intensivo. Señorita Jennings, ¿podría darnos algunas nociones básicas y describirnos estos trajes que llevamos?

Monica dio un paso al frente, sintiéndose un poco como una minisuperheroína con aquel ceñido traje negro. En sus manos llevaba otros objetos que les serían necesarios en las cuevas.

—Buenos días a todos, esto va a ser divertido. —Para un espeleólogo, la oportunidad de explorar un sistema de cavernas nuevo, de descubrir o ver algo que nadie antes había visto, era un sueño hecho realidad. Por su amado deporte era capaz de meterse por entre las grietas más claustrofóbicas o escalar resbaladizas rocas en la más absoluta oscuridad. Para ella, esas eran las cosas que hacían que vivir mereciera la pena.

»Quiero empezar por explicar qué vamos a hacer, y a continuación les describiré algunos de los materiales que necesitaremos, incluidos estos trajes de última generación. Gracias de nuevo, Tío Sam. Las cuevas son como las personas, en serio. Algunas son de trato fácil, otras reservadas y gratificantes, y algunas son unas verdaderas zorras que te matarán si tienen la oportunidad. Algunas cuevas te dan mucho espacio, suficiente como para que pase un autobús, mientras que otras requieren que te arrastres por el suelo, que trepes o que hagas descensos peligrosos. Pueden ser calientes o frías, y casi siempre son oscuras; pueden ser secas y polvorientas, embarradas o estar totalmente llenas de agua. Puede que nos encontremos con túneles de hielo donde este sea suave y esté a medio derretir, u oscuro y duro como el acero. —Monica cogió aire—. Los espeleólogos profesionales dedican mucho tiempo a entrenar, planificar y practicar con un nuevo equipo. No disponemos de ese tiempo, y me han dicho que se trata de un trabajo de tres días, y que gran parte de este tiempo lo ocupará el viaje. Llegamos, descendemos, localizamos posibles supervivientes, la doctora Weir y el doctor Silex hacen algunos agujeros y a continuación salimos escalando. Fácil. —Monica paró de hablar durante unos minutos para que los demás asimilaran lo que acababa de decir y pudieran formularle alguna pregunta. No hubo ninguna. Confió en que eso fuera una buena señal.

»El traje que llevan es un mono de incursión militar de alta tecnología que va a ser utilizado por vez primera fuera de un entorno de combate. Ha sido modificado para su uso en cuevas y se compone de dos finas capas. La primera es neopreno con fibra de kevlar. Es resistente al agua, permite arrastrarse con facilidad y es acerado como el demonio. Es lo más parecido a un traje blindado flexible que he visto nunca. La segunda capa proporciona una mayor calidez y confort y dispone de un sistema

térmico interno que funciona con baterías. Se trata, en efecto, de un traje de supervivencia dentro de acero flexible. Los guantes y las botas a medida también tienen almohadillas de agarre y puntas reforzadas. No pienso devolver el mío.

Monica cerró el puño enguantado y observó cómo se le hinchaba un músculo en el brazo. Sonrió por la adaptabilidad del traje y prosiguió con su lección.

—Cada uno dispondrá de un casco modificado que ha sido moldeado de acuerdo al tamaño de su cabeza. ¿Recuerdan esas fotos que les tomaron? Bueno, capturaron algo más que su sonrisa. Este casco está realizado en cerámica poliprensada; más dura que el acero, pero no pesa tanto. El frontal ha sido implementado con una bombilla tras un cristal irrompible. Por favor, les ruego que no miren a nadie a la cara cuando lo tengan encendido o los deslumbrarán y los dejarán temporalmente ciegos. Ante ustedes pueden ver una caja que contiene una linterna extra, comida seca y agua, un cuchillo, cuerda, un kit de primeros auxilios, una manta isotérmica y un pequeño silbato. Todos estos objetos han sido comprimidos o bien ocupan poco espacio y podrán guardarlos en el saquito de su cinturón o en el bolsillo elástico de su traje.

Matt Kerns levantó la mano.

—Una pregunta.

—Oigámosla.

—¿También llevaremos eso? —Señaló el equipo extra que pendía de los trajes de los soldados de Alex. Eso hizo que todos se fijaran en el personal militar que se había colocado tras el equipo civil.

Cada uno de los soldados tenía lo que parecían dos pistolas, una en cada cadera, y unos cuchillos con un aspecto más mortífero de lo que sería necesario para una expedición tan rápida y sencilla como aquella.

El rostro impasible de los soldados irradió un «Ni siquiera te atrevas a preguntar», así que Monica se volvió hacia Matt.

—Tiene suerte de que le hayan dado una navaja, doctor Kerns —dijo, y prosiguió—: Tenemos que permanecer juntos. Nada de deambular por ahí. Nada de saltar o correr. En la oscuridad, la percepción de la profundidad es siempre sesgada. Cuando repten por espacios angostos, mantengan los brazos por delante, no a los lados. No destruyan nada, no se lleven nada ni dejen nada tras de sí. Por lo general, le diría a mi equipo que no molestara a los animales salvajes, pero no creo que eso vaya a ser un problema en esta expedición. —Monica paró de hablar de nuevo, pero seguía sin percibir signos de confusión. Bien—. Durante los próximos quince minutos estaré por aquí comprobando sus trajes y respondiendo a sus preguntas. Una última cosa, si tienen que ir al baño de forma normal, este es el momento. Aunque estos trajes han sido diseñados para recoger sus desechos, así que no tendrán que dejarlos tras de sí en las cuevas.

Aimee ya no podía mantener su curiosidad a raya. Tenía que sacarle más información al equipo militar.

—Una cosa. Si esta es una simple misión científica y de rescate, ¿por qué necesitamos a seis cabezas cuadradas de las fuerzas especiales armados hasta los dientes para un viaje a un continente deshabitado? No se lo tome a mal, capitán.

—Para nada, nos han llamado cosas peores. Doctora Weir, mis «cabezas cuadradas» son HAWC, soldados especializados en conflictos y zonas calientes.

Oh, Dios mío, pensó Aimee.

Alex prosiguió:

—Nuestra única tarea es la de garantizar su seguridad para este breve viaje, y quizá cargar con parte de su material pesado. Los miembros del equipo de seguridad de este viaje son, en primer lugar, el teniente primero John Johnson, mi segundo. Si no estoy disponible en algún momento, todas las preguntas deberán ser dirigidas a él.

Los ojos de Aimee abandonaron a Alex para posarse en el hombre a quien el capitán había señalado. De unos cuarenta años, el teniente primero Johnson parecía el miembro de mayor edad del pelotón HAWC. Tenía la frente surcada de arrugas y el pelo oscuro cortado al ras con canas en las sienes. Sus párpados caídos no conseguían ocultar una formidable inteligencia subyacente y su cuello de toro sugería una fuerza brutal.

El siguiente en serles presentado fue el subteniente Oscar Benson, un hombre negro, alto y con la cabeza rapada que siguió revisando su equipaje. Aimee vio que le faltaban dos dedos de la mano izquierda: el meñique entero y el siguiente a la altura de la primera articulación. Era obvio que no había perdido esos dedos en un accidente de bici. Los hermanos Mike y Frank *Tanque* Lennox fueron presentados a la vez. Podían haber sido gemelos: ambos tenían rasgos nórdicos y el pelo casi rapado, pero si bien Mike era de estatura media, Tanque era un gigante que le sacaba una buena cabeza a todos los miembros del grupo. Parecía estar a punto de reventar su traje (y tal vez de volverse verde al mismo tiempo).

El último hombre que les presentó fue el subteniente Fuji Takeda. A pesar de que sus oscuros ojos almendrados eran impenetrables, fue el único miembro del grupo militar que saludó a los allí reunidos con un levísimo movimiento de torso. Cuando inclinó la cabeza, vieron que era el único HAWC con equipamiento extra. En la espalda, en una vaina negra, portaba la versión corta de una katana japonesa o espada de samurái.

Alex asintió finalmente con la cabeza hacia los dos últimos miembros del equipo y estos saludaron con la mano. Los civiles les devolvieron el gesto.

—Para aquellos que aún no hayan tenido la oportunidad de conocerlos, me gustaría presentarles a los cabos Margaret Anderson y Bruno Zegarelli. Proporcionarán asistencia médica a los supervivientes que encontremos.

Margaret Anderson tenía la cara redonda y sonriente. Asintió hacia todos los miembros del grupo de Aimee. El cabo Zegarelli murmuró un «Hola» y se tiró de la parte trasera de su traje de incursión de neopreno; el mono parecía quedarle muy justo y Aimee supuso que demasiadas comidas con mandos militares habían contribuido a esa incomodidad.

La doctora no pudo evitar mirar de nuevo la oronda figura de Zegarelli y compararla con el cuerpo de Alex Hunter, y conforme fue subiendo hacia su cara vio que dos ojos grises verdosos la observaban divertidos. El rostro de Hunter volvió a tornarse serio cuando siguió hablando.

—Ahora, en respuesta a su pregunta, doctora Weir, le diré que hace siete días un avión ligero se estrelló contra el hielo; no creemos que haya supervivientes. Tras eso, tan sólo hace cuatro días, veintiocho hombres y mujeres miembros de un pequeño séquito de seguridad, dos equipos médicos y seis científicos, desaparecieron en el mismo emplazamiento. Nuestros satélites no han captado actividad alguna en la superficie; sin embargo, no podemos ver en el interior del agujero. Creemos que o bien han quedado atrapados por un desprendimiento de rocas o que han sucumbido a los gases. El doctor Silex ha confirmado que pueden formarse vapores tóxicos cerca de la superficie de los yacimientos de petróleo. Todos iremos provistos de equipos de respiración autónoma por si esos gases no se hubieran disipado aún. Sin embargo, también tenemos que estar preparados para la posibilidad de que un grupo hostil les tendiera una emboscada. Deben tener en cuenta que ese continente carece de fuerza policial y sabemos que es utilizado como cuartel general por balleneros ilegales, pescadores de trasmallo, como vertedero de residuos tóxicos y otra docena de actividades ilegales. Estaremos...

—Estaremos a salvo siempre y cuando permanezcamos juntos, Aimee, y siempre y cuando todo el mundo siga las normas. No hay por qué tener miedo. Yo me aseguraré de que el capitán y sus hombres se encarguen de todos los detalles de seguridad y cuando nos queramos dar cuenta, todos estaremos de vuelta en casa, ¿verdad, capitán? —Silex se había colocado delante de los HAWC, dándoles la espalda.

Alex dejó que el silencio pendiera en el aire hasta que Silex hubo regresado a su posición. Hizo caso omiso del científico jefe y simplemente retomó su explicación por donde la había dejado.

—No esperamos encontrarnos con ningún problema, tan sólo estamos siendo cautos. Únicamente estamos aquí para asegurarnos de que nadie los moleste mientras estén realizando su trabajo. Veinticuatro horas como máximo en el hielo y a continuación regresaremos a casa.

Alex le sostuvo la mirada a Aimee. Tras un instante ella soltó el aire y asintió con la cabeza.

—¿Preguntas? —Transcurrieron treinta segundos antes de que Matt Kerns finalmente levantara la mano—. Adelante, doctor Kerns.

Matt esbozó una sonrisa bobalicona.

—Querría ir al baño.

A lo que Monica se acercó y le susurró.

—Oh, mira esa cara. Tiene ganas de meterte un tiro entre ceja y ceja.

Alex elevó la voz de nuevo.

—Quedan doce minutos para subir al helicóptero. En quince estaremos volando.

—Le dio la espalda al grupo y se reunió de nuevo con sus hombres.

Aimee sonrió mientras observaba cómo se marchaba. *Mmm*, todo apuntaba a que Silex no iba a salirse siempre con la suya. *Bien*, pensó.

Alex había dicho que no esperaban encontrarse con ningún problema, pero no había sido del todo sincero. El ejército había enviado a hombres competentes la última vez. Unos boinas verdes no desaparecen así como así, no sin dejar un poco de barullo y cadáveres de enemigos tras de sí. No era algo que unos pescadores o alguien que vierte residuos pueda hacer. Si habían sucumbido a los gases, entonces se trataba de una misión de recuperación de cadáveres. Si no era así, sus HAWC y él estaban preparados para encontrarse con cualquier fuerza oponente.

A pesar de que su tarea inicial era la de respaldar la misión científica, Hammerson le había dicho que tendría que asumir el mando en caso de que se toparan con alguna forma de agresión. Poseía autoridad unilateral para enfrentarse a cualquier enemigo.

Ahora que Alex había tenido la oportunidad de conocer y oír hablar a los miembros del equipo, se sentía aliviado, ya que casi todos parecían física e intelectualmente aptos para aquella breve pero ardua misión. Los dos científicos destacaban entre el resto, pero por motivos distintos. La mujer alta, Aimee, lo intrigaba. Sabía, por la información que le había sido proporcionada, que estaba preocupada por su compañero desaparecido, y eso explicaba su impaciencia, pero también podía detectar en ella un agudo intelecto y un grado de impulsividad y volatilidad que probablemente la hubiera metido en más de un problema. Permanecería cerca de ella; había mucha fuerza en esa mujer. Sin embargo, no sabía aún cómo reaccionaría si encontraban el cadáver de su colega.

A Alex le alegraba que ese fuera a ser un viaje corto, pues su verdadera preocupación era el científico jefe, el doctor Adrian Silex. Mucho se temía que aquel hombre padecería cierta confusión en cuanto a quién ostentaba la autoridad si tuvieran que permanecer más de veinticuatro horas allí, y aunque Alex lo toleraría y seguiría sus instrucciones, siempre y cuando coincidieran con la tarea que le había sido encomendada, no ocurriría lo mismo con sus hombres. Los HAWC obedecerían a su superior. Si algo le ocurriera a Alex, sería Johnson el que estaría al mando. Sus hombres ignorarían toda orden del doctor Silex, y confiaba en que el científico fuera lo suficientemente inteligente como para comprender los límites de su jurisdicción y no llevar su mal entendido liderazgo demasiado lejos. Tratándose de los hombres de

Alex, lo mejor que le podía pasar al doctor era que no le hicieran caso alguno.

Volaron durante prácticamente media mañana en un veloz helicóptero militar SeaHawk-S. Podía transportar a doce personas y más de cuatro toneladas de equipaje, pero puesto que no llevaban más que unos petates ligeros para un viaje tan corto, habían metido a todas las personas que habían podido en él y, a juzgar por cómo iban de apretujados, combustible extra, mucho combustible extra. En el helicóptero iban doce personas: los seis HAWC, Aimee, Silex, Matt, Monica y el personal médico.

Cada vez resultaba más evidente para Aimee que el viaje de Tom había sido más bien una expedición de rescate que contaba con un científico y un equipo de seguridad, mientras que este se asemejaba más a una fuerza de ataque con un apéndice científico y médico. Incluso el helicóptero en el que iban tenía un aspecto agresivo. Oscar Benson la había deleitado con un discurso sobre la artillería del helicóptero. Iba armado hasta los dientes con torpedos, misiles AGM-114 Hellfire, una ametralladora M60 y otra M240, una GAU16 y una minigun GAU17, para cuando una mayor precisión fuera necesaria. La velocidad que en esos momentos alcanzaba el helicóptero se debía a dos motores turboeje que proporcionaban mil seiscientos caballos cada uno y que permitían a aquella bestia alcanzar una velocidad de más de trescientos veinte kilómetros por hora. Benson había sonreído al concluir su descripción y había dicho:

—Puede llegar a su objetivo a una velocidad letal y marcharse antes de que lo haya oído siquiera acercarse.

Mierda, el equipo letal, el armamento. Aimee se temía que los militares creían que algo más que unos gases tóxicos habían dejado al equipo anterior fuera de combate. *Y una mierda que no esperan encontrarse con ningún problema*, pensó.

El primer viaje hasta la isla Macquarie, si bien el más corto, se les hizo eterno. Cuando finalmente la puerta del helicóptero se deslizó, reveló un paisaje desolador y granítico, con un viento gélido que ululaba su soledad a unas cuantas focas de ojos vidriosos que yacían en la orilla de las grises aguas. Se suponía que iban a bajar a estirar las piernas, pero el frío se le metió a Aimee en los huesos y se cubrió la cabeza con la capucha de su parka. Por suerte, los HAWC consiguieron repostar en tan sólo treinta minutos y retomaron rápidamente el viaje. Nadie habló en esa ocasión y la mayoría optó por dormir o mirarse introspectivamente el calzado. Incluso los HAWC, con sus monos blancos, se asemejaban a osos polares hibernando, reservando energías para las tareas venideras.

En el *Infierno* de Dante, el círculo inferior de Hades aparecía como un lago helado

que extraía toda la calidez del cuerpo y el espíritu humano. Esa imagen alegórica de gelidez perpetua era considerada una metáfora de la separación de la calidez de la gracia de Dios.

Aimee recordó esos pasajes de la obra del poeta italiano mientras contemplaba las vastas y llanas extensiones de terreno blanco cubierto de ondas de nieve congelada y hielo propulsadas por el viento. El frío le agujoneaba la nariz y hacía que le lloraran los ojos; hasta los dientes le dolían. Antes de marcharse, Tom le había dicho que era el lugar más frío de la tierra, con unos vientos terribles, llamados catabáticos, que podían alcanzar más de trescientos kilómetros por hora y congelar y gangrenar la piel en cuestión de segundos. *Lejos de la calidez de Dios*, pensó de nuevo Aimee, y respiró con un estremecimiento que le abrasó la garganta.

Se acurrucaron tras las puertas del helicóptero mientras los HAWC procedían a descargar rápidamente el equipo. Salvo los soldados, nadie parecía deseoso de bajar a un entorno hostil, donde el viento golpeaba toda parte expuesta del rostro y hacía que la respiración abandonara los cuerpos en columnas blancas, como una bandada de pequeños espectros.

El teniente primero John Johnson apareció por la puerta y gritó por encima del ululante viento:

—Muy bien, hemos descartado la presencia de gases, así que no necesitaremos el equipo de respiración autónoma. Las guías del anterior equipo siguen en su sitio, por lo tanto nos valdremos de ellas y echaremos un primer vistazo a la base de la cueva. Probablemente les resulte más agradable que estar aquí arriba.

Aimee se giró para despedirse con la mano del piloto del helicóptero antes de que este despegara de inmediato en dirección a la estación McMurdo para repostar. Las ráfagas de aire adicionales de las palas del rotor apenas si supusieron diferencia alguna para ellos con respecto a las ráfagas punzantes de viento que se arremolinaban a su alrededor.

El equipo se detuvo y contempló el enorme agujero que tenían ante sí. Descendía hasta una oscuridad total y no se veía ninguna pared en o bajo el borde, lo cual significaba que el punto donde se encontraban probablemente estuviera hueco por debajo. El estómago de Aimee le dio un pequeño vuelco y, por primera vez, sintió como si su cuerpo se negara a seguir avanzando. Intentó tranquilizarse con un «Vamos, chica, eres más dura que todo esto». Mientras aguardaba su turno en el borde del gigantesco agujero negro, no tuvo la sensación de que sus ánimos le estuviesen siendo de mucha ayuda.

En esos momentos ya habían bajado todo el equipo a la caverna y dos de los HAWC habían descendido por el borde. Otro de los soldados, que tenía que ser Tanque a juzgar por su tamaño, cogió a Monica y a Matt Kerns y les enganchó el arnés a una especie de cesta de descenso. Ésta era poco más que un asiento hecho de correas y unido a un cabrestante incrustado en el hielo. Tanque los acercó al borde, se llevó la mano al oído para recibir alguna comunicación de la cueva, asintió a los pasajeros y a

continuación los empujó con cuidado al abismo.

Cuando llegó el turno de Aimee, Tanque la agarró por el arnés y la acercó con cuidado al borde. Menos mal que aquel fortachón la estaba llevando, porque seguramente sus piernas se habrían negado a moverse. Las mariposas que instantes antes había sentido se habían convertido en un remolino vertiginoso que amenazaba con desbordarse por su boca. Se miró los pies, en esos momentos junto al borde del agujero negro, y la cabeza empezó a darle vueltas. Justo cuando estaba a punto de perder la consciencia, oyó la voz grave de Tanque cerca de su oído:

—Doctora Weir, no cierre los ojos, no mire hacia abajo. Céntrese en mí o en la cuerda.

Ella le sonrió, pero menos mal que este no pudo ver su expresión, pues mucho se temía que se asemejara más a un rictus de terror que a otra cosa. Tanque finalmente la empujó y descendió a la oscuridad. Se le llenó la boca de saliva y tragó con fuerza mientras se concentraba en la cuerda que tenía ante sí; nunca antes las fibras de una cuerda le habían resultado tan hipnóticas.

Los descensos prosiguieron durante veinte minutos, pues los HAWC intentaron darse toda la prisa posible para resguardarlos de los elementos. Cuando Aimee tocó el suelo de la cueva, lo que le llamó inmediatamente la atención fue el tamaño de esta. El equipo había sido desembalado y las luces colocadas apuntando al exterior de su campamento, dispuesto en el extremo sur del área a la que habían descendido. Rocas del tamaño de camiones se amontonaban en el centro, entre algunos restos de fuselaje del avión; sin embargo, el resto de la cueva estaba sorprendentemente vacío. Hacía más calor allí que arriba, expuestos al viento antártico; de hecho, hacía mucho más calor del que debería. El equipo se había quitado la ropa de nieve y ahora sólo llevaba los monos de espeleología. Por el momento ninguno había necesitado encender el frontal de su casco, pues todavía seguían cerca de la gigantesca columna de luz que se filtraba por el techo.

Unos minutos tras pisar el suelo, los efectos finales del vértigo abandonaron los músculos de Aimee y su visión se aclaró, por lo que procedió a mirar a su alrededor para encontrar algo del equipo de Tom o cualquier pista sobre su paradero. Podía sentir las gotas de sudor bajo el casco y, cuando se quitó su voluminosa parka, Silex apareció tras ella. Aimee se volvió y le preguntó:

—No debería hacer tanto calor. ¿Actividad volcánica, quizá?

Silex asintió.

—Mmm. Debe de hacer veinte grados más aquí que allí arriba. Sin embargo, tiene sentido. La Antártida sigue estando geológicamente activa. Nosotros, moradores de su superficie, lo desconocemos porque la mayor parte de las veces ocurre bajo el hielo. De hecho, el monte Erebus está en constante erupción.

—Probablemente tenga razón. Eso explicaría por qué la capa de hielo es tan fina aquí, lo que permitió que el avión la atravesara, y por qué este sistema de cuevas no está totalmente congelado. —Aimee cogió aire y arrugó la nariz—. ¿Huele eso? Es

un olor extraño, fuerte y acre. Parecido al amoniaco.

Silex se acercó a ella.

—Los aceites combustibles subsuperficiales pueden contener todo tipo de contaminantes naturales: alcanos, cicloparafinas, hidrocarburos aromáticos. Qué demonios, si he olido petróleo extraído de las profundidades que al principio olía a rosas y a huevos podridos un segundo después. Cada vez es diferente. —Silex intentaba parecer disoluto, pero la estaba observando con lascivia—. Me encanta el trabajo de campo.

A ella no le gustaba la manera en que la estaba mirando mientras hablaba.

—Aimee, sé que echa de menos a Tom y que no quiere mi compasión, pero averiguaremos qué le ha ocurrido. Espero de veras que podamos trabajar juntos y que aprendamos el uno del otro. Puedo ayudarla mucho con su carrera. Es más, creo que debería dirigir su propia empresa; sabe que es lo suficientemente buena. Para mí sería un placer ayudarla en todo lo que estuviera en mi mano. —Movi6 la cabeza ligeramente de arriba abajo, cual garza escudriñando a unos renacuajos. Fue a cogerle el brazo. Aimee se lo interceptó con la mano y lo tornó en un amigable apretón de manos.

—Es muy amable por su parte, doctor Silex, gracias. —Tal vez estuviera siendo demasiado susceptible. *Quizá tenga una personalidad diferente a lo que estoy acostumbrada*, pensó. *Probablemente esté más preocupado por mí que otra cosa*. Le soltó la mano, asintió con la cabeza y sonrió.

—De acuerdo, hágamelo saber si puedo ayudar. Bueno, tenemos trabajo que hacer. Y, por favor, llámeme Adrian. —Tras eso se dio la vuelta, se despidió amigablemente con la mano y se dirigió hacia el grupo principal.

Monica examinó con detenimiento la enorme oquedad. Por su experiencia, sabía que las cuevas podían ser tanto húmedas y musgosas como secas y polvorientas, y en su mayor parte, a menos que se hubieran formado por un movimiento de tierra, eran geológicamente muy antiguas. Esa cueva la intrigaba, era extraña. Tenía que tener millones de años de antigüedad, pero había áreas que parecían haber sido excavadas recientemente, a pesar de que en términos geológicos, «reciente» podía significar «decenas de miles de años». El techo era tal como esperaba, pero en el suelo y las paredes de la cueva había señales de que algo se hubiera arrastrado por ellos, erosionando toda protuberancia. Los conductos glaciares podían hacer eso: el movimiento de un hielo denso y pesado bajo tierra podía erosionar la piedra durante miles de años, pero por lo general necesitaba algo más que una leve pendiente. Era extraño.

La luz que provenía del exterior, unida al hecho de que sus ojos se estaban acostumbrando a aquella semipenumbra, le permitía escudriñar las paredes más lejanas con mayor detalle. Para los demás, aquello sería poco más que una cueva,

pero para Matt Kerns era una imposibilidad mágica.

—¿Será, no será? No es maya, no, no, mucho más antiguo, mucho, mucho más antiguo. —Se separó del grupo y Monica fue tras él para intentar que aminorara el paso.

Alex se percató del tumulto y llamó a Takeda, señaló con dos dedos a sus ojos y a continuación a la espalda de Matt. Takeda asintió y los siguió. Una vez Matt estuvo entre los restos, se quedó quieto unos segundos, moviendo su linterna de un lado a otro para poder verlo todo. Aunque estaban muy desgastadas, de las rocas desprendidas podían distinguirse dos enormes cabezas de piedra, con los labios enteros, narices chatas y rostros anchos y planos. Ambas medían más de dos metros y medio y parecían pesar cerca de veinte toneladas cada una. También había lo que parecían restos de una morada, no construida delante de la pared, sino tallada en esta.

—Uau, ¿son estas las ruinas mayas con las que estabas tan emocionado antes de partir? —preguntó Monica.

—Sí. Quiero decir, no. Parecen mayas, pero son más antiguas. Más que la civilización olmeca, miles de años más, pero aun así comparten ciertas similitudes. Las estatuas mayas fueron talladas para representar a sus gobernantes como seres benignos y poseedores de todo conocimiento. Estos parecen sentir dolor o miedo y no sé qué se supone que representan esos bucles a su alrededor..., espera, hay escritos pictóricos.

Matt se metió la linterna en el bolsillo y se acercó a otra sección, intentando mantener el equilibrio entre la montaña de escombros mientras al mismo tiempo tomaba múltiples fotografías de los objetos. El rincón de la cueva donde estaban trabajando se iluminó y oscureció al compás de su cámara fotográfica.

—¿Puedes descifrarlo? —preguntó Monica.

—Son pictoglifos, símbolos pictóricos. Es escritura, pero en una serie de imágenes. No se leen, se interpretan. Dudo mucho que alguien sea capaz de traducirlo todo en la actualidad. El problema es que los símbolos no representan letras; en ocasiones son sílabas, palabras, en otras sonidos o incluso ideas. Primitivo y complejo al mismo tiempo, pero aun así un sistema de lenguaje fonético completo. Parece maya u olmeca. Los olmecas tenían cerca de doscientos caracteres, los mayas más, incluso. Sin embargo, aquí hay imágenes que no había visto nunca antes. ¿Sabes?, probablemente sólo existan dos personas en todo el mundo que se atrevan siquiera a intentar descifrar esto, y una de ellas está en Centroamérica en estos momentos.

—Vale, dímelo. ¿Quién es el otro?

Matt había cogido de nuevo la linterna. La puso debajo de su barbilla y sonrió.

—Retrocede, belleza, aquí es donde la magia ocurre. Ahhh, si tuviera más tiempo, seguro que podría descifrar mejor el significado. Lo máximo que puedo hacer es una traducción parcial, y en este punto serán más suposiciones que certezas. No me culpes si te digo que habla de un chico con un plátano metido en la oreja.

Matt recorrió con las manos parte de los glifos, y a continuación pasó a otra sección, buscando por dónde empezar.

—Interesante. Algunos de estos símbolos parecen mesoamericanos. Este glifo de aquí que representa a dos guerreros idénticos de rodillas es muy similar a uno maya que representa a dos hermanos semidioses, del mito original de su creación. Se llamaban Hunahpú e Ixbalanqué y se pasaron la vida molestando o aventajando a dioses problemáticos. —Matt siguió escudriñando los relieves, entrecerrando los ojos ante ciertas imágenes, moviendo los labios como si estuviera intentando dar con la palabra exacta antes de continuar.

Sin darse la vuelta, empezó a hablar de nuevo.

—Vale, esto podría ser una especie de variante de uno de los mitos mayas más antiguos, pero hay tantos caracteres diferentes que voy a tener que saltarme algunas cosas. Por lo que puedo traducir, cuenta la historia de un inframundo oculto o secreto. —Matt pasó a la siguiente fila de símbolos y prosiguió—: Los moradores de este monstruoso inframundo tenían una mezcla de características humanas, reptiles y de otros animales. Eso puede significar que o bien sólo se está refiriendo a partes de esos animales o que optaron por convertirse en todos ellos a la vez. También cuenta cómo el rey envió a un ejército en un viaje a un reino de horrores bajo tierra para derrotar a los enemigos de «Toda la gente». Mmm, no sé qué significa lo que está a continuación, ni esto... Extraños símbolos. ¿No tendrás una piedra de Rosetta a mano, verdad?

Matt se había dado la vuelta para enfocar con la linterna a Monica, que articuló con la boca la palabra «magia» y arqueó las cejas. Matt se rió entre dientes y volvió a la traducción.

—Vale, antes de llegar a su destino, fueron atacados y casi todo el ejército fue capturado o diezmado por el gobernante del inframundo, el Qwotoan. Los únicos que regresaron para contar la historia fueron los hermanos. Uau, ¿ves esto? Es parecido al sistema numérico maya. Hay un número base y el punto de encima representa que está multiplicado por diez. —Matt señaló un símbolo con docenas de puntos marcados encima—. Creo que esto de aquí representa a miles de muertos. No, no es posible, debo de estar traduciéndolo mal.

Matt paró de hablar e hizo una mueca.

—Qué extraño, la última parte parece haber sido escrita después. Incluso el estilo del glifo es ligeramente diferente. Creo que simplemente dice: «¡Estamos perdidos, Qwotoan se acerca!».

Matt se arrodilló junto a las piedras y rebuscó entre unas piezas planas que se habían desprendido de la cara de la pared. Sus labios se movían mientras descartaba unas piedras y seleccionaba otras, relatándose a sí mismo la historia de aquella antigua civilización. Estaba recorriendo con sus manos un fragmento de piedra plana con unas marcas que sobresalían levemente cuando Monica le tocó el hombro. Se volvió y sostuvo el pequeño fragmento de piedra en alto para que ella lo viera.

Mostraba una serie de pequeños símbolos con la antigua imaginería iconográfica de aquella cultura largo tiempo extinta, que representaban lo que parecía un guerrero enredado en una especie de cuerda o tentáculo. Otra imagen, más pequeña, mostraba un ojo que contemplaba una ciudad rodeada de puntos y garabatos.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó Monica mientras se arrodillaba a su lado y escudriñaba la piedra tallada.

Matt estaba contemplando la piedra y se quedó pensativo unos instantes antes de continuar.

—Sigue hablando sobre el descenso de los hermanos guerreros para encontrar a Qwotoan y matar al «Devorador» o al «Insaciable», no estoy seguro. ¿Por qué me suena el nombre de Qwotoan? Maldita sea, no puedo descifrar todos estos pictoglifos sin algo más de tiempo. Este lenguaje tiene caracteres que podrían ser olmecas, algunos mayas, aztecas, otros se asemejan incluso a jeroglíficos egipcios; y esta parte de aquí bien podría ser hasta sumeria. Está todo mezclado. Podría ser una forma de lengua madre o raíz. Pero ¿por qué está aquí? ¿Por qué estuvieron aquí?

—¿Y dónde están ahora? —preguntó Monica—. Es como si hubieran desaparecido.

—Este lugar probablemente fuera tan sólo un asentamiento, pero este símbolo es una referencia a la «Ciudad», y este de aquí se parece a la raíz maya para agua, «Atl», y la palabra olmeca para tierras circundantes. No, un momento, podría referirse a tierra rodeada por agua. —Se giró sobre sí mismo—. Existen un montón de historias antiguas sobre un continente perdido. La Antártida no siempre estuvo congelada bajo un kilómetro y medio de nieve, y mucha gente especula con lo que puede haber debajo de la gruesa capa de hielo de este continente. ¿Cómo es posible que los cartógrafos del siglo quince pudieran trazar mapas de la costa de la Antártida que existe bajo el hielo, cuando los de nuestro tiempo sólo pudieron lograrlo hace apenas unas décadas y con ayuda de medios sismográficos? Muchas de esas razas antiguas cuentan con leyendas de antepasados que llegaron del mar tras una gran catástrofe en su tierra natal. Esas leyendas hablan de que sus tierras se hundieron, o descendieron, tal como se ha interpretado siempre, pero ¿y si no se referían a hundirse bajo el agua, sino bajo el hielo?

—Doctor Matthew Kerns, ¿no irá a decirme que esto es la Atlántida? —preguntó Monica con incredulidad.

—No he dicho eso. La Atlántida era una historia alegórica de Platón. Sin embargo, en las leyendas mayas y olmecas, incluso en las aztecas, se hace referencia directa a un lugar llamado Aztlán. Los mayas creían que habían llegado a las Américas desde un paraíso llamado Aztlán que se hundió y desapareció. —Matt reorganizó sus pensamientos—. Existe una parte de un antiguo código maya llamado manuscrito Troano que hasta la fecha se ha resistido a una traducción completa. Sin embargo, en el siglo XIX, un arqueólogo clásico llamado Augustus le Plongeon intentó hacer una interpretación parcial. Su reconstrucción habla de una leyenda

transmitida de generación en generación durante siglos sobre la tragedia de una «gran ciudad del oro», que fue engullida en un terrible cataclismo que tuvo lugar casi diez mil años antes de la escritura de ese código.

—Ajá, ¿y según él, los mayas conocían este lugar? ¿Y qué le ocurrió a él? — Monica miró a Matt con una expresión que parecía irradiar una mezcla de incredulidad y fingida seriedad.

—No dijo que lo conocieran, exactamente. Llamó al país «Mu», pero nadie respaldó su investigación y, claro está, no había datos que pudiera cruzar para validar sus afirmaciones. Su trabajo se vio desacreditado por ello, aunque una cosa que mis estudios me han enseñado es que las civilizaciones extraordinarias van y vienen, pero tarde o temprano la tierra nos las trae de vuelta. —Los ojos de Matt refulgían de excitación.

—No puedo creérmelo. ¿Lo desacreditaron porque la llamó «Mu»? —Monica no pudo evitar reírse y Matt se puso de pie de un brinco, tirando de ella.

—Muy graciosa, mujer de las cavernas. Vamos, hay que encontrar más pruebas, esto podría ser muy grande.

Alex se subió a una pequeña roca y alzó la voz para que lo oyeran todos los miembros del equipo.

—Damas y caballeros, reunión informativa en quince minutos. Disfruten de su café caliente mientras puedan, pues no lo llevaremos al interior de las cuevas. Les ruego que revisen y guarden los equipos que vayan a necesitar; en poco tiempo estaremos muy ocupados. —Se bajó de la roca sin decir nada más. No era momento para preguntas y respuestas.

Se dio la vuelta hacia sus hombres en el mismo momento en el que Tanque le pasaba una mochila con correas igual que la que los demás ya llevaban. De ella sacó una caja negra rectangular, que en sus manos repentinamente se desplegó y replegó en lo que parecía un fusil de Armalite de tecnología puntera. Alex y su equipo estaban listos. Golpearon sus puños y acababan de gritar «Vamos HAWC» cuando Johnson se dirigió a Alex.

—Viene alguien, jefe. —Asintió con la cabeza por detrás del hombro de Alex hacia Aimee, que se acercaba hacia ellos con la cabeza gacha y expresión de desagrado en su rostro. Pero no era necesario que le dijera que la científica se estaba acercando: ya había oído sus primeras pisadas antes incluso de que Johnson hubiera hablado.

—¿Cree de veras que es buena idea efectuar disparos en una cueva, capitán? Ya no hablo del peligro que implica que puedan rebotar, pero ¿se ha planteado siquiera la facilidad con que podría prenderse una fuga de gas natural estando tan cerca como estamos de la superficie?

—No, doctora Weir, me temo que no. —Alex cogió el fusil y a continuación procedió a apuntar con él a la cola del avión estrellado. Apretó el gatillo. Se oyó un silbido y un sonido como el del aire cuando atraviesa una tubería y una pequeña sección del estabilizador de la cola del avión desapareció como por arte de magia—. Ni rebotes, ni estruendos, ni pólvora. El M98 con proyectiles de gas es una variación del M16, aunque probablemente se parezca más a un arma de paintball. Utiliza un pasador rotatorio propulsado por gas que gira a novecientas revoluciones por minuto. Sin embargo, doctora Weir, la principal diferencia es que no necesita cargador. Dispara un suministro ilimitado de bolas supercomprimidas de aire. Estas pueden calibrarse para atravesar acero de un centímetro y medio de grosor o para dejar KO a un hombre a quince metros de distancia. Es extremadamente ligero y se pliega hasta alcanzar el tamaño de un plato llano. Su único defecto es que su alcance es de unos setenta y cinco metros. No debería ser un problema en una cueva, doctora Weir.

Alex vio que Aimee negaba con la cabeza como si estuviera intentando zafarse de

algún pensamiento. *Esa impulsividad de nuevo*, pensó. Sus ojos se calmaron. Incluso en aquella cueva oscura pudo percibir un cambio de color casi físico en sus ojos conforme la ira iba desapareciendo.

—Lo siento, tenía que habérmelo imaginado. Estoy un poco nerviosa y susceptible. Mmm, probablemente también me pasara un poco cuando les llamé cabezas cuadradas.

Alex sonrió por vez primera.

—Doctora Weir, tengo un superior que emplea un lenguaje que haría sonrojar a un pirata borracho. No tiene por qué disculparse. —Fue a darle un apretón de manos, pero retrocedió y se quitó el guante negro. Cuando vio que se lo quitaba, Aimee hizo lo mismo antes de estrecharle la mano.

—Capitán, llámeme Aimee, por favor.

—Será un placer, Aimee. Usted puede llamarme Alex.

Le sostuvo la mano, la miró a los ojos y sonrió de nuevo. *Es guapa*, pensó. Se reprendió mentalmente. *Olvídalo, no estás aquí para eso, quizá en otra vida*. Le soltó la mano y ella regresó al grupo y al olor del café rehidratado que estaban preparando.

Alex se volvió y pilló a sus hombres sonriéndole de oreja a oreja. Los miró de tal manera que estos se quedaron inmóviles y bajaron la cabeza para continuar revisando el equipo. Llamó a su subteniente.

—Takeda.

—Sí, señor.

—Informe al cuartel general de que hemos descendido y que procederemos a un primer barrido a las veintiuna horas. Solicite también cuáles son las últimas instrucciones. Una vez nos adentremos en las profundidades de la cueva, tal vez perdamos potencia en la señal.

Tras eso se volvió y contempló aquella cúpula similar a la de una catedral. Aunque habían descartado la presencia de gases, había un olor extraño que no conseguía ubicar. Alex no había sentido nada parecido al miedo en mucho tiempo, pero había algo allí abajo que le inquietaba.

—Johnson, coja a Benson y a Tanque y efectúen un reconocimiento del lugar del siniestro. Regresen en veinte minutos. Mike, usted vendrá conmigo y con el equipo de científicos. Takeda, únase a nosotros cuando haya terminado con las comunicaciones. Permanezcan alerta, algo no marcha bien.

Aimee le pasó a Alex una pequeña taza de humeante café.

—Vengo en son de paz —dijo.

Alex aceptó la bebida caliente y dijo:

—No era necesario, no estamos en guerra.

—El doctor Silex y yo tendremos que alejarnos más de la interferencia de la abertura de la cueva para obtener alguna lectura significativa de los escáneres

estratigráficos. Ya va a ser bastante complicado estando tan cerca del polo, pues las ondas magnéticas crearán mucha distorsión; tenemos que adentrarnos a mayor profundidad y al menos excluir así los problemas ionosféricos.

Alex sabía que Aimee tenía otra cosa rondándole en la cabeza. Le dio tiempo para que reuniera el coraje suficiente para preguntar.

—Esto... He estado hablando con su equipo médico. Al parecer uno de los miembros es médico militar y también ingeniero, y el otro tiene experiencia en biomedicina... Una selección algo extraña para una misión de rescate. ¿A qué se debe?

Alex se la quedó mirando unos segundos, ponderando si debería o no mentir, y finalmente tomó una decisión.

—Doctora Weir, Aimee, mire a su alrededor. —Paró de hablar mientras ella así lo hacía—. Más de treinta personas han entrado en este agujero en los últimos siete días. ¿Qué es lo que ve?

Aimee miró a su alrededor de nuevo y vio el avión siniestrado, rocas fragmentadas y una oscuridad impenetrable a su izquierda y derecha. Miró de nuevo a Alex.

—Vale, ¿dónde están todos entonces?

—Esto no es una misión de rescate. No creo que haya supervivientes que rescatar. No hay cuerpos, ni restos, no aparece nada en los sensores de movimiento ni en los escáneres térmicos. Aquí abajo sólo estamos nosotros. El objetivo principal de la misión sigue siendo el mismo: estamos aquí para ayudarles en su trabajo y evacuarlos en exactamente veintitrés horas. —Alex paró de hablar un momento para que Aimee lo asimilara todo—. El objetivo secundario es determinar la ubicación del grupo inicial y el motivo de la interrupción en las comunicaciones. Pero no nos llevaremos restos ni cuerpos, a menos que sean necesarios como muestras forenses para posteriores investigaciones. Lo lamento.

Alex notó cómo la ira iba manifestándose en los ojos de Aimee. *Aquí viene otra vez*, pensó.

—No vamos a abandonar a Tom ni a nadie en esta cueva dejada de la mano de Dios. Usted mismo lo ha dicho, podrían haber quedado atrapados por un desplazamiento de las rocas. Esta área sigue siendo geológicamente activa, usted bien lo sabe. Si él o cualquier otra persona estuvieran con vida, sería un asesinato.

Aimee se dio la vuelta para marcharse, pero chocó contra el codo de Alex y se le escurrió el café de la mano. El vaso cayó al suelo, vertiendo un chorro en su caída. Los reflejos de Alex le tomaron la delantera a su sentido común; vio que la mujer estaba a punto de caerse o de quemarse con el líquido caliente y actuó. En un único y ágil movimiento cogió la taza en el aire y recogió con esta el líquido, a punto de verterse al suelo. Con la otra mano cogió a Aimee por el codo y la mantuvo erguida.

Mierda, pensó. Recordó el requisito de Hammerson para poder volver al servicio activo: «Nada de demostraciones innecesarias de su capacidad física a menos que sea

para evitar o desviar un posible daño a sí mismo o a los miembros más cercanos de su equipo».

Le pasó la taza de café.

—Vaya, ha habido suerte.

Alex vio que Aimee lo miraba estupefacta y dudó que esta creyera que el haber cogido la taza en el aire se hubiera debido únicamente a la buena fortuna. Tenía que ser más cuidadoso. Aimee fue a abrir la boca para decir algo justo cuando sus hombres aparecieron para proceder a dar los informes de campo.

—No se preocupe, Aimee. Si puede ser encontrado, lo encontraremos. —Alex le mantuvo la mirada unos segundos y luego la apartó. Se disculpó y se alejó un poco del lugar con su equipo de HAWC.

Johnson fue el primero en hablar.

—Ni cuerpos, ni restos. El avión muestra signos importantes del accidente como cabría esperar de una colisión a semejante velocidad. Hay salpicaduras de masa craneal en la cabina, probablemente por el impacto, pero allí tampoco hay cuerpos, ni siquiera miembros.

Tanque relató a continuación el resultado del rastreo del perímetro de la cueva.

—Hay señales de movimiento hacia el interior de la caverna sur. Todo apunta a que el equipo entero fue por allí. —Señaló en la dirección de la cueva—. Hay pisadas bastante separadas, lo que indica que algunas personas iban a más velocidad. También hay señales de haber arrastrado algo, pero no sé el qué, tal vez provisiones, quizá cuerpos.

—¡Capitán! —Alex estaba a punto de formularle una pregunta a Tanque cuando la voz nasal del doctor Silex rompió el círculo de los soldados y puso fin a los informes. El científico se acercó y miró a Alex.

—Capitán Hunter, esto no va bien, esta zona es un enjambre de geologías variantes y de espacios huecos, y con las interferencias magnéticas del polo no podré obtener ninguna lectura correcta. Tenemos que movernos. Tiene que llevarnos a más profundidad.

—¿Huele eso, doctor Silex? No me huele a petróleo.

—Claro que lo huelo. ¿Es usted petrobiólogo? ¿O geólogo, tal vez? Capitán, el crudo puede contener cientos de contaminantes químicos diferentes, demasiados como para que se lo explique aquí y ahora. Si le molesta, póngase su máscara antigás, pero necesitamos adentrarnos más en la cueva. Es una orden, capitán.

Alex hizo caso omiso de la oficiosidad de Silex y miró hacia la oscura abertura de la caverna sur. No le emocionaba la idea de meter a los civiles allí. Había algo más aparte de un contaminante químico, algo biológico en ese olor. También podía oír leves ruidos líquidos que provenían de las profundidades de la cueva y que habían puesto todos sus sentidos en alerta. Le habría gustado entrar con sus hombres primero y dejar a los científicos allí. Sin embargo, sin más información, lo único que tenía era ese mal presentimiento y ningún motivo en concreto para retenerlos allí por más

tiempo.

—De acuerdo, seguiremos el rastro al interior de la cueva. Eso también les proporcionará a la doctora Weir y a usted más profundidad, y por lo tanto protección frente a las interferencias. Benson, usted estará al mando de las comunicaciones y se encargará de vigilar el campamento base en caso de que lo que quiera que hiciera a esa gente correr al interior de la cueva nos haga salir. Johnson, usted encabezará la marcha. Tanque y Mike, flancos izquierdo y derecho. Takeda, retaguardia, que nadie se quede rezagado. Permanezcan alerta y a la vista. —Sus hombres asintieron al unísono—. Que todo el mundo se ponga las gafas de visión nocturna y los intercomunicadores y que me confirme que funcionan correctamente.

Todos los HAWC sacaron de la mochila otro objeto. Era un dispositivo para el casco, elástico y pequeño, con dos brazos no más gruesos que un cable que terminaban en una especie de protuberancia en cada extremo. Uno descendía hasta la boca y el otro junto al oído. Esto permitía una audición perfecta. Los auriculares normales tienden a reducir la audición en estéreo y por tanto ralentizan la ubicación del origen del sonido, algo que podía llegar a ser fatal en situaciones de combate. Al otro lado de la cabeza, en esos momentos retraído, había una versión en miniatura del dispositivo de visión nocturna ATN Patriot. Con un iluminador de infrarrojos incorporado, permitía ver incluso en una oscuridad total.

Las luces del casco eran en realidad para beneficio del equipo científico, y los HAWC sólo las utilizarían para que los civiles se sintieran más cómodos. Sin embargo, los soldados sabían que si las cosas empezaban a ponerse feas, tendrían que apagarlas y se convertirían en silenciosos y letales espectros en la oscuridad.

—Hora de ponerse en marcha, que todo el mundo recoja sus cosas y esté listo. Vamos allá. —Mientras sus hombres se apresuraban a prepararlo todo, Johnson se quedó rezagado y se acercó a Alex.

—¿Qué opina, jefe? —Aunque el teniente primero era mayor y tenía más experiencia que Alex, respetaba mucho la capacidad y los extraordinarios sentidos de su capitán.

Alex entrecerró los ojos.

—Ese olor... y puedo oír algo, algo que se arrastra o se desliza... un movimiento fluido. Tenemos que permanecer alerta. Ya no estamos en Kansas, Totó.

Johnson se rió por lo bajo.

—Eh, con las brujas me las puedo apañar. He estado casado, ¿recuerda? —Corrió hacia la oscuridad para encabezar la marcha.

En la superficie antártica, a treinta metros del agujero, la nieve se movió. Tres hombres vestidos de blanco salieron de su escondite y corrieron al borde del cráter. Se tumbaron boca abajo junto al borde del foso y el más grande sacó un tubo cubierto con una tela blanca que sostuvo a la altura del ojo. Borshov se valió del telescopio de

vigilancia para ver por el borde sin proyectar la sombra de su cabeza. Ajustó el aumento y miró.

Borshov y sus hombres también habían estado viajando dos días sin descanso. Primero en saltos supersónicos por Oriente Medio, Libia y Nigeria, cruzando el Atlántico, y a continuación descendiendo por la costa de Argentina. El Sukhoi S21 ruso tenía una capa de ferrita de carbonito y había alcanzado velocidades de mach 1 sin aparecer ni una sola vez en los radares. Los agentes del equipo Krofskoya habían cambiado de transporte en Ushuaia, en el Cabo de Hornos, donde un helicóptero Kamov los aguardaba. Los mil trescientos caballos de potencia de su motor Rybinks les habían permitido surcar el aire helado a más de trescientos cincuenta kilómetros por hora. El joven piloto, tras contemplar las olas, se había vuelto hacia Borshov y se había quejado de que estaba llevando el helicóptero al límite. El gigante ruso había ido a la cabina y le había quitado los auriculares de comunicación. Le había susurrado algo al oído antes de volver a su asiento. El piloto no se había vuelto a quejar; ni siquiera se giró para mirarlos cuando se bajaron del helicóptero.

Desde su telescopio, Borshov vio que los estadounidenses habían establecido un campamento a los pies de la pared sur y que se dirigían al túnel en esa misma dirección. También detectó que habían dejado a un hombre para asegurar el campamento base; a juzgar por su tamaño y por la manera en que se movía, no era un científico. Si estaban con Alex Hunter, tenía que ser un SEAL al menos, o peor todavía, un HAWC. Habría que neutralizarlo antes de proseguir.

Borshov sabía que el helicóptero los esperaba en la base de investigación abandonada de Leningradskaya. Le daba igual. Lo único que le importaba en esos momentos eran Alex Hunter y su misión. No quedaría ni rastro de ellos cuando se marchara. Les concedería a los estadounidenses algunos minutos para que se adentraran en los túneles y a continuación comenzarían con su operación.

La criatura percibió que más sangres cálidas se acercaban lentamente, como las que había vuelto a saborear hacía poco. Eran pequeñas, pero había suficientes como para poder alimentarse de ellas. Era el más grande de su especie y había visto pasar muchos milenios en ese cálido y profundo mar verdoso bajo el hielo. Los animales pequeños podían ser imitados con facilidad, pero sus sonidos eran aún demasiado complejos como para copiarlos. Siguió avanzando, acariciando la idea de poder saborearlos de nuevo.

Las órdenes de Benson eran sencillas: asegurarse de que el equipo tuviera un camino rápido y despejado para la extracción si esta fuera necesaria. Comprobó rápidamente que la unidad de radio SINGARS funcionara. El pequeño pero potente sistema de comunicaciones utilizaba una LPI, o baja probabilidad de interceptación, para obstruir la intrusión de transmisiones no autorizadas. Mediante el uso de saltos automáticos de señales, cambiaba su frecuencia cientos de veces por segundo durante la transmisión, lo que prácticamente imposibilitaba interceptar la señal. Las unidades auriculares de los HAWC no eran lo suficientemente potentes como para comunicarse directamente con el mando, así que las comunicaciones serían transmitidas a la unidad de Benson, que a su vez las rebotaría al exterior de la cueva hasta otro repetidor emplazado en el sur de Australia. Satisfecho, el soldado bajó la tapa de la caja para cubrir sus leds parpadeantes.

Apagó todas las luces del campamento, desdobló una tela opaca y se cubrió con ella. La tela absorbía la luz y ocultaba la forma humana. No se movió, se convirtió en parte de las piedras de la cueva. Había escogido una posición de espaldas a la pared occidental, desde la que podía cubrir todos los cuadrantes. Únicamente sus ojos y el arma se distinguían por entre la tela. En todos sus años como soldado de élite jamás había cometido error alguno, incluso cuando había sido capturado en Afganistán y torturado durante tres días. Le habían cortado los dedos poco a poco y no había hablado, no había flaqueado. En esa profesión, un error marcaba la diferencia entre la vida y la muerte.

El ruso se movió alrededor del agujero hasta el extremo este. Montó su fusil de francotirador Dragunov SVDS. Ese modelo, con el cañón más corto, supresor de destello y estructura de polímero, era su elección para los disparos a cierta distancia. Colocó el silenciador. Los nuevos silenciadores rusos usaban cámaras deflectoras para modificar la frecuencia del sonido más allá del rango de audición humana; proporcionaba unos disparos casi inaudibles (menos disfrute para el corpulento asesino, pero una necesidad cuando el silencio era de vital importancia en la operación).

El sexto sentido de Benson andaba tintineando y cambió a la visión nocturna. Estaba siendo observado, pero ¿desde dónde? Escudriñó rápidamente en un arco alrededor de su perímetro y a continuación miró hacia el techo.

La bala, de plástico y con punta, le entró directamente en la frente, entre los ojos. La punta de la bala había sido diseñada para romperse en el lugar de entrada. Ésta había hecho su trabajo. El resto de la bala era hueco. Se ensanchó en el interior de la cavidad craneal de Benson, convirtiendo su cerebro en sopa. Cayó hacia delante. Había dejado de existir.

Uli Borshov dibujó con la mano un círculo en el aire. Los otros dos agentes salieron de sus escondites en la nieve y los tres corrieron al cabrestante.

Como dirían los estadounidenses, ¡hora de unirse a la fiesta!

Con sus hombres ya desplegados alrededor de los científicos, Alex debería haber sentido cierto grado de seguridad. Sin embargo, su inquietud previa no había cesado. De hecho, cada vez era más fuerte. Tampoco podía zafarse de la sensación de que los estaban observando, o siguiendo.

Ya lejos de la columna de luz, el equipo entró en una oscuridad completa y, tras los hombros de Alex, las linternas de los científicos dibujaban columnas de luz que oscilaban en todas direcciones. Eso le dio la oportunidad de escudriñar los alrededores. El túnel carecía en su mayor parte de rasgos especiales, sin las típicas formaciones que se presuponen a un sistema de cuevas tan largo y antiguo. Las paredes, el suelo y los techos eran lisos, quizá por la acción del hielo o del agua, como había dicho Monica, pero aun así no parecía normal. Incluso Alex podía sentir el peso del silencio; de no ser por las múltiples pisadas, tal vez habría escuchado sus propios latidos. Alex pudo así oír que ninguno de ellos respiraba con dificultad a pesar de que la pendiente descendía. La mayor sorpresa para el capitán fue la temperatura: cuanto más se adentraban, más calor hacía.

Tras caminar sin parar durante una hora, Alex les concedió un descanso de diez minutos. Ordenó a Johnson que siguiera avanzando durante cinco minutos más y que luego regresara para informar. El HAWC asintió a la orden con un breve «afirmativo», encendió la visión nocturna y desapareció en la quietud de la oscuridad.

Adrian Silex, detrás de Alex, dijo con su tono nasal:

—No lo comprendo, primero parece que tenemos bolsas de aire bajo nosotros y un segundo después tenemos agua. No entiendo cómo el doctor Hendsen pudo siquiera recibir lecturas positivas a menos que estuviera a mucha más profundidad que esta. Si no encontramos un lugar geológicamente estable donde establecer la base de pruebas, no podré obtener una lectura clara y habremos perdido el tiempo. Capitán, ¿sería posible avanzar un poco más rápido?

Borshov estuvo un buen rato revisando el equipo y el traje de Benson. Necesitaba

saber qué habían portado consigo los HAWC y con qué tendría que vérselas. Sostuvo el M98 del cadáver y observó a través de la mira. Lo ocultó entre unas rocas. *Siempre es bueno guardarse un poco las espaldas*, pensó. Los otros dos asesinos rusos no perdieron un segundo y destruyeron el equipo de comunicaciones y todo aquello que pudiera ayudar a los estadounidenses. Parecían tres enormes insectos alienígenas, con sus trajes de infiltración de color negro. Allí abajo, en la oscura cueva, hasta sus rostros quedaban cubiertos por el dispositivo de visión nocturna Gen 3 que sobresalía de su arco ciliar. Avanzaron con rapidez y cautela para alcanzar al equipo estadounidense.

Borshov estaba deseando encontrarse de nuevo con su viejo amigo, y ver si en esa ocasión su cráneo yanqui podría albergar una de las balas expansivas que le tenía reservadas.

El intercomunicador de Alex emitió un pip cuando Johnson procedió a informar:

—Todo despejado por el momento. Sin embargo, la pendiente desciende en una inclinación de unos treinta grados. Ni rastro del grupo de Hendsen, más que por las pisadas, que siguen adentrándose en las profundidades de la cueva.

Alex no pudo evitar pensar en voz alta.

—¿Adónde demonios han ido todos? De acuerdo, recibido. Mantenga su posición. Vamos a bajar. Estaremos con usted en unos siete minutos.

Johnson encontró una especie de nicho en una pared de la cueva y se agazapó en su interior. Gracias a su instrucción militar, sabía que en las operaciones de campo había que dejar el cuerpo lo menos expuesto posible.

De las profundidades de la cueva le llegó un leve sonido acuoso. Johnson giró la cabeza y escuchó con más atención. A pesar de tener todos sus sentidos en alerta y su equipo electrónico calibrado al máximo, no pudo detectar movimiento ni forma térmica alguna. Escudriñó con rapidez el perímetro y, cuando se giró hacia el resto de la cueva, le pareció distinguir una figura humana a unos treinta metros. Permaneció en silencio e inmóvil, incluso ralentizó su respiración. La forma se acercó más hacia la posición de Johnson con un deslizamiento oleaginoso.

Cuando la forma estaba a unos seis metros, Johnson vio que era un hombre, pero parecía húmedo; casi como si estuviera cubierto de mucosa o de algo pegajoso. Conforme la figura se fue acercando, también pudo ver que llevaba la ropa del equipo de rescate anterior. Johnson ajustó el aumento de la visión nocturna y pudo así distinguir el nombre que había en la etiqueta: Hendsen.

—Doctor Hendsen, señor, ¿está usted bien?

Hendsen no respondió. Sin embargo, a Johnson le dio la sensación de que se acercaba un poco más. Johnson pensó que tal vez estuviera en estado de *shock* o desorientado. Se levantó despacio y caminó con cautela y en diagonal hacia la figura de Hendsen. Conforme avanzaba, activó la unidad de comunicación y habló:

—Señor, tengo a un superviviente aquí. Todo apunta a que es el doctor Hendsen, pero se comporta de un modo extraño.

Los sentidos de Alex se agudizaron al máximo, se dio la vuelta y, para no alertar al resto del equipo científico, dijo todo lo calmada y convincentemente que pudo:

—Johnson, mantenga su posición. No interactúe con el superviviente ni se acerque a él, ¿queda claro?

Cuando Johnson estaba a punto de confirmar la última orden, dio un paso atrás para ponerse a cubierto. Su movimiento desencadenó una explosión de actividad en la forma de Tom Hendsen. Éste saltó hacia delante cual resorte y chocó contra el torso de Johnson con un sonido húmedo y succionador que resonó por toda la caverna. El teniente sintió el impacto, pero estaba menos aturdido de lo que cabría esperar. Hendsen era un hombre de complexión media y, con un golpe así, Johnson tendría que haber perdido al menos el equilibrio. Sin embargo, la masa que lo golpeó era más

suave de lo normal y vio que se había quedado pegado estaba él. Extendió la mano que tenía libre para despegarse, pero esta también se hundió en la masa y quedó atrapada.

Aquel acre olor químico hizo que le lloraran los ojos, pero aun así alcanzó a ver un grueso y carnoso cordón que se extendía desde la espalda de aquella cosa y se adentraba en las profundidades de la cueva. Su intercomunicador emitió un sonido metálico, pero no pudo responder porque tenía la cara pegada a la forma de Tom Hendsen. La agonía final llegó en forma de una especie de colmillos afilados como dagas que cubrían aquella forma y que laceraron su cuerpo. En lo último que pudo pensar de manera coherente fue en las pisadas apresuradas, en los cuerpos desaparecidos. De repente, todo cobró sentido.

Johnson logró soltar un grito ahogado cuando aquella masa lo levantó del suelo y lo arrastró a las profundidades de la cueva.

Los agudizados sentidos de Alex estaban reclamando su atención a gritos. Estaba aprendiendo a utilizar sus extraordinarias capacidades para percibir la presencia de una persona cuando se encontraba cerca de ella: y unos segundos antes había podido sentir a Johnson. Pero ahora... había desaparecido.

—Johnson, informe. —Nada—. ¡Informe, teniente! —Tan sólo interferencias. Nada—. Mike, Tanque, conmigo. Takeda, mantenga al grupo unido y avance despacio tras nosotros. No quiero rezagados. —Los HAWC corrieron hacia la oscuridad.

En pocos minutos, Alex había encontrado la última posición del teniente John Johnson. Unos segundos después, Mike y Tanque lo alcanzaron y se unieron a él. A pesar de que Alex había aminorado la velocidad en los últimos pasos para acercarse con cautela, nadie del equipo podía seguirle el ritmo cuando corría.

—Tanque, siga avanzando y póngase a cubierto.

Tanque asintió y se adentró más aun en la profundidad de las cavernas. Estaba actuando en modo furtivo, de manera tal que era prácticamente invisible para todos salvo para los HAWC restantes.

Alex y Mike se acuclillaron y encendieron los frontales de sus cascos. El terreno mostraba dos únicas pisadas: unas eran las del HAWC, replegándose a un área de mayor interferencia en el terreno. Sin embargo, la información de que disponían era un tanto vaga, puesto que docenas de pisadas y marcas de arrastre del equipo de Hendsen seguían adentrándose en la oscuridad.

—Aquí se estableció el contacto, un forcejeo y después, nada. —Alex se levantó.

Mike miró a su alrededor y le dijo a su capitán:

—Ni sangre, ni restos. ¿Cree que el grupo de Hendsen lo cogió?

Alex miró a Mike.

—¿Coger a un soldado como Johnson en cuestión de segundos, con sus armas y

destreza? De ningún modo; los habría hecho pedazos.

Alex miró hacia la oscuridad.

—¿Huele eso? —Ahí estaba ese olor persistente a amoníaco en el aire. Alex prosiguió—. No. Le tendieron una emboscada o lo cogió algo o alguien inesperado e incontenible.

Alex habló a Mike y a Tanque, que había vuelto a unirse a ellos, y también a Takeda por medio del intercomunicador.

—Soldados, no estamos solos. La cosa va a ponerse fea. Permanezcan alerta.

Los dos equipos se unieron y Takeda mencionó que el módulo repetidor SINCGARS debía de haberse *reseteado*, pues la línea a la superficie se había caído. Alex probó entonces a contactar con Benson, pero no recibió respuesta. Se le hizo un nudo en el estómago. Con toneladas de roca, una interferencia magnética entre ellos y la superestructura, era de esperar. Aun así...

Alex se quedó inmóvil un segundo y alzó la vista a la oscura piedra que tenían sobre ellos, como si estuviera intentando ver a través de aquellas capas de piedra caliza y kilómetros de cueva. Se sintió tentado a sacarlos a rastras de allí, pero no disponía de información suficiente como para creer que Benson estuviera en problemas. Tenía que dar por hecho que se encontraba bien y por tanto su prioridad era encontrar al teniente Johnson. Alex no creía que hubiera desaparecido por una caída accidental. Si encontraba pruebas de una intervención hostil, decidiría entonces si se retiraban o entraban en combate. Alex sintió cómo una llama se prendía en su interior. Sus sentidos se amplificaron y la mano que blandía la culata apretó hasta que oyó un crac proveniente del compuesto de polímero endurecido. *Ahora no*, pensó para sus adentros. Cerró los ojos y aspiró el aroma de manzanas frescas hasta que la llama amainó.

Abrió los ojos. Les expondría la situación a los científicos y dejaría que ellos decidieran si querían seguir o regresar al campamento base. Seguía siendo su misión. Alex intentaría persuadirlos de que regresaran para poder proceder a la búsqueda de Johnson sin la intromisión de los civiles.

—Escúchenme todos, esta es la situación. No podemos contactar con el cuartel general, probablemente debido a nada más que unas interferencias magnéticas. Nos temíamos que esto fuera a pasar debido a que la ionosfera polar tiende a fragmentar nuestras señales, lo que se traduce en caídas temporales en nuestras comunicaciones globales. No hay de qué preocuparse. Sin embargo, lo que sí me preocupa es que tal vez uno de mis hombres haya entablado combate con un adversario desconocido, hará menos de veinte minutos. Ese hombre ha desaparecido. Hay rastros por todas partes que indican que el grupo de Hendsen estaba en movimiento o que se vieron obligados a adentrarse en el sistema de cuevas. Creo firmemente que existe un peligro real de encontrarnos con fuerzas hostiles si continuamos. —Alex miró al

grupo y evaluó sus reacciones. Confusión en su mayoría, pero no pánico. Bien.

—¿Podría haber sido encontrado por el anterior grupo? —Alex percibió esperanza en los ojos de Aimee cuando esta formuló la pregunta. Deseaba desesperadamente encontrar pruebas que los llevaran hasta Tom Hendsen. No le contaría que Johnson había dicho que había visto a su colega. Tenía miedo de que fuera a coger una linterna y echara a correr en la oscuridad.

—Es una posibilidad, pero no creo que el grupo anterior tenga nada que ver con su desaparición. —Aimee iba a hacerle otra pregunta pero él la interrumpió, aún no estaba listo para compartir sus pensamientos acerca de con quién estaba o qué era el Tom Hendsen que se había encontrado Johnson—. Podemos seguir, pero creo que la mejor opción para ustedes es la de regresar al campamento base de manera temporal con Takeda. Esto nos permitirá a mis hombres y a mí proceder a una búsqueda rápida. Si no hay peligro y encontramos a nuestro hombre, podremos ir a por ustedes y regresar, si el tiempo nos lo permite.

Alex sabía que eso no era probable, les llevaría varias horas volver sobre sus pasos. Si aguardaban a Alex y a continuación volvían a bajar, no dispondrían de tiempo suficiente para reunirse con el helicóptero que los llevaría de regreso, y este no esperaría mucho tiempo a esas temperaturas bajo cero.

—Yo voto por regresar al campamento base. —La cabo Margaret Anderson había estado incómoda y a disgusto desde que se habían adentrado en la oscuridad de las cuevas, así que a Alex no le sorprendió que votara por marcharse. Se imaginó que Zegarelli seguiría los pasos de su compañera. Era militar y habría sabido leer las señales de Alex sobre los peligros que implicaba seguir avanzando.

—Doctor Silex, deberíamos movernos de inmed... —A Alex lo interrumpió el científico jefe de la expedición, que se había colocado delante del grupo.

—Capitán, ha dicho que su hombre había desaparecido. ¿No puede haberse resbalado y caído sin más? Esta zona es laberíntica, usted lo sabe.

—No creemos que ese sea el caso, doctor Silex.

—¿Y qué es lo que cree, capitán? No he oído ningún grito ni disparos. ¿Ha visto a ese adversario desconocido? ¿Qué le hace pensar siquiera que haya un adversario? Lo más probable es que su hombre se desorientara en la oscuridad y se perdiera y que tenga la radio estropeada. Es más verosímil que el hecho de que a su soldado de las fuerzas especiales le haya asaltado alguien oculto en las cuevas. Sé que está impaciente por asumir el mando, capitán, pero esto sigue siendo una misión de carácter científico y yo voto por seguir adelante.

Alex no podía decirles lo que había sentido sin que parecieran miedos infundados, pero intentaría una última vez que regresaran.

—Aimee, Matt, Monica, todo el mundo tiene voto. Aimee, ¿podría obtener lecturas en este nivel?

—Lo siento, Alex, esto es como estar en lo alto de un rascacielos. Hay demasiadas plantas que atravesar antes de llegar a un lecho de roca sólida. El doctor

Silex tiene razón, hay demasiados laberintos. Además, siento que estamos cerca. Si existe una posibilidad de que el otro equipo siga con vida, tenemos que encontrarlos. —Alex asintió y miró a Matt.

—Yo voto por seguir. Aquí hay pruebas de una civilización antigua que no se asemeja a nada que haya visto antes. ¿Quién sabe? Tal vez el equipo anterior encontrara algo y se adentrara en las cuevas para investigar. —Alex pudo leer en la expresión de Matt que no creía que ese fuera el caso, pero ni las hordas del mismísimo infierno iban a impedirle investigar sus ruinas.

Monica se limitó a encogerse de hombros.

—Entorno estable, pendiente poco pronunciada. No hay problema. Haré lo que decida la mayoría.

Civiles, pensó Alex.

—De acuerdo, seguiremos adelante, pero con mayor cautela. Sin embargo, si nos topamos con alguna injerencia agresiva, esta dejará de ser una misión científica y saldremos a la superficie de inmediato. —Alex no esperó a que los demás dieran su conformidad y, cuando estaba a punto de darse la vuelta, miró de soslayo a los ojos entrecerrados del científico jefe. Le mantuvo la mirada hasta que Silex negó con la cabeza y apartó la vista de él. El capitán Hunter pudo leer en sus ojos que estaba enfurecido. Tal vez no le gustara la posibilidad de un cambio potencial en el mando de la misión o tener que regresar a la superficie. Daba igual. La prioridad de Alex era la de mantener el equipo a salvo, no hacer amigos.

Alex llamó a sus hombres. Hasta el momento habían sido bultos silenciosos en la oscuridad, de espaldas a Alex y al grupo, con los sensores recalibrados al máximo para escudriñar las profundidades de la cueva.

—Seguimos avanzando. Tanque, conmigo. Mike, Takeda, retaguardia, uno mirando al frente y el otro a nuestras espaldas. Permanezcan alerta. —Los HAWC asintieron una única vez—. En marcha. —El grupo se puso las mochilas y avanzó hacia el interior de la oscura y ancha cueva.

Alex y Tanque avanzaron por entre la estigia oscuridad como fantasmas. El más alto de los hermanos Lennox iba menos de medio metro por delante, por el flanco izquierdo, y a pesar de su corpulencia, apenas si hacía ruido. Los dos tenían los Patriot encendidos, pero Alex estaba dándose cuenta en esos momentos de que eran sus ojos los que le estaban indicando la profundidad, con una mejora periférica y de iluminación que excedía toda tecnología militar. Apagó la visión nocturna. Para una mayor amplificación de la luz, el aparato era inmejorable, pero a cambio había que compensar la pérdida de la percepción de la totalidad del espacio. Prefería sus ojos.

Su mente empezó a divagar: o bien sus cambios físicos se estaban acelerando o bien estaban ejercitándose, como si de músculos flexionándose por vez primera se tratara. Tan sólo unos minutos antes, un pequeño brote de ira había empezado a crecer en su interior. En esa ocasión había conseguido contenerlo, pero le preocupaba verse en una situación de mayor presión. ¿Qué pasaría entonces?

Tanque desapareció de repente de su campo de visión. ¡Mierda! Alex volvió a centrarse. Cubrió la distancia entre ellos en menos de un segundo... Un abismo; el suelo de la cueva había desaparecido abruptamente.

Tanque estaba en el borde de un talud, que finalizaba en la oscuridad más absoluta, balanceándose de espaldas a la pared. Las puntas de su guante reforzado se aferraban a un pequeño saliente mientras con la otra mano blandía un cuchillo, que intentaba clavar por encima de su cabeza para conseguir un mayor agarre. Con un ágil movimiento, Alex se asomó por el borde del precipicio y le cogió el cuchillo a Tanque. Lo incrustó quince centímetros en el suelo de la cueva, haciendo el mismo sonido de un mazo al golpear las vías. Con el agarre ya asegurado gracias al cuchillo incrustado en el suelo, Alex asió la parte delantera del mono reforzado de Tanque y tiró de él. El soldado, con todo el equipamiento, debía de pesar casi ciento quince kilos. Alex lo levantó y lo alejó del borde como si fuera poco más que una colada de lino. Lo sentó a su lado.

—Tenga cuidado de por dónde pisa, amigo.

Tanque miró a Alex, y a continuación al cuchillo incrustado en la roca del suelo de la cueva.

—¿Ha estado haciendo ejercicio, jefe?

—No, ha sido pura suerte. El subidón de adrenalina cuando lo vi caer. ¿Se encuentra bien?

—Ahora sí, pero, madre mía, la señorita Jennings tenía razón en lo de los trajes: no hace falta quitárselos para ir al baño.

Permanecieron inmóviles junto al borde de aquel abismo que descendía hasta una oscuridad impenetrable. Aimee alzó la cabeza y tomó aire. Notó una leve brisa que ascendía de las profundidades y que portaba consigo un leve olor a musgo y humedad. Retrocedió un poco. Había dos cosas que la incomodaban: nadar por la noche en el mar y las alturas en penumbra. A pesar de que hacía mucho más calor en esos momentos, se estremeció al recordar cuando, cinco años atrás, se había dispuesto a salir de un edificio del centro por la noche. Mientras esperaba al ascensor que la llevaría de regreso al vestíbulo desde la planta catorce, las puertas dobles se habían abierto, revelando el hueco del ascensor, pero sin cabina. Una entrada oscura y vacía que llevaba a la nada. Aimee, adormilada, había dado un paso adelante y se había salvado de una caída mortal gracias al vigilante de seguridad. Se había pasado varios días con náuseas tras aquello.

A poco más de seis metros del espacio abierto, la cueva continuaba. La joven científica observó cómo Monica doblaba una barra luminosa, la agitaba para lograr la máxima iluminación y a continuación la dejaba caer por el borde. Todos contuvieron la respiración y aguardaron. Y aguardaron. Tras un buen rato, la barra luminosa había desaparecido de su campo de visión, pero no habían oído que llegara al fondo. Monica miró al grupo.

—Vale, descender no es una buena idea —dijo.

Los HAWC incrementaron la iluminación de sus linternas frontales y las luces mostraron lo que parecían pilas de ropa o mochilas en el suelo de la cueva que se atisbaba al otro lado del abismo.

—Son ellos, están allí. —Aimee había dado un paso al frente, pues la emoción ante la perspectiva de encontrar a Tom con vida pesaba más que su miedo a las alturas. Alex la agarró con delicadeza del brazo y miró a Monica.

—Tenemos que llegar hasta allí, señorita Jennings.

Monica ya estaba mirando al techo para trazar una ruta.

—No hay problema. Colocaré levas por el techo y aseguraré una cuerda en la pared más alejada. Podemos montar un puente rudimentario con cuerdas y cruzar por ahí. Deme unos diez minutos. —Tras eso se quitó la mochila y sacó un cinturón que contenía una impresionante colección de aparejos—. Por fin puedo probar mi nuevo equipo.

Aimee creía conocer un poco el mundo de la escalada y su equipación. Se había tirado muchos sábados por la noche con una *pizza*, una botella de vino tinto y el Discovery Channel por compañía. Había contemplado con sobrecogimiento cómo la española Edurne Pasabán, seguida de la italiana Nives Meroi y la japonesa Yuka Komatsu, habían roto con la maldición femenina de los K2 y habían escalado hasta la temida cima del Himalaya. Le había maravillado cómo esas mujeres tan menudas habían podido ascender más de ocho mil quinientos metros en semejantes

condiciones climatológicas y cargando con todo el equipo. En esos momentos deseó haber prestado más atención. Sin embargo, sí que recordaba las levas, unos dispositivos con dos o más discos y pequeños dientes que se abrían y expandían en las grietas de las rocas. Eran las herramientas de trabajo de los escaladores y montañeros de todo el mundo. La versión de Monica era ligeramente distinta y consistía en levas de cuatro resortes con una especie de gatillo que parecía diseñado para permitir su utilización con una sola mano.

Aimee observó estupefacta cómo Monica trepaba y se colgaba del techo de la cueva para posteriormente ir colocando levas unidas a una cuerda de fibra trenzada. En poco tiempo alcanzó el otro lado, sin apenas resollar. Lo siguiente era colocar el precario puente. Se trataba de una construcción sencilla que se abría en forma de «V», con placas de plástico reforzado allí donde esta se unía. Lo único que tenían que hacer era cruzarlo, colocando un pie delante del otro.

Aimee notó que le fallaban las piernas ante la perspectiva de tener que pasar por un puente sujeto por cuerdas que era poco más ancho que su pie. Se rodeó el torso con los brazos y pensó: *Y me lo quería perder*. Miró a Alex. Estaba totalmente calmado y eso la ayudó a tranquilizarse.

Tras asegurar la escalera a ambos lados, Monica cruzó el puente hasta ellos para asegurarse de que era resistente y le ofreció al equipo una breve demostración de cómo cruzar de una manera segura. Se colocó delante de ellos con las manos en las caderas.

—Bien, este puente es extremadamente seguro; las cuerdas son de kernmantle, lo que significa que son suaves al tacto y que poseen una resistencia enorme. Las placas que van a pisar son de plástico polimerizado, les garantizo que no se romperán. Es más, incrementan su resistencia conforme más peso soportan.

Miró a Alex.

—Podemos ponernos en marcha.

Aimee tomó aire entre escalofríos, se colocó en la fila y se centró en la montaña de ropa que había al otro lado.

Alex asintió con la cabeza hacia Mike y Tanque. Éstos atravesaron el puente sin problemas, y mientras Mike aguardaba en el extremo contrario de la grieta para ayudar a los demás, Tanque siguió avanzando para proceder a un reconocimiento inicial y buscar posibles sitios donde ponerse a cubierto. Los dos médicos lo cruzaron a continuación, seguidos de Matt, Aimee, Silex y Takeda. Alex miró una vez más hacia el camino por donde habían venido. Resultaba extraño, aún no comprendía del todo sus nuevos y mejorados sentidos para saber exactamente qué le estaban diciendo, pero podía percibir una presencia tras ellos. ¿Era Benson? Miró de nuevo hacia delante, más allá del grupo, en dirección a las cuevas. Allí también había algo. Tal vez fuera el grupo perdido lo que estaba percibiendo. Resultaba confuso. Tenía

que mantenerse concentrado, tener la cabeza fría. Cruzó el puente e hizo caso omiso del hormigueo que sentía en la nuca.

—Está todo hecho jirones. —Aimee dejó la ropa interior térmica de nuevo en la montaña de ropa. Cinturones, mochilas y material destrozado... incluso las botas andaban desperdigadas. Negó con la cabeza—. ¿Por qué alguien haría eso? ¿Por qué se lo quitaron todo?

—Desorientación, edema cerebral, hasta una deshidratación severa... Centenares de cosas pueden causar todo tipo de comportamientos aberrantes, Aimee. Vamos, los encontraremos. —Silex la había rodeado con su brazo y estaba estrechándole el hombro. Ella lo miró y asintió.

—Gracias, Adrian. Probablemente tenga razón. Estaré bien. —Se dispuso a ir junto al grupo, pero él la retuvo y le apretó un poco el brazo.

—¿Está segura, Aimee? Cuente conmigo si me necesita. —Su cabeza calva se le acercó lo suficiente como para llegar a olerle el aliento. La científica logró a duras penas apretar los labios en una tensa sonrisa, asintió de nuevo y se zafó de su delgado brazo.

—Miren esto —exclamó Matt, que iba algo más avanzado que el resto. Había más glifos antiguos tallados en la oscura piedra de la pared de la caverna. Monica y Aimee se detuvieron mientras que los HAWC y Silex siguieron avanzando unos pasos más—. Son similares a los de la entrada a la cueva. Monica, mira esto, es el mismo símbolo que te enseñé antes. El sello de los dos hermanos guerreros: los gemelos.

Monica se acercó a él.

—¿Qué es lo que dice?

—No estoy seguro.

—Vaya, ojalá estuviera aquí ese chico de Centroamérica. —Monica le dio un codazo a Matt en las costillas y este se rió.

—Bueno, veo los símbolos de los hermanos y también el del ojo y las cuerdas enrolladas, que son el símbolo del dios que mencioné antes, el Qwotoan. Y también hablan de seguir el camino al inframundo. Aparte de eso, en este punto nos encontramos con lo que en arqueología llaman un lenguaje desaparecido. Las imágenes y los símbolos son en su mayoría un misterio... y lo serían para cualquiera. —Matt se volvió y apuntó con la linterna directamente a los ojos de Monica mientras esta articulaba la palabra «magia» de nuevo.

—Me pregunto adónde irían —dijo Aimee.

—Yo tampoco dejo de pensar en ello. Y también me he estado preguntando más cosas acerca de estos dos guerreros —respondió Matt.

Los médicos, Margaret y Bruno, se habían unido a ellos y Matt se volvió para mirarlos.

—Podría ser una mera coincidencia, pero existe un antiguo mito maya acerca de

la creación del universo que describe su versión del cielo y la tierra y los dioses y las criaturas que lo habitaban. También habla de dos valerosos gemelos, Hunahpú e Ixbalanqué, los hijos de la luna sangre. En el mito, se adentran bajo tierra hacia su Hades, a un lugar que ellos llamaban Xibalbá. Al igual que ocurre con muchas otras razas antiguas, se cree que los mitos mayas les fueron transmitidos de poblaciones anteriores. ¿Y si la leyenda de los hermanos no es tal? ¿Y si es una de esas historias que se ha ido transmitiendo durante milenios y no es un mito, sino la documentación de un viaje real que esos dos guerreros realizaron bajo tierra? —Matt estaba resollando, y tomó aire antes de proseguir—: Aimee, ha preguntado antes que adónde habrían ido todos. Yo también he estado pensando en ello. Podría tratarse de la desaparición de otra población. Estos aztlanos podrían haber enviado grupos de gente a todos los rincones del mundo, eso explicaría por qué su escritura tiene rasgos que van desde los egipcios a los mayas. Pero el resto parece haber desaparecido. Las desapariciones y el nombre Qwotoan..., he estado pensando en ello. Sabía que me sonaba la palabra. El primer intento de asentamiento inglés en Roanoke en 1587. Más de cien personas desaparecieron sin dejar rastro, y la única pista sobre la suerte que habían corrido era la palabra «Croatoan» grabada en un árbol. ¿Ven la similitud? Croatoan, Qwotoan. Podría tratarse de la misma palabra, pero expresada en distintos idiomas. Si hay algo que es capaz de traspasar tiempo, geografía y razas, es una advertencia.

La expresión de Matt era de como si le acabaran de dar dos tablillas de piedra en lo alto de una montaña. Sin embargo, con Tom desaparecido, Aimee no estaba de humor para oír hablar de desapariciones inexplicables. La científica que había en ella saltó ante las inferencias vagas pero fantásticas que el joven profesor estaba sacando de los pocos datos de los que disponía.

—Matt, todo lo que ha mencionado tiene, o tendrá, una explicación científica. —Aimee vio que Matt iba a abrir la boca y que levantaba el dedo para intervenir, pero ya fuera para disculparse o rebatirlo, jamás llegaría a saberlo, pues Takeda los interrumpió a los dos.

—Por favor, han encontrado algo, deben apresurarse.

Alex se arrodilló junto a Tanque, que estaba examinando algo en el suelo de la cueva.

—Es el arma de Johnson. No se han efectuado disparos. Tampoco hay sangre, sólo unas marcas de refriega y de haber arrastrado algo. —Tanque miró a Alex con más ira que miedo. Era una reacción normal: el equipo estaba unido como una familia. Todos sabían que su trabajo era peligroso, pero se consideraban los más aptos para vérselas con cualquier oponente. Johnson era de los mejores. Así que ¿cómo era posible que le hubieran tendido una emboscada, lo hubieran desarmado y se lo hubieran llevado? ¿Y cómo demonios había cruzado él sólo la fisura?

Tanque fue a pasarle el arma a Alex, pero se le quedó pegada a la mano durante

unos segundos. Se llevó la culata a la nariz y se la acercó a Alex. No hubiera sido necesario. El capitán podía olerlo a diez pasos de distancia.

—Amoniacó, y está pegajoso —dijo Tanque, más para sí mismo que para Alex, mientras se limpiaba la mano en la pierna.

El capitán miró al hermano de Tanque.

—Mike, avance treinta metros por la cueva y mantenga la posición. Informe cuando llegue allí y no entable combate con nada ni nadie. —Mike asintió, respondió con un rápido «recibido» y se marchó.

Todo el equipo se había congregado alrededor de Alex y Tanque. Hunter le pasó la pistola a Aimee.

—Doctora Weir, su opinión, por favor.

Aimee tocó la sustancia con su dedo enguantado, se lo llevó a la nariz y lo olió. También comprobó su consistencia juntando el pulgar y el índice.

—No puedo estar segura al cien por cien sin analizarlo en un laboratorio, pero yo diría que es cloruro de amonio. Pero hay algo más, algo biológico que lo hace pegajoso y que no puedo identificar sin más análisis. Doctor Silex... —Aimee extendió el arma hacia él, pero este no hizo intento alguno por cogerla.

—Yo diría que probablemente se trate de un contaminante introducido. Tal vez algo que el soldado portaba consigo y que se le vertió.

Alex ignoró al científico y se volvió hacia Monica Jennings.

—¿Podría tratarse de una sustancia que se cree de manera natural aquí abajo?

Monica ladeó la cabeza.

—Quizá, pero no es muy probable. En las cuevas profundas, el cloruro de amonio puede producirse de manera natural, pero por lo general sólo se encuentra en zonas volcánicas activas y habitualmente cerca de conductos o chimeneas que liberan gases. Pero, incluso en ese caso, se disuelve con rapidez. Esta zona no me parece lo suficientemente activa. No debería estar aquí.

—Secreción —dijo Alex en voz baja, recordando la última comunicación recibida del doctor Tom Hendsen y la sustancia orgánica que había encontrado pero que no podía identificar. El intercomunicador de Alex emitió un pip.

—Adelante, Mike.

—Hay otra caída. A unos treinta metros, después de lo que parece una meseta con múltiples salidas desde esta cueva. En el extremo hay importantes perturbaciones en el terreno y luego el rastro desaparece. Todo apunta a que el equipo de Hendsen se precipitó por el abismo, pero no puedo ver ningún cuerpo, ni restos.

—Muy bien, Mike. Busque un modo de descender o señales que indiquen que ellos lo hicieran. Permanezca alerta, estamos de camino.

Borshov y sus agentes recorrieron el oscuro laberinto. Como tres lobos negros acechando a su presa, se movían con gracilidad y en completo silencio. Borshov

llevaba a sus hombres al límite. Sabía que todavía les quedaba terreno por cubrir antes de alcanzar al equipo estadounidense, pero confiaba en que no habría emboscadas, detonaciones ocultas o cables trampa aún. Los americanos no esperaban compañía y, además, todavía creían tener a un hombre en la retaguardia.

Borshov alzó la mano para que sus hombres se detuvieran y, tal como había hecho cada treinta minutos desde que se habían adentrado en las profundidades del túnel, sacó una caja pequeña que pegó al frío suelo. Un cable que salía de la parte trasera del dispositivo terminaba en un auricular que se metió en el oído. El dispositivo era un resonador sísmico en miniatura. Amplificaba las vibraciones de las superficies sólidas para poder leerlas con claridad. La pequeña pantalla LCD de la parte trasera mostró dos lecturas: la distancia hasta la vibración más fuerte y la dirección. Aquel invento ruso se había creado únicamente para sus unidades antiterroristas, y les permitía escuchar hasta a través de muros sólidos, pudiendo así ubicar a un enemigo incluso con una leve pisada.

A juzgar por la última lectura que Borshov había obtenido, los estadounidenses les llevaban casi cinco kilómetros de ventaja, pero a la velocidad actual esperaba alcanzarlos rápido. Escuchó de nuevo sus pisadas y miró a la caja para ver cuáles eran las lecturas direccionales. Bien, seguían acercándose, en esos momentos sólo les separaban tres kilómetros. Sur-sureste con un leve descenso; debían de estar bajando en algunos tramos. Cuando Borshov estaba a punto de levantar el dispositivo de la roca, este comenzó a *resetearse* ante sus ojos. Había encontrado otra fuente de resonancia. Los números se incrementaron rápidamente hasta indicar una distancia de cerca de tres kilómetros, pero casi noventa grados por debajo, y en movimiento. Borshov cerró los ojos para concentrarse en los sonidos. Una importante masa líquida estaba moviéndose. Levantó el dispositivo. *Un río subterráneo*, pensó.

Silbó a sus agentes y se pusieron rápidamente en marcha.

Monica caminaba junto a Matt, alerta a todo lo que le rodeaba, pero también enfrascada de tanto en tanto en sus pensamientos. *Ten cuidado, sé sigilosa, no toques nada, no dejes nada tras de ti*; su experiencia como espeleóloga hacía que todo aquello le saliera ya de manera automática. Nada le gustaba más que acceder a una cueva oscura por vez primera, apagar su frontal y quedarse allí quieta en la oscuridad, abrir los brazos y sentirla. Se valía de todos sus sentidos, no sólo de la vista, para asimilar los olores, los sonidos, para sentir el peso de la roca a su alrededor. Lo había hecho docenas de veces, entonces ¿por qué en esos momentos el mero pensamiento de tener que apagar su frontal hacía que se le formara un nudo en el estómago?

Matt se volvió hacia ella y vio la expresión de su rostro.

—Un dólar por tus pensamientos.

—No es nada —dijo Monica en voz baja.

—Vamos, cuéntaselo al tío Matt.

—Está bien. ¿Recuerdas que antes dije que las cuevas eran como las personas?

—Mmm, sí, unas son amables, otras unas zorras. Me recuerda a algunas chicas que conocí en el instituto.

—Y algunas son reservadas, eso es. Bueno, esta cueva es más que reservada. Oculta algo y por primera vez en mi vida no me siento cómoda en la oscuridad. — Matt le sonrió y la rodeó con su brazo.

—Monica, si lo que estás buscando es una excusa para que te abrace, sólo tienes que pedirlo, ¿vale?

—Serás tonto —dijo Monica mientras sonreía levemente, pero no le apartó el brazo.

Alex fue el primero en alcanzar a Mike.

—¿Qué tenemos? —le preguntó mientras miraba el borde del talud.

—Sólo esto. —Mike se echó a un lado y señaló una estalagmita del tamaño de un edificio. A la altura de su cintura parecía haber cierta decoloración que se adentraba unos tres metros hasta el centro del gigantesco pilar mineral. También había leves signos de algo que se había alejado de la columna hasta el borde del talud.

—¿Qué es eso... una cuerda? —Alex intentó cogerla, pero se deshizo en polvo en sus manos—. Doctor Kerns, lo necesitamos aquí.

Matt se acercó corriendo y se arrodilló.

—Uau. Parece lo que otrora fue un tipo de cuerda india de maguey. Se hacían con una planta similar al agave, y miren eso. —Matt señaló el rastro de la cuerda desde la columna hasta el borde y más allá—. Tiempo atrás rodeaba a la estalagmita y se quedó incrustada, fosilizada dentro de esta construcción mineral. No tengo ni idea de la antigüedad que puede tener.

Aimee apuntó con su linterna hacia la estalagmita y a continuación se acuclilló junto a él. Se había despertado su interés científico.

—Podemos obtener su antigüedad aproximada basándonos en la profundidad con que la cuerda está incrustada dentro de la estalagmita. Parece de dos a tres metros aproximadamente. Esas cosas crecen cerca de dos milímetros al año, así que calculo que a esta le llevaría entre diez y doce mil años alcanzar ese grosor.

—Cuadra. No se han dado plantas como el agave o cualquiera de sus antecesoras en este terreno en más de diez mil años —dijo Matt mientras asentía en dirección a Aimee—. Podría tratarse de los hermanos de nuevo. Podrían haberse valido de la cuerda para descender.

—¿Qué hermanos? ¿Le importaría compartir sus teorías con nosotros, doctor Kerns? —le espetó el doctor Silex, que se encontraba al final del grupo.

Matt se puso de pie y se limpió el polvo de las manos. Valiéndose de la luz del frontal y de la linterna que llevaba en la mano, escudriñó las paredes cercanas y pronto encontró lo que estaba buscando: el sello de los hermanos guerreros. Se volvió

hacia Silex.

—Por lo que he podido traducir, todo apunta a que hace mucho tiempo existió una civilización en este lugar. Antes de que el hielo lo cubriera todo, puede que aquí se hallara la madre de todas nuestras civilizaciones. Creo que sufrieron una plaga o que los atacó algo llamado Qwotoan, que significa «insaciable» o «devorador» o algo similar. El gobernante de esa civilización envió a dos guerreros, dos hermanos, para que formaran un ejército y fueran a luchar contra el Qwotoan. Creo que hemos estado siguiendo sus pasos. El ejército quedó totalmente destruido y sólo los hermanos siguieron con vida. También creo que su aventura se convirtió en una leyenda maya y, a juzgar por esta cuerda, yo diría que no se rindieron y que siguieron avanzando por allí. —Mientras seguía manteniéndole la mirada a Silex, Matt señaló con el pulgar a la cueva inferior. Silex lo miró como si estuviera oliendo algo apestoso y le dio la espalda al joven arqueólogo.

—Capitán. Capitán. —Silex estaba chascando los dedos en el aire como si estuviera llamando a un camarero—. Capitán Hunter, aquí es imposible hacer nada. Vamos a tener que descender más para poder obtener mejores lecturas. Gracias capitán, eso es todo.

Tanque resopló y Mike miró a su hermano y le guiñó el ojo.

Hunter hizo caso omiso de Silex y pasó de largo para adentrarse algunos pasos en la oscuridad. Alex podía percibirlos ahora. Algunos de ellos se acercaban con rapidez por donde habían venido. Si no era Benson, ¿entonces quién? Cerró los ojos e intentó visualizar mentalmente los túneles.

Cuando Alex había estado hablando con Hammerson de sus extrañas nuevas habilidades, este le había pasado una copia de un informe naval secreto llamado «Cognición anómala en mamíferos marinos». La Armada había estado usando delfines para todo tipo de experimentos desde la década de 1950 debido a su sorprendente habilidad para predecir o percibir el peligro. La base científica del estudio era que su cerebro podía recibir todo, desde alteraciones electromagnéticas a vibraciones sísmicas, mucho antes que otros animales. La conclusión de Hammerson era obvia: creía que Alex estaba desarrollando esa capacidad. Alex abrió los ojos. Allí estaban. Su presencia era más clara en esos momentos: cuatro; no, tres, pero uno de ellos enorme. Alex tomó una decisión.

—Señorita Jennings, ¿podría bajarnos con celeridad?

Monica había estado asomándose por el borde y recorriendo con la linterna la pared hasta el suelo de la cueva.

—Es una cuenca. El suelo de una cueva que ha caído debido a una actividad volcánica antigua o por el paso del agua por encima de un material blando. Lo más probable es que se deba al agua, a juzgar por la superficie lisa del suelo y porque las paredes están rodeadas de más accesos a otras cuevas. No hay problema. Un descenso directo con cuerda y arnés. Los tendré a todos abajo en treinta minutos, ¿le parece bien?

—Que sean veinte y las copas correrán de mi cuenta. —Alex le dio la espalda a Monica y llamó a Tanque, Takeda y Mike—. Tenemos compañía, a tan sólo una hora. No sé a ciencia cierta si son o no hostiles, pero por si acaso no quiero que nos cojan aquí de espaldas a esta caída o en la base del precipicio. Descendemos, nos guarecemos y buscamos a Johnson y a la expedición de Hendsen. Permanezcan en alerta, y mantengan la cabeza fría. No quiero que se produzca una estampida allí abajo.

Ninguno de los HAWC le preguntó cómo sabía que los estaban siguiendo. No importaba, su juicio y órdenes eran inapelables.

La criatura aguardó. Su enorme masa podía sentir las leves pisadas de aquellas sangres cálidas por entre los kilómetros de piedra. Percibió a más de esas cosas moviéndose hacia el grupo principal. Se dispuso a ascender una vez más en anticipación al ataque.

Monica los bajó a todos a la cueva inferior en menos de veinte minutos. El área era un sistema de cavernas unidas en el que muchas de ellas concluían en la catedral inferior en la que en esos momentos se encontraban. Alex los sacó rápidamente de la zona expuesta de la caverna y los llevó en dirección sur. Su dispositivo le dijo que en esos momentos se encontraban a kilómetro y medio bajo la roca y el hielo, y eso era lo máximo a lo que iba a descender.

Alex ordenó a Mike que siguiera explorando la cueva principal para buscar refugios y que procediera también a un reconocimiento inicial del área para buscar algún rastro del equipo de Hendsen. No esperaba encontrar a nadie con vida, especialmente al teniente Johnson. Sabía que un HAWC sólo soltaría su arma muerto, e incluso entonces protestaría. En contra de su juicio, permitió a Matt Kerns acompañar a Mike para que pudiera satisfacer su curiosidad respecto a los objetos arqueológicos de las cuevas inferiores. Sin embargo, le dijo al joven arqueólogo que el HAWC estaba autorizado a dispararle si desobedecía sus órdenes.

—Madre mía, hace mucho calor ahora —dijo Margaret Anderson mientras se limpiaba el sudor de la frente y las mejillas.

—Lo cierto es que no mucho —dijo Monica—. Hace más calor, sí, pero aún estamos a tan sólo cuatro grados aquí abajo. Por desgracia, nuestros trajes son térmicos y no esperábamos temperaturas por encima de los cero grados.

—Bueno, pues yo con este traje me siento como si estuviéramos a cuarenta grados. No hemos traído mucha agua y con tan poca humedad y este calor inesperado, la pérdida de líquido va a empezar a ser un problema. —Margaret llevaba razón. Alex sabía que debía controlar su ingesta de agua.

Al otro lado del grupo, el capitán observó cómo Silex arrancaba un trozo de papel de un dispositivo plano y electrónico que había colocado en el suelo de la cuenca de la cueva. Hizo una bola con él y lo arrojó con enfado a la oscuridad. También observó cómo Monica se llevaba las manos a las caderas y lo miraba con desdén por ensuciar el prístino entorno de la caverna. Silex tecleó con furia mientras negaba con la cabeza ante los resultados que le devolvía la pequeña pantalla.

Alex se percató de que Aimee se había quedado ligeramente rezagada del científico. Lo estaba observando con gesto de preocupación y caminó sigilosamente hacia ella.

—¿Cuál es su problema?

—Ese dispositivo ha sido diseñado por el propio Silex. Se supone que es la nueva generación tecnológica en imágenes estratigráficas. A pesar de que la mayoría de los dispositivos estratigráficos sólo proporcionan una interpretación de las distintas

densidades y morfologías de la piedra y la presencia de posibles lechos de petróleo, tienen un grado elevado de incertidumbre. El doctor Silex cree haberlo solucionado generando unas imágenes sísmicas de alta resolución mediante una forma de descomposición espectral. En teoría, si existe un yacimiento de petróleo, será mostrado en 3D con las formas de la roca codificadas en color, indicando su profundidad e incluso los límites del yacimiento objetivo. Grado de inexactitud: cero coma cero cero uno cinco. —Aimee se percató de que Alex se estaba perdiendo con tanta jerga, así que intentó explicarlo de una manera más clara—. ¿Ha visto alguna vez una imagen por ultrasonidos? Bueno, pues imagínese esa imagen granulada en blanco y negro y ahora compárela con una fotografía a color y en alta resolución. Según el doctor Silex, esa será la diferencia.

—Parece que aún tiene que perfeccionarlo. —Hunter señaló con la cabeza hacia Silex, que de nuevo estaba arrancando un trozo de papel y estrujándolo en su puño.

Aimee miró a Alex y asintió levemente.

—Quizá. La prospección de minerales y petróleo es un negocio de miles de millones de dólares y ese dispositivo podría valer mucho dinero. Necesita un test de campo satisfactorio. —Negó con la cabeza y la expresión de sus ojos se suavizó levemente—. No puedo ayudarlo. Puedo determinar la pureza de un yacimiento, su descomposición biológica aproximada e incluso calcular su rendimiento potencial. Pero primero tenemos que encontrarlo. Ése es el trabajo del doctor Silex.

Alex miró de nuevo al doctor justo cuando este lanzaba otra bola de papel a la oscuridad. Esta vez Monica sí fue hacia él. Alex gimió y le dijo a Aimee que lo disculpara. Avanzó con rapidez para alcanzar a Monica.

El HAWC y la espeleóloga llegaron al mismo tiempo en que Silex estaba arrancando otra hoja de papel de su dispositivo. Éste alzó la vista y, como Alex se esperaba, sólo vio su enorme envergadura. Se levantó rápidamente.

—Tenemos que adentrarnos más, capitán.

—Lo lamento, doctor Silex. Estamos a cerca de kilómetro y medio de profundidad y eso es a lo máximo que podemos descender. Tal vez no lo parezca, pero llevamos horas caminando. Va a llevarnos más tiempo regresar, pues esa leve pendiente por la que hemos bajado no parecerá tan leve cuando tengamos que subir, especialmente porque ahora estamos todos cansados.

Silex había estado tirando todo el papel que había caído en sus manos y Monica estaba decidida a asegurarse de que ese último no lo tirara a la cueva. Fue a abrir la boca para hablar, pero se encontró con un «Que te den». Silex le dio la espalda a Alex mientras desdoblaba el papel y lo colocaba ante su rostro. Los números y remolinos de colores no le decían nada.

—Mire, agua. Todo lo que leo es puta agua. Estamos encima de un puto lago o de un mar subterráneo. Necesito tomar lecturas desde una posición distinta para validar mis cálculos o de lo contrario este viaje habrá sido una completa pérdida de tiempo y de dinero. Tiene que seguir mis órdenes. Ésta es la prioridad, capitán. Podemos

dedicarle unas cuantas horas más.

Alex se percató de que los dos médicos se habían acercado al oír el tono altivo del científico. Margaret Anderson se había abierto el cuello del mono y tenía la cara muy roja y era Bruno quien en esos momentos le estaba llevando la mochila para intentar aligerarle la carga. Él también sudaba profusamente dentro de aquel mono engomado y los dos estaban mirando a Alex. El rostro de Margaret tenía una expresión dolorida e incómoda que dejaba claro que quería subir ya a la superficie.

—Doctor Silex, estamos realizando un último barrido de la cueva sur para buscar a Johnson y a la expedición de Hendsen y a continuación regresaremos de inmediato a la superficie. —Si hubiera sido por él, habría dejado que el equipo descansara toda la noche para posteriormente escalar, pero quería estar lejos de la cuenca descubierta antes de que llegaran los otros. Alex vio el alivio en todos los rostros menos en el de Silex, cuya expresión pasó de oficiosa a iracunda incredulidad.

—Oh, no, no. Si tenemos que descender más, descenderemos más. Quedan horas antes de que llegue el helicóptero y mis pruebas son de una relevancia internacional. Capitán, si regresamos a la superficie y les digo a sus superiores que nos ha sacado antes de haber podido completar mis pruebas, y que lo ha hecho en contra de mi voluntad, ¿qué cree que dirán? Veamos, ha desobedecido mis órdenes, no tiene ni idea del paradero de la expedición de Hendsen y ha perdido a uno de sus hombres. ¿Es su primera vez al mando, capitán Hunter? —Silex frunció los labios y su expresión cambió de nuevo a una de prepotencia.

Alex miró con dureza el rostro del científico, lo que hizo que este retrocediera un paso. No estaba intentando intimidar a aquel hombrecillo, sino observar los cambiantes patrones de calor en su piel y la dilatación de sus pupilas. Con aquella oscuridad, los ojos de Silex tendrían que haber sido como enormes discos oscuros, no los alfileres que estaba viendo. Aquel hombre estaba tornándose hostil y resultaba obvio que se encontraba sometido a mucho estrés. Sin duda tendría que haber más oportunidades de probar su dispositivo, ¿no? *Es extraño, pensó Alex, oculta algo.*

El capitán le mantuvo la mirada. Estaba intentando decidir cómo responderle sin alterarlo más cuando Silex dio otro paso a un lado para mirar a Aimee, que se encontraba a poca distancia de la escena, observándola de brazos cruzados.

—Dígaselo, doctora Weir. Dígale cómo probablemente nos hallemos a pocos kilómetros de uno de los mayores yacimientos de petróleo descubiertos en los últimos cincuenta años y que necesitamos posicionar nuestro equipo en una mejor geometría para mejorar las imágenes espaciales.

Silex miró de nuevo a Alex con unos iris descomunales en contraposición a sus minúsculas pupilas.

Si bien fue inaudible para el resto, Alex oyó gemir a Aimee por verse obligada a tomar partido.

—Es posible, Adrian. Sin embargo, usted también puede notar ahora mismo este calor. Debemos de estar muy cerca de alguna forma de actividad geotérmica, y la

probabilidad de encontrar petróleo o gas cerca de un entorno tan térmico es extremadamente baja. Probablemente lo mejor sea regresar y tomar imágenes por satélite más amplias.

Silex la miró boquiabierto. Se acercó y le habló como si fuera una niña pequeña.

—Doctora Weir, usted sabe bien que el calor podría ser el resultado de una chimenea volcánica y que pueden existir importantes yacimientos de petróleo protegidos por una sólida capa de esquisto. Mis escáneres espectrales pueden detectar yacimientos a varios kilómetros de profundidad y a kilómetro y medio en todas direcciones, siempre y cuando este soldado idiota pueda proporcionarme una posición estable lejos de esta puta fuente de agua.

—Discúlpeme, señor, pero tenemos que empezar a movernos a la cueva sur principal. Tal vez encuentre una zona más prometedora para sus pruebas. ¿Quiere que mis hombres lo ayuden a guardar el equipo? —Por lo que a Alex respectaba, la parte científica de la misión estaba tocando a su fin, pero necesitaba que el doctor conservara cierto civismo para con sus hombres y el resto de miembros del equipo, no podían producirse conflictos entre ellos. Aquel entorno podía llegar a ser extremadamente peligroso y Alex tenía la sensación de que iba a ponerlos a prueba antes de regresar a la superficie.

Silex negó con la cabeza en dirección a Alex, cogió a Aimee del brazo y la alejó de los HAWC y de los otros miembros del equipo, que estaban mirándolos.

—Aimee, por favor, ¿qué hace escuchando a ese imbécil del ejército? No hay duda de que esto le viene grande. Le dije al comandante Hammerson antes de marcharnos que necesitábamos a más personal científico en esta expedición, no a un puñado de neandertales lerdos.

Aimee lo miró.

—Doctor Silex, no sé cuál es su problema con el resto del grupo, pero le aseguro que yo no comparto su pasión por probar su nuevo dispositivo. El líquido superficial identificado en un primer momento por Tom debía de ser ese enorme cuerpo líquido que está captando ahora. Nos hemos equivocado, a veces pasa. Esta expedición está a punto de concluir. Los riesgos empiezan a ser demasiados.

Silex agarró a Aimee de la manga. Bajó la voz y habló casi en un ruego.

—Aimee, por favor, si probamos la existencia de yacimientos de petróleo o de gas natural en esta área cercana con mi nuevo dispositivo, ya no necesitaremos la financiación del puto ejército. No iba a contárselo, pero he estado manteniendo conversaciones con Texegen. Quieren comprar mi patente. Puedo convertirla en consejera, o en socia minoritaria; no tendrá que volver a trabajar en lo que le quede de vida. Necesito su apoyo en esto, por favor, Aimee. —En esos momentos le tenía agarrado el antebrazo entre sus dos manos y se lo estaba estrujando como si fuera a sacar leche de él.

Alex estaba a tres metros y de espaldas a ellos, pero gracias a su agudizado oído captó cada matiz de la conversación. Nada le apetecía más que agarrar al científico

por el cuello. El gobierno estadounidense financiaba todas y cada una de las investigaciones de Silex, por lo que debería tener prioridad sobre cualquier invento o descubrimiento que hiciera. Alex negó con la cabeza y se preguntó cómo habría sido ese hombre antes de que la avaricia y el egoísmo lo gobernaran. Dejaría que fuera Hammerson quien se ocupara de él a la vuelta. Se volvió y observó que Aimee se zafaba con discreción de sus manos y le respondía.

—No, gracias, doctor Silex. No creo que eso sea legal y, además, permanecer aquí más tiempo puede ponernos a todos en peligro.

—Tonterías. No tiene por qué mostrarse de acuerdo con todo lo que diga ese trozo de carne. No la comprendo. Para tratarse de una mujer inteligente, más bien se está comportando como una adolescente encaprichada. Está tomando decisiones equivocadas, doctora Weir. Tal vez no sea tan inteligente como Tom y yo pensábamos. —El doctor Silex se dio la vuelta y se alejó antes de que la doctora pudiera responder.

Aimee, estupefacta, permaneció inmóvil en la oscuridad. El asco y la ira hicieron un breve acto de presencia, pero se tornaron rápidamente en compasión. Sin embargo, no era el tipo de compasión que le haría querer ayudar a Silex u ofrecerle apoyo, sino más bien el tipo de lástima que se siente al ver a un escorpión atrapado en una telaraña. Triste, pero peligroso y repelente, por lo que lo mejor era evitarlo a toda costa. Al menos ahora sabía por qué se había presentado voluntario para la expedición y por qué estaba presionando tanto a Alex y a su equipo para que se adentraran más en las cuevas. Texegen era un conglomerado empresarial de petróleo y gas de mil billones de dólares que se había puesto en contacto con ella a través de GBR en varias ocasiones, la mayoría de las veces con ofertas de trabajo, pero en ocasiones con propuestas mucho más clandestinas, como comprar datos y material de investigación. Disponían de grandes cantidades de dinero para gastar y mucho se temía que ya habían gastado parte en Silex.

Va a estar insoportable durante el camino de vuelta, pensó, y tomó nota mental para mantenerse lejos de él. Se quedaría cerca de Alex. Miró hacia donde él se encontraba y lo pilló observándola. Ella sonrió y a continuación apartó la mirada. *Mucho más agradable para la vista, sí*, pensó. Confió en que Silex no presionara más a Alex, pues podía ver que estaba haciendo todo lo posible por mostrarse paciente y firme con el científico. En unas cuantas ocasiones había visto cómo el rostro del líder de los HAWC se ensombrecía y sus mandíbulas se tensaban, como si estuviera conteniendo algún pensamiento o acción y apenas si fuera capaz de conseguirlo. Confió en que Silex fuera lo suficientemente inteligente como para verlo también.

Borshov envió a sus dos camaradas Krofskoya a que cruzaran primero el puente. No

es que pensara que fuera a caer en alguna trampa, pues era imposible que el capitán Hunter supiera que lo estaban siguiendo. No obstante, no había conseguido mantenerse con vida basándose únicamente en suposiciones.

No podían estar a más de una hora de ellos. Sus órdenes eran recuperar los datos científicos, eliminar a todos los miembros de la misión y que pareciera que un desastre natural había acabado con ellos. Borshov y su equipo debían completar la misión y marcharse antes de que el helicóptero estadounidense regresara. De lo contrario, los abandonarían a su suerte y tendrían que regresar por sus propios medios.

—Vaya, oh, uau. —Matt iba de pared en pared descifrando más glifos antiguos tallados en la piedra—. «Qwotoan se marcha», o «huye», quizá, «de nosotros, ahora que estamos protegidos por el poderoso Kinich Ahau»; era el dios del sol. Mmm, esto es interesante: «Ya nada hará a nuestros guerreros caídos». Me pregunto qué significará eso... Tal vez esté traduciéndolo mal. Necesito más tiempo.

—Sí, pero ¿dice qué es ese Qwotoan? ¿Podría seguir por aquí y haberse llevado a Johnson? —Mike estaba hablando por encima de su hombro a Matt mientras este seguía escudriñando las grietas de la cueva.

—No, creo que tan sólo se trata de una vieja leyenda sobre uno de los dioses que tenían esos aztecos. Probablemente tuvieron dioses para todo: sol, viento, lluvia, enfermedades, cosecha, fuego... Hay un claro solapamiento de culturas aquí. Algunos de estos símbolos representan a dioses que son los mismos que los de los mayas, y estos otros son prácticamente iguales que los de los olmecas. Cada vez que me parece que lo tengo, miro al siguiente símbolo y este escapa a mi comprensión. Pero está claro que en todo esto hay una clave que aún no logro descifrar, estoy casi a punto...

Matt se volvió para mirar a Mike y se quedó inmóvil. El soldado tenía el arma en ristre y estaba observando fijamente a una figura que se deslizaba hacia él desde la oscuridad. El profesor sintió cómo se le erizaba el vello cuando esa silenciosa figura siguió acercándose hacia ellos.

—Teniente Johnson, ¿es usted?

Alex olisqueó el aire. Estaba seguro de que podía percibir un ligero olor a océano. Sí, sal, sin duda. Cerró los ojos y durante un breve instante regresó a su playa australiana favorita, con el cálido sol bañando su rostro en vez de aquella oscuridad, bajo millones de toneladas de hielo y piedra.

El sol cálido se desvaneció con el sonido de unas pisadas frenéticas. Oyó que alguien regresaba de la cueva sur antes que cualquiera de los demás y se movió con rapidez para interceptarlo. Al ver que Alex se movía con determinación, los otros HAWC corrieron a cubrir sus flancos derecho e izquierdo.

Matt salió de la cueva oscura y corrió junto a Alex. Tenía los ojos como platos y

la mirada en blanco, como un caballo sobresaltado. Resultaba obvio que aquel joven estaba asustado. Alex lo agarró por los hombros y lo zarandeó con suavidad para que se centrara. Matt tomó aire un par de veces y exhaló las palabras a toda velocidad.

—Es Mike. Está siendo atacado por Johnson. No quiere soltarlo.

—Tanque, conmigo. —Alex desapareció en la oscuridad de la cueva como un espectro, moviéndose a una velocidad que ningún humano podía alcanzar. Llegó en cuestión de segundos hasta el sonido de gruñidos amortiguados y botas resbalando en la piedra seca. Mike estaba siendo arrastrado a las sombras, a la oscuridad, aparentemente por su compañero desaparecido.

El cerebro del capitán se puso a trabajar a toda velocidad para lograr comprender qué era lo que tenía ante sus ojos. La figura que sostenía a Mike se asemejaba a su compañero desaparecido. Sin embargo, su cuerpo no emanaba calidez alguna y brillaba como si estuviera cubierto de algo húmedo o pegajoso. El rostro de ese Johnson era hierático. Tendría que haber mostrado alguna expresión, aunque sólo fuera por el esfuerzo de estar arrastrando a un hombre de cien kilos.

Tanque apareció junto a Alex y, al ver a su hermano mayor en problemas, atacó. Agarró a Mike y a continuación a Johnson para intentar separarlos. A Tanque le empezaron a llorar los ojos de tan penetrante y pútrido hedor cuando la mano se le quedó pegada a aquella figura y también él se vio arrastrado a las profundidades de la cueva. Alex observó cómo el rostro de Tanque cambiaba de expresión: no era Johnson. Ni siquiera era humano.

Tanque era un hombre grande, y Alex estaba convencido de que solamente él podría resistir el embiste del ataque de la criatura. Fue en ese momento cuando Alex vio una especie de cordón umbilical carnoso y grueso que sobresalía de la espalda de Johnson. Estaba tirando de los dos como peces que colgaban de una caña de pescar.

Alex levantó el arma y disparó una ráfaga continua de proyectiles de aire comprimido que seccionó con rapidez el cordón. Tras los estallidos húmedos, el aire se llenó de un olor a amoníaco. Mike, Tanque y aquella cosa que se asemejaba a Johnson cayeron al suelo y de las profundidades de la tierra se oyó un chapoteo. El cordón se escabulló a toda velocidad, dejando tras de sí un líquido de color púrpura oscuro conforme desaparecía en las frías profundidades de la cueva.

—¿Qué coño era eso?! —gritó Tanque mientras levantaba a su hermano del suelo de la cueva.

Mike estaba cubierto de una sustancia gelatinosa y maloliente, y mostraba profundas laceraciones y heridas similares a punciones. Aquella cosa lo había soltado tras verse seccionada de la criatura principal y en esos momentos yacía desinflada a sus pies. En cuestión de segundos no fue más que una especie de almohadilla de metro ochenta de largo, carnosa, casi incolora, con protuberancias similares a ventosas. En el centro de las mismas había unos colmillos extensibles que habían sido los causantes de las heridas de Mike. No sólo se había quedado pegado a la criatura, sino también enganchado.

Alex sintió que el corazón le martilleaba en el pecho. Algo horrendo moraba en esas cuevas y había estado cazando a gente: al equipo de Hendsen, a Johnson, y había intentado llevarse a Mike. No quería ni imaginarse cuál habría sido el resultado si aquella cosa hubiera atacado con todos ellos allí presentes: habría cundido el pánico y se habrían separado, y los habría perdido a todos. Tomó aire y ayudó a Tanque a levantar a su hermano del suelo.

—Llévelo junto a los médicos, ya.

No había sentido dolor en siglos. Su vida se medía en milenios, pero no era inmortal. Y podía sentir el dolor. Otros de su especie habían intentado desafiarlo y las luchas entre ellos eran algo común. Los profundos abismos y las cuevas habían resonado con el sonido de las luchas entre titanes. Ahora su hemorragia atraería a los otros gigantes: a otras criaturas similares a él, y a otras muy diferentes.

Su especie se había topado con anterioridad con esas sangres cálidas y sus recuerdos latentes siempre le habían mostrado que eran comida. Jamás habían logrado infringirle daño. No sentía miedo, sabía que pronto se regeneraría en las cálidas, oscuras y saladas aguas bajo tierra. Sin embargo, su hambre no se había visto aún saciada y en esos momentos lo dominaba algo que no había sentido en siglos: ira.

Aimee estaba pinchando aquella masa con uno de los cuchillos de Alex.

—Esto es imposible, pero parece tratarse de una pequeña parte de un animal mucho más grande. Ésta es la sección de un tentáculo. Creo que proviene de una criatura similar a un cefalópodo de gran tamaño.

—¿Un cefalópodo? ¿Un calamar? ¿Es eso lo que nos está diciendo? ¿¡Estamos en una cueva bajo tierra y nos acaba de atacar un puto pulpo!? Doctora Weir, no son tan grandes y no viven sobre, o bajo, tierra.

Aimee alzó la vista y miró a Silex, sorprendida por su furia y por la manera en la que había optado por dirigirse a ella. Antes de que pudiera responder, Matt se arrodilló a su lado y le cogió el cuchillo.

—Hice la tesis en deidades acuáticas y su influencia en culturas tempranas, y le sorprendería saber cuántas razas adoraban o temían al calamar gigante. Los pueblos nórdicos tenían al kraken, los hawaianos a Kanaloa, los babilonios a Dagón. Hay docenas más. En sus leyendas, a menudo alcanzaban la orilla, y siempre eran enormes. Por cierto, doctor Silex, Babilonia se hallaba a cientos de kilómetros de cualquier océano.

Aimee no había apartado la vista de Silex, que respiraba con dificultad y estaba rojo. Le habló directamente a él con toda la calma que pudo.

—Adrian, no estoy segura de que sea una criatura cefalópoda tal como las conocemos, pero al menos ahora lo del cloruro de amonio cobra sentido: el calamar gigante lo segrega y está literalmente a rebosar de él.

Si bien Silex parecía al borde de un ataque de pánico, Matt se asemejaba más a un colegial al que le acababan de organizar una fiesta sorpresa.

—Sí, es cierto. Lo recuerdo de algunas de las leyendas sobre cefalópodos. El calamar gigante proviene del grupo de los amonios. Poseen importantes concentraciones de amoniaco en sus sistemas, lo que les reporta ciertas ventajas. Pueden flotar y no se ven afectados por la presión de las zonas profundas. También poseen una fuerte resistencia al congelamiento; y son muy inteligentes... oh, y de lo más agresivos. ¿No han visto ese boceto de un barco francés atacado por un kraken?

—Tonterías. Eso sigue sin explicar qué hace tan lejos del océano.

Aimee cogió el cuchillo de la mano de Matt y raspó con el filo toda la longitud de una de las protuberancias, recogiendo una pequeña cantidad de aquella capa pegajosa. Sostuvo en alto el cuchillo para que Silex lo viera.

—He estado pensando en ello. Hay una ventaja más del cloruro de amonio si se encuentra suspendido en un gel; evitará que esa cosa se seque. Estoy de acuerdo con usted en que necesita agua, sí, pero parece haberse adaptado al entorno y ser capaz de dejarla cuando lo desea.

Alex cogió el cuchillo de la mano de Aimee, limpió la hoja y lo enfundó de nuevo.

—¿Cómo ha podido mimetizarse con nosotros? Antes de que la seccionáramos de la criatura principal, esa cosa se parecía a Johnson.

Aimee miró de nuevo a aquella masa carnosa de metro ochenta de largo y se estremeció. A pesar de que su curiosidad científica se había despertado ante tal descubrimiento, se sentía incómoda y vulnerable al pensar que se habían convertido de nuevo en parte de una cadena alimentaria en la que el hombre no había tomado parte desde hacía millones de años.

—Ha de tratarse de algo que no hemos visto antes o de lo que al menos no exista constancia en los registros de fósiles. No sé exactamente cómo puede copiarnos, pero sí me hago una idea. Esa cosa ha estado aislada durante millones de años y ha podido evolucionar libremente, si bien su línea de evolución se ha visto limitada por un entorno totalmente diferente. No existen dinosaurios, ni siquiera ballenas, para cazarlo, así que su tamaño no se ha visto constreñido por los depredadores. Puede que haya necesitado poner huevos o alimentarse fuera del agua, así que ha desarrollado la capacidad de cazar en estas cuevas. Y sabemos que los calamares son inteligentes. Los biólogos marinos han demostrado que son tan inteligentes al menos como los perros. —Aimee se levantó despacio y miró a todos y cada uno de los miembros del grupo. Por distintos motivos, todos estaban observándola—. Pero creo que lo más relevante para lo que hemos visto aquí es que algunos cefalópodos poseen la capacidad de cambiar de color y de reproducir patrones y formas corporales para mimetizarse con otras especies. Por ejemplo, los calamares manopla son una especie mimética del pez loro. Pueden unir las extremidades y los tentáculos y agitarlos de lado a lado como la cola de un pez. Puesto que el pez loro es herbívoro, mimetizarse con ellos les permite acercarse a especies que son presas potenciales, y que no consideran a los peces loro depredadores. Creo que eso es exactamente lo que está ocurriendo aquí. Sólo que nosotros somos las presas, con quienes se está mimetizando.

Los ojos de Margaret Anderson estaban llenos de lágrimas que brillaban con la luz que reflejaban los frontales. Estaba pálida y temblaba visiblemente.

—¿Quiere decir que esa cosa gigante está intentando cazarnos para convertirnos en su comida?

Aimee le había dado la espalda a aquella masa carnosa y no respondió al momento. Desde esa distancia, el olor acre era suficiente para hacer que le lloraran los ojos y socavar sus desapasionadas observaciones científicas con semejante tamaño y aparente letalidad. Aquella cosa estaba cubierta de ventosas del diámetro de platos llanos y, en el centro de cada una, en una especie de forro retráctil, había colmillos curvados.

Aimee negó con la cabeza. Millones de años deberían separarlos de esa cosa y la mera idea de estar cerca de una criatura como aquella le revolvía el estómago. Se

volvió, si bien no del todo, hacia Margaret y respondió sin mirarla:

—Es lo que creo, sí.

Con la ayuda del callado Zegarelli, Mike se incorporó con un gemido y levantó un débil y ensangrentado pulgar. Alex vio entonces que el médico había hecho su trabajo y que había logrado contener las hemorragias con la ayuda de un adhesivo que unía las heridas diseñado para el campo de batalla. El médico estaba inyectándole adrenalina y un antibiótico de amplio espectro cuando Alex se arrodilló junto a él. Zegarelli apuntó una linterna a los ojos de Mike y le preguntó:

—¿Qué puedo darle para el dolor, teniente? ¿Morfina, naloxona, *whisky*?

—Dele sal, le encanta el dolor. —Alex le puso a Mike la mano en la espalda para ayudarlo a sentarse recto.

Mike rió débilmente, pero su risa concluyó en una tos que tiñó sus labios de rojo.

—*Whisky*, Bruno, y que sea doble.

Por lo general, Mike se negaba a tomar analgésicos, pues entorpecían sus reflejos. Cuando bajó la vista para cerrarse el traje, Zegarelli miró a Alex e hizo un movimiento plano con la mano para a continuación señalar hacia arriba. Alex lo entendió. Mike tenía que permanecer incorporado.

Mike tosió de nuevo y le dijo a su capitán:

—Se acercó a mí cuando me moví. Era rápido y fuerte. Creo que Johnson no tuvo la más mínima oportunidad.

Alex le mantuvo la mano en el hombro para sostenerlo y asintió. Todo apuntaba a que la expedición de Hendsen se había topado con la misma criatura. Si se habían adentrado en las cuevas más profundas, toda esperanza estaba perdida.

—Menos mal que lo logró, Mike. Tenemos que llevarlo a la superficie para tratarle esas heridas como es debido. —Alex se puso de pie y no tuvo que alzar la voz para ser oído, pues en ese momento reinaba un silencio sepulcral en la cueva—. Se acabó la fiesta, damas y caballeros. Tenemos que evacuar esta zona de inmediato y restablecer el contacto con el cuartel general. No estamos equipados para vérnoslas con este tipo de amenaza biológica.

Matt dio un paso al frente.

—Capitán Hunter, este es el más increíble descubrimiento del siglo. Hace que el redescubrimiento del celacanto se quede en nada. Podría validar docenas de mitologías de culturas distintas. Si pudiera hacer alguna foto de esa criatura, y tal vez tomar alguna muestra, al menos podremos darles a los próximos que vengan algo con lo que trabajar.

Alex comprendía el entusiasmo de Matt, pero no había tiempo para debatir.

—Doctor Kerns, cada vez que nos hemos topado con esta criatura, alguien ha muerto o salido herido. Mi prioridad en estos momentos es mantener a todo el mundo a salvo, y eso implica regresar a la superficie, y pronto. Estoy seguro de que podrá

solicitar su regreso en cualquier viaje posterior.

—Pero... sólo dos minutos.

Alex pensó en Johnson durante un segundo y cambió de opinión. Una muestra sería necesaria, al menos para desarrollar un arma con la que poder volver y acabar con la criatura.

—De acuerdo, un minuto para tomar fotografías de este desorden y tomar muestras. Los demás tenemos que...

Alex se vio interrumpido por el sonido de un líquido que se deslizaba desde las profundidades del interior de la cueva. Daba la impresión de que algo enorme se acercaba con rapidez. Alex miró al grupo. Sin necesidad de que les dieran la orden, Tanque y Takeda se colocaron contra las paredes y retomaron sus posiciones defensivas. Todos los demás miraron a Alex. La mayor parte de ellos estaban asustados, pero se contuvieron; sólo Margaret parecía agitada. Había permanecido en un segundo plano, con el rostro ceniciento, desde que el tentáculo había aparecido. Se cubrió la boca con las manos y sacudió la cabeza sin parar, como si estuviera intentando así que la imagen del gigantesco carnívoro invisible desapareciera de su mente. Alex se percató de que estaba tragando saliva constantemente y supuso que tenía arcadas. Era igual que un ciervo a punto de escapar. Antes de que Alex pudiera reunir al grupo a su alrededor, Margaret se puso histérica y echó a correr.

Zegarelli gritó su nombre y salió tras ella. *Mierda*, pensó Alex. Miró a Takeda, señaló a las espaldas de los médicos e hizo un gesto para que los detuviera.

—Esto es un sindiós, capitán. —Silex no quiso perder la oportunidad de soltarle una pulla a Alex.

Alex no le prestó atención y le indicó al grupo que cogiera las mochilas y echara a correr. Tanque cerraría la marcha. El último en marcharse fue Matt, que estaba ocupado tratando de hacerse con una muestra del tentáculo. Intentó quitar una de las ventosas, pero lo único que consiguió fue lastimarse la mano con el afilado borde de la navaja.

Borshov había alcanzado la cuenca con uno de los asesinos Krofskoya y ya estaba soltándose de las cuerdas. El tercer asesino se estaba preparando para descender cuando el jefe del equipo divisó a una mujer que salía de la cueva más alejada con las mejillas cubiertas de lágrimas y la boca abierta en un grito temeroso y silencioso. Unos pasos por detrás iba un hombre con el brazo extendido, como si quisiera cogerla. Borshov supo nada más verlos que no eran HAWC. Bien.

En la oscuridad total de las cuevas, Borshov y sus asesinos eran invisibles para los recién llegados. Señaló con una mano al varón y le indicó a su hombre con un gesto que lo liquidara. Corrió a interceptar a la mujer.

Se oyó un leve sonido doble y Zegarelli cayó al suelo de la cueva con dos pequeños agujeros encima de su ojo izquierdo. Margaret, presa del pánico, no fue consciente de que su compañero yacía muerto tras ella y, simplemente, pensó que uno de los HAWC había conseguido interceptarlo cuando una forma oscura se situó ante el haz de luz de su linterna. No le dio tiempo a percatarse de su error y su última sensación consciente fue una explosión de dolor cuando Borshov la golpeó con su gigantesco puño en la cara.

Takeda llegó segundos después, únicamente a tiempo de ver el cuerpo abatido de Zegarelli, y a Margaret inconsciente por el puñetazo del ruso. Levantó el arma y disparó dos veces antes de ponerse a cubierto tras unas estalagmitas. Las ráfagas de aire comprimido del arma de Takeda dieron en el ojo y en el cuello al agente Krofskoya que estaba ya en el suelo de la cuenca. El segundo disparo fue innecesario, pues la primera ráfaga de aire supercomprimido le había abierto un agujero en el ojo que le había perforado el cerebro, el cual salió por la parte trasera de su cabeza en forma de materia cerebral licuada.

Takeda habló por el intercomunicador con Alex:

—Los hostiles han llegado y hemos entablado combate. Zegarelli está muerto y Anderson está en manos del enemigo.

Alex les ordenó a todos que se pusieran a cubierto junto a la pared de la cueva y a Mike y a Tanque que ocuparan posiciones defensivas frente a lo que quiera que se acercara a ellos desde la retaguardia. No le gustaba nada la idea de dejarlos allí, porque corrían el riesgo de ser tiroteados o arrastrados a la oscuridad por aquella extraña criatura cavernícola. No había alternativa, tenía una amenaza real ante sí y una potencial en la retaguardia, y la real tenía preferencia. Miró rápidamente a Aimee y a continuación desapareció en la oscuridad.

Takeda se sobresaltó levemente cuando sintió el roce de la mano de Alex en su hombro. Siempre le sorprendía lo sigiloso y rápido que podía llegar a ser. Takeda levantó dos dedos, indicando el número de hostiles conocidos, y a continuación señaló a sus ojos y posteriormente a las posiciones de estos: uno en el suelo de la cueva y el otro arriba, en el punto de descenso hasta la cuenca.

Alex evaluó la situación; tenían ventaja numérica, pero quienesquiera que fueran esos hostiles dominaban las posiciones superiores y tenían un rehén.

Desde su escondite en el suelo de la cuenca, Alex oyó una voz conocida, marcada por un fuerte acento:

—*Privet kak Kanitah Hunter, ya soskucheelsya.*

Aunque Alex entendía muy poco el ruso, el saludo formal y el «Te he echado de menos» le resultaron inconfundibles. Reconoció la voz de Uli Borshov, la Bestia. El asesino letal que le había descerrajado una bala en el cerebro y lo había dado por

muerto. Ese asesino no estaba allí por accidente. Sólo se le contrataba para trabajos sangrientos; cuanto más, mejor. Alex sintió como si una puerta se abriera ligeramente y una tormenta de ira empezara a cobrar forma. Una furia inmensa estaba intentando cruzar esa puerta para estallar y devorar al ruso. Alex no podía permitirlo, no mientras retuvieran a Margaret como rehén y los tuvieran acorralados. Necesitaba pensar con absoluta claridad.

Borshov cambió entonces al inglés, aunque con un fuerte acento.

—Sé por qué está aquí, capitán Hunter. Tan sólo quiero los resultados de sus pruebas, son las únicas órdenes que he recibido. Odio la oscuridad, capitán Hunter. Quiero irme a casa. Démelos usted mismo, sin armas, nada de trucos. Podrá recuperar a esta mujer y todos nos iremos a casa, ¿*da*?

Alex habló con Tanque por el intercomunicador y le pidió que reuniera al grupo. Necesitaba a Silex y sus datos y la protección adicional que sus HAWC pudieran proporcionar (y necesitaba tener bien agarrados a sus demonios, pues ya estaban intentando zafarse de sus cadenas, pidiendo guerra). Alex cerró los ojos durante unos segundos y tomó aire. Manzanas verdes, pero tenues.

Tanque acercó al grupo a unos seis metros de la posición de Alex, justo fuera del campo de visión de los dos asesinos rusos, mientras Mike se quedaba atrás para cubrir la retaguardia. Tanque se unió a su capitán y a Takeda, y le pasó a Alex algunos de los papeles de Silex. Eran notas escritas a mano sobre los resultados sísmicos impresos. Daba igual. Su petición era una cortina de humo. Alex sabía que Borshov estaba allí para matarlos.

—Voy a salir desarmado, tal como me ha pedido. Se lo advierto, si alguien levanta un arma, mis hombres lo abatirán. —Alex señaló a Takeda y hacia arriba, al agente Krofskoya posicionado en un terreno más elevado. Le indicó a Tanque que lo cubriera cuando saliera para encontrarse con el gigante ruso.

Alex dejó las armas y salió de detrás de la estalagmita. Tenía el semblante tranquilo, pero sabía que la presencia de Borshov significaba que Benson estaba muerto. Los latidos de su corazón estaban comenzando a acelerarse, no por miedo o nervios: su cuerpo estaba preparándose para el combate.

Alex sabía por experiencia propia que Borshov la Bestia no negociaba. Él comerciaba con la tortura, la fuerza bruta y la muerte violenta. Margaret Anderson estaba siendo utilizada para acercar a Alex y que el ruso tuviera así más posibilidades de acabar con él. Si no tenía cuidado, los dos acabarían muertos en cuestión de minutos.

Uli Borshov sonrió para sus adentros cuando vio que el capitán estadounidense salía de su escondite. Sabía que las estadísticas estaban en su contra. Había perdido el factor sorpresa. No había forma de que pudiera escalar la pared sin ser abatido, incluso aunque consiguiera atarse a aquella mujer inconsciente a la espalda. No podía

confiar en acabar con todos los HAWC. Eran demasiado buenos. Mataría al capitán Alex Hunter y sepultaría al resto, y así completaría la misión.

Borshov habló en voz baja por su intercomunicador. Ordenó al asesino oculto que preparara las cargas explosivas para sellar la cueva y que estableciera el temporizador en diez minutos. También le ordenó que permaneciera allí durante nueve minutos y cincuenta segundos, para que fuera testigo de cómo mataba al capitán Hunter con sus propias manos. Los demás debían saber que Uli Borshov moría invicto. Destruir al equipo estadounidense y aplastar el cráneo del capitán Hunter con sus puños: después de todo, tal vez fuera un buen día.

—Nos vemos en sitios de lo más interesantes, camarada Hunter. —Borshov estaba sonriendo tras el cuerpo semiconsciente de la doctora. La tenía cogida por el cuello con una sola mano y sus enormes dedos se lo cubrían por completo. Con la otra mano blandía una hoja cerca de su cara.

»Capitán Hunter, tiene algo mío. Devuélvame, por favor.

Borshov le sacaba una cabeza a la mayoría de los hombres y era tan grande como Tanque, pero con el aspecto amenazador de un criminal. Su ropa oscura y una sola lente de visión nocturna apuntando a Alex eran suficientes para que la mayoría de los hombres se pusieran a temblar ante la posibilidad de una confrontación directa con él, y con motivo.

Alex observó impávidamente la lente del ruso con gesto casi aburrido.

—Si me da a la mujer y entrega sus armas, dejaré que usted y su hombre vivan. Ésa será mi única concesión.

Borshov se rió despacio.

—No está en posición de dictar las condiciones, capitán Hunter. Si no me da lo que quiero, lo tomaré.

Para probar tal afirmación, comenzó a deslizar el cuchillo por la cara de Margaret. La sangre empezó a caerle por la mejilla cuando un enorme corte fue abriéndose tras la hoja. El dolor sacó a la doctora de su estupor y empezó a gemir y a forcejear.

Alex sabía que, en cuanto Margaret se convirtiera en un lastre, estaría muerta, así que necesitaba poner fin a aquello cuanto antes. Supuso que la principal exigencia del ruso era el material de la investigación, por lo que lanzó los papeles a los pies de Borshov.

Las cadenas se agitaban en el interior de Alex. Su ira gritaba y luchaba por liberarse. Alex intentó mantener el control. Margaret tenía que estar lejos de la Bestia antes de que pudiera actuar o de lo contrario se desencadenaría un tiroteo entre los Krofskoya y sus HAWC que acabaría con todos.

—Eso es todo. Cójalo y deje que la mujer se marche.

Borshov ni se molestó en mirar los papeles. En esos momentos le daba igual el gas o el petróleo, la vida de la mujer, o incluso la suya. Su único objetivo era recuperar el título de asesino más mortífero del mundo.

—Mi bala. La quiero de vuelta... ya. —Borshov se puso tenso. Sus ojos duros, ocultos tras el dispositivo de visión nocturna, eran como obsidias gemelas aguardando el momento en que Alex perdiera la concentración, aunque sólo fuera durante medio segundo. Sabía que las cargas detonarían en cualquier momento, pero eso le importaba poco. Alex Hunter iba a morir, o bien por el derrumbe de la cueva o por sus propias manos.

Borshov empezó a hacerle otro corte en la cara a Margaret. Esta vez ella gritó. Los ojos de Alex se posaron en la doctora Anderson durante menos de un segundo, pero la mano del ruso ya se había estirado cual serpiente y había lanzado un letal cuchillo negro directo al ojo izquierdo de Alex.

Había sido demasiado fácil.

No era posible. En el lugar donde instantes antes había estado el capitán estadounidense no había nada salvo el aire. Borshov oyó cómo la hoja repiqueteaba en la oscuridad y al siguiente instante notó que le arrancaban bruscamente a la mujer de sus brazos. Una mano férrea estaba en esos momentos sobre su antebrazo. Un error. *Bien*, pensó Borshov. Ningún hombre podría sobrevivir a su letal fuerza y su habilidad para el combate a tan poca distancia.

En el momento en que la hoja fue lanzada y el ataque comenzó, la ira de Alex se desató. Había estado luchando por contenerla, pero entonces el asesino había mutilado a la doctora de nuevo y había arrojado el mortífero cuchillo. La voz de un psicólogo militar diciéndole que se transportara a un lugar tranquilo hasta que la ira cesara resonó tenuemente en su cabeza. *No*, pensó Alex, *déjala salir*.

El tiempo pareció ralentizarse a su alrededor. La ira en su interior creció hasta alcanzar el calor de una caldera, y con esta se desencadenó un flujo de sustancias químicas biológicas en su extraordinario sistema que avivó su enorme fuerza, velocidad y furia. Ya estaba moviéndose para sacar a Margaret de la zona de peligro antes de que la hoja hubiera abandonado las puntas de los dedos del ruso.

Borshov percibió un movimiento de soslayo y casi por arte de magia otro cuchillo apareció en su mano. Dibujando un arco corto, se aferró al arma con intención de clavársela en el cuello a Alex. Sin embargo, su brazo se vio dolorosamente bloqueado

a mitad de camino. El asesino se limitó a ejercer más presión para acercar la hoja al capitán Hunter. Sabía que pesaba casi cuarenta kilos más que el HAWC y en el combate cuerpo a cuerpo las estadísticas estaban a su favor. Sin embargo, su presión extra se topó con una fuerza imposible que lo obligó a apartar el brazo del líder de los HAWC. Borshov intentó valerse de sus técnicas en el combate cuerpo a cuerpo y le propinó una serie de ataques con el puño y el codo, pero todos y cada uno de sus golpes fueron repelidos y a continuación el HAWC lo golpeó con lo que se le antojaron mazos. Cuando Borshov sintió cómo se le rompían las costillas, supo que era el momento de cambiar de táctica. No sabía cómo el capitán estadounidense había logrado mejorar su destreza de una manera tan impresionante, pero estaba seguro de que seguía siendo humano, y todos los humanos podían morir. Si no podía sacarle la bala del cráneo al capitán Hunter, le descerrajaría otra para que le hiciera compañía.

Finalmente, Borshov logró poner ambas manos en su oponente y con rapidez lo levantó por encima de su cabeza para a continuación valerse de todo el peso de su cuerpo y lanzarlo al suelo de la cueva. Alex se golpeó contra el suelo y rebotó por la fuerza del impacto, y fue tiempo suficiente para que el ruso sacara su arma y disparara.

Fragmentos de piedra estallaron alrededor de Alex cuando Borshov soltó una ráfaga ensordecedora de disparos en el espacio cerrado de la caverna. Alex se tiró al suelo y rodó con toda la velocidad y agilidad de las que fue capaz para alejarse de la puntería letal del ruso. Sabía que no disponía de mucho tiempo hasta que el asesino gigante anticipara uno de sus movimientos y lo alcanzara. A juzgar por el sonido de los impactos, debía de tratarse de balas de plástico con punta. Esos proyectiles no causaban heridas normales.

Cuando Alex volvió a rodar por el suelo, sacó una bengala del bolsillo del muslo y con un corto movimiento golpeó la base en el suelo para que esta se prendiera y se la lanzó al ruso. Los equipos de visión nocturna son extremadamente sensibles al calor y la luz y aquella explosión repentina de luz roja dejó el equipo inútil..., y a Borshov ciego. El ruso se quitó el dispositivo de la cabeza y apuntó de nuevo con el arma para volver a localizar a su objetivo.

Cuando el asesino pudo determinar la posición de Alex, se sorprendió al ver que lo tenía a su lado y con el arma en ristre. Con la luz de la bengala, los ojos de Alex parecían rojos, y su rostro una máscara de ira candente. Borshov usó el otro brazo para intentar valerse de su superioridad física y levantarlo del suelo. Sin embargo, antes de que pudiera cogerlo de las piernas, Alex había levantado al gigante ruso por los aires y a continuación lo había lanzado a más de seis metros. Éste se golpeó contra el suelo con un estruendo sordo.

Borshov quedó momentáneamente estupefacto, pero se levantó con rapidez. En contra de todo pronóstico, en vez de cargar contra Alex, se abalanzó sobre Margaret y levantó a la mujer semiinconsciente por el pelo. De detrás de la espalda se sacó otro cuchillo escondido y estaba ya acercándolo al rostro de la mujer cuando Alex saltó.

En la cornisa de la cueva, el agente Krofskoya supo que su comandante iba a caer ante la velocidad y fuerza inhumana del HAWC contra el que estaba peleando. Se encogió de hombros. Hora de marcharse. No le debía nada a Borshov.

Se tumbó boca abajo, fuera del campo de visión del estadounidense, y se estiró para coger un pequeño temporizador, tras lo cual aceleró el mecanismo para que se pusiera en marcha en tan sólo unos segundos. Rodó hasta ponerse de pie y echó a correr todo lo rápido que pudo para alejarse de los explosivos que había colocado a cada lado de las paredes superiores. Se trataba de una versión mejorada de la granada adhesiva antitanques creada para penetrar en las placas de acero de estos. Si bien habían quedado obsoletas para el nuevo armamento que en la actualidad se desplegaba en las zonas de conflicto, la fuerza del impacto de uno de esos pequeños explosivos portátiles los hacían ideales para el trabajo de las Fuerzas Especiales rusas: detonar y destruir.

Miró de nuevo su reloj y a continuación se lanzó al suelo para ponerse a cubierto cuando el ensordecedor rugido de los explosivos resonó cual mazo gigante contra la piedra. La sacudida y las ondas de compresión viajaron cientos de kilómetros en todas direcciones.

Los separaban varios cuerpos, pero Alex cubrió esa distancia con facilidad y aterrizó en el suelo cual espectro de negro. Le propinó un golpe *kizami tsuki* con la mano plana a una velocidad superior a la de cualquier soldado normal. Con un movimiento fluido, alejó el antebrazo del ruso del rostro de Margaret y lo acercó al de su oponente. El cuchillo pasó por encima de la frente de la doctora y se alojó en la cuenca del ojo del ruso. Mientras Borshov caía al suelo como un saco, aquel mundo subterráneo erupcionó en calor y en un ruido estruendoso. El caos se apoderó de la cueva y todo se tornó en oscuridad.

Al otro lado del mundo, Hammerson estaba sentado en su despacho, observando su humeante café. La taza, recién servida, estaba al lado de otra idéntica también llena, pero fría. La nueva probablemente acabara igual.

Arcadia y el equipo habían dejado de comunicarse con el cuartel general horas atrás. Y para un cuartel general, ese era el peor sonido que podía recibirse de una unidad de campo: las interferencias crepitantes de un contacto perdido; ni recepción, ni siquiera confirmación de que el dispositivo de comunicación funcionara. Tras la primera hora, Hammerson había ordenado que desplazaran algunos hombres y maquinaria a la estación McMurdo, en la Antártida. Algo había salido mal y necesitarían refuerzos cuando salieran a la superficie... si es que salían.

Hammerson volvió a leer la transmisión interceptada a los rusos en la zona. La base Leningradskaya estaba aguardando órdenes para una evacuación encubierta. También tenían hombres desplegados ahí abajo, y Hammerson mucho se temía que no estaban allí para echar una mano. Era demasiado tarde y a la vez demasiado pronto como para poder hacer algo al respecto, así que entrecerró los ojos y siguió observando el humo del café.

Inmediatamente después de la fiera detonación de los explosivos, cientos de toneladas de piedra cayeron y sellaron la salida, a quince metros desde el borde del punto de descenso. Rocas grandes y pequeñas cayeron al suelo de la caverna, haciendo que este temblara cuando se rompían o retumbaban en la oscuridad. Aimee se puso a cubierto y aguardó a que el sonido del derrumbe amainara mientras el eco seguía viajando a través de las numerosas cavernas durante minutos y minutos. Si antes estaba oscuro, en esos momentos la oscuridad era doble, pues incluso las luces de los frontales habían visto reducido su alcance por las partículas de polvo que llenaban el aire.

Aimee fue la primera en correr junto a Alex cuando el polvo comenzó a asentarse. Había visto el último minuto de su pelea con el gigante ruso y no podía creerse la rapidez con la que se había movido. En la oscuridad había tenido problemas para seguir sus reflejos y velocidad vertiginosa y por un instante se había preguntado si aquello no se debería a algún tipo de esteroide militar. Con la luz roja de la bengala, la expresión del rostro de Alex le había resultado aterradora y si no hubiera sabido con total certeza que era él quien estaba luchando, no lo habría reconocido.

El brillo de la bengala, unido al polvo del aire, confería a la caverna una apariencia infernal. Aimee se centró en la voz de Alex y en el sonido de rocas siendo apartadas. Cuando se acercó, vio que este estaba levantando las piedras que cubrían el

cuerpo, tendido boca abajo, de Margaret Anderson. Alex se arrodilló, cogió una piedra del tamaño de un hombre y la levantó como si no fuera más que una caja vacía.

La científica se detuvo y lo miró. No podía ser real. Había leído casos en los que en situaciones de presión extrema la gente había llegado a levantar coches, pero el semblante de Alex seguía sereno. No había indicios de ansiedad. Cuando Aimee se acercó a su lado, ni siquiera respiraba entre resuellos, tan sólo miraba hacia abajo con resignación. El cuerpo de Margaret yacía bajo montones de cascotes como una muñeca de trapo.

—¿Y Bruno? —preguntó Aimee.

Alex la miró durante unos segundos y negó lentamente con la cabeza.

Los HAWC restantes se congregaron rápidamente alrededor de Alex. Incluso Mike estaba de pie. A pesar de que ya no sangraba, no dejaba de apretar con fuerza los dientes para mantener el dolor bajo control.

—¿Está todo el mundo bien? —Alex elevó la voz y contempló al grupo, cubierto de polvo. Todos habían encendido los frontales de sus cascos y sus luces eran como lámparas de tren balanceándose de un lado a otro de la enorme y asfixiante caverna.

—¿Bien? ¿Bien? ¡Pues, claro que no estamos bien, joder! Estamos atrapados a cientos de metros bajo el suelo. Hay varias personas muertas, acaba de detonar una bomba y una criatura quiere comernos. Oh, sí, ¿y quién demonios eran esos tipos que intentaban matarnos? —Silex miró el cuerpo aplastado de Margaret—. ¿Qué digo, intentaban? Que han matado a dos de los nuestros. Lo conocían, capitán. ¿Qué hizo para que vinieran a por nosotros? Creo que su liderazgo al frente de la expedición no puede ser peor. ¿Alguien quiere apostarse cuánto tiempo va a conseguir el capitán que sigamos con vida?

Por el rabillo del ojo, Alex vio que Aimee se acercaba a Silex, negando con la cabeza como si estuviera advirtiendo al científico.

—¡Será imbécil! Habríamos muerto ya una docena de veces si no fuera por el capitán Hunter. Hemos bajado hasta aquí por su culpa, así que cállese o le haré callar yo misma. —Aimee estaba agitando el puño delante de la cara de Silex y, cubierta de polvo de la cabeza a los pies y con aquellos ojos azules enrojecidos, no parecía alguien con quien uno quisiera tener problemas. Silex sacudió la cabeza, sorprendido por la repentina arremetida de su compañera científica.

Alex reconoció la ira en Aimee. Él mismo aún la sentía. Acababa de matar de manera brutal a otro ser humano. No debería haberle importado. Como soldado de élite que era, había sido instruido para ignorar toda empatía, lástima o arrepentimiento para con un enemigo caído. Pero sentía otra cosa, algo más. Se había sentido bien al eliminar de la faz de la tierra al gigante ruso. Y, en esos momentos, algo en su interior quería más sangre, más guerra.

Alex necesitaba quitárselo de la cabeza. Aunque tenía ganas de estrangular a Silex, un conflicto con el grupo en semejantes circunstancias podría ser fatal. Llamó a Monica, que estaba yendo de cueva en cueva, presumiblemente para ver si alguna conducía de nuevo a la superficie.

—Señorita Jennings, necesitamos otra ruta de vuelta a la superficie. ¿Alguna sugerencia?

Monica volvió a unirse al grupo.

—Bueno, no hay brisa proveniente de ninguna de las cuevas más grandes. Tampoco hay aire más fresco en ninguna de ellas que pudiera indicar un camino a la superficie glacial, y no hay una pendiente ascendente discernible. Todo esto nos deja con una opción basada en la dirección. Opino que pongamos rumbo al norte, lo que nos llevará hacia la costa y lejos del interior, que sabemos que está cubierto por varios kilómetros de hielo, además de roca. Así que... —Monica señaló a una cueva de tamaño medio—. Ésa.

—De acuerdo, me parece un buen plan. ¿Alguna alternativa u objeción? Bien. Mike, adéntrese quince metros por nuestra cueva de salida y compruebe si aún tenemos algo enorme y pegajoso de lo que preocuparnos. Takeda, Tanque, registren a nuestros amigos rusos para ver si hay algo que nos pueda valer. El resto, metan todo lo que podamos necesitar en sus mochilas, los objetos que no sean necesarios se quedarán aquí. Caminaremos ligeros de equipaje. Nos vamos en dos minutos.

Alex se fijó en que Silex se daba la vuelta y revisaba su abultada mochila. Sabía lo que estaba haciendo.

—Lo siento, doctor Silex, sólo el equipo esencial. Los dispositivos electrónicos no son imprescindibles y se quedarán aquí.

—¡No! No voy a dejar este dispositivo aquí. Es un prototipo y representa millones de dólares y años de investigación. Le exijo que me permita llevarlo con nosotros. Si el dispositivo se queda, entonces todos nos quedaremos.

—Ésa es su decisión, doctor Silex, pero todos los demás seguiremos juntos y encontraremos el camino de regreso a la superficie. No voy a intentar arrastrarlo con nosotros. —Alex miró de nuevo a la cueva donde la criatura los había atacado y a continuación a Silex. La implicación era clara: «Se quedará solo y esa cosa está aquí abajo». Silex miró a Alex con una mezcla de miedo y odio y a continuación se volvió hacia Aimee. Ella negó con la cabeza y le dio la espalda. El científico apretó los dientes y comenzó a maldecir para sus adentros mientras abría su mochila y sacaba con brusquedad el resonador de imágenes y otras cajas pequeñas y a continuación las tiraba. Alex observó cómo volaban por el polvoriento aire hasta caer con gran estruendo en las rocas desprendidas.

Apartó la vista de Silex para contemplar el túnel por el que Mike había desaparecido. Sabía que el HAWC sentía mucho dolor y acababa de mandarlo de regreso a la cueva donde lo había atacado una criatura que parecía sacada de una pesadilla. Mike no había parpadeado y había corrido a cumplir con sus órdenes. *Buen*

tipo, pensó Alex.

Aimee se colocó junto a él.

—¿Está bien? —Le puso la mano en el hombro y lo miró fijamente.

Alex señaló a Silex con un gesto de la cabeza.

—Tengo la sensación de que ya no me puede ni ver. Me siento más seguro con usted aquí. Puede llegar a resultar de lo más aterradora, ¿lo sabía? —Le sonrió y ella le devolvió la sonrisa.

—¿Quiénes eran esos tipos que nos atacaron? El doctor Silex estaba en lo cierto, parecían conocerlo.

—Eran de las Fuerzas Especiales rusas. Ya me había encontrado con anterioridad con el más grande. Me disparó y me abandonó a mi suerte al otro lado del mundo. Hemos de suponer que los han enviado para recuperar o destruir el trabajo que estamos efectuando aquí. El mundo está ávido de petróleo, Aimee, y cómo se consiga es secundario en los tiempos que corren. Da igual. Olvide lo que acabo de decir, ¿cómo está usted?

—No se preocupe por mí. Mi padre siempre decía que yo era acero envuelto en terciopelo. Soy dura.

—Bien, creo que vamos a necesitar ser todos así hasta que veamos la luz del día de nuevo. —Le puso la mano en el hombro y se lo apretó con delicadeza. Aimee parecía querer decir algo, pero no sabía por dónde empezar. El intercomunicador de Alex emitió un pip—. Mike, informe.

—Todo despejado y tranquilo.

—De acuerdo, vuelva, vamos a ponernos en marcha. —Alex se volvió hacia el túnel escogido y, con suerte, el camino de vuelta a la superficie.

Cuando oyó el estruendo de las piedras al caer, vaciló. Un derrumbe era de las pocas cosas que temía. Además, el ruido y las vibraciones imposibilitaban cazar en las cuevas. Se mantuvo en su sitio y esperó hasta estar segura de que no iban a caer más rocas que pudieran aplastarla. Podía oler los restos de rocas y de polvo de la cueva y también el aroma a sangre fresca, pero no quería arriesgarse a entrar en una cueva que pudiera venirse abajo. Tomaría otra ruta, pues había percibido que uno de los pequeños animales de sangre caliente se movía con rapidez por los pasajes superiores.

Pieter Dragan llevaba tres años como agente Krofskoya y jamás había fracasado en una misión. No lamentaba la muerte de sus camaradas. Borshov era un psicópata que hacía del asesinato un juego prolongado cuando debía ser algo rápido y de una eficiencia quirúrgica. El tiempo que había desperdiciado había sido su perdición. Una lástima.

Pieter estaba atravesando a la carrera el puente de los estadounidenses cuando su dispositivo de visión nocturna captó un movimiento borroso y a continuación una forma humana apareció junto al puente, en el borde del desfiladero. Era una joven y sostenía en sus brazos lo que parecía un bebé. Pieter se pegó contra la pared. No había nadie más, aparentemente y la chica parecía inofensiva y totalmente perdida. También parecía mojada.

La joven ni se movió ni habló y cuando el mercenario la llamó, pareció simplemente deslizarse un poco hacia él. Tal vez se encontrara en el avión que se había estrellado y había estado deambulando todo ese tiempo. Pero ¿cómo había logrado adentrarse tanto ella sola, y en la oscuridad? Pieter se levantó y se dirigió a ella con las pocas palabras en inglés que conocía.

—¡Hola! ¿Quién eres, por favor? ¿Tú, identificarte?

La forma de la chica se abalanzó sobre él con un sonido húmedo y succionador. Cuando varios colmillos afilados como dagas penetraron en su piel, el dolor fue terrible. No podía apartarse de la chica, pues parecía estar cubierta de un pegamento hediondo, y en esos momentos tenía hasta la cara pegada a la de ella.

El pánico se apoderó de él cuando una fuerza increíble lo arrastró hacia el borde del abismo. Lo último que percibió, con la ayuda de las gafas de visión nocturna, fue cómo era elevado por encima del borde del precipicio y caía a una oscuridad donde algo enorme y líquido lo aguardaba en las profundidades.

Alex distribuyó los objetos útiles y la comida entre los miembros no militares restantes del equipo. Los fusiles los habían dejado atrás. Aunque le habría gustado disponer de armamento extra, decidió que era mejor que avanzaran con rapidez y ligeros de equipaje. También había logrado recuperar una de las pistolas, que le dio a Aimee. Silex protestó, pero de ninguna manera iba a poner un arma cargada en las manos de ese hombre. Supuso que a pesar de que las pistolas dispararan balas en contraposición al aire comprimido (más seguro) del armamento de los HAWC, el peligro que implicaba la criatura sobrepasaba, con mucho, al peligro de que las balas pudieran rebotar.

Alex miró el reloj. Solamente quedaban doce horas para que el helicóptero aterrizara allí para evacuarlos. Sabía que el piloto no esperaría tener noticias de ellos hasta que estuvieran en la superficie y, cuando viera que no estaban allí, esperaría varias horas y a continuación intentaría ponerse en contacto. Eso significaba que probablemente dispusieran de cerca de quince horas para regresar. Un buen paseo, siempre y cuando no hubiera más derrumbes y no los detuviera el agotamiento o se encontraran con un callejón sin salida, o fueran atacados.

El equipo caminó en silencio por entre aquella oscuridad durante varias horas hasta que la cueva terminó abruptamente en una montaña de rocas caídas.

Monica se llevó las manos a la cintura y contempló aquella pila de piedras. Asintió para sí como si fuese algo que ya se esperaba.

—Es una obstrucción de rocas. En lenguaje llano significa que el camino de la cueva ha quedado atascado por un antiguo derrumbamiento.

—¿Y ella es la experta? Buena elección. Cuatro horas caminando para nada. Ahora supongo que tendremos que desandar lo andado y escoger la puerta número dos.

Monica hizo caso omiso de Silex y trepó por encima de las rocas caídas hasta encontrar lo que estaba buscando, en la base de la montaña de piedras.

Fue directa a Alex.

—Tal como esperaba, tal vez pueda haber una manera de atravesarlo, un pequeño agujero en la obstrucción, pero tendré que comprobar su anchura y profundidad.

—Hágalo —le respondió Alex.

—Deme veinte minutos. —Monica miró a Alex y captó su expresión—. De acuerdo, que sean diez.

Se quitó la mochila y la colocó en el suelo, delante de una pequeña abertura entre

las rocas. Sacó un pequeño trozo de tiza roja que sostuvo entre los dientes. Se ató una cuerda alrededor de la cintura y ya se disponía a meterse de cabeza en el agujero cuando Matt la agarró del tobillo.

—Una cosa. —Se acercó a Monica y le susurró al oído—. Ten cuidado, y vuelve. —Ella le sonrió y con la tiza roja le dibujó un pequeño corazón en el revés del guante y, a continuación, tras meter primero la mochila, empezó a arrastrarse y desapareció.

Todos parecieron contener la respiración mientras mantenían la mirada fija en la pequeña abertura de la pared de piedra que tenían ante ellos. Lo único que se oía era un ligero silbido proveniente de las fosas nasales de Silex mientras aguardaban a que Monica regresara sana y salva. Aimee se limpió con el brazo un hilo de sudor que le caía hasta los ojos e intentó tragar saliva. Dolía. Tenía la garganta seca y pastosa. Margaret había estado en lo cierto, el agua iba a ser un problema. Sus ojos se tornaron vidriosos al pensar en los dos médicos. Bruno, siempre dispuesto a echar una mano, embutido cual salchicha en su traje, y ejecutado por intentar ayudar a su compañera. Y la pobre Margaret. Aimee se estremeció al pensar en sus últimos momentos en brazos de aquel brutal asesino. Ya todo había acabado para ellos. *Probablemente estén mejor así*, pensó. Los demás estaban atrapados en las profundidades, bajo el continente más solitario de la tierra, y estaban siendo acechados por una especie de criatura carnívora que vivía en aquellos laberintos y que les estaba dando caza para devorarlos. Le entraron arcadas y se estremeció de nuevo.

Aimee pensó en Tom y a punto estuvo de romper a llorar. Pobre Tom. ¿Su equipo y él habían sido acechados y perseguidos en la oscuridad mientras corrían y gritaban como conejos ciegos en las cuevas? ¿Habían acabado siendo la comida de aquel leviatán que se escondía en algún lugar tras ellos? Notó que una lágrima le recorría la mejilla y la dejó caer.

En menos de doce minutos, Aimee vio que una luz aparecía por el agujero de la obstrucción, lo que indicaba que Monica estaba regresando. Matt fue el primero en ayudarla.

—Vale, llega hasta el final, pero es un poco estrecho. El capitán Hunter y especialmente usted, Tanque, van a tener que contener la respiración en algunos lugares. Intenten no tocar nada cuando pasen. El derrumbe posiblemente se produjera hace cientos de años y no es probable que las piedras se muevan. Sin embargo, existe una pequeña posibilidad de que las rocas que han caído no estén firmemente asentadas. Un centímetro de más o de menos puede marcar la diferencia. Cuando pasemos a través del agujero tal vez minemos los soportes de toda la montaña, y eso puede provocar que se venga abajo algún tramo y que el túnel abierto se torne demasiado estrecho para que lo atravesemos. O peor, podría derrumbarse y tornarse en una masa sólida, y mejor que no estemos debajo cuando eso ocurra.

Monica revisó los trajes de todos para prescindir de bultos y objetos innecesarios.

—De acuerdo, tenemos que permanecer juntos para poder vernos los pies. Quítense las mochilas y empújenlas por delante de ustedes. Tómenselo con calma y no caigan presas del pánico. Si se sienten un poco enclaustrados, respiren lentamente y tranquilícense. Habrá gente delante y detrás para ayudarlos. Una cosa más: eviten pasar sobre las marcas rojas que he hecho. Yo iré primero.

Aimee se quitó la mochila, la colocó delante de ella y la abrazó. Resultaba reconfortante y, además, así nadie vería lo mucho que le temblaban las manos. Cerró los ojos y dijo, articulando los labios para que nadie la oyera: «Si Monica puede hacerlo, yo también». En esos momentos, nada deseaba más que estar en casa.

Dio un brinco cuando Matt la golpeó sin querer con el codo al colocarse para ser el siguiente en entrar. Alex intervino.

—Lo siento, Matt. Takeda será el siguiente, para cubrirnos al otro lado. Tanque, usted será el último. No queremos que nos deje allí encorchados.

Tanque rompió a reír.

—Que nadie se preocupe. Me aseguraré de que todos hayan salido antes de meterme ahí.

Aimee miró la envergadura de Tanque y confió en que su buen humor también se viera acompañado de buena suerte. Se abrazó a su mochila y aguardó a que llegara su turno.

Lo primero de lo que Aimee se percató mientras se retorció por aquel minúsculo túnel era lo fácil que resultaba sentir claustrofobia y perder los nervios en un espacio tan reducido. La cabeza, espalda y codos se rozaban constantemente contra las piedras caídas. Algunas de estas eran del tamaño de casas; otras, meros escombros apilados a modo de rompecabezas gigante. Monica había pintado con la tiza una «X» en algunas rocas, indicando un punto débil o de referencia que había que evitar a toda costa. Cada vez que Aimee veía una de esas cruces en la oscuridad, el corazón le daba un brinco ante la idea de poder quedar sepultada viva, o peor, morir aplastada como Margaret.

Monica había dicho que el túnel era sólo de unos quince metros, pero ella se sentía como si ya hubiera recorrido el doble. Resultaba difícil calcular las distancias en un espacio tan pequeño. El sudor le caía por la cara, arrastrando el polvo que rodeaba sus ojos, y notaba como si el aire empezara a faltarle debido a su agitada respiración. Era fácil perder los estribos allí dentro.

Era la quinta, tras Silex, y gracias a Dios él había atravesado el túnel con bastante rapidez. La mera idea de que el científico se quedara atrapado y tuviera que pasar las últimas horas de su vida atascada en una obstrucción de rocas mirando las delgaduchas piernas del profesor era demasiado. Cuando finalmente divisó las manos expectantes de Monica, sintió tal mezcla de alivio y euforia que casi rompió a llorar.

Poco después salieron Mike y Alex del agujero y todos se congregaron alrededor de la abertura para esperar a Tanque. Alex mantuvo la mirada fija en el agujero y dijo:

—Le está costando. Es fuerte como un buey, pero tan flexible como un piano. — Se arrodilló y alumbró con la linterna el interior del pasadizo. Tanque debía de haberse quedado bastante rezagado, pues todavía le quedaba un buen trecho que recorrer.

El intercomunicador de Alex emitió un pip.

—Me he quedado enganchado en algo.

Alex se volvió hacia Monica.

—Está atascado.

La espeleóloga sacó a toda prisa dos cuerdas elásticas de su mochila y se metió de nuevo en el agujero. Reapareció momentos después, dejando las dos cuerdas en el interior de la pequeña abertura.

—Sí, está atascado a unos cuatro metros y medio. Le he atado las cuerdas alrededor de las muñecas. Vamos a tener que darle un delicado y persuasivo tirón. Está listo.

Alex habló con Tanque por el intercomunicador.

—A la de tres, grandullón. Uno, dos... tres.

Todo el equipo tiró de las cuerdas, pero apenas si se notó nada. Entonces, de las profundidades de la obstrucción de rocas se oyó un leve chirrido, como si un camión estuviera echando el freno, seguido de otro más fuerte. Aunque desde el exterior no se percibió movimiento alguno, todos allí sabían que no estaba ocurriendo lo mismo en el punto donde Tanque se había quedado atascado.

Mike gritó el nombre de su hermano y fue a meterse por el agujero. Alex lo agarró en un abrazo imposible de zafar. Todos aguardaron. Tras unos segundos, volvió a hacerse el silencio. Las rocas se habían movido y asentado de nuevo para los próximos siglos.

Nadie respiró siquiera mientras observaban la pequeña abertura en las rocas. Y entonces, para su sorpresa, un cuerpo enorme asomó por el agujero. Tanque estaba tosiendo y riendo. Se puso en pie y se sacudió el polvo. Miró al equipo, que estaba contemplándolo inmóvil y boquiabierto.

—¿Qué? Era sólo una montañita. Hace falta mucho más para aplastarme.

Mike dio un paso al frente y le soltó un puñetazo en el pecho a su hermano.

—Vale, eres el más duro. Por ahora.

Alex les ordenó que descansaran y comieran algo. La oscuridad desorientaba y el tiempo no se medía por los relojes, sino por la fatiga. Comieron frutos secos y algo de chocolate y a Alex le alegró ver que sus HAWC se habían unido a los civiles en una

animada charla. Su equipo y él habían sido instruidos para mantener las distancias con los civiles y a su vez ser considerados activos invisibles, los medios para un fin: rescatar, recuperar... Sin embargo, que Tanque hubiera logrado salir del agujero había sido la primera cosa buena que les había pasado en mucho tiempo y supuso que todos ellos necesitarían confiar en esa buena suerte y en la ayuda de los demás para regresar a la superficie.

Alex ordenó a Takeda que se adelantara con Monica para escudriñar la zona y él se sentó a solas y echó un vistazo a su equipo. Se quitó el guante y colocó la mano desnuda sobre la piedra para a continuación cerrar los ojos. No había deslizamientos, ni vibraciones, aparte de las generadas por Takeda y Monica; nada se movía. Se había valido de sus extraordinarios sentidos y no había percibido ninguna presencia fría cercana. Por el momento estaban a salvo. Miró hacia la oscuridad, allí donde Monica acababa de desaparecer, y pensó: *Vamos, chica, encuéntrame una salida.*

Aimee se le acercó y se sentó a su lado mientras Silex los observaba desde la oscuridad cual serpiente, con sus labios moviéndose como si estuviera profiriendo obscenidades secretas hacia ellos dos.

—¿Cuáles son nuestras posibilidades? —le preguntó ella.

—Estaremos bien. —No podía hablarle de sus miedos. Tenían comida y agua para unos pocos días e iluminación para menos, incluso. La batería de las gafas de visión nocturna de los HAWC duraría algo más, pero eso era todo. No quería pensar en lo que ocurriría si se quedaban sin luz—. Las cosas siempre salen bien. Ya lo verá.

Aimee lo miró.

—¿Cómo puede mostrarse tan seguro y tranquilo todo el tiempo?

Alex esbozó media sonrisa y se volvió hacia ella. Aimee tenía apoyada la barbilla en la mano e incluso en la oscuridad sus ojos brillaban en aquel rostro cubierto de polvo. ¿Qué podía decirle? Aunque era parte de su cometido mantener motivada a su unidad, la causa real era difícil de explicar. Alex sabía que ya debería estar muerto, pero había sobrevivido y se había convertido literalmente en alguien nuevo. Ya no temía al peligro, pues sentía que el destino, las Moiras, el karma o como quisieran llamarlo, lo estaba manteniendo con vida por un motivo concreto. Ni por un momento había creído que ese fuera el de morir en aquellas cuevas. Vería la luz del sol de nuevo.

—¿Cree en el destino, Aimee? Yo sí, y sé que lo lograremos. Además, han transcurrido más de doce horas desde que nos comunicamos por última vez con el cuartel general y a estas alturas el comandante Hammerson estará martilleándoles los oídos a todos los de las fuerzas armadas para que envíen a más militares aquí. Permanezca cerca de mí y no se preocupe.

Monica apareció con gesto satisfecho.

—Todos, vengan por aquí. He encontrado algo. —Los condujo rápidamente por la cueva a un agujero gigantesco en el suelo.

Monica aseguró una cuerda alrededor de una enorme roca. Silex al momento ya

estaba a su lado. Le susurró al oído:

—¿Qué está haciendo? No vamos a bajar ahí. ¿Está loca? Eso nos llevará a mayor profundidad. Necesitamos subir, allí donde el sol brilla, no bajar.

—Doctor Silex, ¿ha oído eso? —Monica había levantado la mano para acallar al científico y todo el equipo había dejado de hacer lo que estaba haciendo y se había puesto a escuchar. No se oía nada salvo sus propias respiraciones.

Alex fue el primero en hablar.

—Agua, agua en movimiento.

—Es un arroyo en el interior de la cueva, de considerable tamaño a juzgar por el sonido. No quiero hacerme ilusiones, porque podría desaparecer por otra obstrucción de rocas que no podamos traspasar. Sin embargo, también podría llevarnos a la costa.

Alex se colocó en el borde y bajó la vista, pensativo. Silex lo miró e hizo una mueca, probablemente creyendo que Alex estaba indeciso, cuando en realidad se estaba valiendo de sus sentidos para hacerse una idea de qué los aguardaba allí abajo, en las oscuras profundidades. No le gustaba la idea de que Monica descendiera primero, pues sus hombres también podrían lograrlo, pero ella era la especialista y estaba más cualificada para darles una idea de la seguridad del descenso y de los factores de riesgo.

—De acuerdo, señorita Jennings, pero quiero que coja la unidad de comunicación de Mike para poder estar en contacto. Mike bajará justo después de usted. Cuando Mike llegue al suelo, devuélvale la unidad y a continuación él procederá a un reconocimiento del perímetro y me informará. ¿Entendido?

Monica asintió y empezó a colocarse el arnés de rápel valiéndose de una cuerda de kernmantle con un freno de fricción para controlar la velocidad. No disponía del tiempo ni de la cuerda necesaria para hacer más nudos de gaza, o colas de vaca como los llamaban ellos, pero sí usó una especie de plataforma para descender sentada y asegurarse así de que la cuerda no se rozara con las irregulares rocas.

Miró fugazmente a Matt.

—Volvemos al oscuro abismo. —Matt levantó el pulgar y se mostró todo lo animado que pudo, dada la situación, mientras Monica descendía al precipicio.

El agujero estaba lleno de salientes, cornisas y protuberancias. Monica descendió despacio, pendiente tanto de la pared como de la cuerda y sin dejar de mirar tampoco hacia abajo, hacia el aún invisible suelo. No había eco, tan sólo el leve sonido musical del agua conforme recorría el lecho de un riachuelo oculto bajo ellos. Tras unos quince metros de descenso tocó el suelo de una segunda cámara de gran tamaño. El suelo era plano, muy desgastado y liso, como la superficie de una mesa gigante. Todavía no veía el riachuelo, pero desde ahí se oía con más fuerza. También hacía mucho más calor y la humedad había hecho que creciera musgo en las paredes.

Se bajó la cremallera del traje unos centímetros y habló por el intercomunicador.

—Capitán Hunter, Mike puede bajar. Dígale que tenga cuidado durante el descenso, pues hay bastantes protuberancias, pero yo estaré en la base para guiarlo.

Alex levantó la mano hacia Mike, que ya estaba esperando la orden para descender. Antes de hacerlo, el capitán se acercó, comprobó sus cuerdas y le dijo:

—¿Cómo van las heridas?

—Estoy bien. Han empezado a sangrar un poco, pero cuando llegue abajo me pondré un poco más de gel coagulante.

—Bien. No podemos permitir que pierda más energía, ¿verdad? —Alex le hizo un gesto con la cabeza y le dio una palmada en el hombro. Mike se colocó en el borde. Descendió con rapidez, pues la luz de Monica le proporcionaba una mayor perspectiva de la profundidad de la que ella había tenido.

Uno tras otro fueron bajando, dejando a Alex arriba. Éste no se había molestado en colocarse el arnés. No contento con eso, soltó la cuerda de la roca y la dejó caer. Oyó la voz asustada de Aimee desde abajo.

—¿Qué ha pasado? ¿Se ha roto? —Mientras la cuerda iba enrollándose a sus pies, Aimee apuntó con la linterna hacia arriba. Monica la cogió del brazo y la apartó.

—Aimee, sabe lo que hace. Acaba de ahorrarme tener que volver a trepar arriba. Nos hace falta esa cuerda; no podemos permitirnos dejar atrás algo que tal vez probablemente necesitemos más adelante.

Alex descendió por la pared de la roca cual araña. Había salientes suficientes como para tener puntos de apoyo en pies y manos y su traje estaba reforzado en los dedos y podía soportar una escalada así. Sabía que Monica podía haber ascendido sin problema, pero les habría costado otros diez minutos y, llegados a ese punto, Alex estaba deseoso de ahorrar cada segundo que tuvieran para salir de allí.

La espeleóloga trazó con su linterna un lento arco a su alrededor. Aquellas cuevas eran lugares increíbles. Había formaciones esplendorosas a su alrededor y por encima de ellos. Podía ver estalactitas de calcita y montañas de algo similar a una espuma rosa en todas partes, como caramelo derretido. Por norma general, cuanto mayor era una cueva, también más antigua. Teniendo en cuenta esa regla, aquellas cuevas tenían que ser prehistóricas. Era como estar en un jardín gigante para niños hecho de piedras de colores: rocas que parecían carámbanos, árboles, estatuas, delicados diseños de flores de encaje en tonos blancos y crema, o azules y rojos a causa de los minerales disueltos que goteaban de metros y metros de piedra sobre ellos. En otra situación, Monica habría quedado prendada de aquella maravilla, pero en esos momentos la prioridad era la supervivencia.

La cueva concluía abruptamente en la ribera de un ancho y lento río. Parecía poco profundo, pero los lagos y riachuelos de las cuevas podían resultar engañosos debido a la claridad de las aguas: un curso de agua del que parecía que se podía coger sin problema cada piedrecita del fondo podía tener más de dos metros de profundidad. Lo bueno era que rara vez ocultaban rocas cortantes bajo la superficie: el efecto

alisador de miles de años de líquido en movimiento.

—¿Ahora qué? ¿Construimos un barco con las piedras? —espetó Silex. Era una pregunta capciosa, pero lo cierto es que era un problema. No tenían balsa y no había una orilla o ribera junto a la que caminar. No podían cruzar al otro lado del río, pues la cueva concluía en una empinada pared rocosa. Es más, la cavidad en la que estaban terminaba en el río.

Monica estaba en el borde, mirando abajo. Se volvió hacia Silex, sin importarle que estuviera cegándolo con el haz brillante de la luz de su frontal.

—Bueno, tenemos que seguir ese río y carecemos de equipos de buceo o de una balsa, así que tiene razón, construiremos una, pero no con piedras, doctor Silex, sino con personas. Hay un modo de navegar por riachuelos en espeleología que nos asegura que todos permanezcamos juntos en la oscuridad. Se llama el método Disney. Nos sentamos uno tras otro, agarrándonos a la persona que tengamos delante por los pies. Atamos con una cuerda nuestras cinturas y creamos una especie de vagón humano. También necesitaremos un ancla, alguien que esté atado al grupo pero a unos seis metros por detrás, para que actúe como freno de emergencia. Por lo general suele ser el miembro más grande del equipo. —Monica se volvió y le guiñó un ojo a Tanque.

Éste sonrió y dijo:

—Vaya, ni siquiera he tenido que presentarme voluntario.

—También necesitamos un piloto. Esa seré yo.

Alex contravino al momento a la espeleóloga.

—Buena idea, señorita Jennings, pero en esta ocasión yo iré delante. Nuestra cadena humana pesará demasiado como para que pueda dirigirla, y yo estoy más preparado para resistir impactos. Sin embargo, me gustaría que fuera tras de mí, guiándome y diciéndome a qué nos enfrentamos.

Todos se volvieron para mirar al río. A ningún miembro del equipo le emocionaba la idea de meterse en aquellas aguas oscuras y flotar hacia la negrura impenetrable que se cernía ante ellos. Sin embargo, eran conscientes de que regresar sería peor todavía.

Takeda procedió a hacer una lectura del río con una unidad portátil que mostraba la distancia del eco y le dijo al grupo:

—Avanza en línea recta unos tres kilómetros y luego gira, desciende o concluye. No detecto ningún estrechamiento.

—De acuerdo, gente. Navegaremos la parte recta y pararemos a descansar cuando hayamos llegado a la curva. Pongámonos en marcha.

Monica ató la cuerda de exterior suave alrededor de la cintura de Alex y dejó un hueco vacante para ella. A continuación amarró a Matt, Mike y Aimee. Takeda fue el siguiente, después Silex y, seis metros atrás, Tanque como hombre ancla. Tanque ya había sacado un pequeño gancho plegable de su mochila y lo había metido junto con el nudo de su cuerda en el bolsillo delantero de su traje. Estaban listos.

Si no fuera porque era Alex quien encabezaba la marcha, todos habrían vacilado unos minutos para reunir el coraje necesario para hacerlo. Sin embargo, antes de tener tiempo de pensar siquiera, él ya estaba en el agua y, dado que todos estaban unidos, no les quedó otra que seguirlo.

Las piedras se movieron ligeramente. A continuación, un poco más. Un leve gemido emanó de debajo de los escombros. Una piedra plana y de considerable tamaño se levantó, como una puerta abriéndose, y una figura vestida de negro se incorporó.

Borshov se sacó el cuchillo de la cuenca del ojo y sintió que algo cálido y gelatinoso le caía a la mejilla.

En aquella oscuridad, se palpó el agujero irregular y maldijo en ruso. Se enfundó el cuchillo y sacó una linterna de un bolsillo mientras se ponía en pie.

Navegaron con una mayor lentitud de la que muchos de ellos se esperaban. A pesar de que el riachuelo avanzaba a una velocidad de cinco kilómetros por hora, su peso y tamaño les hacía desplazarse a no más de tres y medio. A esa velocidad, Monica calculó que estarían en aquellas aguas frías cerca de una hora. No era la mejor situación, pero tampoco tenían otra opción. El forro térmico de sus trajes les proporcionaría cierta protección, pero finalmente el frío se filtraría y empezaría a ralentizar el tiempo de reacción de los músculos. Si tuvieran que permanecer más tiempo en el agua, comenzarían las hipotermias.

Los únicos sonidos que se oían eran los del agua del riachuelo y algunos susurros entre los miembros del equipo. Matt tenía ambas manos en la cintura de Monica y esta se las agarró. Dadas las circunstancias, estaba siendo una travesía bastante tranquila.

En varias ocasiones el equipo pasó junto a pequeñas playas arenosas oscuras y oyó ruidos en la oscuridad. Pero, cuando volvían las linternas y frontales en dirección al ruido, no se veía nada allí. De tanto en tanto también veían destellos de luz en las paredes de la cueva. Monica se acercó a Alex:

—Bioluminiscencia, o luz fría. Probablemente sean microorganismos u hongos de la cueva. Si más adelante hay suficientes, tal vez podamos apagar las linternas.

Alex les había pedido que movieran las piernas y los brazos todo lo que pudieran en sus restringidas posiciones para asegurarse de que la sangre les regara las extremidades. Era fácil quedarse entumecido, y ese entumecimiento fue el responsable de que Mike no se percatara de que el agua había diluido el gel que cubría sus heridas y que estas habían empezado a sangrar.

El hilo de sangre avanzó por el riachuelo hasta colocarse por delante de ellos, a cinco kilómetros por hora en contraposición a sus tres kilómetros y medio por hora. En la oscuridad, y tratándose de una cantidad de sangre tan pequeña, lo normal era que pasara desapercibida. Al menos para los sentidos humanos. Tras cincuenta minutos en el agua, Mike se percató de que las heridas empezaban a picarle una barbaridad. El HAWC no era de los que se quejara de hambre, dolor o incomodidad. Había dormido en la nieve, se había ocultado en una tubería metálica a cuarenta grados centígrados y se había camuflado bajo el fango durante dieciocho horas. Aguardaría hasta llegar al punto de descanso, tal como les había ordenado su líder.

Finalmente llegaron a un punto donde poder descansar, justo a pocas decenas de metros antes de que el riachuelo bordeara una enorme roca desprendida. Una pequeña playa de arena negra se curvaba en pendiente en la base de la pared rocosa. Todos se pusieron de pie (las aguas les llegaban hasta la cintura), se salieron de los lazos de la cuerda y avanzaron hacia la orilla con las piernas adormecidas por el frío. Aunque estaban tiritando, el equipo se encontraba de buen humor y estaba deseando descansar un poco, y comer algo más de chocolate quizá. Takeda se dispuso al momento a encender una especie de calentador de propano en miniatura. Todos los HAWC llevaban uno. Se podía usar como luz de emergencia, como artefacto incendiario o, en el caso de Takeda, para preparar su preciado té verde. Alex permitía esa pequeña infracción en las normas ya que Takeda era el soldado más sereno y eficaz con el que se había topado nunca. Si el té lo ayudaba, entonces que lo tomara.

Aimee fue la primera en percatarse de los cambios acontecidos en Mike. Estaba encorvado y su robusta complexión era en esos momentos más menuda, como si hubiera encogido. Allí donde la cuerda había rodeado su enjuto y musculoso cuerpo, la cintura aún no había vuelto a su estado natural. Parecía deformado, blando.

—¿Mike? ¿Mike, está bien? —Aimee lo agarró del brazo y le dio la vuelta.

Al oír que Aimee alzaba la voz, Alex corrió hacia su compañero, que a duras penas se mantenía en pie. Con la luz de Aimee, su rostro se veía pálido y parecía como de cera. Alex lo miró a los ojos y le preguntó:

—Teniente segundo Mike Lennox, ¿cuál es su estado operativo inmediato? — Una pregunta a la que cualquier HAWC habría respondido como un resorte.

Mike tosió y se cayó hacia delante. Alex lo agarró y lo tumbó en el suelo, boca arriba. El cuerpo del soldado era diferente, parecía más ligero y menos sustancioso. Tosió de nuevo, y a continuación con más fuerza. En esa ocasión sus labios se tiñeron de rojo. El grupo se congregó a su alrededor y bañó el cuerpo tendido de Mike con la luz combinada de múltiples frontales.

—Tiene una hemorragia interna. —Alex lo colocó de costado para ayudarle a respirar y entonces Mike empezó a toser sin parar. Manchas de sangre aparecieron en la negra arena y, al siguiente ataque de tos, vomitó un fluido rojo y gelatinoso que se amontonó en la arena, junto a él.

—Oh, mierda, tiene algo dentro. —Silex retrocedió de un brinco. No hubo curiosidad científica alguna en su afirmación, tan sólo una reacción humana primaria a aquella infección parasitaria severa. La repulsión hizo acto de presencia en su rostro mientras comenzaba a limpiarse las manos en los costados. Silex tenía razón. Entre la montaña gelatinosa, junto al rostro de Mike, había una masa de gusanos, cada uno de unos quince centímetros de largo, que se retorcían sobre la arena. Aquella masa negra y roja provenía sin duda del interior de Mike, que los gusanos habían estado consumiendo.

Tanque apartó de un empujón a Silex y sujetó la cabeza de Mike entre sus manos mientras Alex se agachaba y le soltaba las correas del mono. La imagen con la que se encontraron sus ojos hizo que hasta Alex, el más duro de los HAWC, se estremeciera, y Tanque también gimió al verlo. Donde otrora había habido heridas, en esos momentos había agujeros irregulares y en carne viva por la acción de los gusanos. El estómago y la cavidad torácica de Mike debían de estar llenos de ellos, pues la piel se le levantaba sobre los huesos con movimientos ondulantes. Mike movió la mandíbula como si estuviera intentando decir algo, pero no quedaba claro si era él o si los gusanos se le estaban deslizando bajo los músculos del cuello y el rostro.

—Doctora Weir, ¿qué son esas cosas? ¿Sanguijuelas? —Alex no quería tocar demasiado a Mike hasta que no supiera con qué se las estaban viendo.

Aimee se había tapado la boca con la mano y la repulsión y el miedo habían distorsionado los rasgos de su rostro.

—¿Doctora Weir? ¿Aimee? —Alex le tocó el brazo.

—No, no lo creo. Lo más probable aquí abajo es que se trate de nematodos.

Aimee se acuclilló e intentó concentrarse en el estado de Mike, confiando en que la curiosidad científica superara su repulsión.

—¿Podemos sacárselos? —Fue Monica quien formuló la pregunta, aunque todos sabían que hasta con la mejor atención médica tenía pocas posibilidades, con lo que allí abajo estaba perdido. En los siguientes minutos que estuvieron a su alrededor, fue como si siguiera desinflándose más y su piel y carne fueran consumiéndose desde el interior.

—Pensaba que los nematodos eran seres microscópicos que vivían en la tierra y el barro —dijo Matt.

—Hay decenas de miles de tipos de nematodos y más de la mitad son parasitarios. La mayoría son microscópicos, pero algunos son grandes, más grandes. Hay una especie que puede llegar a los nueve metros y que parasita al cachalote. Esas cosas existen desde el Cambriano y, al igual que nuestro cefalópodo gigante, probablemente lleven atrapados aquí abajo millones de años.

—Puaj, estaban en el agua con nosotros. —Monica se estaba quitando el traje y mirándose el cuerpo. Todos se apresuraron a hacer lo mismo.

—Creo que estaremos bien. Mike era el único que tenía heridas abiertas. Esas cosas son poco más que bocas en el extremo de un cuerpo alargado y carnoso. Deben de haber percibido la sangre de Mike en el agua y han morado en su interior —dijo Aimee.

Mike tenía los ojos vidriosos. Empezaron a sobresalírsele, pero entonces se le hundieron en las cuencas en el mismo momento en que se oyó un casi imperceptible silbido, y un pequeño agujero apareció en su frente, no causado por los parásitos, sino por Tanque, que había disparado un proyectil de aire comprimido al cerebro de Mike en un acto de piedad para con su hermano. Nadie retrocedió, ni siquiera pestañeó. Era lo correcto.

—¿Permiso para deshacerme del cuerpo?

Alex no tuvo ni que pensárselo antes de responder.

—Permiso concedido, soldado.

Tanque levantó lo que quedaba de Mike. Lo que otrora había sido un hombre de noventa kilos, en esos momentos no parecía pesar ni una cuarta parte. Los gusanos siguieron cayendo de sus mangas y tobillos, allí donde el traje no estaba cerrado del todo. Tanque fue con el cuerpo hasta un rincón de la playa y se arrodilló junto a él. Parecía estar hablando con su hermano por última vez. Se levantó, se santiguó, sacó su cilindro de propano de la mochila y procedió a rociar con él a Mike. Tanque apretó la boquilla de ignición y el cuerpo de Mike se prendió cuando el propelente altamente inflamable cobró vida. Mientras el traje se quemaba y destruía, se oyó un ruido terrible por todo el cuerpo de Mike: la reacción de los gusanos parásitos a la destrucción de su morada y última comida.

Tanque se unió de nuevo al grupo, pero su cabeza, al igual que su ánimo, estaba baja. Alex fue hacia él y lo agarró por los hombros.

—Tanque, él fue un orgullo para todos nosotros. Ha sido uno de los mejores hombres que jamás tendremos. Voy a echarlo de menos; todos lo haremos.

Tanque agarró los antebrazos de Alex con ambas manos. Tenía los labios fuertemente apretados, así como los ojos. Mike y Tanque habían sido inseparables durante toda su vida. Habían cuidado el uno del otro y lo habían compartido todo, desde la bici hasta jugar en el mismo equipo de fútbol y alistarse en el ejército. Habían sido siempre de los primeros de sus clases en estrategia y combate y para los dos fue una gran noticia que los seleccionaran para el segundo nivel de instrucción y poder convertirse así en Boinas Verdes. Después, tras distinguirse en complejas misiones, les fue asignado el quinto nivel de instrucción y se convirtieron en SEAL de la Armada. En dos años ya habían sido invitados a unirse a los HAWC y habían alcanzado el décimo nivel con el comandante Jack Hammerson. Tanque apartó sus manos de Alex y se las llevó a la cabeza como si estuviera a punto de gritar, pero a continuación apretó con fuerza los hombros de Hunter.

El capitán le sostuvo las muñecas a aquel gigante sin problemas. Aunque Tanque superaba en casi veinticinco kilos a Alex, este último era mucho más fuerte. Alex sabía que Tanque no estaba peleándose con él, sino con el dolor de su pérdida. El rostro del soldado estaba crispado por un sufrimiento que solamente quien haya perdido a alguien muy cercano podría comprender. Cuando Alex sintió que la presión amainaba, le soltó los brazos y dejó que se alejara para recomponerse. Alex dejaría que llorara su pérdida un poco más, pero no que se replegara en sí mismo. En ese momento todos eran necesarios, especialmente los HAWC que quedaban con vida.

Alex vio que Aimee se acercaba por la playa. Cuando hubo llegado hasta él, permaneció en silencio durante unos minutos, observando cómo la enorme forma de Tanque se alejaba en la oscuridad. Finalmente habló.

—Todo va mal, ¿verdad?

Lo meditó unos segundos y a continuación se volvió hacia ella.

—No puedo decir que esperaba que las cosas fueran a salir así, pero tenemos que seguir moviéndonos, Aimee. Si lo hacemos, tendremos una oportunidad.

—Aunque he dicho que los nematodos se vieron atraídos por las hemorragias de Mike, no puedo saberlo con certeza. Son una especie que ha estado aislada aquí abajo durante millones de años y no sé cómo se van a comportar. Aunque ninguno de nosotros está tan gravemente herido como lo estaba Mike, hay otras entradas al cuerpo humano. —Paró de hablar un instante y miró por encima del hombro al grupo—. Alex, nadie quiere volver al agua. De momento ya sabemos que esos gusanos no son la cúspide de la cadena alimentaria y no me apetece nada encontrarme con más eslabones de esa cadena.

Alex suspiró.

—Aimee, aún nos queda un largo camino a casa y las cosas podrían ponerse feas antes de mejorar. No quiero volver a entrar en el agua, pero no podemos regresar, y tampoco vamos a morir en esta playa. Necesitaré de su ayuda para levantar el ánimo de la gente. La desesperación es nuestro mayor enemigo en estos momentos.

Aimee esbozó una débil sonrisa, asintió y se unió de nuevo al cada vez más pequeño grupo. Alex le indicó a Takeda que se acercara, y también a Tanque, que seguía taciturno.

—¡Teniente! ¡Tanque! Tendremos tiempo de sobra para darle a Mike la despedida que se merece cuando estemos en la superficie. Ahora tenemos que llevar a esta gente al exterior. —Tanque asintió, pues no estaba seguro de poder hablar aún—. Takeda, adelántese y proceda al reconocimiento de la playa e informe de qué es lo que ve. Llévase a la señorita Jennings con usted. Tanque, vaya al extremo superior de la playa y deme un perímetro de retaguardia seguro. No quiero que nada más nos siga a hurtadillas. Informen en menos de veinte minutos.

Los dos HAWC restantes sincronizaron sus relojes con el de Alex y a continuación se dieron la vuelta y se dispusieron a realizar las tareas encomendadas. Alex miró al grupo. Matt, Monica y Aimee estaban hablando y terminándose sus chocolatinas. Sabía que Aimee haría lo que estuviera en su mano para mantenerlos a todos animados. Un poco más lejos estaba Silex, que lo estaba mirando mientras murmuraba para sí. Aquel hombre estaba temblando, pero Alex no creía que fuera de frío, sino probablemente a causa del estrés, que era mucho peor. Alex había visto a hombres en el campo de batalla cuyos sistemas nerviosos se habían colapsado y habían perdido los nervios. También les había visto volarse la cabeza, así como la de

la gente a su alrededor. Confió en que el científico pudiera mantener el control sobre sí mismo. Aunque había cargado su mochila con muchos de los medicamentos que habían portado los doctores, no le gustaba la idea de tener que sedarlo y cargar con él hasta la superficie. ¿Podía la cosa ponerse peor?

Takeda y Tanque volvieron a la vez para informar a Alex. El japonés tenía a Monica detrás. Le hizo un gesto con la cabeza para que esta procediera con las novedades.

—De acuerdo, a cerca de kilómetro y medio de la playa el túnel termina en otra obstrucción de rocas. Sin embargo, la corriente sigue siendo bastante fuerte, por lo que creo que o bien la obstrucción no es sólida o no es muy larga, y que el río sigue recto después.

—¿Qué está sugiriendo? ¿Bucear? No estamos preparados para ello. —Alex sabía que ya sería difícil convencer al equipo de que se volviera a meter en el agua, por no hablar de bucear.

Monica negó con vehemencia con la cabeza.

—Para nada. En una cueva normal, si te pierdes, te sientas, te tomas una barrita de chocolate y esperas a que te encuentren. Sin embargo, si te pierdes buceando en una cueva, te quedas sin aire, te desorientas y te ahogas. Odio el buceo en cuevas. Por lo general, en una cueva, si llevo a clientes conmigo, les exijo que nadie dañe la cueva ni lo que la rodea. Sin embargo, en esta ocasión creo que estaré más que satisfecha si podemos pasar por encima de la obstrucción quitando algunas de las rocas de tamaño medio.

—Me parece un buen plan. —Alex los llamó a todos—. Es posible que la señorita Jennings haya encontrado una manera de avanzar. Tendremos que quitar piedras y me gustaría que todos echáramos una mano. Recojan sus cosas. Nos vamos.

—¿Capitán Hunter? —Era Silex. Se estaba pasando la lengua por los labios y tenía un gesto más nervioso de lo habitual—. ¿Tendremos que volver al agua?

—Tal vez. Si no ahora, probablemente después. Es la manera más rápida de movernos y de conservar gran parte de nuestras energías. Doctor Silex, el tiempo en estos momentos es nuestro mayor enemigo y tenemos que recorrer estas cuevas todo lo rápido que nos sea posible. —Alex estaba a punto de darse la vuelta, pero algo se le vino en mente y se giró de nuevo hacia el grupo.

—¿Alguien está sangrando? —Todos negaron con la cabeza—. Bien, pero les sugeriría que si necesitan ir al baño, lo hagan ahora que estamos en terreno seco. Aunque los trajes han sido diseñados para absorber los desechos, me he percatado de algunas abrasiones en el material, así que... —Alex no tuvo que decir nada más. La mera idea de que los gusanos se deslizaran hasta el lugar donde una persona era más vulnerable hizo que todos decidieran intentar orinar antes de volver a entrar en el riachuelo. Se separaron lo necesario para tener un poco de intimidad y a Aimee, que era la última de la fila, le pareció oír que algo rompía la superficie de las aguas en la

oscuridad, algo que tenía que ser mucho más grande que cualquiera de los gusanos invertebrados con los que se habían topado.

En menos de cinco minutos estaban listos. El pequeño grupo caminó en silencio hasta la obstrucción, con el único ruido de la arena oscura de la playa bajo sus pies. Alex y Monica encabezaron la marcha. Mientras el capitán Hunter caminaba a lo largo de la estrecha playa se miró las piernas, que estaban cubiertas de un mineral oscuro y brillante.

—¿Qué es esto? —le preguntó a Monica—. Se adhiere como el pegamento.

La espeleóloga se pasó el dedo por la pierna y se frotó el pulgar y el índice.

—Probablemente sea magnetita. Es un mineral que se cristaliza a partir del magma basáltico. Por lo general cuando está así es porque el basalto ha desaparecido y ha incorporado arena de las playas. También indica una actividad volcánica prehistórica. No esperaba encontrarlo aquí, ni esto ni muchas otras cosas, sin embargo... Por cierto, no es pegajoso, pero sí ligeramente magnético, así que manténganlo alejado de las armas y dispositivos electrónicos si no quieren que se les bloqueen.

—Buena observación. Caballeros, guarden sus armas y manténganlas lejos de la arena. Tiene partículas magnéticas. —Takeda y Tanque asintieron y guardaron en las mochilas los fusiles que llevaban al hombro.

El equipo avanzó con lentitud por la oscuridad y tras veinte minutos llegaron a la obstrucción. Bloqueaba la cueva, y el riachuelo concluía en una pequeña cavidad, pues el agua se veía obligada a ralentizarse ante la enorme pila de piedras desprendidas. En la superficie del agua podían verse ligeros remolinos allí donde esta estaba siendo succionada por entre las pequeñas grietas de la obstrucción. Monica se colocó en el extremo de la pared escarpada y saltó a las rocas para a continuación trepar hasta arriba. Avanzó y luego retrocedió hasta volver a unirse al grupo.

—Buenas noticias. La obstrucción dibuja una cima que es más estrecha en la parte superior. En la parte central, las piedras son más pequeñas.

—¿Se podría volar? Podemos valernos de nuestros fusiles y producir un proyectil de aire lo suficientemente ancho como para crear un efecto martillo no explosivo.

Monica lo meditó unos instantes y a continuación se volvió hacia Alex.

—Mi opinión es que es mejor no hacerlo, pues no sabemos cómo de estable es el techo. Primero intentemos quitar piedras y bajarlas formando una cadena humana. Es más lento, pero el riesgo de que nos caigan encima es menor.

Alex asintió.

—De acuerdo. ¿Cómo quiere que nos organicemos?

—Yo iré primero porque sé qué piedras quitar. Tanque debería estar conmigo, ya que necesitaré de su fuerza para sacar las más grandes.

Matt se metió en la conversación.

—Me gustaría ofrecerse para estar allí arriba, porque tal vez Tanque sea demasiado pesado para estar en la parte superior de esta montaña de piedras. Además,

soy muy fuerte. ¿Sabían que era el único tío de la facultad que podía levantar noventa kilos en un banco de musculación?

Monica se quitó un mechón de pelo de los ojos y sonrió.

—De acuerdo, Hércules. Arriba.

Matt trepó con torpeza a la parte superior con Monica. A pesar de todas las dificultades, parecía estar divirtiéndose.

—También quedé tercero en un concurso de comer perritos calientes, en último curso, pero eso me lo reservo por el momento.

La joven soltó un silbido.

—Qué hombre tan talentoso. Ahora, a excavar.

Les llevó más tiempo del esperado. Incluso a pesar de que la mayoría de las piedras conformaban una pirámide básica, en la parte superior tuvieron que sacar rocas en una longitud de casi tres metros. Monica entró primero, y salió rápidamente para informarles de que podían atravesar por ahí hasta la siguiente cueva. Todo apuntaba a que en esa ocasión evitarían tener que mojarse de nuevo.

Uno a uno fueron pasando, y esa vez Tanque logró no quedarse encajado. Al otro lado se encontraron en el interior de una enorme caverna abovedada, con lo que parecían estrellas brillando en el techo. Matt miró a Monica y dijo:

—Bioluminiscencia de nuevo. ¿Bichos o musgo?

—Averigüémoslo. —Monica dio una sonora palmada. En la caverna resonó como el disparo de un fusil, y todas las luces se apagaron a la vez.

—Vaya, la mujer de las cavernas ha apagado las estrellas —dijo Matt.

—Espera. —Monica señaló hacia arriba y las luces regresaron—. Probablemente sean gusanos luminiscentes. O tal vez cientos de otras cosas que no hayamos visto antes.

El pequeño grupo anduvo durante otros treinta minutos en la oscuridad y la mayoría consiguió olvidarse del apuro en el que se encontraban gracias a las maravillas de aquella cueva. Enormes formaciones de caliza descendía sobre ellos como los tubos del órgano de una catedral. También había formaciones de piedra que se asemejaban a enormes alas de ángel y gigantescas columnas que iban desde el suelo hasta el techo, a las que se habían unido estalactitas y estalagmitas, algunas de fácilmente treinta metros de altura y anchas como casas.

La playa se estaba estrechando y se estaban viendo obligados a caminar más cerca del agua. Monica fue la primera en percatarse de los cambios.

—Vuelve a hacer más calor, el riachuelo ha dejado de fluir y, miren. —Señaló el agua—. Esto es muy raro. Sólo había oído hablar de ello en foros de espeleología.

Era un extraño efecto, como si la corriente de agua flotara. Como si hubiera una corriente encima de otra.

Matt se arrodilló para contemplarlo.

—Parece magia.

—No es magia, *boy scout*. —Silex había conseguido que un término por lo

general inocente sonara como una palabrota—. Es un fenómeno natural llamado termoclina. Es cuando una capa de agua cálida se superpone a una de agua fría o cuando hay un lecho geológicamente activo. También significa que puede ser tóxica si hay ácido sulfhídrico disuelto en el agua. Esto podría suponer más malas noticias.

—No lo creo. —Aimee también se había arrodillado—. No está lo suficientemente caliente como para tratarse de termoclina y no hay una acumulación de minerales que sugiera que haya ácido sulfhídrico en el agua. —Aimee sacó una pequeña probeta de la mochila y tomó una muestra de la parte inferior. La olió y metió el dedo. Miró a Alex, le guiñó el ojo y se llevó la yema del dedo a la punta de la lengua—. Sí, es sal. —Se puso de pie—. Es haloclina, que no es otra cosa que una barrera estable entre el agua de mar y el agua dulce. Por lo general se da cuando un río subterráneo fluye hacia el mar. El agua del mar entra en la cueva y el agua dulce, más densa, fluye sobre esta durante cierta distancia. No es tóxico. —Aimee cogió un guijarro y lo tiró. Se formaron dos grupos de ondas: uno quedó flotando mágicamente en la superficie por encima de un segundo grupo, medio metro por debajo.

Monica se llevó las manos a las caderas.

—Si se trata de agua salada encontrándose con agua dulce del riachuelo, son buenas noticias. Debemos de estar yendo en la dirección correcta.

El capitán miró al grupo. La luz del frontal de Aimee estaba palideciendo. Alex confió en que Monica estuviera en lo cierto, la oscuridad estaba alcanzándolos con gran rapidez.

Otra hora más y el olor a sal ya podía detectarse en el aire, y la doble capa del riachuelo se combinó en una sola. Monica llevaba un tiempo caminando con la cabeza ladeada hacia arriba y le indicó al grupo que se detuviera.

—Necesito comprobar una cosa. ¿Podrían apagar las luces unos segundos?

Uno a uno fueron apagando los frontales de los cascos. Aimee se percató entonces de que Alex no había usado el suyo desde hacía siglos y no recordaba siquiera si lo había llegado a encender. Vio cómo le indicaba rápidamente algo a Tanque y Takeda y los dos se colocaron unas lentes sobre los ojos. Infrarrojos, supuso. Transcurrieron varios segundos sin que nada ocurriera y Silex empezó a quejarse de la oscuridad. Aimee se percató de que la voz del científico se había desplazado, pues se había valido de la oscuridad para colocarse más cerca de ella. *Escalofriante*, pensó mientras le chistaba.

Tras unos segundos más, las estrellas bioluminiscentes aparecieron de nuevo en el techo, a continuación en las paredes y, tras un minuto, podían distinguirse en cada rincón de la caverna. Ya no estaban sumidos en la oscuridad de la cueva, sino bañados por una suave luz azul y crepuscular.

—Mola —dijo Matt mientras alzaba la vista y, para hacer su comprobación

personal, dio una sonora palmada. Fue tan inesperado que los HAWC se volvieron hacia él con los fusiles en ristre. Inmediatamente, tal como se esperaba, las frías luces se apagaron, dejándolos de nuevo en la impenetrable oscuridad. Pero lo que nadie esperaba era oír un sonoro chapoteo al otro lado del riachuelo. Todos encendieron de nuevo los frontales de los cascos y algunos también las linternas.

Alex habló con sus HAWC sin apartar la vista del agua.

—Algo de gran tamaño acaba de entrar en el agua a unos treinta metros. No lo pierdan de vista. Que todos los demás se coloquen tras nosotros. —Las aguas, que habían estado lisas y calmas como el hielo, chapalearon de repente en la arena.

—Una ola. Algo se acerca hacia nosotros por el río. Prepárense. —El grupo se replegó y se colocó detrás de los HAWC, que apuntaron con los fusiles a la superficie.

Ocurrió muy rápido. La superficie calma del riachuelo estalló como si aquella cosa saliera del agua cual torpedo negro y brillante. Una enorme boca se abrió y mostró un zigzag de letales dientes en el extremo delantero de un cuerpo musculoso de seis metros de largo. Se abalanzó hacia Alex sobre sus cuatro patas e intentó rodearlo por la cintura. Ninguno de los HAWC parpadeó. Tres fusiles dispararon al unísono, enviando proyectiles de aire comprimido del tamaño de balas a aquel alargado cuerpo. Los proyectiles penetraron en su cabeza y flanco y la criatura se revolvió y se movió por la arena durante un buen rato antes de intentar replegarse a las aguas. Tanque disparó una ráfaga más y el animal cayó en la orilla: su cola achatada seguía en el agua y su cabeza, en forma de enorme pala, en la arena, supurando un líquido verdoso.

Todos permanecieron en silencio unos segundos más antes de que Matt hablara.

—¡Me encanta este sitio! ¡Es como Pellucidar, joder! ¿Saben qué es esto? —preguntó al grupo, que seguía resollando.

—Parece un cruce entre un tiburón y una especie de reptil —dijo Tanque.

—Yo cogía peces caminadores mexicanos cuando era pequeña. Parece el padre de uno de ellos —dijo Monica.

—Yo creo que es un dinosaurio. Dios, oh, dios. ¡Un dinosaurio vivo! —Matt estaba fuera de sí.

—Casi, pero no es ni reptil ni saurio. Tiene una morfología anfibia, sin escamas, cabeza en forma de pala, patas cortas pero musculosas. Yo creo que es un laberintodonte. —Aimee fue junto a la cabeza y le levantó la boca para mostrar unas mandíbulas inferior y superior que, cuando se unían, hacían que los dientes encajaran entre sí cual tijeras. La superficie del paladar estaba cubierta por pequeñas escamas levantadas, similares a la piel del tiburón. A juzgar por esa boca y dientes, cuando esa criatura cogía algo entre sus fauces, había pocas esperanzas de escapar. Es más, Tanque tenía razón. Se parece de veras a la boca de un tiburón.

—Vaya, bienvenido, grandullón. —Matt pasó las manos por aquel cuerpo de superficie viscosa—. Una vez comenzamos a encontrar nuevas formas de vida, deberíamos habernos esperado algo así.

Aimee asintió.

—Monica ha estado cerca con lo de los peces caminadores. Son los abuelos de las salamandras y tritones de nuestro tiempo y vivieron por última vez en la Antártida. En todos los demás sitios fueron aniquilados por los cocodrilos, pero aquí hace demasiado frío para que estos vivan y los laberintodontes evolucionaron. Por supuesto, esto ocurrió hace más de cien millones de años. Pero hay una característica en él que nadie se habría esperado. Es negro —dijo Aimee.

—Lo sé, letal pero hermoso —respondió Matt, sin dejar de mirar con fascinación a la criatura muerta.

—No, no estoy hablando de tendencias. Me refiero a que no debería ser de ese color. No debería tener ningún color. Estamos a kilómetros bajo la superficie y en la más absoluta oscuridad. Las criaturas que hemos visto hasta el momento mostraban todas las características físicas propias de la adaptación a una vida subterránea. Cosas como la pérdida de pigmento, grandes ojos y patas, y otros órganos sensores amplificados. Esta criatura es una especialista en emboscadas, caza valiéndose de la vista.

Todos contemplaron su ojo negro, del tamaño de un puño, en un lateral de la cabeza. De repente, este se movió. Matt y los demás dieron un bote y los HAWK levantaron las armas. La criatura empezó a moverse lentamente de vuelta al agua, al principio a tientes y después a gran rapidez. No se estaba moviendo por sus propios medios. Estaba siendo arrastrada a las profundidades por algo que no conseguían ver.

—Es la sangre, al parecer resulta de lo más atrayente aquí. Será mejor que nos vayamos ya. —Alex les pidió que se dieran prisa. La luz fría de la caverna se estaba extinguiendo y se oían ruidos procedentes del punto donde el grupo acababa de estar. Allí abajo nada se desperdiciaba.

En poco tiempo los latidos de sus corazones se ralentizaron y Alex les permitió que caminaran a paso normal. Pero, haciendo caso omiso de la comodidad del grupo, les ordenó que apagarán todas las luces. Las baterías se estaban convirtiendo en un lujo escaso y ya había pillado a Silex intentando comprarle una de reserva a Matt. No conseguirían regresar a la superficie a oscuras.

Una vez sus ojos se hubieron acostumbrado a aquel extraño brillo azulado, resultaba de lo más reconfortante tener luz en un ángulo de trescientos sesenta grados en vez de en estrechos haces. Tras un rato, Matt dijo en voz alta lo que todos habían ya percibido.

—Esta zona tiene más luminosidad.

Era cierto, la tenue luz oscura se estaba convirtiendo en una claridad propia del atardecer.

A lo que accedieron en esos momentos no se le podía llamar cueva, ni caverna, catedral o ninguna de las otras descripciones aplicadas por los espeleólogos o

geólogos para las aberturas subterráneas. Sólo podía describirse como un mundo nuevo.

—Pellucidar es un reino imaginario, nada más. —Matt había sido el primero en hablar y en romper el encantamiento ante lo que sus ojos estaban contemplando.

—Tal vez Edgar Rice Burroughs supiera más de lo que decía —concluyó Aimee en voz baja.

El profesor se dispuso a apretar el paso, pero Alex levantó la mano y le indicó con un dedo que mantuviera la posición. Intentó percibir algún peligro, pero estaba abrumado por las formas de vida del lugar en el que se encontraban.

Permanecieron en la boca de la cueva, en la curva de una playa negra, allí donde el riachuelo se vaciaba en un vasto océano oscuro. El techo y las paredes de aquella colosal oquedad estaban iluminados con abundante luz bioluminiscente, lo que daba la sensación de un ocaso permanente. Enormes candelabros de líquen y musgo primitivo pendían del techo a gran distancia de sus cabezas y envolvían las paredes como arpilleras irregulares. Los muros que podían ver a poca distancia eran escarpados, con docenas de aberturas como por la que habían salido, y el horizonte, a pesar de la mayor luminosidad, no podía verse. Había pruebas de otros desprendimientos de piedras antiguos, pero por lo general las paredes eran de superficie lisa y estaban cubiertas de musgo, líquen y plantas de aspecto primitivo que se asemejaban más al limo que a cualquier flora terrestre. La mayor parte eran blancas o translúcidas, pero de tanto en tanto las había rojas o de un azul cobalto, lo que indicaba que estas plantas, aprovechándose de algún filón mineral, estaban tomando los ricos nutrientes para su propio uso.

El mar subterráneo en sí no era una hoja de cristal estático, sino que estaba lleno de pequeñas ondas que bullían en la superficie, indicando que había vida, y muy numerosa, debajo.

Matt se volvió hacia Monica.

—¿Cómo puede existir un mundo así aquí abajo? Es increíble. Parece que ha estado ahí desde siempre.

—Bueno, hay enormes sistemas de cuevas en todo el mundo que son increíblemente antiguos, incluso para los estándares geológicos. Está Osa Menor en el Parque Nacional de Sequoia, Saint Michaels en Gibraltar y las cuevas de Jenolan en Australia, que se cree que tienen cerca de cuatrocientos millones de años. Pero esta podría superarlas a todas.

—Es cálida, y parece húmeda también. Debe de haber una actividad geotérmica que mantiene este cuerpo líquido subterráneo disuelto a pesar de estar enterrado bajo el continente más frío de la tierra. O quizá el calor del interior de la tierra esté evitando que el mar se congele, una forma de calor geotérmico que se irradia desde abajo y que calienta las piedras del lecho marino subterráneo. —Silex estaba retorciéndose las manos y parecía hablar para sí. En esos momentos no paraba de pasarse la lengua por los labios, que se le habían agrietado y cuarteado. Siguió

rumiando para sí—. Mmm. Sí. Yo diría que la capa de hielo superior está actuando como una manta, protegiendo el lago de las frías temperaturas de la superficie. La fuente de calor probablemente le proporcione la base para su cadena alimentaria en las proximidades de la oscuridad. Biosferas similares se dan cerca de chimeneas profundas, a kilómetros bajo el océano.

Alex estaba mirando al doctor Silex con preocupación.

—Subamos a esa playa y descansemos. No me gusta estar tan cerca del agua. Tanque, consígame algunas lecturas. —Alex necesitaba tenerlos a todos en movimiento y centrados en llegar a la superficie. Tan pronto como alguien perdiera la esperanza, el malestar (o algo peor) se instalaría entre ellos.

Tanque cogió de la mochila una pequeña unidad de radar y pulsó algunos botones antes de señalar al techo, y a continuación lo giró en un enorme semicírculo.

—De acuerdo, estamos a unos cinco kilómetros bajo tierra. Nos hemos desplazado a esa distancia desde el punto de inserción inicial. —Más teclas—. El cuerpo líquido es, bueno, debe de tener más de ciento sesenta kilómetros de largo y sobrepasa las lecturas de este dispositivo, unos ochenta y ocho kilómetros de ancho y profundidad desconocida. Hay... hay señales de movimientos múltiples en el aire encima de nosotros y bajo el agua, de distintos tamaños. Dios, algunos son enormes. Tal vez ballenas, o al menos seres de ese tamaño.

Alex miró a Aimee. Ésta se encogió de hombros y entrecerró los ojos. Él sabía lo que estaba pensando. Todavía no se habían topado con la criatura que los había atacado y que era la propietaria del resto del tentáculo que habían seccionado. Que Dios los ayudara si aquella cosa no era la cúspide de la cadena alimentaria. Encontrarse a un ser de ese tamaño en una cueva era una cosa, tenías una pared a tu espalda y, hasta cierto punto, uno se podía defender. Allí, al descubierto, sólo eran más comida para elegir.

—Adelante. Una sola fila. Takeda, encabece la marcha, por favor.

Alex observó a través de la mira del fusil y se valió del aumento máximo para intentar encontrar un lugar seguro en el que descansar. Avistó una cornisa a kilómetro y medio de la playa negra que parecía el lugar perfecto, por encima de la línea de agua, seca y con un saliente que lo hacía defendible. Los sentidos de Alex se pusieron en alerta; ya no estaban en su mundo y el peligro estaba en todas partes.

Viktor Petrov se incorporó en su cama de matrimonio y le dio un sorbo a su taza de porcelana con el borde dorado. El té ruso, de color negro y ligeramente ahumado, le abrasó los labios y sopló para enfriarlo. Reflexionó sobre la información contenida en los informes de inteligencia que yacían desperdigados sobre sus sábanas de seda roja. La estación Russkaya, al oeste de la Antártida, había señalado una onda sísmica cerca del emplazamiento donde Borshov y sus hombres habían accedido al hielo. Petrov sabía que esa onda sólo podía ser provocada por el hombre.

Le dio otro sorbo al té y miró al frente, con sus ojos fijos en un punto a miles de kilómetros de su dormitorio mientras pensaba en los posibles resultados de la explosión. Sólo podía significar una de las siguientes tres cosas. Una, Borshov había acometido su misión con éxito y los estadounidenses estaban muertos; bien. Dos, estaban todos muertos. El zopenco grandullón había volado por los aires y también todos los demás; bien igualmente. O tres, Borshov estaba muerto y los estadounidenses habían sobrevivido. Una probabilidad menor, pero el peor de los escenarios para Petrov si era cierto.

Había seguido monitorizando cada señal luminosa y sonido intermitente de tráfico electrónico procedente del hielo. Pero por si las moscas, ya había transferido al extranjero algunas de sus cuentas. Tal vez fuera un invierno cálido, después de todo.

Monica se colocó junto a Aimee. Tenía los ojos como platos mientras intentaba asimilar todas las imágenes, sonidos y texturas de aquel entorno fantástico.

—En toda mi vida he visto una cueva como esta. No, ni en mil vidas, no creo que nadie haya visto una cueva así. Huele a primitivo, a vida.

Rodearon un pequeño afloramiento de rocas y vio una nueva playa de arena negra llena de movimiento: docenas de criaturas de cuerpos arácnidos alargados se escabullían de su presencia. Cada crustáceo medía fácilmente casi un metro de largo, con una coraza por cuerpo que era similar a la de los insectos.

—¿A alguien le apetece langosta? —preguntó Matt.

—Más bien ciempiés —respondió Monica con cierta repulsión—. El ruido de sus conchas y la manera rápida y nerviosa en que se mueven es más propia de un insecto gigante que de algún tipo de criatura marina comestible.

—¿Serán peligrosos? —le preguntó Alex a Aimee mientras él y los HAWC restantes mantenían las armas apuntando a aquella masa escurridiza en la arena.

—No, creo que se trata de un tipo de artrópodo marino. Supongo que resultan

más aterradores que nocivos, pero aquí abajo quién sabe.

—A mí me siguen pareciendo un buen almuerzo. —Aunque Matt lo había dicho con cierto tono socarrón, lo cierto era que, tras casi veinte horas comiendo sólo chokolatinas, pensar en comida de verdad hizo que algunos estómagos se quejaran. Ninguno estaba al borde de la inanición aún. Sin embargo, Alex sabía que no tardarían mucho en ver comida en cada pez y bestia con que se toparan. El soldado pensó que, aunque no fuera prioritario, tal vez fuera buena idea empezar a averiguar qué era comestible en caso de que tuvieran que pasar más tiempo del deseado allí abajo.

—Takeda, despéjeme el camino. Cautela extrema.

El japonés se inclinó levemente y se dirigió por la playa en dirección a aquellas criaturas. Alex podía haberle pedido que abriera fuego con su fusil y que convirtiera a aquellas criaturas en sangrientos átomos en cuestión de segundos. Sin embargo, no creía que cubrir la arena oscura de sangre y vísceras fuera una buena idea, visto el frenético festín que habían presenciado en la cueva del río. Además de ser una acción demasiado caótica, sabía que a Takeda le encantaba la emoción de la caza. Era un depredador nato. En multitud de ocasiones había estado en misiones en la selva y se había adentrado en la oscuridad para regresar con pescado o animales capturados con poco más que su corto cuchillo de caza o sus propias manos.

Takeda se acercó lentamente al enjambre. Alargadas antenas con ojos que acababan en bulbos brillantes se volvieron para observar cómo se aproximaba aquel bípedo. Los animales empezaron a formar una herradura alrededor del hombre sin replegarse, más bien como si estuvieran rodeando al HAWC. Una de las criaturas más grandes, la más cercana a Takeda, curvó su cuerpo, abrió unas tenazas delanteras del tamaño de un plato y levantó su cola afilada para a continuación apuntarle al pecho.

En un movimiento ágil, Takeda sacó su espada y cortó la punta de la cola del extraño ser. Le daba igual si era venenoso o no, no pensaba correr ningún riesgo. En el movimiento de retorno clavó la hoja en el centro de la cabeza de la criatura. Se oyó un crujido amortiguado cuando sus tenazas y cola cayeron al suelo de inmediato; la hoja debía de haber penetrado en su sistema nervioso central. Takeda le sacó la espada y la volvió a enfundar. Las otras criaturas no se habían movido y, en vez de apartarse, empezaron a acercarse de nuevo a Takeda. En esa ocasión, sin embargo, el cuerpo de su compañero caído parecía su objetivo.

El soldado retrocedió un paso y contempló de cerca a la criatura muerta mientras el resto del enjambre avanzaba hacia ella. Estaba cubierta de una coraza y púas. Unos ojos negros dispuestos en antenas segmentadas se elevaban a treinta centímetros de su cabeza en forma de pala. Por pies tenía unos pinchos cubiertos de cerdas y lo que le quedaba de la cola acababa en punta. Con su caparazón negro con manchas verdosas, resultaba de lo más aterradora. El enjambre alcanzó rápidamente a la criatura y sus tenazas, cual cizallas gigantes, cortaron y desgarraron el cartilaginoso cuerpo. En cuestión de segundos aquella cosa de metro veinte no era más que un

charco negruzco de sangre que teñía la ya de por sí negra arena.

Desde lo alto de la playa, Matt se volvió hacia Aimee.

—Inofensivos, ¿no?

—Bueno, no me gustaría encontrarme con uno, pero teóricamente eso no debería ocurrir salvo que nos remontáramos doscientos millones de años atrás. Creo que se trata de una de las variedades extintas de los euriptéridos. Por lo general moraban en el lecho del mar, pero también podían vivir en tierra. ¿Le siguen resultando apetecibles?

Takeda vio que las criaturas habían concluido el despiece y estaban dándose un festín, y que se estaban juntando más. Sacó la espalda de nuevo y golpeó con fuerza a uno de los seres en la cabeza con la parte plana de la hoja. El repiqueteo de su espada de acero reforzado contra el grueso exoesqueleto resonó por las paredes rocosas y fue transportado por la neblina baja hasta las cálidas aguas. Sin embargo, funcionó. La criatura se apartó. Takeda golpeó de nuevo y más criaturas se apartaron y pusieron lento rumbo al agua.

Ya fuera por el ruido o por las vibraciones de los golpes de la espada, lo cierto era que se estaban moviendo. No lo suficientemente rápido, sin embargo, y cuando Takeda se detuvo durante uno o dos segundos las criaturas intentaron volver a la playa, bien porque habían cambiado de opinión o porque preferían la arena al agua. El soldado agitó su mano libre y golpeó de nuevo con la espada la cola de un euriptérido que se estaba replegando. En esa ocasión gritó un sonoro «*Yaa Yaa*» para espantarlas y que huyeran más deprisa.

Alex y el equipo avanzaron cuando Takeda hubo conseguido finalmente despejar una gran zona de la playa. Hunter observó cómo Takeda se estaba acercando a la orilla y al chapoteo de sus aguas oscuras como la tinta. Las criaturas estaban huyendo por fin y sus movimientos rápidos dejaban entrever cierto pánico conforme se agolpaban unas encima de otras para escapar. Cuando tomaron velocidad y las primeras se escabulleron en el agua, desapareciendo bajo la superficie, el repiqueteo de sus larguiruchas y afiladas patas fue reemplazado por una especie de siseo.

Alex se percató de que había zonas húmedas de considerable tamaño en la playa, cada una de unos quince metros y de irregular forma circular, que los escorpiones parecían intentar bordear. Es más, se estaban tomando muchísimas molestias en esquivarlas. A algunos les estaba llevando algo más de tiempo sortear esas formas circulares elevadas y parecieron plantearse regresar a la arena, por lo que Takeda se movió con rapidez para cortarles el paso. Una de las criaturas más grandes giró sus antenas hacia atrás y, cuando vio al depredador de dos piernas prácticamente encima de ella, decidió cruzar el círculo vacío y de aspecto húmedo. No llevaba más de metro y medio recorrido cuando se detuvo, pero no porque así lo hubiera decidido. Más bien parecía haberse quedado pegada.

Alex notó que sus sentidos se agudizaban y eso le permitió reaccionar de inmediato: peligro. Le gritó a Takeda que se detuviera. Por desgracia, este oyó la

orden cuando ya había dado varios pasos sobre aquella especie de almohadilla circular. Se detuvo y miró hacia abajo.

Sus pies se habían hundido y estaban apesados. Era como un blando papel encolado. Takeda intentó quitar los pies de ahí y a continuación se valió de la espada para hacerlo. La almohadilla empezó a deslizarse hacia el centro del círculo que, en ese momento, reveló unas irregulares fauces de color negro y rojo. Era una especie de enorme ser viviente que yacía enterrado bajo la arena y que se valía de aquellas almohadillas como trampas para animales incautos, una trampa que en ese instante se estaba replegando, succionando por el oscuro orificio de su boca. Cuando la alfombra de carne fue arrastrada violentamente de debajo de Takeda, este cayó de costado. No pudo ponerse en pie porque se había quedado pegado.

Alex corrió a la playa. Se detuvo en el borde de la almohadilla y disparó con su fusil a aquella especie de lengua redonda. No logró nada. Takeda estaba a sólo tres metros de la parte central y únicamente pudo levantar un poco la cabeza para ver cómo el euriptérico desaparecía en el interior de aquella boca. La almohadilla se detuvo unos segundos y se oyó un crujido cuando el insecto gigante era pulverizado por unas poderosas mandíbulas aún ocultas bajo la arena.

Alex disparó de nuevo, en esa ocasión al centro del agujero, sin resultado. Estaba a punto de saltar a la almohadilla en movimiento con la intención de valerse de su increíble fuerza para soltarse cuando Aimee le gritó:

—¡No! Lo necesitamos con nosotros.

Takeda no había hablado ni gritado. Miró a Alex y negó con la cabeza. El capitán asintió, comprendiendo lo que quería decirle con aquel gesto, y habló en voz baja por el intercomunicador del casco:

—Adiós, amigo mío. —Seguido de una sola palabra—: Granada.

Takeda metió la mano en el saquito del cinturón y sacó una bola de metal del tamaño de una pelota de béisbol. Se la acercó al pecho y cerró los ojos. Estaba siendo arrastrado hacia aquellas fauces y, justo cuando estas empezaban a masticarlo, se oyó un estruendo procedente de debajo de la arena. Un pequeño grupo de ondas sacudió la arena e hizo que Matt y Aimee cayeran al suelo. La tenue y azulada luz biológica de la cueva se apagó al instante y los dejó sumidos en la más absoluta oscuridad.

—Tengan paciencia y no hagan ruido. Aguarden. Aguarden. —Pronto las luces empezaron a parpadear. Un pequeño grupo de puntos luminosos a la derecha fue creciendo en intensidad y, a continuación, se encendieron las del otro lado, para posteriormente regresar en su totalidad—. No creo que estos gusanos luminiscentes o lo que sea estén acostumbrados a los ruidos fuertes.

—Ni yo tampoco —respondió Matt con el rostro pálido.

—¿Qué coño era eso? ¿Qué era esa cosa?

Tanque estaba claramente alterado por haber perdido a otro de sus compañeros y

empezó a caminar por el extremo del humeante agujero. Alex miró a su alrededor. Todo el equipo estaba congregado cerca del borde del agua, salvo Silex, que había permanecido en lo alto de la playa con las manos cubriéndole el rostro.

El científico oyó las preguntas de Tanque y bajó hasta ellos.

—¿Que qué es? Es nuestro castigo, eso es lo que es. Estamos todos muertos y en el infierno, ¿no lo sabía? Hemos muerto y ahora estamos atrapados en el infierno y no somos más que bichos en una gigantesca telaraña, aguardando a ser devorados. Nos van a hacer pedazos y a comernos poco a poco. Pregúntele al imbécil de ese soldado. —Los labios agrietados de Silex habían empezado a sangrar. Con su rostro lívido y la inquietante iluminación de la cueva, podría haber pasado por un payaso demente.

Alex ya había dado un paso hacia el científico sin ser consciente de ello. Él también estaba afectado por la pérdida de Takeda, y una de sus manos se había cerrado en un puño que le temblaba por la enorme presión. Aimee se colocó delante de Alex y abofeteó al científico. Éste se tambaleó un instante y miró a Alex y a Aimee de tal manera que la furia en el interior del capitán de los HAWC aulló, aceptando el reto. Silex se percató de que la enorme envergadura de Alex se acercaba silenciosamente y rompió a sollozar.

—Tenemos que irnos, tenemos que irnos, tenemos que irnos. —Subió por la playa con las manos cubriéndole la cara y repitiendo ese ruego para sí.

Alex sabía que el doctor Silex se estaba convirtiendo en una carga para el grupo. En una situación normal habría sedado al científico y cargado con él, pero las circunstancias actuales imposibilitaban esa opción. Su comportamiento les estaba suponiendo una carga añadida, tendría que vigilarlo y mantenerlo bajo control. Por lo general, Alex habría enviado a uno de sus hombres tras Silex para que lo trajera de vuelta, en contra de su voluntad si fuera necesario. Pero dado el frágil estado mental del científico, cabía la posibilidad de que saliera corriendo si Tanque se le acercaba. Y si era Alex quien iba tras él... Bueno, lo mejor sería que se mantuviera alejado de ese hombre por un rato. Alex miró al grupo. Matt Kerns parecía el más inofensivo, él podría ir. Tendría que ser rápido, sin embargo. Necesitaban estar guarecidos y Alex mucho se temía que las cosas se pondrían muy feas para todos ellos antes de que mejoraran siquiera un poco.

Los sentidos de Alex se agudizaron. Desde la explosión, sabía que estaban siendo observados por miles de ojos. Si en algún momento habían creído que tal vez podrían pasar desapercibidos, ahora habían anunciado a bombo y platillo su presencia con tan sonoro estruendo. Confió en que las criaturas que moraban allí abajo no se lo tomaran como la campana del rancho. Bajó la vista al humeante agujero una última vez. Sangre y vísceras estaban empezando a aflorar a la superficie, barridas a continuación por las aguas. Sabía lo que eso significaba.

—Muévanse, rápido.

Aimee se sentía como si estuviera flotando, desconectada. Todo apuntaba a que Tom y su equipo habían descendido por esas cuevas inferiores, y aún no habían encontrado ni rastro de ellos. Si ese lugar podía matar a un HAWC, ¿cómo iba a sobrevivir Tom allí abajo? No era ni mucho menos un amante del aire libre y dudaba mucho de que hubiera dormido al raso en su vida. Estaba empezando a ver borroso por culpa de las lágrimas cuando Alex se puso junto a ella y le habló en voz baja.

—¿Y bien? ¿Qué cree que era eso?

Aimee apartó el recuerdo de Tom de su cabeza e intentó centrarse de nuevo en dónde estaba. Preguntarse dónde se hallaba Tom y qué le había ocurrido no les ayudaría a mantenerse con vida.

—Es imposible saberlo con certeza. No existe nada parecido en la superficie y, hasta donde sé, no hay constancia fósil de algo que se le asemeje. Podría tratarse de alguna forma de gusano de tubo bajo la superficie de la arena, con un exterior modificado que actúa como una trampa en la superficie. De hecho, era una especie de lengua gigante extendida sobre la arena lo que Takeda pisó. Una cosa sí que sé, era un depredador enorme, capaz de tender emboscadas a presas de gran tamaño.

Alex suspiró.

—Es complicado decirle a la gente que permanezca alerta cuando no sabes qué puede acechar por ahí. Podría sentarme en una roca que resulte ser la nariz de alguna criatura.

—Tiene razón. Y en cierto modo Silex no se equivocaba en lo de la telaraña. Aquí abajo no somos la cúspide de la pirámide, sólo somos un alimento más. No creo que pase mucho tiempo antes de que todos nosotros nos pongamos a gritar como el doctor.

—Lo sé. Estamos cerca de la cornisa. Descansemos un poco, comamos algo y hagamos planes para salir de este infierno.

Borshov llevaba horas caminando. La cueva que había escogido se estrechaba al principio y descendía a lo que, a juzgar por las lecturas de su resonador y por su tamaño y movimiento, era un río. Sin embargo, la cueva había empezado a incrementar su pendiente ascendente y en esos momentos estaba adentrándose en la oscuridad.

La sangre se le estaba coagulando en la mejilla, pero aun así seguía goteándole por la garganta. Se la tragó, necesitaba el líquido y las proteínas.

Borshov se acordó de todos y cada uno de los antepasados de los HAWC hasta remontarse prácticamente a Adán y Eva mientras intentaba apartar de su mente el punzante dolor de su cabeza y rostro. Desconocía cómo el odioso capitán Hunter había podido derrotarlo con tanta facilidad, pero sabía que para un asesino existían

otras maneras de ejecutar al enemigo.

Borshov descansó un minuto en la pronunciada pared rocosa y escupió sangre al vacío. No volvería a subestimarle la próxima vez.

Tanque trepó a la cornisa y escudriñó su interior. Tras varios minutos se asomó por el borde y los llamó, añadiendo:

—Aquí arriba hay algo que le resultará de interés, doctor Kerns.

La cornisa era como una especie de plataforma de quince metros de largo y más o menos la misma anchura. La mitad posterior estaba cubierta por un saliente elevado que creaba una hendidura hueca en la pared rocosa. Proporcionaría cobijo al equipo y una sensación de mayor seguridad, y para los HAWC significaría que no tendrían que mantener un campo defensivo de trescientos sesenta grados. Monica y Aimee se dispusieron a repartir los últimos paquetes de comida a cada uno de los miembros.

Tanque llevó a Matt a la parte trasera de la pequeña cueva y le señaló la pared más alejada, justo tras un montículo de piedras. Había unos glifos pequeños similares a los que habían visto en su descenso.

—Es otro mensaje de los hermanos. No, aguarde. Creo que es una despedida de uno de los hermanos al otro. —Matt recorrió con las manos las marcas en la pared y habló en voz baja—: «Hermano pequeño. Los dioses se regocijan ante tu valentía en la batalla. Tu nombre resonará en las paredes del Aztlán para siempre. No puedo confiar en poder derrotar al Qwotoan y debo trepar a la luz para avisar al rey sol. El Insaciable no permanecerá en Xibalbá». Termina con el símbolo de Hunahpú. —Matt bajó la vista a la pila de piedras—. La leche, esta tiene que ser la tumba del hermano, Ixbalanqué. No era una leyenda después de todo, ¿era real!

Matt se arrodilló y empezó a retirar con cuidado las piedras más grandes, y a continuación las más pequeñas, hasta que sólo quedaron guijarros. Tras un rato descubrió un esqueleto pequeño y fosilizado de no más de metro cincuenta de alto. Encima de las costillas había una pequeña daga hecha de un metal dorado, y lo que otrora fue una lanza corta no era en esos momentos más que una línea de polvo de madera y óxido marrón a lo largo de los huesos mineralizados. Bajo el cráneo, a la altura de la nuca, había piedras de colores y pequeñas piezas de oro que en otro tiempo debieron de pender de su cuello. Sus brazos y manos otrora debieron de haber estado cruzados sobre el pecho, pero resultaba obvio que su muerte no había sido ni mucho menos plácida. Tenía partido el brazo izquierdo a la altura del codo, quedándole al descubierto una irregular sección del húmero. También le faltaba el pie izquierdo y el cráneo mostraba múltiples hundimientos. La muerte del guerrero tenía que haber sido brutal.

—Increíble, logró llegar hasta aquí con tan sólo una espada y una lanza —dijo Monica.

—¿Logró? Parece que lo haya atropellado un puto tren. No me da la sensación de

que lo lograra. —Silex estaba alcanzando de nuevo un elevado estado de agitación.

Matt respondió con toda la calma de la que fue capaz a la furia del científico.

—Bueno, su hermano tuvo la fortaleza de enterrarlo y contar la historia de su muerte. Supongo que Hunahpú regresó a la superficie y tenemos que seguir sus pasos.

—Creo que su estúpido indio fue digerido hace más de diez mil años y que su pista no lleva más que a otra pila de huesos rotos y fosilizados en algún lugar.

Alex dio un paso al frente.

—Es suficiente, señor. No está ayudando. Va a tener que controlarse o no va a conseguirlo.

—¿Que no voy a conseguirlo? ¿Qué significa eso, que me va a dejar aquí? ¿Va a dispararme en la pierna, es eso? Van a deshacerse de mí para tocar a más comida y agua. Les diré una cosa, no seré el próximo en morir.

La mirada del doctor Silex era la de un hombre desquiciado y peligroso. Alex le puso la mano en el hombro y lo giró para tenerlo de frente y que así le pudiera oír mejor.

—Doctor, mi trabajo es mantenerlos a todos a salvo. Pero si nos pone en peligro, entonces ya no lo consideraré parte del grupo y mi deber de protegerlo concluirá. ¿Me ha entendido?

Silex se zafó de Alex y se volvió para sisear algo inaudible. A continuación se retiró a la parte trasera de la cueva. Mientras el capitán observaba cómo se marchaba, una pequeña llama prendió en su interior. Cerró los ojos e imaginó una playa dorada con agua cristalina y olas azules. Se le hacía muy lejano.

A varios kilómetros de la playa, las aguas se arremolinaron cuando algo enorme rompió la superficie. Permaneció allí unos minutos, flotando en el agua, con su enorme cuerpo sostenido por sacos llenos de fluido que le proporcionaban flotabilidad en cualquier profundidad. Había percibido el rastro de sangre y sentido las ondas de compresión de la explosión. Aún no podía detectar el origen del rastro, pero podía percibir movimiento en la orilla. La oportunidad de alimentarse cerca de su morada y no tener que cazar en las cuevas superiores era demasiado atractiva. Se deslizó silenciosamente bajo la superficie y se propulsó con gracilidad hacia la playa.

Tras escudriñar las paredes circundantes durante varios minutos, Alex llamó al grupo. Silex se negó a unirse a ellos y permaneció sentado en la parte trasera de la pequeña cueva, observando al equipo con el ceño fruncido.

—De acuerdo, tenemos múltiples cuevas a nuestro alrededor, una o más tienen que llevar de vuelta a la superficie. Me imagino que no tenemos tiempo para cometer un error. Así que, ¿cómo reducimos la búsqueda y en qué podemos basarnos?

Monica fue la primera en responder.

—En realidad debería ser muy sencillo. Podemos valernos de dos indicadores. El primero es el cambio en la temperatura. Cuanto más descendamos, más calor hará. Por tanto, deberíamos escoger una cueva que parezca más fresca que el resto, lo que nos indicaría que conduce a temperaturas propias de la superficie de la Antártida. El segundo, por desgracia, contradice al primero. Corrientes de aire caliente. Necesitamos encontrar una chimenea o conducto que esté enviando aire cálido a temperaturas más frías. Sería como un túnel de viento. Si el viento es fuerte, enmascarará todo aire frío que podamos detectar en este nivel.

—¿Algún otro indicador? ¿Doctor Kerns? —Alex veía que Matt tenía algo que quería compartir con el grupo.

—Hay un tercer indicador. Aunque hemos cruzado nuestros caminos varias veces, no creo que Hunahpú descendiera por el río como hemos hecho nosotros. Sabemos por las cuevas que estaban más cerca de la superficie que al menos uno de los hermanos regresó. Si encontramos alguna talla o glifo que indique el lugar por el que ascendió, será entonces sin duda alguna la cueva correcta. O al menos lo fue diez mil años atrás.

—De acuerdo, bien. Si encontramos uno de los túneles con dos de los indicadores que han mencionado, entonces la posibilidad de que sea el que buscamos aumentará. Tanque, deme algunas lecturas de densidad, empezando por nuestra posición actual, en una cuadrícula de tres kilómetros. El resto, disponemos de diez minutos más de descanso antes de seguir.

Murmurando para sí mismo, Silex se centró en la espalda de Alex con una mirada tan malvada que prácticamente envió ondas tangibles de desprecio por el suelo de la cueva.

—Se ha olvidado de quién está al mando. Esto es un motín. Sólo quiere la gloria y a la chica. Un buen día de trabajo, los aplausos. Bueno, pues no va a dejarme atrás para que me coman esas criaturas. —Mientras el resto del grupo se acurrucaba en la entrada de la cornisa, Silex se acercó a la tumba descubierta del guerrero caído. Probó la hoja contra su mano y, al ver que seguía afilada, la guardó en el saco de su cinturón. Murmuró de nuevo para sí—: Espere, espere.

Tras unos minutos, Tanque pudo informar de que una de las cuevas más grandes, a algo más de dos kilómetros al oeste, mostraba movimiento de aire en una sola dirección. El aire cálido estaba siendo succionado a unos diez kilómetros por hora, una velocidad que no era significativa, pero suficiente como para indicar una buena corriente ascendente.

—¿Cambio de temperatura? —preguntó Alex.

—No lo he detectado, pero podría deberse a que el aire cálido está siendo succionado a través del túnel —respondió Tanque.

Alex miró hacia la abertura de la cueva que Tanque había indicado. No era la más sencilla a la que acceder. Había una sección, de unos sesenta metros de largo, donde no había arena. El agua llegaba justo hasta la pared escarpada. Tendrían que, o bien escalar la pared de la roca, o vadear por el bajío, si es que lo había. No creía que al equipo le entusiasmara la idea de nadar o incluso caminar por el agua después de la suerte que habían corrido Mike y Takeda.

Alex se volvió hacia el grupo.

—De acuerdo todos. Tenemos una ruta que hemos elegido basándonos en los conocimientos de la señorita Jennings del movimiento del aire. A menos que alguien tenga una idea mejor, sugiero que levantemos el campamento y nos pongamos en marcha de inmediato. —Alex aguardó unos segundos mientras escudriñaba los rostros fatigados y llenos de polvo que tenía ante sí. Salvo Silex, todos parecían cansados, pero aun así se mantenían fuertes y con esperanza. En esos momentos, Matt le tenía cogida la mano a Monica. Confió en poder sacarlos a los dos de allí para que su historia pudiera tener un final feliz. Algo bueno tenía que salir de todo aquello.

Lo guardaron todo y se prepararon para recorrer la orilla en el primer tramo de la caminata. Alex pudo ver el cansancio en sus rostros cuando todos se pusieron en pie y empezaron a andar. Todos menos uno.

—No se despegue de nosotros, doctor Silex.

Esperó a que se uniera a ellos. Quería que el grupo estuviera unido, pero más que eso, había algo en los ojos de Silex que le decía que no era un hombre a quien se le debiera dar la espalda.

En aquella oscuridad casi total, el pequeño grupo caminó en silencio a lo largo de la negra playa, las partículas de arena crujían bajo sus botas como si fueran un grupo de robots oxidados a los que les hacía falta un buen engrasado. Todos estaban cansados y sólo miraban la arena a sus pies. El grupo estaba sumido en sus propios pensamientos, todos salvo Tanque y Alex, que estaban en alerta extrema, sin apartar la vista de la arena, el agua, las paredes escarpadas y el techo. Aquel era un entorno tremendamente hostil.

Aimee pensó en Tom de nuevo. ¿Era posible que hubiera conseguido llegar hasta allí? ¿Estaba vivo por aquel entonces y descendió o fue arrastrado? Tal vez se ocultara, podría seguir... No, eso era una tontería. No estaba vivo, ninguno lo estaba.

Matt y Monica también caminaban en silencio, pero se miraban de tanto en tanto para sonreírse y darse apoyo. Matt estaba preocupado por Monica y creía que necesitaba proporcionarle protección, mientras que Monica sabía que tenía que estar pendiente de Matt. Estaban convencidos de que llegarían a la superficie y de que antes de que acabara la semana estarían tomándose algo en una cálida playa.

El doctor Silex también permanecía en silencio, aunque sus labios reseco seguían moviéndose en un febril monólogo de odio. Su mente no dejaba de tramar conspiraciones, a cual más demente: estaban planeando robarle los diseños de su tecnología y por eso lo dejarían allí para que muriera como un animal. ¿Por qué sólo los soldados llevaban armas? Se suponía que las órdenes las daba él, pero ahora parecía que eran ellos los que mandaban. Si tuviera un arma, sería él quien estaría dando las órdenes de nuevo. Si alguien iba a conseguir salir, ese iba a ser él. Si por él fuera, todos los demás podían irse al infierno, y se encargaría de ello.

Alex intentó mantener al grupo lo más cerca posible de las paredes escarpadas y lejos de las inconmensurables aguas oscuras. En la roca brillante, entre las frondas colgantes de musgo y líquen, criaturas como ftirápteros del tamaño de su puño se metían por entre las grietas para ocultarse cuando el grupo pasaba a su lado. En el agua, algo de un vivo color llamó la atención de Alex. Se detuvo y dejó a Tanque con el equipo. Se acercó con cuidado. Allí, calma en la cristalina superficie, yacía lo que a primera vista parecía una madera, si bien tenía como una especie de bucles de un material naranja entrelazados. Había más de uno, de unos tres metros de largo. Debían de ser orgánicos, porque desprendían un desagradable olor a amoníaco que le obligó a contener la respiración. Echó un vistazo al lugar donde antes había ocurrido todo y vio a centenares de los gusanos similares a los que se habían encontrado en las cuevas superiores y que con tanta eficacia habían acabado con la vida de Mike Lennox. Algunos de ellos eran tan gruesos como su muñeca y parecían serpientes ciegas de corto tamaño.

Alex se arrodilló para ver mejor y pudo distinguir unos objetos de metal que podían ser levas, una tela impermeable y tal vez la culata rota de un arma. Alex supo que Aimee se estaba acercando antes de que se arrodillara para examinar lo que él estaba mirando.

—Apesta. —Después de hablar se volvió para mirar a la científica. Una lágrima caía por su sucio rostro.

—Ésa es la chaqueta de Tom. Sólo he visto una excreción de ese tamaño, y fue en forma de coprolito. Es el nombre que se les da a las heces fosilizadas. Oh, Dios, esto es lo que queda de él y de probablemente toda su expedición.

—Lo siento, Aimee. Sé lo mucho que significaba para usted.

Ella se sorbió los mocos y se limpió la mejilla, y a continuación miró a Alex. Empezó a reír en voz baja mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Si había alguien que sabía cómo meterse en la mierda, ese era Tom.

Alex sonrió mientras ella seguía contemplando las excreciones.

—Al menos ahora ya lo sé y puedo dejar de preocuparme. Su sufrimiento terminó hace tiempo. —Un fuerte olor a amoníaco les invadió las fosas nasales—. Ese olor es una mezcla de heces de cefalópodo y amoníaco. Comprimen todo aquello que no es

digerible de las comidas y lo expulsan.

—Genial, no me diga que estamos en la guarida de la criatura.

—Tal vez sí, tal vez no. Es muy extraño. Por lo general, los cefalópodos las ocultan o las depositan lejos de sus moradas para arrojárselas a los depredadores. Sin embargo, los cefalópodos suelen ser más pequeños. Dudo que existan depredadores para esta cosa. —Aimee se frotó los ojos para apartar su imagen mental de los últimos segundos de Tom en la tierra—. Esa criatura debe de medir decenas de metros y, aunque puede que no esté por aquí, cabe la posibilidad de que esto se halle cerca de donde viva. Tenemos que salir de esta cueva o podemos acabar en las próximas heces que excrete.

—Recibido. Vamos.

Llegaron al final de la playa y contemplaron temerosos la pequeña cala que les bloqueaba el paso. Tal como era de esperar, nadie quería vadear las aguas para comprobar su profundidad. Monica dobló la última barra luminosa que le quedaba y la lanzó hacia el centro. El agua era cristalina, pero la barra se hundió hasta no ser más que un tenue punto de luz a unos quince metros de profundidad. No podrían vadear, tendrían que nadar.

Aimee también había estado mirando el agua, a algo que parecía como arroz y que estaba siendo arrastrado a la arena negra. Se acercó a la orilla y cogió un puñado para, a continuación, escoger algunos y apretarlos entre sus dedos. Se lo enseñó a Alex.

—Es extraño. Parecen camarones abisales. Están aún bastante frescos, pero están todos muertos. Esas cosas sólo existen en aguas profundas, y con profundas me refiero a profundas: por debajo de la zona hadal, a más de seis mil metros. Es habitual verlos cuando se hacen perforaciones a alta profundidad. Resulta extraño, porque estas aguas son demasiado cálidas para ellos. Son de otro mundo, no de este. —Aimee se miró la mano—. Mmm, ¿cómo habéis llegado hasta aquí?

—¿Podrían haber sido arrastrados de alguna manera? —Alex miró la palma de la mano de Aimee, a los pequeños crustáceos, y a continuación se volvió para centrarse de nuevo en las oscuras aguas que tenía ante sí.

—¿Arrastrados? —Aimee pareció reflexionar sobre la pregunta mientras regresaba hasta donde se encontraba Matt.

Alex se percató de que el equipo estaba lejos de la ensenada. Con lo que sospechaba que habitaba esas profundidades, hasta él estaba en contra de ir por el agua. Al alzar la vista, todo lo que pudo ver fue una pared rocosa casi vertical cubierta de musgo y extrañas plantas. Sabía que su fuerza le permitiría escalarla aunque hubiera pocos agarres, pero no estaba seguro de que ese fuera el caso para el resto del grupo.

Monica, que también había estado contemplando la pared, fue junto a Alex.

—Hay multitud de opciones. ¿Cómo de alto quiere que subamos antes de descender?

—No sé cuánto debemos subir para estar a salvo, así que tomaré el camino que sea más rápido y que esté por encima de la cota de agua —dijo Alex.

—De acuerdo. La pared transversal más segura que veo empieza aquí y sigue en vertical durante seis metros para a continuación atravesar esa maleza rojiza de ahí y subir de nuevo otros tres metros. —Monica siguió trazando el camino para Alex. Éste no pudo más que admirar su pericia, pues cornisas y asideros que le habían pasado desapercibidos eran en esos momentos visibles tras habérselos señalado la experta en

escalada.

—Son sólo unos cuarenta y cinco metros, pero tendremos que escalar en vertical en algunas zonas y, dado nuestro grado de cansancio, va a resultar extremadamente agotador. Colocaré una cuerda de guía, pero quienquiera que cierre la marcha tendrá que ir soltándola para que pueda seguir utilizándola.

—Yo lo haré. —Alex se presentó voluntario porque sabía que era el único, además de Monica, que podría cruzar la pared sin guías.

—Yo iré después de Monica. —Matt se apresuró a ofrecerse para estar cerca de ella y poder así hacer todo lo que estuviera en su mano para que ella estuviera a salvo. A la joven, a su vez, le alegraba tenerlo cerca para no perderlo de vista.

—De acuerdo. Doctor Silex, usted irá después, seguido de Tanque y, a continuación, la doctora Weir. —Alex quería que o Tanque o él estuvieran cerca de Silex en todo momento. Estaba alejándose cada vez más del grupo y para Alex en esos momentos era otra amenaza potencial con la que tendrían que vérselas.

El ascenso no fue muy rápido y, tal como Monica había dicho, estaba resultando muy cansado, extenuante. Aunque las puntas de sus guantes les proporcionaban un agarre excelente, la pared estaba resbaladiza y cada centímetro del recorrido estaba cubierto de musgo o de líquen húmedo. Ftirápteros, como ratas con coraza y de múltiples extremidades, se escabullían sobresaltados de las sujeciones o les pasaban cerca de la cara en su camino de descenso a las aguas. Monica los guió por el camino más sencillo que pudo encontrar y, tal como había dicho, a cada tres metros insertó una leva y una cuerda de guía como sujeciones. Fue enganchando la cuerda a la altura del pecho para que el equipo pudiera mantenerse pegado a la pared, una posición que les resultó de lo más útil, pues algunas de las cornisas por las que cruzaron medían menos de treinta centímetros de ancho.

Tras escalar, gatear y avanzar lentamente durante más de una hora, se detuvieron para recuperar el aliento. Llevaban más de la mitad del camino recorrido y se encontraban en una cornisa ligeramente más ancha. Ésta les permitió acuclillarse o sentarse con cuidado, pues sus sesenta centímetros de anchura eran quizá el lugar más amplio con el que iban a toparse en su escalada. De no ser por el cansancio o la preocupación por el apuro en el que estaban, habrían dicho que aquellas vistas eran casi mágicas. En algunos puntos no podían distinguir el techo de la gigantesca caverna subterránea, pues quedaba oscurecido por una leve neblina. El enorme mar negro se extendía en la distancia y podían ver decenas de playas como la suya: algunas desiertas, otras plagadas de los euriptéridos con los que se habían ya topado, y otras con extraños animales que habrían sido el sueño de todo paleobiólogo. Mientras los observaban, algo en lo alto de la neblina, con la envergadura de un avión de pequeño tamaño, dio una voltereta para a continuación desaparecer de nuevo en la niebla primigenia.

—Este lugar hace que las islas Galápagos parezcan aburridas. Imagínese una expedición biológica desplazada aquí para estudiar el entorno. ¿Cuántas especies nuevas encontrarían, o especies que no se han visto en millones de años? Por no hablar de los secretos que habrá bajo estas aguas. —Aimee parecía estar murmurando para sí—. Puede incluso que haya especies antiguas que hayan evolucionado de una manera completamente diferente y que se hayan convertido en algo totalmente nuevo.

—Tras lo que hemos visto, me parece que deberían traer un cañón de arpones — sugirió Matt.

Bajo el enorme peso de Tanque, la cornisa se resquebrajó en silencio y se mantuvo unida a la pared rocosa únicamente por los zarcillos de extraños helechos que crecían por toda ella. Resistió cuando este pasó, pero cuando Aimee colocó el pie con firmeza y apoyó todo su peso en la roca debilitada, cedió. En ese preciso momento también había apartado las manos de la cuerda, así que se desequilibró hacia atrás cuando la piedra desapareció bajo sus pies. Intentó agarrarse a la cuerda, pero ya se había alejado demasiado de la pared y estaba empezando a caer.

Alex se estiró y la cogió por la muñeca. Logró sostenerla. Observó cómo la pistola de Aimee se le salía del cinturón y se precipitaba al agua.

—Sujétese —siseó entre dientes. No era que Aimee pesara mucho, pero el ángulo en que la estaba sosteniendo (mientras al mismo tiempo se agarraba precariamente a la cornisa con la otra mano) le hacía imposible maniobrar. Para empeorar más incluso las cosas, les estaban cayendo piedras encima, y una del tamaño de un puño lo golpeó en la sien. Por suerte, el daño fue mínimo gracias al casco, pero el visor de infrarrojos cayó y se precipitó al agua.

Aimee no podía dejar de temblar. Ya no le quedaban fuerzas. Odiaba las alturas, odiaba los lugares pequeños y odiaba la oscuridad. Mantuvo la cara pegada a la fría pared rocosa durante unos segundos hasta que el corazón se le calmó y a continuación alzó la vista hasta Alex. Inmediatamente se tranquilizó. ¿Quién era? ¿Cómo podía ser tan rápido y aparentemente no fatigarse ni desfallecer?

Monica recorrió de nuevo el trayecto que había hecho, pasando junto a Matt y Silex, y ayudó a Aimee a sujetarse a la pared.

—Vale, la tengo. —Monica sostuvo a Aimee por la cintura y las dos pudieron descansar y calmar su respiración pegadas contra la pared. Sin embargo, se habían quedado a unos tres metros por debajo del grupo principal.

Una vez hubo soltado a Aimee y la hubo dejado en manos de Monica, Alex se disponía a bajarse a su cornisa cuando vio una ola. No era grande, no tenía más de treinta centímetros de altura, pero no debería haber estado allí. No había viento ni luna para crear corrientes allí abajo. Algo de gran tamaño se les acercaba bajo el

agua.

Matt también había descendido y llevaba consigo el extremo final de la cuerda. Aimee se había calmado lo suficiente como para empezar a escalar de nuevo y Monica estaba trazando un nuevo camino ahora que Matt, Aimee y ella tenían que tomar una ruta distinta.

Fue en ese momento cuando Silex decidió actuar. Tanque estaba ocupado observando al grupo bajo él y Alex estaba contemplando las aguas. Silex se acercó a Tanque y con un ágil movimiento le sacó el arma del costado. La letal pistola de polímero de 9 mm no era un modelo de gas comprimido. Tanque reaccionó instintivamente y se llevó la mano a la funda de la pistola que tenía bajo el brazo. Fue un error. Silex había supuesto que haría eso y respondió abalanzándose sobre su cuello, en esos momentos expuesto. La mano del científico blandía la daga de oro del aztlano abatido; lo atacó con la velocidad de una serpiente. Tanque logró levantar levemente el hombro y evitar una cuchillada mortal en la arteria carótida, pero aun así la hoja se le clavó varios centímetros en el tramo del músculo trapecio situado entre el hombro y la garganta: doloroso y potencialmente debilitador, pero no letal, especialmente para alguien con la enorme masa muscular de Tanque. Sin embargo, perdió el equilibrio y empezó a resbalarse. Cayó sobre una rodilla, pero logró sujetarse con una mano a la cuerda. Silex saltó, olvidándose de toda cautela, o tal vez con la temeridad propia de un demente.

Al ver el intento de asesinar a uno de sus HAWC por parte de Silex, Alex a punto estuvo de gritar de la rabia. Se sentía como si el pecho le fuera a estallar mientras su furia interior le exigía ir tras el científico; quería arrancarle extremidad a extremidad, quería destruirlo por completo. Tendrían que haber ido por otro camino, debería haber estado pendiente de él, pero entonces habría perdido a Aimee, podría haberlos perdido a todos. No podía estar en todas partes. Se agarró a la cornisa y unió los dedos. Parte de la roca se desprendió y estalló en polvo entre su puño. *Ahora no*, pensó. Respiró profundamente y la furia volvió a calmarse.

Monica se dispuso a ir tras él, pero Alex le gritó:

—No, déjelo. Ya tenemos suficientes problemas. Tanque, ¿puede hacerlo? —Alex mantuvo su posición mientras el gigantesco HAWC se ponía de nuevo en pie.

—Estoy bien, tan sólo me siento un poco estúpido por haber permitido que esa rata me tendiera una trampa. —Fue a sacarse la daga, pero Alex le gritó que se detuviera. Aunque el cuchillo clavado en su hombro tenía que dolerle horrores, y eso que estaba inmóvil, si se lo quitaba en esos momentos sin poder vendarse la herida, perdería mucha sangre antes de que se la pudieran cerrar. Y la pérdida de sangre implicaba dos cosas allí: que menguaría su fuerza y, lo que era más importante, que despertaría las alertas de toda extraña monstruosidad que habitaba aquel mundo.

Alex dudaba que Silex fuera a llegar muy lejos, y prefería tenerlo delante de ellos que detrás. Miró hacia abajo para ver si Aimee, Matt y Monica estaban listos para seguir cuando sus ojos percibieron movimiento bajo sus compañeros. Las aguas

parecían oscuras porque no había sol que les diera color o profundidad y la arena bajo estas también era negra, pero en realidad eran cristalinas. En esos momentos Alex podía ver el contorno de una enorme masa en movimiento bajo la superficie, y lo más perturbador era que la masa había posado en el grupo un ojo del tamaño de un coche.

—Que nadie se mueva, tenemos compañía. —Alex ponderó a toda velocidad sus opciones; todavía les quedaban unos diez minutos de escalada antes de poder descender a la playa, del otro lado de la pared. Sabía que podía trepar más alto y dejar de estar así a su alcance, pero dudaba mucho que nadie más salvo Monica pudiera seguirlo. Tanque estaba herido y no podía moverse con rapidez y, sin cuerdas, Aimee y Matt se caerían. Podían quedarse y luchar o cruzar la pared escarpada y, dado el tamaño de la cosa que se preparaba para atacarlos desde abajo, quedarse y luchar implicaría una batalla de lo más efímera.

Alex le habló a Tanque.

—Soldado, sujétese bien, pero prepárese para entrar en combate a mi señal. —Alex sabía que cabía la posibilidad de que Tanque no hubiera visto lo mismo que él y necesitaba que el HAWC estuviera mentalmente preparado para la batalla. Incluso con el cuchillo clavado en el hombro y las docenas de magulladuras y golpes de su cuerpo, Alex vio cómo Tanque tensaba la mandíbula y sus ojos se ennegrecían. Había entrado en modo de combate.

Mientras Tanque revisaba su armamento y Alex miraba hacia las aguas, Aimee gritó. Acercándose hacia ellos, como si flotara, estaba Tom Hendsen.

A pesar del peligro, Alex se maravilló de la habilidad de la criatura para mimetizarse en una forma humana. En aquel entorno y con aquella luz, parecía de veras una persona, hasta en los colores de la ropa. Ahora comprendía por qué le resultaba tan fácil engatusar a la gente en la oscuridad.

La figura de Tom Hendsen parecía estar pendida en el espacio, aguardando algo, una señal. Recordó el encuentro que Mike había tenido con la criatura en las cavernas superiores, y cómo esta le había saltado encima únicamente cuando se había movido. Su método eran las emboscadas y era uno de los pocos seres allí abajo provistos del sentido de la vista, así que probablemente atacara atraído por el movimiento.

—Que nadie mueva un músculo. —Alex únicamente movió los ojos mientras observaba cómo la forma humana se deslizaba cerca de él y a continuación descendía y pasaba de largo a Aimee y Monica.

Silex alcanzó la playa y miró hacia atrás, hacia donde sus otrora compañeros de equipo seguían encaramados a la pared escarpada. Parpadeó un par de veces para

quitarse el sudor de los ojos y también para ahuyentar lo que sin duda tenía que ser una alucinación del infierno. Del agua estaba saliendo un tentáculo tan grueso como la base de una secuoya, pero que iba reduciéndose hasta tener en la punta lo que parecía un cuerpo humano. El dueño de aquel enorme apéndice seguía oculto bajo las aguas pero, a juzgar por el tamaño del tentáculo, tenía que ser enorme.

Silex miró de nuevo a sus colegas y rió.

—No podemos dejar que ese taimado capitán Hunter se salga con la suya esta vez.

Alzó el arma y disparó dos veces hacia Alex para a continuación darse la vuelta y echar a correr por la arena.

El doble estruendo de la pistola resonó como un trueno en el interior de la cueva. Aquel no había sido un proyectil de gas, sino una bala con propulsión química explosiva. Dos cosas ocurrieron casi a la vez: la criatura se alejó del equipo y las luces se apagaron.

Al principio Silex no pudo ver lo que se le estaba acercando. La criatura se propulsaba con tal sigilo bajo las aguas que habría sido invisible incluso con la luz de los gusanos luminiscentes. El doctor siguió corriendo por la arena negra en la oscuridad, ajeno al peligro. El primer momento en que fue consciente de un cambio en sus circunstancias fue cuando se vio repentinamente envuelto en un olor a amoníaco marino que hizo que los ojos le lloraran y que los conductos nasales le escocieran. Las luces regresaron lentamente, y con ellas una visión más clara de lo que tenía ante sí: Tom Hendsen.

—No, no, no, no me quieres a mí. Hay más gente allí atrás. Ya he herido a uno para ti, Tom. Sabes que esperaba que algún día pudiéramos trabajar juntos. Siempre he admirado tu trabajo. Tu método siempre fue impecable.

Silex levantó lentamente el arma hasta apuntar al rostro de aquella criatura.

—¿Sabes? Deberías vigilar al capitán Hunter y a tu compañera de trabajo, ahí hay algo. —Silex rió y la sangre de sus labios agrietados le goteó a la barbilla. Sostuvo el arma con las dos manos y apretó el gatillo.

El retroceso del arma hizo que a Silex se le desplazara bruscamente la mano. La bala impactó en el área facial de la forma humana que tenía ante sí. Un pequeño agujero apareció en la carne, pero no salió sangre ni el rostro plácido y húmedo mostró expresión de dolor alguna. La forma de Tom se acercó y se pegó a él, pero no lo levantó por los aires mientras el tentáculo rezumaba su pasta pegajosa. A continuación, una especie de ganchos alargados empezaron a clavarse en la carne del doctor. Estaba atrapado como un conejo en una jaula de acero. Silex se elevó entonces del suelo cuando aquel horror de las profundidades emergió de las oscuras

aguas.

Por vez primera el grupo pudo ver a la criatura con claridad. Era como un cefalópodo, pero diferente. Dos tentáculos largos cual látigos y ocho extremidades gruesas y musculosas se extendían desde su cabeza. Justo detrás de sus enormes ojos tenía una concha en forma de cono que le recorría la parte trasera. Era casi del tamaño de un jet 747, podía medir fácilmente cincuenta metros de largo y tenía motas de un repugnante color verdoso. Levantó al científico hacia sí, sosteniendo brevemente aquella forma que no paraba de moverse cerca de su ojo inexpresivo, y a continuación se valió del tentáculo más largo para acercarlo a los apéndices a través de los cuales se alimentaba. Éstos comenzaron a desprenderlo de las cosas no comibles. La mochila, el cinturón y el traje le fueron arrancados sin demasiada dificultad y, con ellos, parte de su piel. Parecía completamente desollado cuando, todavía retorciéndose, los apéndices lo acercaron al centro de la masa tentacular. Las gruesas extremidades se abrieron para revelar cientos de dientes combados hacia dentro, como una especie de sierra gigante. Silex gritó mientras descendía lentamente hacia aquellas fauces. Afortunadamente, los tentáculos se cernieron sobre el cuerpo del científico, ahorrándoles al resto la imagen de cómo era devorado.

Matt y Monica gimieron y Aimee permaneció con la frente pegada contra la pared rocosa. Alex oyó que Monica estaba rezando en voz baja, pidiendo entre susurros la salvación de los condenados. Los dos HAWC permanecieron impassibles, tan sólo sus ojos se movieron, escudriñando a la enorme bestia en busca de posibles debilidades tácticas. Aquella distracción también le dio a Alex la oportunidad de bajar al equipo de la pared rocosa mientras la criatura seguía ocupada con el científico. Allí arriba estaban muertos, pues no podían quedarse inmóviles para siempre. Al menos en la arena tenían una remota posibilidad. Su destino era una pequeña cueva justo en la base de la pared escarpada, junto a la parte seca de la playa. Estaba a cerca de un kilómetro de allí, y parecía defendible, ya que era demasiado pequeña como para acomodar a criaturas infernales gigantes. Monica fue la primera en aterrizar en la arena y tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para mantenerse centrada en ayudar a bajar a Aimee y a Matt y no mirar atrás, a lo que le estaba ocurriendo al doctor. Tanque y Alex llegaron después, y Alex tuvo que gritarles para que no se quedaran petrificados ni se desplomaran en la arena, presas del terror. Señaló a la pequeña abertura en la pared rocosa y les gritó que bajaran la cabeza y corrieran hacia la cueva. Aimee estaba siendo demasiado lenta. Matt, Monica y Tanque ya habían echado a correr por la oscura arena de destellos metálicos mientras que ella a duras penas se sostenía de pie sobre sus renqueantes piernas. Con un ágil movimiento, Alex cubrió la distancia entre los dos y, tras levantarla, la cargó bajo su brazo. Las piernas

le latían con fuerza y a su paso levantaba la brillante arena negra de la playa.

La criatura detectó movimiento y lanzó su tentáculo cual látigo. En esa ocasión, justo cuando Alex se metía en la cueva, se volvió y vio cómo la figura del doctor Adrian Silex se presentaba para intentar persuadirlos de que salieran de allí. Teniendo en cuenta que acababan de presenciar cómo el científico había sido pelado cual uva y posteriormente devorado, verlo en aquellos instantes era como contemplar un alma que había regresado de su condena en el infierno. Silex estaba atrapado en la eternidad, unido a una aterradora criatura que habitaba a kilómetros bajo tierra. Tal vez ese fuera su castigo, después de todo.

El grupo se acurrucó en la parte posterior de la cueva. Sólo tenía seis metros de profundidad, pero se estrechaba de manera considerable, por lo que con suerte la criatura no podría acceder a su interior. Por desgracia para el grupo, a esta no le hacía falta meter todo el cuerpo en la cueva y Alex sabía demasiado bien qué tipo de poder podía usar para sacarlos fuera una vez hubiera comprobado que su señuelo no estaba funcionando.

La cueva estaba a oscuras, y cuando el leve brillo de la fría luz bioluminiscente quedó oculto tras la masa de la criatura, la oscuridad fue total. Incluso en aquella completa negrura, Alex aún podía ver al leviatán, y estaba contento de que solamente Tanque pudiera ver lo mismo que él: en el exterior de la cueva, un enorme ojo empezó a escudriñar en la oscuridad allí donde el grupo había buscado refugio. Aquel era un monstruo legendario, tal vez la base de todas las leyendas de monstruos marinos. Quizá cada cientos de generaciones un movimiento de la corteza de la tierra abriera una fisura que permitiera que una o más de esas cosas fueran liberadas a la superficie del océano para llevarse a marineros de las cubiertas de sus enormes barcos. El mitológico kraken reencarnado.

La figura de Silex seguía apostada en silencio a un lado de la entrada de la cueva, implorándoles que se acercaran. Gracias a sus dispositivos de visión nocturna, los HAWC podían ver que el otro tentáculo serpenteaba a lo largo de la pared contraria de la cueva como si confiara en pillarlos desprevenidos mientras tenían su atención puesta en la forma humana.

—Apunte a la zona donde se encuentra el tentáculo, a ver si puede cortarlo. Yo le dispararé al cuerpo e intentaré cegarlos. —Alex apuntó al ojo gigante de la bestia.

—Recibido. —Tanque apuntó al tentáculo que se acercaba hacia ellos cual babosa gigantesca y húmeda. El aire de la cueva estaba convirtiéndose en una sopa lacrimógena de amoníaco y el único sonido que allí se oía era la respiración aterrorizada del equipo a sus espaldas. La criatura empezó a moverse con rapidez y Alex gritó:

—¡Fuego!

El sonido del fusil de proyectiles de gas en el interior de la cueva fue como una leve palmada, pero fuera de esta se produjo una conmoción, como si cientos de toneladas de carne se movieran para ponerse a cubierto. Tanque no logró seccionar el tentáculo de la base, pero se aseguró de convertirlo en una masa irregular que la criatura retiró a toda prisa. Alex apuntó al ojo pero, un instante antes de disparar, la criatura se movió, girando parte de su caparazón-armadura hacia ellos. Aunque los proyectiles podían abrir un agujero en el acero, aquella coraza biológica tenía un

grosor considerable.

—Alto el fuego. —Alex esperó a ver el resultado de los disparos, confiando en que hubieran desalentado a la criatura, haciéndole creer que le costaría mucho esfuerzo o más dolor del que el premio merecía. Sin embargo, varios de los tentáculos más cortos y fuertes se asomaron a la boca de la cueva y empezaron a apartar rocas de las paredes como si estuvieran intentando agrandar la cavidad. No estaban ni mucho menos a salvo allí. Iba a excavar la cueva para sacarlos. Abriría la cueva como si de una lata de comida se tratara para llegar a los sabrosos humanos de su interior.

Los HAWC dispararon de nuevo, pero la criatura se movió con más rapidez de la que nada de su tamaño habría podido alcanzar. Retiró de nuevo sus gruesos tentáculos y les dio la espalda con su caparazón para bloquear la cueva. Los HAWC tenían que disparar todo el tiempo al mismo punto para causarle algún daño. La criatura pronto volvería a darse la vuelta y seguiría apartando las piedras de la boca de la cueva. A ese ritmo, en menos de una hora los sacaría como ostras de sus conchas.

Matt se acercó a Aimee.

—Hunahpú debió de contar con algún arma, además de la lanza y el cuchillo, para espantar a esas cosas. ¿Podría haber sido alguna especie de toxina natural?

Aimee negó con la cabeza.

—Tal vez, pero probablemente no exista nada lo suficientemente fuerte como para preocupar a esa cosa. No estoy muy segura de a qué le puede temer.

—Mierda, tuvo que haber usado algo que a nosotros no se nos haya ocurrido. ¿Cómo pudo llegar hasta aquí y tal vez incluso escapar con un cuchillo de oro y una lanza corta? Piensa, piensa. Su ejército ya no está, su hermano ha muerto, estaría corriendo, sosteniendo una antorcha... Un momento, claro. Fuego. ¡Tenía fuego! Kinich Ahau no sólo era el dios del Sol, también era el dios del Fuego. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Debió de usar una antorcha para mantener a esa criatura a raya.

Matt echó a andar, cubriéndose el rostro con la mano para protegerse de las piedras voladoras. Se acuclilló junto a Alex.

—Fuego. Creo que usaron el fuego para mantener a raya a la criatura.

Alex soltó el gatillo y pensó en ello unos segundos. Mientras Tanque seguía disparando para intentar ralentizar la demolición del escondite por parte de la criatura, Alex fue al fondo de la cueva. De su mochila sacó su cilindro de propano portátil y abrió la parte trasera del fusil.

—¿Cuál es el plan? —Aimee había ido junto a Alex y le había puesto la mano en el brazo. Él la miró. Parecía cansada y atemorizada y quería darle un abrazo tranquilizador, pero no era el momento.

—Quienquiera que diseñara el M98 jamás esperó que el adversario fuera a ser un cefalópodo gigante, especialmente uno que tiene una coraza natural. Tal vez consigamos lo mismo que si le lanzáramos rocas, es decir, nada.

—Esa cosa se parece a un ortocono. —Aimee se abrazó como si tuviera frío, a pesar de que en la cueva estaban a más de veinte grados—. Pensaba que esta biosfera llevaba millones de años apartada del resto, pero debe de haber estado aislada durante más tiempo, cientos y cientos de millones de años. La criatura que nos está atacando es un ortocono, el cefalópodo ancestro de todos los calamares y pulpos. Fue la cúspide de la cadena alimentaria durante millones de años hasta que fue derrotado por seres como el megalodón. Aquí abajo ha estado protegida de la competencia, de depredadores potenciales, de impactos de meteoros y de los restantes acontecimientos responsables de las extinciones en masa de la historia, y esto a su vez le ha permitido crecer hasta alcanzar un tamaño inmenso.

Aimee miró a Alex y la ira apareció en sus ojos cuando volvió a hablar.

—Sé que esa cosa no era Tom, pero por un minuto pensé que lo era. Tom, el doctor Silex y quién sabe cuántos más no son ya más que alguna forma de recuerdo menor en el cerebro de una criatura que no debería ni existir.

Alex le puso la mano en el brazo, pero permaneció en silencio. Dejó que Aimee hablara, pues sabía que tenía más cosas que decir.

—Esto no es una pequeña carretera secundaria en la evolución, es como un mundo nuevo, tan ajeno a nosotros como otro planeta. Éste no es nuestro sitio, Alex.

—Los llevaré a casa, no se preocupe. —Alex se alegró de que estuvieran a oscuras para que ella no pudiera verle los ojos por si acaso estos le traicionaban y se mostraban vacilantes respecto a la afirmación que acababa de hacer. Llenó la cámara de compresión del proyectil con el gas propano y cerró el fusil rápidamente.

—Necesitaré su ayuda. —Sacó su mechero del bolsillo y se lo pasó—. Lo único que tiene que hacer es sostenerlo bajo el cañón del fusil para que la llama quede justo delante. Yo haré el resto.

Alex estaba impresionado. Aimee ni siquiera pestañeó cuando le pidió que se acercara más a la gigantesca criatura. Se colocaron tan cerca de la boca de la cueva como se atrevieron. Aunque Tanque había logrado amputarle varios de los extremos de algunos tentáculos, la cueva era en esos momentos mucho más ancha que tan sólo minutos antes. Alex asintió hacia Aimee, que encendió el mechero.

—Es la hora del espectáculo. —Alex apretó el gatillo.

El resultado excedió toda expectativa y le hizo sonreír adustamente. Las bolas de aire comprimido tenían en esos momentos una elevada proporción de gas propano en su composición y se prendieron al atravesar la llama del mechero. El alcance se había visto reducido, pues el gas hizo que la bola de aire comprimido se expandiera y la llama ralentizó el proyectil, pero aun así el resultado fue espectacular. Una ráfaga de bolas llameantes salió disparada del cañón del fusil. Incluso a menos velocidad, avanzaron con más rapidez de la que podía percibir el ojo humano, confiriéndoles el mismo efecto que un lanzallamas de haz fino. Parecía un láser en llamas esparciendo sus entrañas gaseosas al entrar en contacto con la bestia.

Se produjo una explosión de actividad en la boca de la cueva. El ortocono sacó

sus tentáculos, convertidos en una masa de carne chamuscada y confusa. Cuando retiró el último, la imagen de Silex apareció, seguida inmediatamente de Tom Hendsen, y a continuación otro hombre con una cazadora con la palabra «Dólar» en el pecho, y por último el rostro de una mujer joven con un bebé en brazos, antes de replegarse a las aguas, dejando un hedor a carne achicharrada y amoníaco tras de sí.

El silencio se apoderó de la cueva antes de que Tanque gritara:

—Uau, tengo que hacerme con uno de esos.

Alex se acercó con cautela hacia la boca de la cueva. La arena ya no era una superficie lisa, y trozos de carne blanquecina con manchas verdes yacían desperdigados sobre esta. Pronto se le unió el resto del grupo. Monica se tapó la nariz y la boca con la mano.

—Tengo la sensación de que no cree que hayamos visto al último de nuestros amigos de múltiples extremidades. —Matt estaba mirando la playa de arriba abajo en busca de señales del depredador gigante.

—Aimee, ¿le pueden volver a crecer los tentáculos a esa cosa? —preguntó Alex sin volverse.

—Sí, los cefalópodos tienen un poder regenerativo enorme. En pocos meses esa criatura estará como nueva. Va a volver, Alex. Los calamares y los pulpos son inteligentes, no cometerá los mismos errores.

Alex se volvió hacia ella.

—Nosotros tampoco. En el ejército hay algo que llamamos educación en y para el conflicto. En la batalla se quiere que ocurra una de estas dos cosas: ganar o sobrevivir con un mayor conocimiento. Cada encuentro con un nuevo enemigo es una oportunidad para estar más preparado para la próxima ocasión. Hemos aprendido mucho hoy: su cuerpo es blando y vulnerable, siente dolor y se escuda ante el calor, tiene una coraza que reduce su maniobrabilidad. No tenemos que obcecarnos en matarlo, Aimee. Tan sólo tenemos que mantenernos alejados de él.

—Adaptarse o morir, suena a la supervivencia de las especies.

Alex asintió lentamente.

—Así es, Aimee. Y hablando de adaptarse, ha dicho que esa cosa podría regenerarse en meses. ¿Y en días? ¿Recuerda que en las cuevas superiores le cortamos uno de esos tentáculos con los que estaba intentando atraernos instantes antes? Esa cosa tiene dos en pleno funcionamiento. Cabe la posibilidad de que no sea el único de su especie aquí. Uno solo ya supone un problema enorme. Más de uno y puede que no lo contemos.

Alex tampoco creía que hubieran visto a todas las criaturas de ese ecosistema, pero se lo guardó para sí, pues necesitaba que todos mantuvieran una actitud positiva ante sus posibilidades de escapar a la superficie. Alex miró a Tanque y supo que seguía manteniendo su fuerza habitual a pesar de tener una daga de diez mil años de antigüedad clavada cerca del cuello.

—De acuerdo, compañero, hora de practicar una cirugía menor en ese cuello. Y

nada de llorar, ¿eh?

Después de que Alex le diera el último punto a Tanque, los llamó a todos para que guardaran las cosas y prosiguieran el camino hacia su cueva de destino. Nadie creía que hubieran visto a la última de esas criaturas y tenían bien presente lo que Aimee les había dicho: aprenderían de sus errores. Tal vez en la próxima ocasión no tuvieran tanta suerte.

El ritmo de la caminata por la enorme playa oscura fue lento y la acometieron en rápidas carreras entre posiciones defensivas, en las que se agazapaban a la espera de cualquier repentino movimiento en cualquier dirección, antes de salir corriendo de nuevo. Les llevó una hora alcanzar la boca de la cueva de mayor tamaño, emplazada en lo que parecía la parte más ancha de la playa. La entrada estaba pavimentada con un suelo de piedras molidas, lo que la hacía similar a una entrada de gravilla, con trozos de cuarzo que reflejaban el brillo azulado del techo, muy por encima de ellos. A pesar de que la cueva estaba a oscuras y que debido al tamaño de esta podía seguirlos un número indeterminado de criaturas de grandes dimensiones, la leve brisa que acariciaba sus rostros los llenó de esperanza.

Monica se colocó en la entrada y respiró profundamente. La cueva era enorme y hacía que la de Borneo pareciera una ratonera. Y lo más importante: ascendía en un ángulo de quince grados. No era demasiado, pero al menos lo hacía en la dirección adecuada. La leve brisa impedía detectar olores y los leves sonidos ocultos en la oscuridad quedaban amortiguados o pasaban desapercibidos en la corriente ascendente. Sin embargo, el movimiento del aire también significaba que el aire cálido estaba siendo arrastrado hacia un bolsillo de aire más frío. Era la mejor noticia que podían tener.

La última prueba positiva que indicaba que iban en la dirección correcta fueron más glifos tallados en una piedra desprendida que se encontraba en un extremo de la caverna. Miles de años atrás, los glifos habían sido tallados en la pared, pero con el tiempo la piedra se había desprendido y había caído al suelo. Se detuvieron para descansar mientras Matt unía todas las piezas para que la piedra les hablara de nuevo de aquel pequeño guerrero cuyos pasos estaban siguiendo.

—Le sigue persiguiendo. Dice que Qwotoan se burla de él enseñándole los espíritus de los de su raza caída. Vale, esto parece... el movimiento... o podría ser... el temblor del suelo ha abierto una puerta a la tierra del sol, que podría significar Aztlán o la superficie, y ahora Qwotoan los encontrará y devorará a todos. Hay más, pero no soy capaz de descifrarlo. Se supone que es una advertencia. —Matt se colocó a horcajadas y su mano recorrió los antiguos glifos.

—¿Crees que lo logró? —Monica se había acuclillado a su lado y también estaba contemplando la piedra rota.

—No estoy seguro. Alguien logró volver sobre sus pasos y tallar la historia en la

primera cueva. Pero podría haber sido cualquiera. Tal vez nunca sepamos si logró regresar a casa o si las criaturas lo cogieron. O incluso si lo siguieron hasta su ciudad. Esta zona debió de sufrir temblores de tierra en esa época y uno o más terremotos abrieron el sistema de cuevas, lo que permitió que las criaturas empezaran a atacar a Aztlán y a su gente. Entonces, de repente, otro corrimiento de tierra los selló en el interior o destrozó su ciudad. —Matt ladeó la cabeza—. Claro está, Aztlán podría seguir en la superficie, pero enterrada bajo kilómetro y medio de hielo. Sigo creyendo que lo de que se hundiera podría ser una referencia a que la ciudad desapareció bajo el hielo en vez de bajo el agua. Llegados a este punto, no importa. Al menos sabemos que vamos en la dirección correcta.

Aimee le echó hacia atrás el cuello del mono a Tanque para verle mejor la herida. Aunque era evidente que estaba intentando disimular el dolor, tenía que estar sufriendo una barbaridad por una laceración tan profunda. Un extraño color amarillento estaba empezando a extenderse alrededor de la herida y eso preocupaba a Aimee. Tras cambiarle la venda y darle antibióticos de amplio espectro, fue junto a Alex.

—He estado pensando. ¿Vio el último señuelo que la criatura nos mostró en la cueva, la chica con el bebé? Su ropa era antigua... y con antigua me refiero a la Inglaterra colonial o similar.

Alex la miró, arqueó las cejas y emitió un «mmm» para que prosiguiera.

—Esas cosas copian lo que han digerido. Bueno, obviamente ella no era un miembro de los equipos que han venido aquí recientemente. Creo que lograron salir en el pasado, y creo saber cómo. —Aimee miró hacia atrás, a Matt y a Monica, y bajó la voz—. Esos camarones abisales que encontré sólo pueden vivir en las áreas oceánicas más profundas del mundo. La fosa de las Sándwich del Sur tiene una profundidad de ocho mil cuatrocientos veintiocho metros y está junto a la costa. ¿Recuerda que me preguntó si podían haber sido arrastrados? Tal vez tuviera razón. Creo que hubo, o hay, un conducto abierto, un manantial o fuente oceánica que descarga agua desde la fosa. —Aimee se cruzó de brazos como si tuviera frío.

—¿Cree que hay otra manera de salir? ¿Bajo el agua? —Alex la miró fijamente.

—Tal vez ya no, tal vez sólo en ocasiones, y no para nosotros. Esos cefalópodos gigantes pueden soportar profundidades y temperaturas extremas. Matt mencionó temblores de tierra. Creo que cuando las placas antárticas se desplazan, tal vez se abra un conducto que permita salir, o volver a entrar, a esas cosas. Esa chica probablemente fuera capturada por la criatura muy lejos de aquí y mucho tiempo atrás.

—Aimee, usted misma ha dicho que ahora son moradores de cuevas. Jamás nos hemos encontrado con algo como esto.

—Creo que siempre regresan aquí, pero tal vez nunca sean vistos si permanecen

en fosas oceánicas profundas o si buscan otros sistemas de cuevas subacuáticos. — Aimee miró a Tanque.

—Oh, genial. Bueno, esperemos que ese conducto esté cerrado o que sea lo suficientemente estrecho como para que sólo pasen esos camarones. —Alex se preguntó qué haría Hammerson en esa situación.

—Hay algo más que me preocupa, la herida de Tanque.

—¿Porque es profunda? —preguntó Alex.

—Sí, pero eso no es lo que me inquieta. Creo que es un tipo de infección, pero nada que se parezca a algo que haya visto antes. Las probabilidades de que se trate de una forma de vida microscópica que desconocemos son elevadas. También cabe la posibilidad de que el cuchillo tuviera algún tipo de toxina. Los venenos no deberían ser viables ya, pero lo que quiera que estuviera en esa hoja ha permanecido ahí después de que la extrajéramos y Tanque no está mejorando con los antibióticos de los que disponemos aquí. A la velocidad con la que la herida parece estar empeorando, creo que necesitará asistencia médica profesional en menos de doce horas.

—Genial, tenga cuidado con las escaleras y los gatos negros. Ya no podemos permitirnos más mala suerte.

Tanque sabía que Aimee y el jefe estaban hablando de su herida. Estaba haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad y fortaleza para mantener a raya el dolor punzante que se le estaba extendiendo desde el cuello hacia el costado. Pronto el brazo se le quedaría inútil y sería una carga para el grupo cuando tuvieran que avanzar con rapidez. No dejaría que eso ocurriera.

—Sigamos moviéndonos, todos —les ordenó Alex.

No hizo falta repetirlo. Todos querían sentir el sol en sus rostros de nuevo y evitar convertirse en parte de la cadena trófica local. Se pusieron las mochilas y se dispusieron a ascender por la cueva. En el interior de esta, las paredes y el suelo parecían haber sido pulidas por algo que salía de o que transcurría por esa parte de la cueva. No era una buena señal.

Aimee ayudó a Tanque a ponerse en pie. En esos momentos tenía todo el hombro y el brazo entumecidos y se le estaban tornando azulados. Bajo el traje, su cuerpo era una masa de venas hinchadas y ennegrecidas por la acción de la bacteria, que estaba transformando el cuerpo de Tanque para su propio uso. Aimee había hecho todo lo que estaba en su mano. Había llenado al gigante de penicilina y le cambiaba periódicamente la venda de la herida. Sin embargo, quedaba claro que lo que quiera que estuviera invadiendo su cuerpo estaba ganando la batalla.

Tanque apretó los dientes del dolor y se maldijo a sí mismo. El cabello y la ceja del lado de la herida se le estaban cayendo. Ése no era final para un HAWC, abatido por algo demasiado pequeño incluso para el ojo humano. Le ocultó a su capitán el atroz dolor que sentía (si el jefe veía que estaba gravemente herido, se sentiría obligado a ayudarlo en un momento en que necesitaba centrar toda su energía en sacarlos de allí). Le retiró a Aimee el brazo, le dio las gracias y cuando ella no estaba mirando se propinó un puñetazo en el muslo. Ese nuevo dolor trajo consigo una subida de adrenalina y cierta claridad. Sólo un poco más de tiempo, sólo un poco más.

Alex podía olerlo en esos momentos, la criatura había estado allí. Aquella cueva no iba a convertirse en un santuario y sólo cabía confiar en que la cosa estuviera detrás de ellos. No le emocionaba la idea de tener a una gigantesca bestia carnívora entre él y su potencial ruta de escape. Miró de nuevo hacia Aimee y Tanque.

Los sentidos únicos de Alex percibieron un cambio en la presión. El peligro se acercaba por la oscuridad y ese no era lugar para ser capturado. Miró rápidamente a izquierda y derecha. Fuera de la entrada de la cueva, en la distancia, podía discernir una enorme ola en forma de «V» que apuntaba directamente a ellos y que los estaba cercando desde el mar. Algo muy grande estaba acercándoseles a unos quince kilómetros por hora por debajo del agua.

—¡Hay que moverse! ¡Ahora!

Se oyó un estruendo cuando algo impactó en aquellas aguas de escasa

profundidad, como si un portaaviones hubiera encallado. Todos saltaron y, casi al unísono, las luces se apagaron de nuevo. En esa ocasión el sonido prosiguió como si algo gigantesco virara dentro y fuera del agua con un ruido como el de cien cataratas. No hicieron falta cábalas acerca de cuál era su objetivo o tras quién estaba, y el ruido continuado implicaba que las luces no iban a volver en un tiempo.

Alex ya no tenía consigo su equipo de visión nocturna, pero tampoco lo necesitaba. Se volvió hacia el origen del ruido y las imágenes empezaron a aparecer. Recordó las discusiones y los informes interminables de los equipos médicos cuando su sentido de la vista había empezado a cambiar. Sabía que los seres humanos normales tenían una visión pobre en una oscuridad casi total. En algunos animales, como los perros y los gatos, la visión nocturna biológica es diez veces más sensible que la de los humanos, y otros animales pueden percibir cambios de frío y calor en la densidad térmica. Podían construir una imagen, lo cual no se puede llamar «ver» en el sentido estricto. Los científicos lo habían llamado «percibir».

Los cambios en el cerebro de Alex estaban llevando de nuevo al límite su capacidad física humana de la sensibilidad de la visión de luz y calor, y las imágenes que le estaban mostrando su cerebro resultaban alarmantes. Una montaña fría se elevaba desde las aguas cálidas y estaba encallando en lo alto de la playa con el crujido de la arena al ser aplastada. Sólo disponía de menos de kilómetro y medio de terreno abierto para alcanzarlos, pero eso le confirmó a Alex por qué apenas había piedras y restos alrededor y en el interior de la boca de la cueva: esa criatura había estado allí arriba antes, y en esta ocasión la cueva era lo suficientemente grande como para que pudiera seguirlos.

Las linternas parpadearon. Aunque Alex habría preferido la oscuridad, el equipo necesitaba la luz para tranquilizarse un poco. Con Hunter encabezando la marcha, todos avanzaron con rapidez pegados a un lado de la cueva. Todos excepto Tanque.

Alex se volvió hacia Aimee y gritó por encima del estrépito de las piedras:

—Sigan avanzando.

Retrocedió unos pasos hacia Tanque.

—Muévase, soldado. —Al ver que no había respuesta, Alex empezó a sortear las piedras pero, justo en ese momento, Tanque le habló por el intercomunicador:

—Voy a quedarme, señor. No puedo mantener su ritmo y soy demasiado pesado hasta para usted. Al menos puedo conseguirles algo de tiempo, pero deben irse ya. Por favor, no me obligue a desobedecer una orden. —Se hizo el silencio mientras Alex pensaba en cómo responder cuando Tanque le habló de nuevo—. Ha sido un honor servir a sus órdenes. —El intercomunicador emitió un último pip, indicando así que la conversación había terminado. En la distancia, Alex vio que Tanque se quitaba el dispositivo de la cabeza y lo arrojaba a la oscuridad.

Alex pudo ver cómo la criatura se acercaba. Intentar sacar a rastras de allí a Tanque en contra de su voluntad sería difícil, especialmente cuando sabía que lo que este había decidido era exactamente lo que él mismo habría hecho si hubiera estado

en su lugar. Alex esbozó una sonrisa y musitó a la espalda del HAWC.

—Buena suerte, soldado. El honor es mío por haber tenido a un hombre como usted en mi equipo. —Cogió aire y gritó con todas sus fuerzas—: ¡Vamos HAWC!

Era el grito de batalla de su unidad, y tras eso, Alex se dio la vuelta y corrió para alcanzar a los miembros del equipo restantes.

Tanque no tenía miedo. El grito de Alex seguía resonando en la cueva y de nuevo se sentía fuerte. Se había inyectado en la pierna varias dosis de adrenalina pura que había sacado del botiquín de su mochila y su cuerpo estaba haciendo acopio de sus últimas reservas de energía ante el inminente combate. Sólo él tenía un dispositivo de visión nocturna y, al igual que Alex, pudo ver cómo el leviatán se acercaba y supo lo que eso significaba para el grupo. Bajo el traje, la mitad superior de su cuerpo estaba llena de bultos y la piel le dolía con el más mínimo roce. El lado de la cara de la herida estaba flácido, pues los músculos se le habían atrofiado por la acción del ataque de la bacteria desconocida. Las fuerzas lo estaban abandonando y era cuestión de tiempo antes de que necesitara tumbarse o que tuvieran que llevarlo, y ninguna de las dos era una opción por lo que a él respectaba. No tenía posibilidad de ganar esa batalla, pero podría darle algunos minutos de ventaja a Alex; entonces habría hecho su trabajo.

Ocupó su posición contra un lateral de la cueva y llenó su fusil con parte del propano líquido. Con una mano sostuvo el mechero cerca del cañón y la otra la apoyó ligeramente en el gatillo. Sin apartar los ojos de la criatura, que seguía avanzando, susurró para sí:

—Nos vemos pronto, hermanito. —Apuntó al ojo pegajoso que en esos momentos cubría la entrada de la cueva y al mismo tiempo encendió la llama y apretó el gatillo.

El mermado equipo se había detenido y estaban aguardando a los dos HAWC cuando Alex emergió de la oscuridad.

—Vamos.

—¿Dónde está Tanque? —Monica estaba mirando a las espaldas de Alex cuando hizo la pregunta.

—Nos está dando una oportunidad, señorita Jennings. Hagamos que merezca la pena. —Alex se dispuso a echar a correr, pero ella lo detuvo.

—¿Podrá alcanzarnos? Estaba herido.

Alex se la quedó mirando. Fue Matt quien habló primero.

—Ah, mierda. ¿Tanque también? Mierda, mierda, mierda.

El joven profesor se frotó la nuca y se alejó en la oscuridad, negando con la cabeza.

Monica iba a hablar de nuevo cuando Alex la cortó.

—Sabe lo que hace. Va a...

Se oyó un estruendo que hizo que Monica se encogiera, seguido de oscuridad y silencio. Aimee miró a Alex y a continuación bajó la vista.

El capitán le dio la espalda a la cueva. Su rostro era una máscara pétreo. Sabía que la pequeña guerra que había estado librando Tanque se había decidido y ya podía percibir cuál había sido el resultado.

—Vamos.

Matt fue todo el camino pegado a Monica, sin parar de susurrarle cosas. Tras muchos minutos se vio recompensado con una sonrisa y a continuación una pequeña risa. Pasó un largo rato hasta que se percataron de la diferencia en la cueva. Era casi estéril en comparación con la abundancia de vida que habían visto en el mundo subterráneo exterior. El húmedo musgo y el líquen brillante habían desaparecido. La cueva no sólo estaba desprovista de vida, sino que era inesperadamente lisa y seca.

—No hay humedad, eso podría ser una buena señal. Significa que nos dirigimos a una atmósfera más seca y con suerte a la superficie. —Monica había decidido seguir siendo optimista.

—Excelente. Ahora, si podemos mantener este paso ligero en la oscuridad durante las próximas ocho horas, más o menos, y llevarle la delantera al monstruo que nos persigue, estaremos bien. —Matt, entre resuellos, mantuvo el tono jocosos en su voz. Pero él, al igual que los demás, sabía que en cualquier momento podrían toparse con otra obstrucción o con que el final del túnel se había congelado tiempo atrás.

Alex también estaba planteándose alternativas en caso de que llegaran a una obstrucción impenetrable. Su mayor preocupación en ese momento era la falta de cobijo en aquella cueva desgastada y pulida. Si eran abordados por la criatura, no creía que tuvieran posibilidades de sobrevivir, cuando además el único armamento de que disponían era el que él llevaba encima, más un par de granadas.

El chirrido y el ruido de rocas pulverizadas no cesaba y se oía desde donde habían venido, lo que significaba que la criatura seguía persiguiéndolos. Más adelante había un ligero estrechamiento en la cueva y Aimee se volvió hacia Alex.

—Es un embotellamiento. No podrá perseguirnos si la cueva se estrecha más.

Alex no lo entendía. ¿Cómo podía haberles atacado esa criatura en cuevas mucho más pequeñas y haber subido a la superficie para atacar Aztlán siendo de ese tamaño? No era posible que ese duro caparazón cupiera en cuevas más pequeñas.

—Señorita Jennings, adelántese a reconocer el terreno y que los demás sigan a este ritmo. Voy a regresar un momento para echar un vistazo a nuestro amigo, a ver si puedo ralentizarlo un poco.

—Iré con usted. —Alex vio la expresión alarmada en el rostro de Aimee.

—No en esta ocasión. Puedo moverme al doble de velocidad que los demás, y me uniré a ustedes de nuevo en poco tiempo, pero únicamente si lo hago solo. —Se

acercó a Aimee, se quitó su casco abollado y se secó el sudor de la frente antes de susurrarle—: Estaré bien. Necesitarán que alguien los guíe.

Alex se quitó el intercomunicador y los auriculares y se los guardó en el bolsillo. Dejó el casco en el suelo y desapareció en la oscuridad cual espectro.

Alex se movió en la negrura con gracilidad y rapidez. Podía verlo y oírlo casi todo a su alrededor, y aquello que no lograba ver, podía percibirlo. El chirrido seguía, y necesitaba ver cómo la criatura pensaba forzar su paso por entre el primer estrechamiento con el que se iba a topar. También quería colocar una de sus últimas granadas en el camino y tal vez así alentarla a que cambiara de opinión y dejara de seguirlos.

Alex se replegó en un pequeño nicho en la pared de la cueva y observó cómo se acercaba el leviatán. Le sorprendió lo laborioso de su avance, arrastrando su gigantesca concha tras de sí. Estaba más frío que la cueva y emitía un brillo verdoso. Sus dos tentáculos se agitaban ante sí como antenas de insecto tanteando el terreno y quizá incluso saboreando el aire en busca de trazas químicas de los humanos que esperaba devorar.

En la primera confluencia, Alex vio que iba a tener problemas para meter su gigantesco cuerpo en la gruta, ligeramente más pequeña. Aunque la cueva en sí era lo suficientemente grande como para que entrara un camión de dieciocho ruedas, al cefalópodo le iba a resultar imposible estrujarse hasta poder colarse dentro.

Los dos tentáculos estaban palpando la confluencia y evaluando su tamaño. La criatura se detuvo y pareció reflexionar sobre su siguiente paso. *Bien*, pensó Alex, *es demasiado estrecha, ¿verdad?* Si intentaban arrastrarse al interior de la cueva más pequeña, tal vez ralentizaran su avance lo suficiente como para que se quedara rezagada con respecto a ellos.

Entonces se oyó un ruido, como si la criatura estuviera succionando líquido, y Alex observó con consternación cómo esta se liberaba de su concha. Una especie de mucosidad empezó a caer a su alrededor y Alex olió a sal marina, a carne podrida y a docenas de otros olores inidentificables que emanaban del cuerpo blando de la bestia. Al igual que un cangrejo ermitaño, podía entrar y salir de su concha a placer. Eso explicaba cómo era capaz de seguirlos al interior de cuevas más pequeñas.

Ya libre de su caparazón, la criatura colocó los tentáculos más pequeños bajo ella y propulsó su bulboso y moteado cuerpo hacia arriba. En esos momentos parecía más una araña gigante que una criatura marina; liberada de su concha, era mucho más ágil y avanzaba con más rapidez. Su velocidad había aumentado al doble y con su cuerpo carente de huesos podría meterse sin problemas en hendiduras pequeñas, y también lanzar sus tentáculos para perseguir a su equipo en las cuevas delanteras.

Bueno, al menos ahora estaba sin la coraza y debería ser más vulnerable. Alex colocó la granada en el suelo de la cueva y puso el temporizador en tres minutos, y a

continuación se dio la vuelta y corrió en la oscuridad tras su equipo. Mucho se temía que con la granada no conseguiría más que la criatura vacilara un minuto, necesitaría más explosivos para causar un daño real a algo de ese tamaño, pero decidió preservar las otras cargas para ataques más estratégicos o cualquier trabajo de demolición que pudieran ser necesario.

Trescientos metros más adelante, Alex se detuvo y se giró. La explosión amortiguada le indicó que la carga había detonado en el momento adecuado, tal vez incluso justo debajo de su perseguidor, y confió en que aquello les diera unos minutos más de ventaja. Tendrían que doblar la velocidad si querían escapar de la bestia, y Alex necesitaba dar con más formas de ralentizarla o detenerla. Tenía la sensación de que ellos se cansarían mucho antes que ella.

La bestia podía percibir el movimiento de las diminutas sangres cálidas más adelante, y también la presencia cercana de uno de ellos. Aún no podía ver u oír a la pequeña criatura, pero sabía que estaba cerca. Mientras el leviatán seguía avanzando, ya libre de su concha, la perspectiva de matar y alimentarse lo hizo imprudente. La detonación lo pilló justo encima de la granada. La pequeña pero poderosa explosión le voló un trozo de carne de tres metros y casi quinientos kilos del extremo de uno de sus tentáculos. Replegó lo que le quedaba del tentáculo cerca de su cuerpo. Sentía dolor, pero también sabía que la herida no era letal y que se regeneraría con rapidez. Prosiguió con su avance, pero con más cuidado, y pendiente del pequeño ser que lo aguardaba. Era peligroso y tendría que ocuparse de él en primer lugar, y rápido.

A Aimee le ardían las piernas y el cansancio le estaba provocando náuseas. Matt y Monica probablemente estuvieran más en forma que ella, pero estos también andaban con la espalda encorvada y llevaban un rato sin hablar. Aimee sabía que el cansancio físico no era el único peligro: lo peor era la extenuación emocional que se asentaba una vez la adrenalina había desaparecido de los músculos y el cerebro.

—Vamos chicos, quiero estar tumbada en una playa este fin de semana. —Tomó aire y sonrió de oreja a oreja a Matt cuando los rebasó en la pendiente.

—Oiga, Wonder Woman. ¿Puede llevarme en brazos? —Matt se rió cuando lo dijo, pero tanto Monica como él apretaron el paso para ponerse a la par.

Alex alcanzó rápidamente al equipo. Habían avanzado bastante. La pendiente se alzaba de manera constante y, a pesar de que eso les daba motivos para creer que iban en la dirección correcta, les estaba resultando mucho más fatigoso que antes.

Alex sabía que sus cuerpos estaban extenuados, pero con la criatura tras ellos no podían permitirse parar para descansar. La cueva se estaba estrechando más incluso, pero aun así era lo suficientemente grande como para acomodar a cincuenta hombres caminando codo con codo, y el techo prácticamente no alcanzaba a verse en la oscuridad. La fría penumbra de la gruta les había obligado a encender las linternas y los frontales de los cascos, y en esos momentos estos estaban parpadeando, vacilantes, en la oscuridad.

Siguieron ascendiendo durante horas, hasta que el agotamiento les obligó a descansar. Alex se volvió y escuchó con atención. Lejos, tras ellos, podía discernir el sonido de la persecución. Sus sensores de movimiento electrónicos no servían en una cueva zigzagueante, pues la densidad y las ondas de compresión se distorsionaban y quedaban amortiguadas por las corrientes de aire y las curvas de la cueva. Tenía que confiar únicamente en sus extraordinarios sentidos y le estaba resultando difícil, pues sin la concha, la criatura era prácticamente silenciosa, y estaba siendo en esos momentos mucho más cauta. Alex también estaba empezando a pensar que la cosa que los perseguía no era sólo un ser bárbaro y prehistórico de gran tamaño, sino que era poseedora de una inteligencia que le permitía aprender, planificar y tal vez incluso tender trampas.

Monica señaló a un montón de piedras en el suelo de la cueva.

—Y líbranos de los callejones sin salida, amén. —Matt estaba intentando banalizar la situación, pero no podía haber escogido palabras mejores para explicar cómo todos ellos se sentían. La mera idea de tener que volver sobre sus pasos les provocaba un fuerte temor. Aunque no habían visto u oído a la criatura en bastante

rato, podían percibir las malas vibraciones de Alex, y por la manera en que este se detenía a escudriñar en la oscuridad tras ellos sabían que no estaban ni mucho menos a salvo.

Los fragmentos de rocas caídas iban creciendo en volumen, y en esos momentos algunas tenían el tamaño de casas. Aquello los ralentizó, pues tenían que zigzaguear constantemente entre las piedras. La pendiente había alcanzado un ángulo de veinticinco grados y los músculos de los muslos les pedían a gritos un descanso. Alex les urgió con firmeza que siguieran. No podía dejarles parar hasta que encontraran un punto que estuviera oculto o que al menos fuera defendible.

Estaban caminando más despacio, así que Alex decidió que tenía que tenderle otra emboscada a la criatura. Necesitaba ganar más tiempo. Justo cuando estaba a punto de desaparecer en la oscuridad, oyó a Monica. Había encontrado una salida en la cueva: una hendidura irregular y enorme en la oscura pared desde cuyo interior la brisa portaba cierto olor a tierra.

Aimee usó el sonar tal como Alex le había enseñado y obtuvo una lectura de casi un kilómetro antes de toparse con una curva u obstrucción. Había una corriente de aire importante colándose por la hendidura, así que todo apuntaba a que no era un callejón sin salida.

—Parece bastante reciente, tal vez menos de veinte mil años. Eso son segundos en el reloj de la geología. Hay un cierto grado de actividad geológica en este lugar y no puedo saber con certeza si será seguro para nosotros. —Monica estaba dando su opinión profesional de los peligros que aquello comportaba, pero no se encontraban en una situación normal.

Sin pensárselo dos veces, Alex gritó una sola palabra:

—¡Adentro!

Monica, y a continuación Matt, seguido de Aimee, entraron en la hendidura, de unos tres metros de ancho. Alex se quedó unos segundos más y escudriñó la entrada: parecía demasiado estrecha como para que la criatura pudiera meterse, pero sin la concha ni una masa esquelética discernible no sabía muy bien de qué era capaz. Sin embargo, se imaginó que metería a uno o más de sus tentáculos por entre la rendija para intentar engancharlos, valiéndose de los despiadados garfios incrustados en las puntas de estos.

Llevaban poca distancia recorrida cuando Alex se percató de que el movimiento de aire había cesado. Sin alertar al equipo ni ralentizarlos, se detuvo y contempló fijamente la oscuridad, valiéndose de todos sus sentidos para determinar la causa del cambio en la corriente. Aunque no podía ver más allá de la grieta, sí podía percibir que una presencia de gran tamaño había bloqueado la entrada por la que acababan de acceder. El ortocono estaba intentando seguirlos. Se oyó un gemido y varias piedras cayeron encima del grupo. Monica se paró y levantó la mano para que los demás

también se detuvieran, pues temía que fueran sus pisadas las que estuvieran desencadenando algún tipo de temblor en la tierra, pero Alex les instó a seguir. Sólo él sabía que la criatura estaba intentando ensanchar la fisura de la pared.

El sigilo líquido con el que la criatura los había seguido hasta el momento concluyó y fue reemplazado por un estruendo que hizo temblar el suelo, como si de la embestida de un centenar de elefantes se tratara. Matt y Monica se miraron y a continuación centraron su atención en Alex, cegándolo momentáneamente al apuntarle con los frontales a la cara. El capitán Hunter se volvió y cerró los ojos un segundo para recuperar algo de su visión nocturna, y en cuanto los abrió le quedó claro qué estrategia iba a usar la criatura. Un gigantesco tentáculo estaba recorriendo el túnel con rapidez. A su paso golpeaba y apartaba piedras del tamaño de coches de su camino, como haría un crío con sus bloques de construcción.

Ése no era lugar para enfrentarse al monstruo. Los garfios afilados de sus tentáculos les rasgarían los trajes, o bien morirían aplastados si la criatura les lanzaba encima una piedra. Alex disparó una ráfaga de proyectiles de gas comprimido a la punta del tentáculo, pero sabía que con eso sólo lograría ralentizar su avance.

—Señorita Jennings, encuétreños un lugar donde guarecernos, ¡ahora! Que todos los demás la sigan, ¡ya! —Alex estaba corriendo y volviéndose cada pocos segundos para disparar. Era consciente de que sólo disponían de unos pocos minutos antes de ser aplastados cuando oyó a Monica:

—Cuidado... Es una obstrucción flotante.

Alex vio entonces a qué se refería. La grieta que estaban atravesando sólo tenía cerca de seis metros de ancho, pero suspendida encima de una zona estrecha había unas placas de piedra en forma de mesa de inmensas proporciones que a su vez sostenían toneladas de piedras. Aimee había retrocedido hasta donde estaba Alex y lo miró con gesto resuelto.

—¿Está pensando lo mismo que yo?

—Oh, sí. Es hora de cerrar la puerta.

Todos pasaron por debajo de la cornisa y Alex les gritó que siguieran avanzando todo lo rápido que pudieran y que permanecieran pegados a las paredes para evitar que les cayeran piedras encima. Se volvió y calibró su fusil para que disparara bolas de aire comprimido del tamaño de puños al punto más débil de la placa, y apretó el gatillo. Una ráfaga constante de proyectiles de aire se concentró allí donde la cornisa se unía a la pared. El aire comprimido golpeó la pared rocosa a toda velocidad con la potencia de un martillo neumático. En menos de tres segundos, Alex consiguió hacer lo que las rocas habían intentado hacerle al suelo de la cueva durante decenas de miles de años. Las piedras cayeron al suelo con estrépito. Se echó el fusil al hombro, entre las correas de la mochila, y echó a correr, esquivando como buenamente podía las piedras que caían sin cesar. Toneladas de roca se derrumbaron a su alrededor. El impacto, cuando se produjo, fue similar a ser alcanzado por un coche. El centro de su espalda fue golpeado por una roca del tamaño de una bola de bolera que se

desplazaba a más de sesenta kilómetros por hora. El crujido de su espalda se perdió por el estrépito del corrimiento de piedras, pero Alex cayó al suelo.

Siguió tumbado en el suelo, aguardando a que el polvo se asentara. Sus sentidos le dijeron que no había más corriente de aire y que la mayoría de las piedras habían caído, bloqueando por completo la estrecha grieta. No creía que la criatura tuviera en esos momentos fuerza suficiente como para abrirse paso con un tentáculo menos. Estaban a salvo por el momento.

Alex cogió aire y escupió algo de polvo. Se puso lentamente en pie y flexionó la mitad superior de su cuerpo. Le dolía, y algo le crujó en la espalda. Se quitó la mochila y sacó el fusil. El otrora M98 estaba roto. Estaba fabricado en policarbonato termoprensado, más resistente que el acero, pero más ligero que el plástico. El impacto había hecho pedazos el revestimiento. *Mejor tú que yo*, pensó, y tiró el arma a sus pies.

Aimee estaba esperando tras una enorme piedra con la cantimplora en ristre para que Alex le diera un merecido trago.

—Bueno, parece que podemos descartar volver sobre nuestros pasos de ahora en adelante. Descansemos diez minutos. —Todos se tiraron al suelo. Ahora que la adrenalina estaba descendiendo en sus sistemas, el agotamiento se estaba apoderando de ellos. Los músculos chillaban, los pies les latían y les dolía la espalda. Alex se tumbó y cerró los ojos. Les había dado diez minutos, así que él dormiría durante ocho minutos exactos antes de levantarlos para retomar su camino de regreso a la luz.

—Es una puerta. —Matt quedó empequeñecido por el tamaño de la estructura.

Nadie más habló durante varios segundos mientras contemplaban impresionados la transición de la creación rocosa natural a la estructura creada por el hombre. Las paredes de la cueva de repente se alisaron, y se vieron entonces bloqueados por una puerta de piedra de seis metros de altura. Los paneles estaban tallados con intrincadas imágenes de figuras humanas arrodilladas y glifos similares a los que habían visto antes. La enorme estructura destacaba del resto, no sólo por el tamaño, sino también por un brillo rojizo que hacía que las puertas reluciesen a pesar de que hubieran transcurrido miles de años. Monica recorrió con las manos la piedra, escupió en un punto y lo frotó.

—Es granito rojo de Asuán, uno de los granitos más resistentes de la tierra, y con total certeza no es de por aquí.

Matt apuntó con la luz amarillenta de su linterna a la zona que Monica acababa de limpiar.

—Es cierto, ni siquiera es de este lado del mundo. Esta piedra sólo se encuentra en Oriente Medio. Había un sarcófago en el interior de la pirámide de Guiza hecho

con este tipo de mineral y, cuando se descubrió, dijeron que brillaba como el fuego. Hasta la fecha nadie sabe cómo los egipcios consiguieron trabajarlo.

—¿Cómo habrá llegado hasta aquí? —Aimee también estaba recorriendo la piedra con las manos.

—Aquí vivió una civilización avanzada. Me apuesto a que estos tipos visitaron todos los rincones del globo. Les diré una cosa, esta puerta fue construida para mantener algo fuera, o dentro, de ella. —Matt estaba alumbrando con su linterna a un punto en el que la puerta no encajaba con la pared—. Un segundo, creo que está abierta.

—De acuerdo, empujemos todos. —Alex apoyó las dos manos en la puerta y tensó los músculos, anticipándose a la fuerza que suponía que requeriría mover ese monolito macizo. Sin embargo, la puerta se abrió con facilidad y en silencio. Tras diez mil años, el mecanismo seguía funcionando a la perfección—. Ya no se construyen cosas así.

—No desde hace miles de años. —Matt fue el primero en atravesar la puerta, seguido por Monica.

Tras pasar al otro lado se toparon con una sala enorme y abovedada de unos cincuenta metros de diámetro. Había urnas de piedra ennegrecida alrededor del perímetro que otrora probablemente contuvieran aceite y que, encendidas, iluminarían las increíbles paredes talladas, algunas aún con colores que intuían un detalle arquitectónico y un trabajo de ornamentación increíbles. Una rampa pulida llevaba a una entrada más elevada que también tenía una puerta de granito rojizo, pero esta estaba hecha pedazos.

—Parece una iglesia. —Monica se colocó bajo el dintel y se rodeó el torso con los brazos.

—Tal vez; al menos un lugar de adoración, eso seguro —respondió Matt mientras se movía con rapidez en la oscuridad, apuntando con la linterna del techo a la pared y de esta al techo de nuevo.

En la base de la rampa parecía como si se hubiera iniciado la construcción de un nuevo muro. Los materiales empleados no eran los bloques pulidos de otras partes de la sala y parecían más irregulares, cada uno de ellos un cubo de metro y medio y muchas toneladas de peso. Esa pared más reciente no era decorativa; parecía como si la hubieran construido a toda prisa y la fortificación era mayor que la de su predecesora.

También había tres columnas de piedra, de dos metros y medio cada una, que se erguían frente a la puerta por la que acababan de pasar. Aros de metal muy oxidados pendían de la parte delantera.

—Esto es una maravilla arquitectónica. Todo el mundo se pregunta de dónde sacaron los romanos la capacidad y habilidad para construir edificios con cúpulas gigantes que desafiaron toda explicación durante siglos. Pero esto... esto es más grande incluso. —Matt estaba dando una lenta vuelta sobre sí mismo en el centro de

la habitación, intentando asimilarlo todo.

—Parece una especie de arena. —Aimee estaba escudriñando a su alrededor y se colocó junto a la columna del centro para ver mejor. Alrededor de sus bases, la piedra estaba más oscura, manchada por el paso de miles de años.

Matt estaba moviéndose alrededor de las paredes, recorriendo con sus manos los glifos y moviendo los labios en silencio mientras intentaba discernir su significado.

—¿Arena? No, pero casi. Es más bien un altar. Y de sacrificios. La mayoría de las culturas tenían mitos e historias sobre criaturas provenientes de su propia versión del infierno, y las leyendas aztlanas no parecen ser una excepción. Todo apunta a que tuvieron una profusa mitología llena de demonios y dioses del inframundo. La única diferencia reside en que sus monstruos resultaron ser reales. Estaban ofreciendo sus esclavos a Qwotoan para apaciguarlo. Yo diría que se toparon con él cuando estaban excavando los niveles inferiores y lo consideraron el gobernador del inframundo. El diablo personificado.

Matt leyó de la pared.

—De acuerdo. Vamos allá. «Aquellos que se unan a Qwotoan vivirán con él para siempre y regresarán como sus siervos». Creo que ya hemos visto a qué se refieren con esto: la criatura tiene la habilidad de mimetizarse con las cosas que ha devorado. —Matt siguió avanzando por las paredes—. Para tenerlo controlado, intentaban calmarlo con ofrendas cada mes, pero este era cada vez más demandante. Ése es el problema con algunos dioses. No se quedan satisfechos con una sola virgen, ¿verdad?

—No es gracioso, Matt, es horrible. —Monica se rodeó el cuerpo con los brazos al imaginarse atada a una de esas columnas de piedra mientras unos tentáculos gigantes se abrían paso por la puerta abierta.

Matt le tocó el brazo.

—Para nosotros, sí. Pero para la cultura aztlana, para quienes el mundo estaba vuelto del revés y consideraban a aquella criatura su dios, no. Su cielo estaba bajo tierra, en un inframundo de cuevas, guardado por bestias y dioses fantásticos. Las cuevas en sí eran sagradas y serían consideradas un portal de comunicación con sus deidades. Supongo que para ellos la prueba de la veracidad de sus creencias fue encontrarse con esta criatura proveniente de las profundidades. Habría sido un gran honor para ellos ser escogidos para «unirse» a él. Por lo que sabemos, bien pudieron presentarse voluntarios.

—No eran conscientes de que estaban creando un patrón alimenticio. Para los ortoconos eran una fuente de comida fácil y abundante. —Aimee estaba examinando las manchas de las columnas.

Monica, Alex y Aimee se sentaron con la espalda en la pared y siguieron a Matt con los haces de luz de sus linternas para proporcionarle algo más de iluminación. Bebieron con moderación de la poca agua que les quedaba y se terminaron las últimas chocolatinas. Nada les había sabido nunca tan bien.

—¡Miren! —Matt señaló unos anillos incrustados en las paredes y uno similar en

lo alto de la gigantesca puerta de piedra por la que habían cruzado—. Creo que estaban equipados con algún sistema para poder abrir y cerrar la puerta desde ahí arriba, probablemente desde detrás de la otra puerta rota. Ataban a las víctimas a los pilares y a continuación se retiraban tras su propia puerta para poder abrir la entrada al inframundo con tranquilidad.

Monica movió la linterna hacia la base de la rampa.

—Iban a sellarlo, pero no llegaron a terminarlo. Mmm, me pregunto por qué. — Monica formuló la pregunta y ella misma encontró la respuesta—. Oh, mierda. Debió de encontrar otra manera de entrar.

Alex se pasó las manos por el pelo y suspiró. Las consecuencias de aquello eran terribles. Cabía la posibilidad de que la criatura les tendiera una emboscada y no podrían volver atrás. Lo mejor era no dejar que los demás lo pensarán mucho.

—Tal vez. Pero incluso aunque fuera verdad, eso ocurrió hace mucho. Aún no estamos en casa, pero lo lograremos.

—Estoy de acuerdo con Alex. No ha habido gente aquí desde hace miles y miles de años. Esto ha tenido que afectar a los patrones de alimentación de las criaturas y dudo que recuerden cómo acceder a la ciudad tras todos estos siglos. —Aimee estaba haciendo todo lo que estaba en su mano por apoyar a Alex y ofrecerle buenas noticias al exhausto grupo.

—Pero usted misma lo ha dicho. No sabemos cuánto viven esas cosas. ¿Y si es la misma criatura?, ¿y si tiene la capacidad de transmitir sus recuerdos como, como...? —Monica estaba intentando recordar un programa del Discovery Channel que había visto hacía tiempo, cuando Aimee le echó una mano.

—Los platelmintos.

—Eso. ¿Puede recordar, Aimee?

—No lo sabemos. No sabemos cuánto tiempo viven los cefalópodos gigantes actuales, así que poco podemos decir de una criatura que tenía que haberse extinguido cuatrocientos millones de años atrás y que tal vez haya causado el colapso de la primera gran civilización humana. Sin embargo, dudo mucho que pueda vivir decenas de miles de años. Pero el problema que tenemos aquí es que este es un mundo muy distinto al nuestro, con efectos medioambientales diferentes que se traducen en leyes naturales muy distintas. ¿Podría encontrar una manera de entrar? Claro, con el tiempo suficiente. Es lo bastante inteligente, sin duda alguna. ¿Puede recordar una manera de entrar? No lo sé, pero existen estudios sobre memoria celular heredada donde pacientes trasplantados recuerdan sabores, olores e incluso imágenes del donante. He leído artículos sobre memoria atávica que... —Aimee paró de hablar. Se había olvidado de dónde estaban. La expresión de Monica le dejó claro que la información no estaba ayudando.

Alex se percató de que Aimee había evitado compartir sus teorías con Monica sobre la imagen de la chica y el bebé con ropa antigua. Se puso de pie y caminó hacia las gigantescas puertas de piedra. Se quitó el guante y colocó la mano plana en la

rojiza piedra pulida. Intentó sentir vibraciones o alguna otra pista. La presencia del leviatán. Nada.

Aimee se acercó por detrás y le habló en voz baja cuando estuvo cerca.

—Lo siento, creo que no he sido de mucha ayuda.

—No se preocupe. Estamos exhaustos. Pero le diré algo: no pienso donar mis órganos a esa cosa.

—¡Jaja! ¿Eso es lo que llaman humor de campo de batalla, capitán Hunter? — Después de todo lo que habían pasado, Aimee todavía era capaz de reírse de la situación. Alex no pudo evitar posar sus ojos en aquel hermoso rostro, en esos momentos cubierto de polvo y vetado por el sudor y las lágrimas. Ella lo hacía sentir cómodo y tranquilo. Eso le gustaba.

—¿Y bien, doctora Aimee Weir? ¿Cómo una mujer moderna y sensata como usted acaba siendo una paleobióloga y trabajando para el gobierno?

Aimee apoyó la cabeza contra el granito y la ladeó hacia el techo oscuro y abovedado.

—Bueno, mi padre siempre decía que la gente con cerebro llega a lo más alto. Madre mía, menos mal que no puede verme ahora mismo, a kilómetros bajo la superficie del mundo. Lo cierto es que soy una fanática de la ciencia. Mientras todas mis amigas iban a la playa a tumbarse bajo el sol para ponerse morenas o echarles crema en la espalda a sus novios, yo estaba en pozas dándole la vuelta a las piedras para observar a minúsculas criaturas. Mis notas siempre eran buenas y, como destacaba en química y biología, me embarqué en la resolución de los problemas de energía mundiales mediante la creación de un combustible sintético biológico. Sólo que no supe que estaba trabajando para el ejército de Estados Unidos hasta hace una semana. Tampoco estoy segura de si me hubiera importado. Ahora mismo me da igual. En estos momentos me parece un tema menor, como si concerniera a otra persona, mientras todos estamos aquí abajo ocultos en la oscuridad.

Le sonrió a Alex y se acercó un poco más. Éste se fijó en que su mandíbula seguía tensa. *Es una mujer valiente*, pensó. Un mechón de pelo le había caído de debajo del casco a la cara y en esos momentos le tapaba uno de sus ojos azules. Le entraron ganas de retirárselo de la cara, pero se contuvo. Sus ojos se entristecieron cuando pensó: *Jamás podrá llegar a conocerme de verdad*.

—Será mejor que empecemos a subir de nuevo, ya casi estamos en casa. —Alex se alejó.

Subieron la rampa que daba a la entrada superior, el silencio únicamente quebrado por sus suaves pisadas. El polvo flotaba con delicadeza en los haces de sus linternas, que destacaban como láseres en aquella oscuridad total.

Aimee se estremeció. Hacía mucho más frío allí.

—Miren. —Soltó el aire y su aliento creó una pequeña neblina en el haz de luz—. Debemos estar más cerca de la superficie.

Alex sacó su sonar estratigráfico de la mochila y apuntó con él al techo. Tras unos

segundos, una pequeña pantalla se encendió con las lecturas que estaba buscando.

—Todavía dice que estamos a kilómetro y medio bajo la superficie, pero no sé cuánto nos hemos adentrado en las catacumbas, ni cuánta de esa distancia es de piedra y cuánta de hielo.

Matt se unió al grupo después de leer los glifos tallados en la pared.

—Podría ser un problema. Los aztlanos parecen asemejarse a los olmecas o aztecas en cuanto a que hacían un uso profuso de las cuevas. Algunos de los objetos y enterramientos se han encontrado a kilómetros de profundidad, en el interior de sistemas de cuevas. Mi suposición es que estuvieron explorando y excavando el sistema de cuevas subterráneo durante cientos de años. Sin duda eran duchos en tallar piedras, así que pudieron excavar muchos niveles, tal vez kilómetros. También podrían haber encontrado el sistema de cuevas y haberlas modificado para su uso, lo que significa que esto podría estar a mucha profundidad.

Aimee prosiguió.

—O bien un temblor abrió las cuevas al lago que hay debajo, o simplemente las atravesaron en una de sus excavaciones diarias. Sabemos que las criaturas que habitan aquí abajo están adaptadas para cazar en una oscuridad total o casi completa, así que las vibraciones de las excavaciones les resultarían muy atrayentes. Atravesaron la piedra y se encontraron cara a cara con uno de sus dioses.

—Tío, lo que daría por verle la cara a ese tipo. —Matt se rió de su propia broma y Monica no pudo evitar reírse también. Le soltó un codazo cariñoso en las costillas.

De la entrada que tenían a su espalda se oyó el ruido de piedras pequeñas cayendo. El grupo se quedó quieto y durante unos segundos permanecieron inmóviles como estatuas, mirando a la enorme entrada que acababan de atravesar.

—Probablemente se estén asentando las piedras —dijo Monica.

—Estoy seguro de que ha sido eso. Vamos —dijo Alex. No creía que su perseguidor fuera a rendirse. Aunque los túneles excavados por el hombre les proporcionarían una mayor protección, no pudo evitar pensar que a los aztlanos eso no los había salvado.

Tras verse retrasada por la caída de piedras, la criatura se impulsó hacia adelante para tantear las rocas que taponaban su camino. Apartó algunas, pero había demasiadas para poder tener un mejor acceso, y una zona tan confinada no le permitía usar toda su fuerza. Colocó sus largos tentáculos contra las paredes sólidas y se quedó quieta. Pudo sentir las leves vibraciones de movimiento provenientes de las pequeñas sangres cálidas. Estaban aún cerca. Retiró los tentáculos y salió de la hendidura a la cueva grande. Imágenes de un pasado lejano aparecieron en su mente. Sabía que había otras entradas que podía usar.

La hemorragia de su tentáculo seccionado se había reducido a poco más que un hilillo, y en pocas horas estaría cicatrizado y la regeneración comenzaría. Sin embargo, el sangrado había formado un charco de sangre, no la suficiente como para debilitar a una criatura de su tamaño, pero sí para dejar un reguero de olor que atraería a todo tipo de carnívoros procedentes de la caverna del lago que había dejado tras de sí. Mientras la criatura perseguía a los humanos, inconscientemente estaba atrayendo hacia sí una onda pulsante de dientes y garras.

—No parece destruido, más bien abandonado. —La observación de Monica parecía acertada, pues no había señales de devastación o de que los aztlanos hubieran sido perseguidos en esos túneles por un cefalópodo gigante. El pasillo se abría a una cámara más grande, de unos sesenta metros y techos altos y tallados. En las paredes, los glifos estaban intercalados con tallas de escenas pictóricas esculpidas con todo lujo de detalles. Esos cuadros pétreos mostraban un nivel de destreza superior al de muchos de los mejores artesanos actuales. Hermosas escenas de lo que debía haber sido el campo, con bosques profusamente poblados y prados con plantas bajas similares a la hierba. Muchas mostraban partidas de caza con todo tipo de extrañas bestias de enormes proporciones.

—Aimee, ¿reconoce a estos animales? —Matt estaba tocando con su mano algunas de las imágenes bellamente talladas de esas enormes criaturas terrestres.

—Uau. Son perfectas. *Diprotodones, dromornis, thylacinus...* Es una ventana a nuestro pasado. —Aimee los señaló mientras se maravillaba ante la representación más cercana que los humanos de hoy en día conseguirían de las bestias de la megafauna tiempo ha extinta.

—¿Cómo? ¿Dipdo qué? —Monica sonrió ante el entusiasmo y conocimiento enciclopédico de Aimee de lo desconocido mientras esta escudriñaba otra escena de un lagarto terrestre gigante atrapado por los aztlanos con una sofisticada trampa.

—Y este reptil podría ser un *megalania prisca*. Todas ellas son representaciones

exactas de mamíferos y reptiles extintos, animales gigantes que murieron hace decenas de miles de años. Este de aquí, el *diprodoton*, era el hermano mayor del vombátido de nuestros días, pero era tan alto como un oso grizzli y con garras similares. Este de aquí, el *dromornis*, era un tipo de ave prehistórica. Con tres metros de altura y más de quinientos kilos de peso, era un depredador temible y un voraz devorador de carne.

Aimee se acercó más para contemplar mejor las fantásticas imágenes cuando Matt intervino:

—No es raro que los encontremos aquí. Muchas civilizaciones tempranas representaban la caza en sus tallas religiosas y artísticas. Es lo más cercano a fotografías de la flora y fauna de la época para los arqueólogos.

—¿Y qué hay de este? —Monica estaba señalando a una criatura de cuatro patas que parecía tener un cuerpo fuerte y que, en vez de fauces, tenía un pico curvado y dos robustas alas en la espalda.

Matt lo observó, luego miró a Aimee, que se encogió de hombros, y a continuación negó con la cabeza.

—¿Un grifo? No, imposible. Es obvio que también incluyeron algunas criaturas mitológicas.

Matt miró de nuevo a la extraña criatura alada. El detalle era perfecto, hasta las rayas atigradas que recorrían su musculoso lomo. Negó de nuevo con la cabeza y se desplazó hasta el inicio de una serie de glifos más detallados.

—De acuerdo. Allá vamos. Es la historia de Aztlán. Parece estar dispuesta en orden cronológico. Bien, ¿dónde empieza? —Los labios de Matt se movieron en silencio conforme desgranaba los significados de la historia tallada en la piedra que tenía ante sí.

—Ah, y aquí es donde empezamos. —Monica y Aimee siguieron a Matt alrededor del perímetro de la cámara mientras este relataba la historia de una civilización extinta hace muchos milenios.

Alex, mientras tanto, escudriñó la sala, estudiando las entradas, el tamaño y forma de los escombros y los techos. Forzó al máximo sus sentidos sobrehumanos para percibir cualquier movimiento, sonido o signo de vida aparte de los suyos propios. Por el momento, tenían tiempo para echar un vistazo al auge y caída de la tal vez primera civilización que el mundo había conocido. Quizá esto pudiera decirles cómo combatir a la criatura, o mejor todavía, cómo escapar de ella.

—Tengan paciencia conmigo, porque esta será una traducción subjetiva. Yo llenaré los huecos con lo que crea que encaja mejor. —Matt se volvió y sonrió, y a continuación retomó la traducción de los glifos—. Los aztlanos creían que habían sido creados por los dioses a partir de la propia tierra. Los dioses se elevaron, o fueron elevados, de la tierra y de la piedra y les dieron el mundo como regalo. Este símbolo significa que surcaron las aguas y conocieron otras muchas tierras. Esas tierras estaban por lo general pobladas por «hombres peludos» o «gente peluda». Esto

es increíble. Esta historia podría tener quince mil años de antigüedad, pues en esa época algunos continentes tenían animales como los dientes de sable y los mamuts vagando por sus llanuras. La mayoría de los nativos indígenas serían poco más que cazadores. Para ellos, una raza tan avanzada debió de resultar impactante e inspiradora.

Matt siguió leyendo de la pared, señalando un símbolo, dándole su significado y a continuación pasando al resto.

—Aztlán era una tierra de luz y abundancia. La gente gozaba de buena salud, había prósperos cultivos y los dioses los bendecían. Creían que, de toda la gente del mundo, ellos eran los favoritos de los dioses. Esto parece interesante: este símbolo podría representar un terremoto. Un día la tierra empezó a temblar y muchas de sus construcciones se vinieron abajo. Se desplomaron. Creyeron que habían enfadado al dios más poderoso en Xibalbá, el inframundo, y que él mismo iba a ir a castigarlos. Supongo que ahí fue cuando sus excavaciones llegaron al mar subterráneo. Antes de eso, probablemente nada hubiera molestado ni perturbado a la fauna de ese ecosistema en cientos de millones de años.

Matt señaló una imagen de pequeñas figuras arrodilladas ante una criatura gigante con tentáculos.

—Aquí está Qwotoan presentándose a sí mismo —leyó Matt—. Las siguientes imágenes muestran a más aztlanos arrodillándose ante Qwotoan. Todo apunta a que los sacrificios se realizaban cada mes, pero lo único que estaban consiguiendo con eso era alimentar un apetito insaciable.

—Dependencia alimentaria, crearon leones de safari. Las criaturas convirtieron a los humanos en su fuente natural de comida —dijo Aimee.

Matt asintió y continuó.

—Qwotoan también subía a la ciudad y cogía a la gente sin aguardar a la ceremonia de los sacrificios.

—¿Cómo? ¿Cómo llegaba la criatura a la ciudad? —Alex dio un paso al frente.

—Lo siento, no lo dice. Los atraería con visiones de sus seres perdidos. Debe de tratarse de la mimetización que hemos visto antes. La gente estaba aterrorizada, y con todos los sacrificios que estaban haciendo, creo que su población empezó a verse mermada. —Matt estaba señalando una de las imágenes que mostraban a cientos de diminutas figuras arrodilladas ante los ondulantes tentáculos—. La gente decidió que ya habían tenido suficiente y obligaron al rey a actuar. El rey reunió a un ejército y puso al frente a los dos guerreros en quien más confiaba. Ésa es la parte que conocemos. Habla de nuevo de los hermanos Hunahpú y Ixbalanqué, que también fueron enviados al inframundo a, aparentemente, negociar con Qwotoan con, y aquí viene otro de esos glifos numéricos, unos dos mil guerreros. Resulta difícil decir si su destino era luchar o ser sacrificados. De cualquier forma, el rey confiaba en alcanzar la paz para Aztlán.

Matt se movió a lo largo de la pared de nuevo.

—Ah, maldita sea. Y aquí está la recompensa de nuestro valeroso Hunahpú. —La formación de Matt le había enseñado a mostrarse desapasionado respecto a acontecimientos que habían tenido lugar en un pasado remoto. No podía cambiarlos, sólo aprender de ellos. Muchas culturas tenían distintos conceptos de la piedad y en ocasiones una ejecución era todo un honor. Sin embargo, no pudo evitar sentir tristeza por aquel valeroso guerrero cuyas pisadas habían estado siguiendo, que había sobrevivido a uno de los más peligrosos y fantásticos viajes en la historia de cualquier raza y que sin saberlo los había guiado hasta allí desde las profundidades.

—Después de que Hunahpú condujera a los soldados reales al inframundo, después de haber perdido a su hermano, después de haber encontrado a la gran bestia, luchado contra ella y haber logrado salir con vida, fue ejecutado por el rey por fracasar en su deber divino. —Matt alumbró con la linterna el pictoglifo. Éste mostraba la figura de un guerrero siendo desmembrado por criaturas similares a bueyes. Matt parecía estar en trance y los ojos le lloraban, y no sólo por el polvo que habían estado levantando. Para traerlo de regreso, Monica señaló la siguiente imagen.

—Hasta yo puedo interpretar esta. Están usando fuego para espantar a la criatura.

—Eso parece. Usaron fuego, o el regalo de Knich Ahau, como lo llaman. Creo que tuvieron fuegos encendidos en las entradas de las cuevas durante décadas. No consiguieron ahuyentarlo, sólo frenarlo, pues la criatura siempre encontraba nuevas maneras de obtener su suministro de comida. —Matt pasó al siguiente glifo y empezó a leer—. Los inviernos eran cada vez más largos y fríos y, debido al descenso en las temperaturas, había menos comida. Creían que Qwotoan los había maldecido a todos ellos y a su tierra. Podría tratarse del inicio de la época de las glaciaciones, cuando la Antártida estaba congelándose de nuevo. Coincide con nuestras pruebas meteorológicas y geológicas, que las sitúan hace unos doce mil años.

Matt prosiguió.

—El nuevo rey les ordenó que construyeran una flota gigante de barcos y que metieran en ellos a todos los animales y semillas de cultivo que pudieran. Sus generales y él encabezarían una expedición para navegar en distintas direcciones y encontrar un nuevo Aztlán. Llevaría consigo a sus guerreros más valientes, a los alquimistas, los sacerdotes y los sanadores. Parece que la élite y la intelectualidad fueron escogidas para salir de allí como alma que lleva el diablo. Los demás tuvieron que quedarse atrás y esperar a que los barcos regresaran para poder ser transportados cuando hubieran descubierto un nuevo hogar.

El último pictoglifo estaba incompleto y Matt se percató de que los dibujos y la escritura eran de un estilo ligeramente distinto. Tal vez el anterior artesano se marchara en los barcos. Matt leyó las últimas palabras de Aztlán:

—«El frío está perpetuamente con nosotros. No hay comida ni madera para nuestros fuegos». —La última parte era más un lamento de resignación, y se asemejaba a la que habían visto en las cuevas superiores al principio de su expedición—. «Qwotoan está enfadado y siempre se encuentra entre nosotros».

—Pobre gente. —Monica negó con la cabeza como si estuviera intentando zafarse de la imagen de los restantes aztlanos atrapados en una ciudad que se estaba cubriendo de hielo, con una criatura gigante y hambrienta aguardando a que los fuegos se apagaran para poder hacerlos pedazos en la oscuridad.

Aimee tampoco pudo evitar sentir lástima por esa gente que había amado el sol y que estaba condenada a no volver a verlo.

—Se verían forzados a quedarse en el interior de la ciudad por el frío, y ahí era exactamente donde el ortocono los quería.

—Eso no lo sabemos con seguridad y probablemente jamás lo sepamos. Tal vez unos pocos sobrevivieran. ¿Y si algunos escaparon por el mar subterráneo? Allí hay comida, agua y una temperatura cálida. Quién sabe qué estaba viviendo en las playas de allí abajo. —Monica sonrió débilmente a Aimee, buscando algún tipo de confirmación de que tal vez la raza no pereciera en su totalidad.

La científica asintió y se volvió para mirar a Alex, que había permanecido en silencio tras ellos. Tenía los ojos medio cerrados y parecía estar en trance, escuchando atentamente algo que sólo él podía oír.

En realidad, estaba forzando al máximo su capacidad para percibir cualquier sonido o sensación que indicara que estaban siendo perseguidos, o a punto de ser emboscados. No sintió la vibración deslizante o el sonido húmedo que indicaba que la criatura se hallaba en las proximidades, pero no pudo evitar notar en la boca del estómago que estaba cerca y que eran extremadamente vulnerables.

Uno a uno fueron saliendo de la arena de la playa oscura con un sonido deslizante. Cada uno de los gusanos medía unos nueve metros de largo y eran anchos como un caballo de buen tamaño. Los cuerpos carmesíes y segmentados estaban cubiertos de púas que se alargaban hacia el extremo final, que era poco más que un agujero con dientes como garfios rodeando la entrada.

Esas criaturas eran el material con el que se fabricaban las pesadillas. Adaptados a vivir bajo la húmeda y oscura arena, jamás había existido constancia fósil de ellos.

Los gusanos antárticos vacilaron en la entrada de la cueva, con las cabezas alzadas, moviéndolas de un lado a otro, saboreando el aire conforme sus cuerpos viscosos palpitaban. Con un estremecimiento peristáltico, avanzaron hacia la cueva por la que los humanos habían escapado. Sin embargo, no era el olor de aquellos pequeños mamíferos lo que los había sacado de la arena. Era la sangre del ortocono lo que perseguían. A pesar de que esas pesadillescas criaturas eran ciegas, para ellas el reguero de sangre era tan claro y ancho como una carretera bien iluminada.

La enorme sala acababa en una entrada que estaba bloqueada, pero no por una puerta de piedra convencional o un derrumbamiento. Estaba tapada por una roca de granito enorme y de una forma redonda irregular que alguien había rodado hasta colocarla en la parte delantera de la entrada con el expreso propósito de sellarla. Matt observó cómo Alex comprobaba la puerta y, tras verlo hacer un gesto de satisfacción por algo que a él se le escapaba, lo llamó para pedirle ayuda.

El profesor miró a Alex con incredulidad. La piedra parecía pesar varias toneladas y la idea de que dos hombres solos pudieran moverla se le antojaba en el mejor de los casos una pérdida de tiempo y en el peor una locura. Matt pegó el hombro a la roca y sintió la enorme masa de esta. Sin embargo, cuando Alex puso ambas manos en la superficie, asentó los pies contra el suelo y empezó a empujar con todas sus fuerzas, la piedra se movió. El chirriante deslizamiento hizo que el suelo vibrara conforme esta se desplazaba unos centímetros en un primer momento, y luego bastantes más. Matt vio que Alex estaba apretando los dientes y que las venas del cuello se le estaban hinchando. Decidió que tenía que empujar un poco más, aunque tenía la sensación de estar allí como mero contrapeso.

Una piedra así de grande tenía que pesar muchas toneladas. Tal vez se pudiera mover con ayuda de caballos de carga, pero no podía hacerlo un solo hombre. Matt miró a Alex y dijo:

—¿Cómo ha...?

La abertura tenía en esos momentos una anchura suficiente como para poder pasar por ella. Alex se volvió, le guiñó el ojo a Matt y se metió por la hendidura.

Frío, mucho frío. Alex cayó entonces en la cuenta de que, aunque pronto quedarían liberados de las cuevas, tendrían que vérselas con otro problema: no llevaban vestimenta adecuada para la superficie de la Antártida. Su traje estaba rasgado y agujereado en bastantes sitios y la indumentaria de los demás estaba en las mismas condiciones.

Alex volvió al presente: de nada servía adelantar acontecimientos. Ya tenían suficientes problemas en ese momento. Estaba en otra cámara y pronto se dio cuenta de que lo que al principio había creído escombros desperdigados por el suelo eran en realidad miles de fragmentos de huesos. Tras todo por lo que habían pasado, Alex no creía que unos pocos huesos fueran a asustar a nadie. No detectó ningún peligro inminente, así que les gritó a Aimee, Matt y Monica que pasaran.

Los cuatro contemplaron los huesos que cubrían el suelo en todas direcciones. Aimee y Matt se pusieron en cuclillas y revolvieron entre ellos.

—Están perfectamente preservados. Son humanos, sin duda alguna. Tal vez se trate de alguna especie de cámara fúnebre que usaran porque el suelo se había congelado demasiado como para poder enterrar a sus muertos —dijo Aimee mientras cogía un cráneo roto y una mandíbula en su mano y le miraba los dientes. Le faltaban muchas piezas y había enormes surcos visibles en el hueso. Lo giró y pudo ver una grieta que le recorría toda la zona craneal y que jamás había sanado—. Todo apunta a que eso es lo que le mató: algún tipo de accidente. —Aimee le dio la vuelta al amarillento cráneo en sus manos.

—No lo creo. —Matt sostenía unos huesos más grandes—. Miren esto. —Levantó los huesos para que Aimee, Monica y Alex los vieran—. ¿Ven esos surcos en el fémur y aquí de nuevo en la costilla? He visto esas marcas antes, en los huesos recuperados de las fosas comunes durante la gran hambruna europea de 1316. Son marcas de dientes, de dientes humanos. Estaban comiéndose entre sí.

—¿Caníbales? ¿Se volvieron caníbales? Esto es una pesadilla, ¿qué les haría comerse los unos a los otros? —Monica estaba muy afectada. La boca le temblaba en una mezcla de horror y repulsión. Matt la rodeó con su brazo.

—Aztlán, la superpotencia de la época, en el momento álgido de su ciclo vital científico, arquitectónico y artístico, tal vez la cuna de todas las civilizaciones, vuelve a la barbarie en cuestión de pocos años. Quizá estuvieran en lo cierto; tal vez sus dioses los abandonaran. A esas alturas, incluso sus puertos se habrían congelado, imposibilitando que las flotas regresaran aunque quisieran. Forzados a ocultarse bajo tierra para evitar congelarse, se quedaron sin comida y sin madera que quemar. Una higiene escasa, malnutrición. ¿Se me olvida algo? Oh, sí, una bestia carnívora gigante recorriendo frenéticamente las cuevas existentes bajo ellos. Madre mía, no volveré a quejarme de haber tenido un mal día. Nunca jamás. —Matt estaba contemplando la cámara mientras hablaba—. ¿Cree que los devoradores están aquí, entre los comidos?

Alex apartó algunos huesos con el pie.

—Era el único recurso que les quedaba, comerse entre sí. Los humanos tienen un enorme instinto de supervivencia. Todo apunta a que esta gente fue encerrada aquí. No puedo decir si lo hicieron ellos mismos para mantenerse lejos de la criatura o de sus captores, o si los caníbales emplearon esta sala para los asesinatos.

—Tal vez aún estuvieran rezando para que regresara el sol. No podían saber que diez mil años después todo seguiría congelado. Tan pronto como colocaron esa piedra firmaron su sentencia de muerte. —Mientras Monica hablaba, la voz y el cuerpo no paraban de temblarle.

—No pueden ser todos ellos. Cientos y cientos de personas tuvieron que quedarse atrás. No sabemos si todos fueron abandonados. Tal vez algunos fueran rescatados o, como usted mismo ha dicho, quizá descendieran al mar subterráneo —dijo Aimee. Lo más probable era que hubiera más cámaras como esa. Sabía lo que le pasaba a la gente que cedía a la depresión. Solían tirarse por acantilados o simplemente se sentaban y dejaban de moverse, como un reloj sin pila.

Matt le frotó el hombro a Monica como para ayudarla a entrar en calor y le susurró alguna broma para consolarla.

—Estoy bien, estoy bien. Salgamos de aquí. Preferiría que no acabáramos como esa gente y no me emociona la idea de que nos alimentemos los unos de los otros, especialmente por cómo huelen algunos de ustedes a estas alturas. —Monica consiguió esbozar una sonrisa entre lágrimas.

—Ya han oído a la señorita. En marcha. —Alex encabezó la marcha.

Sonidos líquidos, deslizantes. Alex se detuvo. Miró al túnel que se trifurcaba y que tenía las tres entradas selladas con pesadas puertas de piedra. Tras la puerta central, la más grande, percibió movimiento. Algo aguardaba. Por la reacción que había tenido a sus pisadas, Alex estaba seguro de que la criatura sabía que estaban al otro lado. Se trataba de una inteligencia fría, que esperaba a que cruzaran la entrada. Alex sabía que podía mover la piedra si quisiera y estaba bastante seguro de que la criatura también podría. Fue hasta la puerta a su derecha. Ningún sonido tras ella ni nada que le provocara esa sensación en el estómago. La abrió de un empujón. La puerta se deslizó con un chirrido. El aire de ese nuevo túnel era si acaso más frío incluso. Las paredes y el techo estaban cubiertos de más glifos que mostraban a hombres y mujeres corriendo, luchando o arrojando un objeto redondo a un aro situado en un lado de la pared.

—Es como baloncesto —dijo Alex.

Los demás habían entrado con rapidez, pues nadie quería quedarse atrás. Matt alumbró con la linterna paredes y techo.

—Cinco mil años atrás, los mesoamericanos tempranos tenían un juego que era en parte baloncesto y en parte fútbol. Tal vez este sea un campo de juego o una cancha. Si los aztecos fueron los antepasados de los olmecas, aztecos y mayas, entonces hemos de dar por sentado que tenían parecidas y en algunos casos idénticas señas culturales.

Matt paró de hablar para observar con detenimiento uno de los glifos.

—Los juegos parecen muy similares. Para la mayoría de estas culturas los campos de juego eran de gran importancia para la gente y sus dioses. Eran considerados portales al inframundo y se construían en zonas bajas o a los pies de enormes construcciones verticales. Es más, una leyenda maya cuenta que los mitológicos Hunahpú e Ixbalanqué disputaron un juego de pelota con los señores del inframundo. Yo diría que este túnel conduce a uno de sus campos de juego al aire libre.

—¿Al aire libre? Me gusta cómo suena eso. ¡Eh, cuidado! —Monica agarró a Matt cuando este estaba a punto de meter el pie en un agujero excavado en el suelo.

—¿Qué es eso? ¿Una especie de desagüe? —Alex se había percatado de que, cada treinta metros aproximadamente, había agujeros excavados en el suelo junto a la pared.

—Probablemente. Una cultura tan bien establecida y avanzada dispondría de un sistema de alcantarillado. Lo más probable es que lo basaran en la gravedad para que pudiera caer colina abajo. Seguramente haya todo tipo de túneles de alcantarillado bajo nosotros.

Alex gimió para sí. Seguramente esa era la forma en que la criatura había conseguido entrar en la ciudad después de que los aztlanos sellaran la cámara de sacrificios, y cabía la posibilidad de que así fuera como tuviera planeado cazarlos a ellos.

—Pongámonos en marcha. Ya.

El túnel estaba cada vez más ornamentado y la arquitectura era más espléndida. Enormes piedras trapezoidales encajaban entre sí, formando un sello perfecto. Ménsulas de piedra con criaturas fieras sobresalían y se intercalaban con enormes cabezas de piedra ovals con benévolas miradas que contemplaban al grupo conforme este recorría a la carrera el túnel. En los laterales se abrían pequeñas puertas que ofrecían poco más que agujeros oscuros a pasajes desconocidos de la ciudad de Aztlán. El vaho les salía por la boca y, por primera vez, cristales de hielo crujieron bajo sus pies.

—Debemos estar cerca del exterior, o al menos donde el exterior debía de estar antes de que se congelara.

En esos momentos, Alex se sentía como si participara en una carrera. Comprobó mentalmente su armamento: ya no tenía el fusil, pero sí los cuchillos y una granada. El cilindro de propano estaba gastado y Aimee había perdido la pistola bastante atrás. No era mucho si tenían que luchar, pero si ese fuera el caso, en un espacio tan reducido, no creía que fueran a durar mucho, independientemente del armamento del que dispusieran. Sobre todo si las baterías de las linternas se consumían antes de que eso ocurriera.

El túnel concluía en otra puerta de piedra, pulida cual cristal, del increíble granito rojizo. En otro tiempo probablemente la puerta se deslizara tan silenciosamente como la de un palacio actual, pero en esos momentos estaba cerrada. No por piedra o acero, sino por un ribete de cristales de hielo azul que rodeaba todo el perímetro.

—Aquí es. Al menos estaremos fuera de la cueva y podremos obtener una lectura correcta de la profundidad. Tal vez incluso logremos enviar una señal a la base. — Alex había cogido la mochila y sacado el diminuto dispositivo sonar.

—¿Cómo vamos a abrirla? —Monica estaba recorriendo el hielo azul con la mano.

Alex pudo percibir la excitación contenida en la voz de la joven y dio un paso hacia la puerta para comprobar su peso y grosor, y ver si había alguna parte más débil en los extremos. Debía de pesar varias toneladas y, sin nada con que derretir el hielo que la rodeaba, no podrían moverla. Incluso combinando su fuerza con la del resto, dudaba mucho que logran algo más que unas caras rojas por el esfuerzo. La única posibilidad era usar la granada que le quedaba.

—Éstas son las opciones. Una, encontramos otra manera de llegar al hielo. Eso significa que tendremos que volver sobre nuestros pasos, no sé cuánto. Es muy probable que la criatura aún no se haya rendido, por lo que podemos toparnos con ella de nuevo. Además, me imagino que todas las salidas estarán tan congeladas como esta. La segunda opción es usar la última granada que nos queda para volar la puerta. La roca saldrá disparada por los aires, pero no el hielo. Además, alertará a lo que quiera que esté en las cuevas de cuál es nuestra posición actual. También implicará que habremos gastado nuestra última unidad de artillería defensiva.

Alex iba a dejar que meditaran las opciones durante uno o dos minutos. Sin embargo, Monica no esperó ni un segundo.

—Vuélela. No voy a meterme por esos agujeros negros de nuevo.

Alex reconoció el pánico en sus ojos. Incluso aunque escaparan, pasaría mucho tiempo, si es que llegaba a suceder, antes de que la joven quisiera hacer espeleología de nuevo.

Aimee miró a Alex.

—Vuélela.

Matt asintió.

—Sí, por los aires.

Alex sonrió.

—Muy bien. Hagamos algo de ruido. —Sacó la granada del saquito de su cinturón y la colocó en una esquina del marco de la puerta. La mayor parte de la explosión se sentiría en la cámara donde se encontraban, y no tenía nada que usar para concentrar la detonación hacia la puerta, así que tenía que funcionar a la primera. Alex les indicó que retrocedieran hasta la parte final de la cámara y que se pusieran a cubierto en los túneles laterales, además de cubrirse los oídos. Alex ajustó el temporizador a treinta segundos, echó a correr por el pasillo, se lanzó a un túnel lateral y se cubrió.

La explosión fue ensordecedora a pesar incluso de tener tapados los oídos. La detonación candente recorrió el pasillo, seguido por el sonido de la caída de piedras de distintos tamaños. Alex fue el primero en regresar a la entrada. La granada había cumplido su cometido de manera espectacular. La puerta había desaparecido por completo y las primeras imágenes de la superficie de la ciudad de Aztlán se revelaron ante ellos.

El humo estaba dispersándose y los cuatro quedaron bañados por una luz azulada. Ante ellos, la puerta de piedra se había venido abajo para mostrar una sólida pared de hielo que bloqueaba en esos momentos la entrada. Su claridad era casi mágica, pues les permitía ver un mundo azulado tras ella, y al menos quince metros de la plaza de la ciudad.

—Es como estar bajo el agua. —Aimee puso la mano en el hielo. Estaba húmedo del calor de la explosión, pero por lo demás intacto.

Monica también estaba tocándolo y negando con la cabeza.

—Oh, no. Teníamos que haberlo visto venir. Es hielo prehistórico. Es extremadamente antiguo y por lo general se forma cuando la nieve cae y se comprime durante un largo periodo de tiempo. Cuanto más comprimida, más aire se expulsa y más grandes se tornan los cristales de hielo. Por eso en las profundidades es tan transparente. —Retrocedió y pareció estar a punto de romper a llorar—. Por un momento pensé que era el cielo.

Matt la rodeó con el brazo y le preguntó:

—¿Por qué es azul?

Fue Aimee quien respondió en esa ocasión.

—Por dos motivos. El hielo es azul por la misma razón que el agua es azul. Es una forma de reflejo, pero también en esta profundidad es el resultado de un «estiramiento» molecular en el agua que absorbe la luz al final del espectro visible.

Alex miró a Aimee.

—No soy ningún experto, pero he oído que es duro como la piedra. ¿Es eso cierto?

En realidad no era una pregunta. Alex conocía las distintas densidades del hielo porque había recibido instrucción para contiendas en océanos congelados. Un iceberg azul podía romper el casco de acero de un barco como si de papel se tratara.

—Sí, como el hierro.

Alex apuntó con el sonar en un ángulo ascendente desde la parte inferior de la entrada, tan vertical como pudo. En pocos segundos obtuvo una lectura de la profundidad desde la superficie.

—Muy bien. Estamos a unos treinta metros solo.

Alex sacó un cuchillo de hoja negra de una funda oculta en el muslo. El cuchillo era uno de los que llevaba como parte de su equipación básica en trabajos de campo. Era un Ka-bar modificado, acortado y reforzado, pero con las características reconocibles del arma que los marines estadounidenses habían estado usando durante generaciones.

Se puso de cuclillas, alzó la vista en un ángulo hacia el extremo exterior del

marco de la puerta y a continuación clavó el cuchillo. La hoja impactó en el hielo con un crujido y penetró unos cinco centímetros. Alex pudo sentir la vibración del impacto en todo su brazo. *Duro como el hierro, es cierto*, pensó. Un golpe tan potente debería haber hundido la hoja hasta el mango. Como si de una máquina se tratara, siguió clavando el cuchillo, cambiando de mano de tanto en tanto para equilibrar el impacto y también para repartir el cansancio en ambos hombros. Tras veinte minutos había abierto un agujero en el helado centro del que fue el marco de la puerta, de unos treinta centímetros de profundidad y diámetro aproximadamente.

—¿Cuánto tardaríamos en llegar a la superficie? —Aimee estaba cruzada de brazos y lo miraba con gesto preocupado.

—¿Puedo ayudar? —Matt también había concluido que un solo hombre, por mucha fuerza que tuviera, iba a tardar mucho en excavar treinta metros de hielo duro como el hierro.

Alex se recostó unos segundos y tomó aire. Les sonrió a los tres.

—Calculo que me llevaría unos doce días sacarlos a la superficie. Si tuviera una docena de granadas, eso sin duda aceleraría un poco las cosas. Pero no, no tengo pensado pasarme las próximas dos semanas excavando en el hielo. Sólo tengo que hacer un agujero para estar fuera del dintel de la piedra. Entonces, con suerte, mi intercomunicador podrá enviar una señal al exterior. No tiene un alcance muy amplio, pero estoy seguro de que mis superiores no han cesado la búsqueda aún y si hay helicópteros militares en las inmediaciones, llevarán armamento que pueda atravesar el hielo. Y, sí, doctor Kerns, le estaría muy agradecido si pudiera hacerlo usted unos minutos.

Alex vio cómo Monica se desplomaba contra la pared y Aimee apoyaba las manos en las rodillas mientras lo observaba con desconcierto. Estaba a punto de caerse del agotamiento y se preguntaba cómo él podía seguir así de fresco.

—Pff, estoy cansado —dijo, más para beneficio de Aimee. No necesitaba el descanso, pero quería echar un vistazo a los túneles, pues una sensación de intranquilidad estaba creciendo en su interior. A esas alturas la criatura ya tendría una idea de dónde estaban, y probablemente estuviera decidiendo cómo llegar hasta ellos. Necesitaba dar un pequeño paseo de regreso a la oscuridad y escuchar un rato.

La repentina explosión hizo que el monstruoso cefalópodo detuviera su avance. Había pocas cosas que temiera. Sin embargo, sin la concha era vulnerable, y un derrumbe podía atraparlo o aplastarlo. Después de unos minutos, cuando la cueva dejó de temblar, siguió deslizándose, atraído por el rítmico sonido de una excavación. Los túneles eran en ese momento mucho más pequeños e, incluso comprimiendo su forma sin huesos hasta una tercera parte de su tamaño, le era imposible valerse de los pasadizos tal como estaban. La criatura flexionó su cuerpo y tanteó la zona. El techo se movió ligeramente. Se detuvo. Una de las sangres cálidas se acercaba, era la

peligrosa.

El monstruo se enrolló sobre sí mismo y se preparó para una poderosa flexión.

Alex volvió sobre sus pasos y fijó sus sentidos en la piedra, las paredes y el suelo del túnel. Aún podía oír a Matt excavando, pero sabía que no aguantaría mucho más. Aimee y Monica estaban a ambos lados, aconsejándole y comentando su destreza o intentando quitarle el cuchillo para hacer turnos. Alex sintió lástima por él. Sabía lo duro que era el hielo. El hielo azul no era como el hielo normal, en el que se podía encontrar una grieta o una burbuja de aire que facilitaba un poco la tarea. El hielo azul había que excavarlo esquirlo a esquirlo. Menos mal que Matt tenía un buen sentido del humor.

A treinta metros, Alex se detuvo y se quedó quieto en la oscuridad. Hizo caso omiso de los ruidos y aminoró la respiración hasta que casi pareció detenerse. Estaba abriendo por completo sus sentidos a todo aquello que le rodeaba, estaba escuchando, sintiendo, intentando percibir algún movimiento o presencia además de la suya.

Allí. Lo sintió. Estaba cerca, demasiado. Estaba justo ahí en esos momentos. Como una descarga de electricidad, el cuerpo de Alex volvió a la vida cuando un subidón de adrenalina recorrió todo su ser. Echó a correr de nuevo por el túnel.

Aimee sintió que un pequeño temblor recorría el suelo y confió en que no fuera más que una actividad geológica menor. Estaba a punto de comentarlo cuando Alex reapareció. Tras él, el suelo empezó a levantarse como una ola. Piedras gigantes que habían estado unidas durante miles de años se separaron como si fueran los bloques de construcción de un crío. El ruido de las rocas al chocar era ensordecedor.

El teniente Owen esperaba algunas horas más. No le sorprendía no haber sabido nada de los HAWC aún, ni desconocer los detalles de la operación. En lo que a estos respectaba, eran las altas esferas quienes estaban al tanto de los detalles, y los demás se limitaban a hacer su trabajo o mantenerse al margen.

Mantuvo las hélices en movimiento para que los generadores siguieran calientes. Aunque allí fuera parecía todo tranquilo, sabía que las temperaturas eran inferiores a los cero grados y, si bien confiaba en el funcionamiento del SeaHawk-S en temperaturas extremas, no había nada peor que despegar con una carga completa si el helicóptero estaba frío.

Por fin, pensó. Owen vio que un hombre grande aparecía en el borde del cráter y que se soltaba del cabrestante de descenso. Tenía la cabeza gacha y llevaba una parka blanca que le quedaba un poco justa en hombros y mangas. Owen no recordaba que

la ropa les quedara tan apretada a los HAWC cuando los había dejado allí. Confió en que no le pidiera ayuda para salir del cráter, pues no llevaba ropa adecuada para ello.

La puerta lateral se abrió y Owen se volvió sobre su asiento.

—¿Cómo...?

La visión con la que se topó cortó su saludo. Un único ojo cubierto de sangre y refulgente de odio y furia. Un oscuro agujero donde debería haber estado el otro ojo y una barba llena de coágulos congelados completaban la imagen de una máscara propia de Halloween. El hombre gritó algo en un idioma que no alcanzó a entender.

Owen fue a coger el arma cuando un puñetazo le golpeó la cara con tanta fuerza que le reventó los dientes delanteros y le aplastó la nariz. No serían las últimas heridas del día.

Borshov arrastró al piloto estadounidense a la nieve. Necesitaba más espacio para acabar con el hombre como se debía. La ira que le causaba la derrota a manos del capitán Hunter alcanzó en esos momentos proporciones casi volcánicas mientras le rompía los huesos de la cara y de los brazos a ese hombre.

Transportó su forma inerte al borde del profundo abismo y se dispuso a arrojarlo a las implacables piedras de debajo. Miró al hombre y vaciló. Le habló. Lo zarandeo. El piloto abrió los ojos y gimió. Borshov lo sacudió de nuevo con cuidado y sonrió.

Con un poderoso empujón, el ruso lo lanzó por el abismo. El piloto gritó mientras caía. Era mucho mejor cuando sabían lo que estaba ocurriendo.

Cuando Alex alcanzó al grupo, hizo dos cosas. La primera fue meter la caja acústica de su intercomunicador por el agujero del hielo. El hueco tenía menos profundidad de la que le habría gustado, pero no había otra opción en esos momentos. Pulsó la tecla de enviar y el pequeño dispositivo emitió una señal que contenía la información codificada del capitán Hunter y su posición en coordenadas GPS. La segunda cosa que hizo fue gritar una única palabra:

—¡Muévanse!

No tuvieron más opción que replegarse al túnel, hacia el caos que se estaba desencadenando. La criatura aún no había abierto el suelo del pasadizo y seguía empujando con su cuerpo allí hacia donde estaban huyendo. Las ondas sísmicas retumbaron por el suelo mientras la criatura empujaba y agrandaba el agujero de este. Tenían varias opciones en cuanto a los túneles respectaba, pero permanecieron todo lo cerca del HAWC que pudieron. Alex sabía que se fiaban de su instinto y confió en que su elección los alejara de aquel creciente horror.

Hasta a Alex le costaba mantener el equilibrio mientras la criatura hacía temblar literalmente el suelo para abrirse paso hacia la superficie. Monica bordeó una enorme piedra que había encontrado, y estaba en esos momentos al otro lado del túnel con respecto al grupo, cuando uno de los letales tentáculos de la criatura brotó del suelo y se agitó entre ellos. En ese punto el piso cedió. Alex, Aimee y Matt quedaron a un

lado de la brecha y Monica al otro. Alex vio que Monica sopesaba la posibilidad de saltar la brecha antes de cambiar rápidamente de opinión. Los miró una última vez. Alex pudo ver la frustración y el miedo en sus ojos. Miró a Matt y le mantuvo la mirada unos segundos antes de replegarse a una de las salas oscuras a ese lado del túnel. Alex tuvo que frenar a Matt para que no cruzara mientras la bestia intentaba acceder a su nivel.

—La encontraremos después. —Alex agarró a Matt por el brazo y tiró de él y de Aimee hacia el túnel que tenían justo detrás.

Monica siguió corriendo con todas sus fuerzas. La luz del frontal de su casco rebotaba en las paredes y el suelo mientras recorría el oscuro pasillo de piedra. En poco tiempo sus niveles de adrenalina descendieron y se quedó sin aliento. El agotamiento se apoderó de ella y tuvo que aflojar el ritmo unos minutos para recuperar las fuerzas. La alentó oír que los sonidos de la criatura se estaban alejando de ella. Por desgracia, eso también significaba que el sonido de sus amigos había desaparecido.

No quería adentrarse demasiado en los túneles, pues sabía que se perdería sin remedio. Ese pensamiento la obligó a agacharse y tomar aire varias veces. Tenía náuseas del miedo y, por primera vez en su vida, sintió la fría presión de la claustrofobia. *Tranquila, estás más preparada que el resto para sobrevivir aquí*, empezó a susurrarse a sí misma para recuperar parte de su otrora coraje en la oscuridad. Seguiría andando unos minutos más y, si los sonidos se alejaban, regresaría sobre sus pasos. Por el momento, sin embargo, seguiría avanzando un poco más por si hubiera alguna salida que pudiera usar.

Alex y Aimee estaban corriendo.

—Tenemos que volver. ¡Esperen! Por favor, tenemos que volver. —Matt se había detenido para recobrar el aliento.

Alex miró a Matt y negó con la cabeza con cautela. El profesor fue hacia él y lo agarró del brazo con la intención de arrastrarlo por donde habían venido. Matt bien podía haber intentado mover una columna de piedra. Hunter lo cogió de los brazos.

—No podemos luchar aquí. Tenemos que seguir avanzando por el momento. Estará bien si sigue moviéndose. La buscaremos después, se lo prometo.

Matt se desplomó en el suelo y se cubrió el rostro con las manos.

—Estaba asustada, tan asustada, y ahora está sola en la oscuridad. —Bajó las manos y giró una. En el guante, el contorno del corazón rojo hecho con tiza estaba ya casi borrado.

Aimee se sentó a su lado y lo rodeó con el brazo.

—Todos estamos asustados, Matt, pero tenemos que seguir con vida para

encontrarla.

Matt soltó el aire y se estremeció.

—Una cosa sí que les diré, en mis próximas vacaciones no pienso ir a un lugar frío y oscuro.

—¿Por qué? ¿Demasiado tranquilo, quizá? Tal vez pueda hacer espeleología con Monica en su luna de miel —le dijo Aimee.

Matt sonrió brevemente y a continuación miró al techo como si estuviera intentando ver el cielo azul sobre ellos. En su mente vio a Monica, sola en la oscuridad. Lo estaba llamando. Cerró los ojos con fuerza.

—En marcha —les urgió de nuevo Alex.

El soldado de primera Dan Everson entró en el despacho del comandante Hammerson a la carrera.

—Señor, hemos recibido una señal codificada de Arcadia.

Hammerson se puso en pie de un brinco. El lápiz con el que había estado escribiendo se desintegró en pequeñas astillas en su mano. Sus ojos se posaron en el joven soldado.

—Dónde y cuándo —dijo mientras bordeaba el escritorio a toda prisa.

El comandante Hammerson echó a andar por el pasillo con los puños cerrados y la barbilla en alto. Sus lustrosas botas militares resonaron sobre el linóleo mientras su asistente corría tras él para alcanzarlo. De camino al centro de mando bramó preguntas y órdenes por detrás de su hombro sin coger aire siquiera.

—¿A cuánta distancia están del punto de inserción inicial?

Dan Everson rebuscó entre los papeles que tenía en las manos. Había una cosa que había aprendido de haber sido asignado bajo el mando de Hammerson, y era que más le valía que la información que le proporcionara a este fuera precisa y puntual.

—El mensaje llegó a las 21:09 horas, exactamente a once coma cuatro kilómetros del punto de inserción. No hay contacto visual en la superficie y la amortiguación de la señal indica que se emitió desde más de treinta metros de profundidad bajo el hielo.

—¿A quién tenemos en las inmediaciones? ¿Con qué carga cuentan? ¿Quién envió el mensaje? ¿Cómo llegamos a ellos o cómo los sacamos? ¿Han respondido ya? Organíceme una reunión informativa en diez minutos. Proporcióname todo lo que le he pedido y lo que no. En marcha.

El soldado Everson salió a toda velocidad de la sala de operaciones y Hammerson continuó hasta la sala de mandos.

Borshov estaba intentando pilotar el helicóptero, que avanzaba a trompicones en tramos de unos ciento cincuenta metros. No estaba familiarizado con los mandos del SeaHawk y sólo lo necesitaba para llegar a la base Leningradskaya y desaparecer.

El mensaje estadounidense se oyó por los cascos e iluminó la pantalla del ordenador que tenía ante sí: el capitán Hunter había sido encontrado y se había dado orden a la estación McMurdo de que respondiera. Las coordenadas proporcionadas indicaban que se encontraba a pocos kilómetros. Aterrizó y lo meditó unos segundos y a continuación pulsó la pantalla con su dedo ensangrentado. Borshov se dio la vuelta y se echó al hombro el M98 de Benson. Tenía algo de agua y los dispositivos de comunicación del piloto, además del suyo. Todo lo que necesitaba.

Se elevó de nuevo y se dirigió hacia una cornisa de hielo rota. Cuando estaba a unos treinta metros, abrió la puerta de la cabina y saltó del helicóptero en movimiento. Tal como esperaba, este prosiguió con su avance y se precipitó bajo uno de los salientes de hielo. La cabina se hizo pedazos y las hélices del rotor partido se quebraron como porcelana estallada, reflejando la débil luz del sol antártico conforme quedaban sepultadas bajo el hielo y la nieve.

Borshov se puso en pie y echó a correr hacia las últimas coordenadas del capitán Alex Hunter.

El túnel de Monica concluyó abruptamente en otra cámara grande y redonda en el mismo momento en que la luz de su frontal pasó de un tono amarillento a un tenue anaranjado. Examinó lentamente la sala mientras el corazón le latía con tanta fuerza que casi podía sentirlo dando botes en su pecho mientras las náuseas se le agolpaban de nuevo en la garganta. Al igual que la mayoría de las otras cámaras en las que había estado, esta estaba prácticamente desnuda salvo por las tallas de pequeñas figuras en las paredes que, sin Matt, le eran incomprensibles. Cualquier cosa de valor probablemente hubiera sido extraída y cualquier cosa que sirviera de combustible, quemada tiempo atrás. Hacia el centro de la sala había un agujero de unos tres metros de diámetro. Deseó que Matt estuviera allí para que le dijera si era un pozo o el hueco de algo que se había vencido y caído a la cámara inferior. Sollozó y no pudo evitar que el labio inferior le temblara mientras las lágrimas le caían por las mejillas. Había un olor acre y familiar en ese lugar que, de no ser porque ya estaba llorando, le habría humedecido los ojos.

Prácticamente había completado su lenta evaluación del perímetro de la cámara cuando se percató de que había una figura que permanecía quieta y silenciosa en la entrada por la que ella había accedido a la cámara. La figura se deslizó sigilosamente hacia ella.

Monica cerró los ojos unos segundos y en aquella oscuridad casi total rogó que fuera Matt quien estuviera allí cuando los abriera.

—¿Matt? ¿Alex? No, tú no... por favor... ¡Tú no! —La imagen de Silex la contempló impertérrita.

—Tenemos que encontrar a Monica. ¿Qué pasa si no la encontramos? —Matt se hallaba en un fuerte estado de agitación.

Aimee lo agarró por los brazos y lo miró fijamente.

—La encontraremos, no se preocupe.

La científica miró a Alex y sus ojos se encontraron. Pudo leer sin problemas su expresión. No pensaba que las probabilidades estuvieran a su favor.

—Por supuesto que lo haremos —dijo Alex—. Vamos.

El sonido del avance de la criatura había cesado desde hacía un rato. Ya no se oían ni el crujido de las piedras ni las fuertes vibraciones bajo sus pies. Aimee y Matt no pensaron ni por un segundo que la criatura se hubiera rendido. Tan sólo confiaron en que eso no significara que había conseguido acceder sin problemas a ese nivel del laberinto.

El aire de los túneles estaba en ese momento contaminado por el polvo que levantaba el temblor de las piedras, y eso provocaba que la oscuridad resultara cada vez más opresiva y que el alcance de la luz de sus linternas, en esos momentos anaranjada, se viera reducido y sólo iluminara seis metros al frente. Alex estaba convencido de que sus sentidos no le permitirían caer en una trampa pero, si la criatura estaba tras una de las paredes e intentaba atravesarla, podría aplastarlos con facilidad antes de que tuvieran la más mínima posibilidad de huir.

La mente del capitán se puso a trabajar a toda velocidad, calculando las probabilidades de que su señal hubiera sido recibida. Se imaginaba que Hammerson habría enviado helicópteros para que los buscaran, y los australianos tenían una base cercana en Casey, pero como la radio SINCGRS no tenía conexión, no había posibilidad de que la señal fuera transmitida por esa unidad, más potente. Si los barridos de transmisiones la pasaban por alto o había una tormenta en la ionosfera, estaban muertos.

Alex percibió la gigantesca presencia de la criatura en las inmediaciones y miró por encima de su hombro hacia la oscuridad. La atmósfera en el túnel portaba un conocido olor químico y una sensación de enorme poder, y lo que más alarmó a Alex, una agresividad apremiante que hizo que se le erizara el vello. No tendrían otra oportunidad.

El personal militar reunido por el comandante Hammerson se hallaba en la sala de mandos contemplando la imagen de un campo de nieve manchado únicamente por unos puntos negros: hombres moviéndose en su cegadora blancura. La conexión en directo provenía de uno de los helicópteros de reconocimiento que habían desplegado en la zona, procedente de la base McMurdo, pero las imágenes no daban ninguna pista del paradero del equipo desaparecido. Puesto que habían perdido toda comunicación con el grupo, Hammerson había autorizado a los helicópteros de ataque y de vigilancia para que estuvieran en rotación constante hasta nuevo aviso. Sabía que esperar encontrar alguna salida ya abierta para ellos era pedir demasiado. Iba a ser una misión muy compleja.

—De cualquier modo, ya tengamos que ir nosotros a buscarlos o hacer que ellos suban, habrá que atravesar ese hielo. Podemos excavarlo, volarlo o derretirlo. Mi suposición es que se están resguardando en alguna cueva bajo esa capa de hielo y nieve. —El capitán Hicks procedió a resumir los pros y contras de cada opción—. Excavar es con diferencia la opción más segura, pero también la más lenta. Incluso aunque lleváramos equipos de taladrado, tardaríamos cuatro días, y a eso habría que añadirle dos días más solo para descender hasta el punto donde se encuentran. La detonación podría fracturar el hielo y la onda sísmica del impacto podría provocar que los túneles se vinieran abajo. Nuestros ingenieros creen que pueden mitigarlo con una detonación por capas, pero es un procedimiento lento y el riesgo sigue estando ahí. —El capitán Hicks le pasó al comandante Hammerson unas hojas con las estadísticas y siguió hablando—. Por lo tanto, mi opción sería derretirlo. Podemos abrir un agujero en el hielo de quince metros de diámetro y treinta metros de profundidad en cuestión de minutos. Disponemos de la artillería necesaria allí mismo.

Hammerson alzó la vista hasta Hicks y arqueó las cejas.

—¿Termita?

—Sí, señor.

Hammerson sabía que la termita era un compuesto complejo y peligroso, pero sus opciones eran limitadas. La termita ya no se usaba en el campo de batalla, pero las elevadas temperaturas que alcanzaba lo convertían en un material excelente para misiones furtivas donde el armamento enemigo tenía que ser neutralizado con rapidez. Su elevada temperatura y la baja visibilidad de sus llamas, dependiendo de la proporción de la mezcla de bario y sulfuro, hacían que la termita derretida pudiera soldar la culata de una pieza de artillería, imposibilitando su apertura y carga. La termita: sucia, portátil y muy útil.

Hammerson también sabía que, por lo que respectaba a los de arriba, se estaban quedando sin tiempo, y el ejército estadounidense ni siquiera tendría que estar allí:

cualquier operación de excavado y detonación tendría que hacerse de manera discreta y con el menor operativo posible.

—Hábleme de ello, capitán.

Hicks le dio al comandante Hammerson alguna indicación más y prosiguió con la reunión informativa.

—Recomendamos la termita, ya que contiene su propio suministro de oxígeno y no requiere de ninguna fuente de aire externa. Eso significa que la nieve no la sofocará y que seguirá ardiendo incluso mojada; no puede apagarse con el agua. Es una ventaja interesante teniendo en cuenta que generaremos mucha agua al derretir el hielo. Incluso mojado, el hierro fundido que produce la termita extraerá oxígeno de su entorno y generará gas hidrógeno en una reacción de sustitución única. —Hicks pasó de hoja.

Hammerson lo interrumpió.

—¿TH3 o estándar?

—Estándar, señor. Alcanza temperaturas más altas que la TH3. La termita de hierro estándar produce llamas más pequeñas, pero un calor enorme. Es mucho más sucia, pero será una composición incendiaria más efectiva teniendo en cuenta nuestro propósito.

—¿Riesgos?

—Según los cálculos de los expertos, recomendamos tres detonaciones de termita estándar con intervalos de siete segundos entre cada una. Las dos primeras con veintisiete unidades de compuesto y la última de veinticinco. Con esto deberíamos alcanzar una profundidad de entre veintisiete y treinta metros y dejar pocas aguas residuales. Los riesgos son que si nuestro equipo bajo el hielo está demasiado cerca de la zona y nos pasamos unos centímetros, los asaremos vivos. Deben ponerse a cubierto antes de la ignición.

Hicks paró de hablar unos segundos y se frotó la barbilla.

—Prosiga, capitán.

—Hay una cosa más. Si hubiera algún yacimiento superficial de petróleo cerca, podríamos prender toda la zona. Y, si fuera grande, podría explotar como Hiroshima o abrir un agujero que seguiría ardiendo hasta que quedara cubierto o se consumiera. Sea como fuere, no sería un secreto que pudiéramos guardar mucho tiempo.

—Entonces asegúrense de que sólo queman el hielo, capitán.

—Sí, señor. Podemos hacerlo.

Alfred Beadman, el presidente de GBR, fue conducido a toda prisa a la sala. Hammerson asintió con la cabeza al presidente y a continuación miró al soldado Everson y le habló.

—¿Algún contacto?

Hammerson ya conocía la respuesta, pues cuando la formuló sólo se oía un leve

ruido de fondo por el altavoz situado en el centro de la enorme mesa de roble de la sala de mandos. Tan sólo quería mantener la presión en el equipo al frente de las comunicaciones.

—Nada aún, señor.

Everson estaba escuchando mientras el equipo de comunicaciones hacía todo lo que estaba en su mano para incrementar la señal y lograr una respuesta. Las buenas noticias eran que ya no recibían un ruido plano, ruido que indicaba que no había comunicación. Se oían interferencias; había alguien allí, pero aún no habían respondido.

El presidente ruso estudió el informe de seguridad que contenía la transcripción de un mensaje interceptado desde la base Vostok, en la Antártida. La base rusa disponía de algunos de los equipos de vigilancia electrónicos más sofisticados del hemisferio sur, y todo lo que estuviera fuera de un salto de frecuencia podía ser captado, decodificado y resumido por los rusos casi al mismo tiempo que la parte receptora legítima.

Los estadounidenses estaban preparando una extracción. Su misión debía de haber llegado a buen término. Ese idiota de Petrov ya había fracasado en demasiadas ocasiones.

Volkov arrugó la hoja en su mano, empequeñeciéndola más todavía mientras repasaba mentalmente sus opciones.

Le habló al oficial sin darse la vuelta.

—Necesito una extracción en el polo sur. Hay un hombre al que quiero que recoja y traiga de vuelta aquí en un plazo de veinticuatro horas. —Volkov fijó su mirada vidriosa en el joven—. Encárguese de ello.

El presidente ruso observó cómo el oficial se marchaba y a continuación abrió un cajón del escritorio y sacó un pequeño teléfono negro. Marcó un número largo y aguardó a que la señal fuese codificada y rebotada al otro lado del mundo. Una vez la conexión se produjo, habló en voz baja.

—Camarada Borshov. Su trabajo allí ha terminado. Tengo otro para usted. Prioridad máxima.

Al otro lado de Moscú, Viktor Petrov se metió en un voluminoso Mercedes y se dirigió al aeropuerto. Varias valijas diplomáticas descansaban en el mullido asiento de cuero junto a él. En su sala de estar, las cenizas de una copia del informe de seguridad seguían ardiendo.

Borshov oyó que la llamada había concluido y dejó caer la mano sobre su costado.

Una misión prioritaria del Lobato significaba que todas las demás misiones debían ser abandonadas de inmediato. Se tocó la sangre congelada alrededor del agujero irregular de su rostro. Sentía dolor, pero no por la herida, sino por las ansias de venganza.

Alex Hunter moriría en sus manos. Ese día, el siguiente o cuando lo tuviera lo suficientemente cerca. Borshov tenía sus propias prioridades. Volkov jamás lo sabría.

Pip.

El sonido del auricular de Alex hizo que todos frenaran en seco.

Aimee se agachó y apoyó las manos en las rodillas, cogiendo el aire de poco en poco entre los dientes para intentar filtrar el polvo. Trató de escupir las partículas que habían entrado en su boca, pero no tenía saliva. Vio que Matt reprimía las ganas de toser, pues ninguno de los dos quería hacer ruido alguno en aquella oscuridad sofocante. Las luces de sus linternas no eran ya más que una tenue luz pardusca y la reducida claridad periférica les hacía tener la impresión de que los enormes bloques de piedra de las paredes estaban cercándolos. Una oleada de cansancio y náuseas le recorrió el cuerpo y alzó la vista para mirar a Alex, que se colocó la unidad en la cabeza, cerró los ojos y pulsó el botón receptor. Cruzó los dedos.

—Aquí Arcadia, cambio.

Cuando la voz de Alex se oyó por el altavoz del centro de mandos, todos dejaron de hacer lo que estaban haciendo y empezaron a soltar vítores. Aunque a Hammerson le dieron ganas de ponerse en pie y dar un puñetazo en el aire, tenía que mantener la cabeza fría y despejada, pues la misión estaba lejos de estar completada.

—Me alegro de oír su voz, Arcadia. ¿Cuál es su estado operativo inmediato? — Hammerson sonrió para sus adentros. Se había contenido para no llamarlo «hijo». El capitán Alex Hunter, Arcadia, era un agente de campo de los HAWC. En los desapasionados términos militares, era un activo, un arma que desplegar y usar sin implicación emocional alguna. Sin embargo, Hammerson no podía evitar sentirse orgulloso por la manera en que Alex se había erigido en un líder nato y por el profesional en que se había convertido.

Se oyeron más interferencias y a continuación:

—Nosotros también nos alegramos de oírlo, capitán. La unidad de HAWC ha quedado reducida a un miembro. Quedan tres miembros de la expedición científica. Dos conmigo, una extraviada. Los supervivientes del accidente de avión, si es que los hubo, y los miembros de la expedición de Hendsen, se toparon con agentes biológicos indígenas de gran tamaño. No hay restos ni supervivientes.

Hammerson se llevó sus dedos alargados a la frente y se la frotó. Sus HAWC, y todos aquellos hombres y mujeres, muertos. *Otra maldita misión que se ha cobrado*

demasiadas muertes, pensó.

Alfred Beadman estaba negando con la cabeza y murmurando para sí.

—¿Quién se ha extraviado y a qué se refiere con agentes biológicos indígenas? Están a treinta metros bajo hielo sólido. —Se acercó a la unidad de conferencias—. Capitán Hunter, soy Alfred Beadman. La doctora Aimee Weir, ¿está bien?

—La tengo justo aquí, señor. —Alex se quitó el intercomunicador y lo colocó sobre la cabeza de Aimee.

En el centro de mando, todos contuvieron la respiración, el silencio sólo era interrumpido por las interferencias provenientes del altavoz situado en el centro de la alargada mesa de roble. A continuación se hizo el silencio de nuevo cuando se entabló contacto.

—¿Hola?

—¡Aimee! Estás a salvo, gracias a Dios. Estaba tan preocupado. —Alfred se balanceó sobre los talones y se cruzó de brazos como si fuera a darse a sí mismo un abrazo enorme.

—¡Alfred! Sólo con oír tu voz me encuentro mejor. —Aimee no pudo evitar sonreír mientras hablaba con el paternalista presidente de su compañía.

—¿Está Adrian allí? ¿Él también se encuentra bien? —preguntó Beadman.

Aguardó unos segundos para decidir qué decirle, pero concluyó que lo mejor era ser directa y concisa.

—Lo siento, Alfred. El doctor Silex no lo ha conseguido. Está muerto.

—¡Oh, Dios mío! Tienes que estar en *shock*. Adrian era un buen hombre, uno de los mejores. —La voz de Alfred estaba teñida de dolor.

—Sí, Alfred. El doctor Silex nos sorprendió de veras a todos. —Se volvió hacia Alex y puso los ojos en blanco antes de cambiar de tema—. Tengo malas noticias sobre las lecturas de petróleo, lo lamento. Eran falsos positivos, debidos a un cuerpo gigantesco de aguas cálidas y profundas con una lectura de biomasa que se sale de la escala. También hay señales de actividad geológica, así que dudo que haya nada de interés para GBR en las inmediaciones.

—Querida, lo único que me importa es traerte de regreso a casa. ¿Qué es eso de los agentes biológicos indígenas?

El comandante Hammerson asintió con la cabeza hacia Alfred Beadman y se echó hacia delante para indicar que necesitaba tomar el control de nuevo. Aunque le alegraba oír que Aimee Weir estaba viva, había mucho que hacer si iban a sacarlos de allí en breve.

—Doctora Weir, me alegro de que siga con nosotros y estoy deseando verla en persona. Sin embargo, ahora mismo tenemos que ver cómo sacarlos de allí. ¿Podría hablar de nuevo con el capitán Hunter, por favor?

Aimee le pasó el auricular a Alex de nuevo.

—Aquí estoy, señor.

—De acuerdo, capitán. Prosiga con su informe.

—Señor, como la doctora Weir ha mencionado, no había petróleo, sino un cuerpo líquido, templado y profundo. El calor probablemente se deba a alguna actividad geotérmica. Este cuerpo líquido contiene numerosas formas de vida agresivas que no habitan en la superficie. En estos momentos estamos siendo perseguidos por uno de esos seres hostiles que, con casi total probabilidad, es el responsable de la desaparición de los pasajeros del avión y del equipo de Hendsen.

Hammerson se recostó en su asiento y exhaló.

—De acuerdo, Arcadia. ¿Cuáles son su localización física actual y sus capacidades operativas?

—En estos momentos nos encontramos en los túneles de una ciudad abandonada que es estructuralmente sólida, pero calculamos que se encuentra enterrada bajo aproximadamente treinta metros de hielo de elevada densidad. Nuestras capacidades defensivas están prácticamente agotadas. Estamos atrapados entre la criatura y el hielo, contra la espada y la pared. Una última cosa, señor. No éramos los únicos aquí abajo. Nos hemos topado con varios agentes Krofskoya, encabezados por Uli Borshov. Han sido neutralizados.

En el centro de mando, Hammerson tensó la mandíbula al pensar en la interferencia rusa. Eso era algo propio de la Guerra Fría. Conocía a algunos generales rusos y aquello no le cuadraba. Alguien estaba sobrepasándose en sus competencias. Pagaría por ello.

—Capitán, Alfred Beadman de nuevo. ¿Podrían parapetarse tras algún lugar hasta que lleguemos hasta ustedes?

—Señor Beadman, esa cosa es más grande que una ballena azul y se está abriendo paso por entre las paredes como si fueran de papel. Nuestro plan es llevarle la delantera siempre que nos sea posible. Sin embargo, esta estrategia sólo nos servirá durante un breve espacio de tiempo, antes de que acabemos arrinconados. Comandante Hammerson, no puedo excavar desde aquí. ¿Podrían llegar ustedes hasta nosotros?

—Creemos que sí. Vamos a abrir un agujero con termita estándar. Será de unos quince metros de diámetro y se superpondrá a la señal de su baliza. Su cálculo de la profundidad del hielo es correcto, se encuentran a exactamente treinta coma setenta y ocho metros. Estamos planeando una serie de detonaciones que vaporizarán unos treinta metros de hielo, aproximadamente. Tendremos que romper esos centímetros restantes, o bien tendrán que hacerlo ustedes. Si aplicamos más calor, inundaremos su cámara de vapor y agua hirviendo. Si aplicamos menos, no podrá atravesarlo. ¿Observaciones, capitán?

—Apruebo el plan, señor. ¿Cuánto tiempo tardarán en estar listos?

El comandante Hammerson se volvió y miró a Hicks, que soltó el teléfono por el que estaba hablando.

—Diez minutos hasta que todas las cargas estén calibradas. La primera se soltará en once minutos.

—¿Listo, Arcadia? Diez minutos a mi señal. —Hammerson y Alex contaron hasta veinte y sincronizaron los relojes—. De acuerdo. Tendrán que alejarse del dispositivo de transmisión que colocó, pero en diez minutos y veintiún segundos tendrán que volver para abrir un agujero. Calculamos que en cinco minutos tras la detonación las paredes volverán a congelarse, unos quince centímetros cada veinte segundos. Buena suerte, soldado.

—Gracias, señor. Nos veremos pronto. —Alex pulsó el pequeño interruptor del auricular y respiró profundamente. *Sólo unos minutos más*, pensó.

—Vienen a por nosotros. En menos de diez minutos, tres detonaciones de termita abrirán un agujero, con suerte justo hasta nuestra puerta. La detonación concluirá en veintiún segundos y entonces tendremos que llegar a la puerta y romper el hielo restante antes de que el agujero vuelva a congelarse. Estamos a punto de conseguirlo.

Alex miró a Aimee, que esbozó una sonrisa exhausta, mostrando unos dientes oscurecidos por el polvo. Matt, sin embargo, estalló.

—¿Diez minutos? Eso no es tiempo suficiente. Jamás la encontraremos en diez minutos. ¿No pueden esperar un poco? ¿Y si descienden y envían a más soldados a ayudar con la búsqueda? Pregúnteselo, por favor, pregúnteselo.

Alex sentía pena por el joven. Tendrían que pasar cerca del lugar donde Monica había desaparecido cuando regresaran a la puerta, pero las posibilidades de encontrarla eran remotas. Los túneles estaban en esos momentos en silencio, y Alex tendría que haber podido percibir su respiración o incluso los latidos frenéticos del corazón de la espeleóloga, pero no oía nada. ¿Cómo podía decirle a Matt que no había manera de encontrarla? O bien se había alejado mucho de su posición inicial, o estaba muerta. Alex sabía que no había tiempo para negociar. Si Matt intentaba ralentizarlos, estaba preparado para llevárselo consigo, por voluntad propia o a la fuerza.

—Lo siento, Matt. Podremos buscarla cuando vayamos a la puerta, pero eso es todo. Si no abrimos el hielo a tiempo, todos moriremos aquí.

Aimee le puso la mano en el hombro.

—Por favor, Matt.

El joven profesor miró a Alex con los ojos enrojecidos y como si fuera a decirle algo, pero después cambió de opinión. Se quitó el casco y lo lanzó al suelo y a continuación se pasó las manos polvorientas por su pelo, grasiento del sudor. Respiró profundamente y asintió.

Gracias a Dios, pensó Alex. Todavía está con nosotros.

Se movieron con cautela, Matt y Aimee agudizando los sentidos para oír y ver más allá de los débiles haces de sus focos. De tanto en tanto se detenían para escuchar atentamente, pero los únicos sonidos audibles eran los de su respiración. Alex miró el reloj, quedaban seis minutos. Aquello no era bueno, el tiempo pasaba demasiado rápido.

Estaban en el lugar donde se habían separado de Monica. El túnel dividido en subtúneles había desaparecido. En esos momentos sólo quedaba un abismo que se precipitaba a una oscuridad total. Alex no podía ver ni sentir nada en aquella negrura que tenían ante sí, pero cruzar hasta el pasadizo lateral de la izquierda por el que Monica había desaparecido iba a ser imposible. A la derecha estaba el camino de

regreso al túnel original, que llevaba a la puerta de hielo y a la inminente zona de deflagración. Ese camino les ofrecía una arriesgada y breve oportunidad de pasar, pero al menos era una oportunidad. Había una fila de guijarros aún unidos a la pared que sobresalían cerca de treinta centímetros y que hacía las veces de estrecha cornisa. Resistirían si los cruzaban con rapidez. Alex era consciente de que tenían que permanecer alejados de la zona de la deflagración, pero lo suficientemente cerca como para abrir el hielo antes de que el hueco volviera a congelarse. Si buscaban a Monica, jamás lo lograrían. Su elección era simple: que muriese una persona o que muriesen los cuatro.

—¿Cómo vamos a cruzar? —Matt miró tanto a Alex como a Aimee, aguardando un plan imposible para cruzar el oscuro foso y rescatar a Monica. Tenía que saber que ese abismo era infranqueable, pero llegados a esas alturas creía que Alex era capaz de cualquier cosa. Con suficiente tiempo, tal vez el capitán Hunter hubiera podido cruzarlo escalando. Sin embargo, el tiempo era justo lo que no tenían en esos momentos. Aimee bajó la vista para no tener que mirarlo a los ojos.

—Tenemos que volver a la puerta de hielo, y ahora. No disponemos de mucho tiempo. —Alex habló rápidamente, sin apartar la mirada del agujero abierto ante ellos.

—¿Qué hay de Monica? Está allí.

—Una vez estemos en la cámara principal, veremos qué podemos hacer. —Alex odiaba tener que mentir a Matt, pero había que llegar hasta ahí. Lo último que necesitaba era tener que forcejear con él en el borde de un abismo sin fin.

Alex revisó rápidamente el resto del equipo, a continuación se volvió hacia Aimee y comprobó si tenía alguna correa suelta o algún objeto que se le pudiera enganchar en la pared o con el que se pudiera tropezar. Después se volvió hacia Matt, pero este se alejó de él y le pidió a Aimee que fuera ella quien le revisara su traje.

—Me ayudará a encontrarla, ¿verdad? Debe de estar petrificada de miedo allí sola, en la oscuridad. —Matt estaba hablando en voz baja mientras estudiaba a Aimee con una mirada tan intensa que rayaba en la locura.

—La ayuda está de camino, Matt.

La científica empezó a jugar con el cinturón para no tener que mirarlo a la cara y contarle una mentira. Tampoco creía que Monica pudiera estar viva a esas alturas, ahora que la criatura estaba prácticamente entre ellos. Había dejado de perseguirlos, pero Aimee sabía que no se había rendido, así que eso sólo podía significar una cosa: había ido tras Monica.

—Aimee, usted primero. Matt, después de mí.

Ella sabía que de esa manera Alex los tendría cerca a los dos. Avanzaron lentamente junto al precipicio. La piedra resistió bien su peso. Del foso inferior venía un olor a amoníaco y a descomposición. Gracias a Dios, no se oía nada procedente de aquellas oscuras profundidades.

—Muy bien, Aimee. Siga moviéndose y mirando al frente. Un poco más.

Con una mano, Alex le agarró el hombro a Matt. Aimee supuso que, si no le quedaba otra, Alex arrastraría al profesor para que avanzara. Los ojos del joven estaban fijos en el túnel vacío que tenían al otro lado. Aimee sabía por qué. Si Alex lo soltaba y conseguía cruzar, desaparecería en el interior de ese túnel, avanzando a ciegas en la oscuridad y gritando el nombre de Monica. Una parte de Aimee quería hacer lo mismo, pero en lo más profundo de su ser sabía que dejar a Alex los precipitaría a una muerte segura. Recordó los huesos mordisqueados de los túneles inferiores y se estremeció. Quería ver la luz del sol de nuevo.

Aimee saltó de la cornisa al suelo del túnel principal y se arrodilló para tomar aire. La tensión en sus ya agotados músculos había sido enorme. Alex bajó después, seguido de un Matt aún reticente.

Pip. La unidad de comunicación de Alex indicó un mensaje entrante.

—Arcadia, aquí el teniente O’Riordan en el Mirlo Uno. Estamos sobrevolando la zona y procederemos al lanzamiento de las cargas en tres minutos y a la cuenta atrás en dos. Las comunicaciones se caerán a causa de la ignición durante aproximadamente cinco segundos tras la misma. Buena suerte, señor.

Alex sabía que el teniente no esperaba una respuesta. La misión estaba en marcha. El alcance de la detonación química afectaría a las comunicaciones, pues la explosiva termita se sumaría a un entorno ya de por sí magnético.

—Tenemos tres minutos antes de que empiecen a derretir el hielo. Vamos.

—No, esperen. Me parece haberla oído. ¡Monica! ¡Monica, somos nosotros! — Matt retrocedió hasta el borde del abismo y gritó con todas sus fuerzas en dirección al túnel lateral. Su nombre rebotó por toda la cámara y resonó una y otra vez—. ¡Monica! Estamos aquí. ¿Puedes oírnos?

Lo único que le respondió, una vez el eco hubo desaparecido, fue el sonido de pequeñas piedras cayendo. A continuación se oyó el ruido de algo más grande en movimiento.

—Es ella. —Los ojos de Matt estaban a punto de salirse de las órbitas y se estiró para ver el interior del túnel.

—No creo que sea la señorita Jennings, doctor Kerns. Tenemos que marcharnos, ya.

Alex extendió el brazo para agarrar a Matt y alejarlo del borde del agujero. El olor a amoníaco era más fuerte y Alex pudo percibir un enorme movimiento bajo ellos. Sus sentidos, en alerta, estaban haciendo que todo el vello del cuerpo se le erizara. La criatura, levantando una fuerte presión de aire ante sí, exudaba una fuerte sensación de poder, hambre y letales intenciones.

Más piedras rebotaron en el suelo del pasadizo y fueron a parar a la oscuridad del agujero, y el polvo comenzó una vez más a caerles encima. Los ruidos en esos momentos procedían del agujero que se abría ante ellos y del túnel lateral por el que

había desaparecido Monica.

Pip.

—Dos minutos.

La cuenta atrás había comenzado. Necesitaban estar más cerca cuando las detonaciones empezaran. Aún estaban demasiado lejos.

—Tenemos que irnos ahora. Es una orden. Doctor Kerns, no es la señorita Jennings.

Alex empezó a tirar de Matt hacia atrás cuando una figura apareció en la entrada del túnel lateral.

—¡Monica! —Matt pareció estar a punto de cruzar seis metros de vacua oscuridad para alcanzarla. Hasta Aimee sonrió.

—¡Está viva!

Monica permaneció allí, lejos del alcance de la tenue luz de sus linternas. Mantuvo la mirada al frente y permaneció impassible a los gritos de Matt.

Los sentidos de Alex estaban funcionando a pleno rendimiento, e incluso sin su equipo de infrarrojos supo que la figura de Monica irradiaba más frío que el entorno que la rodeaba. Una figura humana normal generaba un aura entre anaranjada y amarillenta. Sin embargo, Monica parecía totalmente negra y azul. Fría como un pez, o un cadáver.

El cuerpo de Alex le gritó que corriera y fue a coger a Matt justo cuando Aimee miró hacia abajo, al agujero abierto ante ellos. Al principio le pareció como si el suelo de este estuviera elevándose para recibirlos, hasta que sus luces alumbraron un único ojo inexpresivo, tan grande como un coche, que se movió hasta centrarse en ellos. Aimee gritó. A partir de ese momento todo sucedió a gran velocidad: los enormes tentáculos del ortocono salieron del agujero y golpearon el suelo del túnel. Los apéndices levantaron enormes bloques de piedra ante ellos, creando una mortífera y masiva lluvia de roca. Alex cogió a Matt y a Aimee y los empujó hacia el túnel que llevaba a la puerta de hielo. Su movimiento desencadenó que la figura de Monica empezara a desplazarse hacia delante, como si un cañón la hubiera disparado. La mimetización desapareció y Monica se convirtió en un tentáculo letal y pegajoso que golpeó con una precisión desconcertante el centro de la espalda de Alex.

El dolor fue insufrible. La mochila y el traje lo protegieron de las garras letales que cual dagas intentaban empalarlo. Sin embargo, se quedó rápidamente pegado con el adhesivo biológico que la criatura usaba para atrapar a sus presas.

—¡Corran! ¡Vuelvan a la puerta de hielo y pónganse a cubierto! —Con un fluido movimiento, Alex sacó su Ka-bar y lo clavó unos diez centímetros en el suelo entre dos de las losas. Necesitaba un anclaje, pues incluso a pesar de su fuerza sobrehumana no podía equipararse a una criatura que tenía cien veces su tamaño.

Pip.

—Sesenta segundos para soltar la primera carga. —El último minuto de la cuenta atrás había comenzado.

La criatura, al percibir que tenía a la presa, se acercó para poder valerse mejor de su cuerpo y poner en juego las extremidades con las que se alimentaba. Otros dos tentáculos elefantinos impactaron en el suelo a poca distancia de los pies de Alex. Este sabía que si el cefalópodo lo agarraba con más de uno de sus tentáculos, lo desmembraría cual pollo sobreasado. Aquellos garfios de más de diez centímetros estaban abriéndose paso por el traje de Alex, y el cuchillo se le estaba curvando de la presión. Su hoja reforzada resistiría la torsión un poco más, pero finalmente se quebraría como el cristal, dejándolo con poco más que el mango en su mano. Necesitaba un plan B y lo necesitaba ya mismo.

Con la otra mano se sacó del cinturón una navaja plegada y de hoja curvada. Era una Spyderco Manix modificada, una de las pocas navajas plegables del mundo que podían abrirse y cerrarse de una manera segura con una sola mano. Alex la desplegó y se pasó la afilada hoja con toda la fuerza que pudo desde la muñeca por todo el brazo, pasando por el pecho y hasta justo debajo del cuello. Sólo pudo llegar hasta el otro hombro, pues la falta de movilidad le impidió avanzar más. La sangre manó de los cortes. Necesitaba cortar lo suficiente para abrir el traje sin sesgarse ninguna vena o tendón. No era fácil ser rápido y preciso mientras un monstruo salido de las peores pesadillas de un marinero ebrio intentaba hacerlo pedazos.

Funcionó. Con un sonido rasgado, la mitad superior de su traje se separó del tentáculo y desapareció por el agujero. Al perder el punto de apoyo, los ganchos le laceraron la espalda y empezó a sangrar, pero estaba libre. En un segundo se puso en pie y echó a correr por el túnel. Cuando la criatura fue consciente de que su presa se le estaba escapando, fue como si una bomba detonara tras el capitán Hunter.

El coloso se alzó desde el abismo, apartando enormes rocas de su camino como si fueran guijarros. Podía oírse su ira por encima del sonido de las piedras que se golpeaban y caían.

Pip.

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno...

No hubo ningún sonido. O al menos nada que pudiera oír con la vorágine que se estaba desencadenando a sus espaldas. Alex estaba a sólo un minuto de la puerta de hielo, así que apretó el paso. Podía superar con facilidad a la criatura, pues esta no podía moverse con tanta rapidez por túneles que no habían sido concebidos para algo de su tamaño. Alex contó mentalmente los segundos que quedaban para la siguiente detonación. Tres, dos, uno. En esa ocasión sí se produjo un leve temblor y una luz azul refulgió ante sus ojos para a continuación desaparecer en pocos segundos. La puerta de hielo se había iluminado cual baliza. *Al menos las cargas estaban detonando en el lugar adecuado*, pensó.

En esos momentos, Alex ya podía ver a Matt y a Aimee, que estaban delante de la puerta. Con un solo movimiento los levantó a ambos y siguió avanzando hasta un

nicho lateral.

—Tres, dos, uno...

Esa vez se oyó un golpe sordo y el polvo desprendido les cayó en la cabeza cuando algunas de las piedras más grandes se separaron con estruendo de las paredes. Los túneles volvieron a iluminarse. Sin embargo, en esa ocasión, la luz fue de un tono amarillento que dañaba los ojos y que siguió brillando conforme la termita continuaba ardiendo bajo el hielo y el agua. Ésta prosiguió con su trabajo y siguió vaporizando el hielo en trayectoria descendente hacia ellos.

Las ruinas de Aztlán volvieron al silencio. Incluso la enorme criatura de los túneles inferiores había detenido su aplastante avance mientras aguardaba a ver si las explosiones desembocaban en un terremoto. Tras unos segundos más, la cegadora luz de la entrada amainó. Pero no a un tono azulado, en esa ocasión fue reemplazada por algo que Aztlán no había visto en miles de años. La luz del sol.

Matt y Aimee estaban en el suelo, allí donde Alex los había soltado. Éste siguió inmóvil y se volvió, mirando al lugar por donde habían venido. Hasta su respiración era imperceptible. A Aimee le hizo pensar en una estatua tallada en polvo, sangre y hierro. Mientras lo observaba, una de las heridas de su espalda dejó de sangrar y empezó a cerrarse. Un pensamiento se le pasó por la cabeza: *No es humano*. Pero este se esfumó tan pronto como hubo llegado.

No necesitaban ya las luces, pues el sol brillaba por la abertura, y como los túneles no estaban llenos de vapor o agua abrasadora, Alex tomó una decisión: volver a la puerta, y pronto.

Seguía cubierta de hielo. Sin embargo, en esos momentos era como estar en aguas poco profundas, pues la luz del sol se reflejaba en la capa de hielo restante, quizá por vez primera en diez mil años, lo que les permitió contemplar sin problemas Aztlán. El patio ceremonial estaba lleno de hermosos murales e intrincadas tallas en granito. Los colores, el acabado de la piedra... todos los detalles se habían conservado intactos.

Matt y Aimee se pegaron contra el hielo y contemplaron la imagen que tenían ante sí: la de la ciudad que probablemente fuera la cuna de toda civilización humana. Prácticamente hipnotizados por aquellas increíbles vistas, su ensimismamiento se vio pronto interrumpido por un ensordecedor alarido procedente de los túneles situados a sus espaldas.

Alex tenía que actuar con rapidez. Sólo disponía de unos minutos antes de que el hielo volviera a congelarse aunque, a juzgar por el sonido del avance de la criatura, tendría suerte si disponía de la mitad de ese tiempo. Se acercó a la pared y miró hacia arriba. Tenía cerca de metro ochenta de altura y el hielo parecía estar medio metro más por encima. Necesitaba abrir un agujero lo suficientemente ancho como para que pudieran pasar y en un ángulo ascendente de unos cuarenta y cinco grados. Si empezaba por la parte superior de la puerta, ahí sólo había un metro de hielo, metro veinte como mucho. Retrocedió y se tocó la cadera. Nada. No le quedaba nada que pudiera usar.

—¿Podemos ayudar? —preguntó Aimee. Lo observó mientras este seguía inmerso en sus pensamientos. Alex se giró y la miró, y a continuación miró a su espalda, al suelo de la cueva, y sonrió.

—Sí, pueden. Matt y usted, pónganse a cubierto.

Alex caminó hasta la pared, donde varios fragmentos enormes de granito negro se habían desprendido. Sabía que el granito que empleaban los aztlanos era duro y resistente como el acero: era la mejor herramienta que podía encontrar. Levantó una piedra del tamaño de una caja de fruta y fue hasta la entrada. Cuando estuvo a tres metros, la elevó por encima de su cabeza. Aquella piedra debía de pesar más de trescientos kilos. Alex la arrojó.

Valiéndose del impulso de su fuerza, lanzó la piedra en diagonal hacia la puerta de hielo. Ésta alcanzó la parte superior con un explosivo golpe. Grietas del tamaño de venas se abrieron en la puerta del hielo y la marca del impacto dejó un cráter esmerilado. Un bloque helado de unos diez kilos de peso se desprendió. Alex apartó el hielo suelto y contempló rápidamente el resultado. Tras proceder a un recalibrado mental, cogió la piedra de nuevo y volvió a su posición inicial.

Matt se había puesto detrás de él y estaba resuelto a ayudar, tal vez para intentar mantenerse ocupado y no pensar así en Monica. Había encontrado una piedra que era una décima parte de la de Alex, pero no fue capaz de levantarla más allá de sus rodillas. Vio que Aimee lo miraba y remarcó:

—Creo que yo me encargaré de pensar, no de cargar.

—Buena idea —le dijo Aimee, articulando con los labios. Agradecía su intento de broma, si bien su voz no había reflejado tal cosa y tenía una expresión triste.

Alex retrocedió unos pasos, miró hacia la puerta y a continuación lanzó la piedra. En esa ocasión apuntó al agujero que había creado instantes antes. La roca de granito se partió en dos y la mitad de la piedra se quedó incrustada en el hielo. Alex la sacó y se valió de un fragmento afilado para usarlo a modo de pala y apartar los trozos de hielo sueltos. El agujero tenía en esos momentos unos sesenta centímetros de diámetro y una profundidad similar. Los impactos habían creado numerosos desperfectos en el otrora denso hielo azul y estos harían que el siguiente lanzamiento fuera más efectivo. Las hermosas vistas de Aztlán habían desaparecido, pues la puerta helada era en esos momentos una amalgama de hielo resquebrajado y astillado.

Un aullido de otro mundo se oyó bajo sus pies. Estaba tan cerca que pudieron sentirlo además de oírlo. Matt y Aimee se olvidaron de las instrucciones de Alex de mantenerse alejados y se pegaron a él. Hunter estaba mirando hacia el túnel con la cabeza ligeramente ladeada.

—Ya casi estamos. Con un par más debería valer.

Alex ni siquiera estaba respirando con dificultad. Fue a coger otra piedra. En esa ocasión escogió una que no era más grande que un balón de fútbol americano. La cogió con una mano y a continuación echó a correr hacia la puerta de hielo. Con un movimiento de brazo del que cualquier entrenador habría estado orgulloso, lanzó la roca al agujero en un ángulo más ascendente aún. El proyectil abandonó la mano de Alex con tal rapidez que Aimee y Matt apenas si pudieron verlo volar por los aires. Alcanzó la parte superior del agujero en el hielo como una bola de cañón. No rebotó ni se quedó incrustada, sino que lo atravesó y un rayo de luz blanca penetró en el

túnel, seguido de un chorro de agua cálida.

Aimee observó los músculos de la espalda de Alex cuando este soltó la piedra. Vio entonces que todas las heridas de su espalda habían dejado de sangrar y que en esos momentos la mayoría estaba empezando a cerrarse incluso. ¿Quién era? ¿Qué era? ¿Por qué se había llamado a sí mismo «Arcadia»? Sabía, de sus tiempos escolares, que Arcadia era el legendario lugar de nacimiento de uno de los hijos de Zeus. Pero eso no tenía sentido. Desde que lo había visto derrotar al gigante ruso y posteriormente mover él sólo piedras que debían de pesar toneladas, no había dejado de hacerse preguntas. Aimee sabía que las subidas de adrenalina en ocasiones conferían a los seres humanos normales una fuerza explosiva que les permitía realizar actos sobrehumanos. Pero esas capacidades desaparecían inmediatamente cuando el acto o el motivo de estrés cesaba. Sin embargo, ese hombre, Alex Hunter, podía hacer acopio de sus extraordinarias habilidades y fuerza a su voluntad.

Debe de tratarse de algún experimento militar, pensó. Aimee respiró aire fresco y sonrió. Cuando la luz del sol se posó en el suelo del túnel, fue consciente de que le daba igual. Le bastaba con saber que era especial. Había arriesgado su vida por la de todos ellos, docenas de veces. Los había salvado.

El teniente O’Riordan fue el primero en observar que unas formas oscuras aparecían al fondo del orificio.

Los tres helicópteros se colocaron encima del agujero prácticamente circular abierto en el hielo. De unos doce metros de diámetro en la parte superior, el pozo iba ensanchándose hasta alcanzar unos quince metros. Eso se debía al calor de la termita, que se concentraba de manera descendente y lateral conforme seguía hundiéndose en el hielo. Los extremos eran lisos como el cristal, como si el agujero hubiera sido pulido por miles de joyeros. Ahora que la superficie de nieve había desaparecido, se podía ver bajo el hielo el contorno de una ciudad. Lo que más destacaba era una piedra oscura del tamaño de una pelota de fútbol y su orificio de salida, hacia un lado del agujero del hielo.

Los helicópteros aterrizaron junto al borde del hoyo y al momento bajaron de estos varios hombres provistos de equipos de escalada. Colocaron cabrestantes de descenso en la parte superior del hielo y los hombres descendieron en rápel por el cráter.

El agua estaba empezando a recorrer los laterales del agujero y el aire en la base era templado y muy húmedo. No seguiría así por mucho tiempo. La parte inferior del pozo pronto se llenaría de agua templada y, una vez se enfriara, bloquearía el agujero. Entonces se asentaría cual piedra.

O’Riordan y sus hombres golpearon la pared del agujero con piolets y un martillo

neumático portátil.

El chorro inicial de agua no cesó y pronto se tornó en torrente cuando el hielo derretido se vertió por el orificio que Alex había abierto. La buena noticia era que el líquido aún estaba caliente y estaba puliendo los extremos del agujero. El agua que fluía hacia el túnel de repente se oscureció cuando unos objetos se movieron por encima de su prisión y entonces oyeron el sonido más dulce que podrían haber percibido: otra voz humana.

—¿Capitán Hunter? Soy el teniente O’Riordan. A sus órdenes. —O’Riordan se tumbó sobre el hielo y extendió el brazo por el agujero. Alex le llegó a la mano a duras penas y se la estrechó con firmeza.

—Me alegro de verlo, O’Riordan. Empezamos a aburrirnos aquí abajo. ¿Le importa si subimos?

Cuando Alex terminó de hablar, un crujido petrificante se oyó a su alrededor. Éste concluyó con un estruendo, como si las rocas estuvieran siendo movidas y pulverizadas bajo sus pies.

—¿Qué demonios ha sido eso? —El rostro de O’Riordan, que estaba escudriñando por el agujero, palideció y rápidamente retiró el brazo.

—Un poco de motivación, teniente. Tenemos que marcharnos. Ya mismo.

—Entendido, señor —dijo O’Riordan, y a continuación le pidió que se apartaran unos centímetros del agujero mientras lo ensanchaban. Sólo disponían de unos minutos más antes de que todo volviera a congelarse de nuevo. Alex asintió y sólo le pidió una cosa: el arma más grande que tuviera.

El arma más poderosa que habían llevado consigo era un fusil de asalto M16. Un tanto primitiva comparada con lo que los HAWC usaban como equipo de trabajo estándar, pero mejor que las piedras, que era lo único de lo que Alex disponía.

Cogió el arma y se apartó del agujero del hielo. El sonido del martillo neumático no era fuerte, sólo un chirrido seguido de trozos de hielo que caían por el agujero. Echó a correr por el túnel. Sabía que su perseguidor no se había rendido y podía sentir esa presencia a su alrededor. El olor del amoníaco era fuerte, pero no abrumador, lo que significaba que la criatura estaba cerca, tal vez tras una de las paredes. Alex se arrodilló en el suelo y puso la mano plana sobre la fría superficie de la piedra. Sintió las vibraciones. Bajo los bloques helados pudo oír el sonido líquido deslizante, como si un río de carne estuviera moviéndose rápidamente bajo ellos. También pudo percibir su enorme fuerza.

Cogió el fusil y corrió de nuevo a la puerta de hielo. Estaban a punto de tenderles una emboscada.

La criatura podía sentirlos encima, un poco más adelante. Comprimió su cuerpo desprovisto de huesos cual tubería alargada y se movió entre los túneles del alcantarillado, ensanchando los antiguos pasadizos de piedra a su paso. Le movía un hambre demente azuzada por el ruido del martillo neumático, que emitía vibraciones similares a las de una criatura en problemas, y eso significaba una presa fácil. Se colocaría bajo ellos y lanzaría su último ataque.

—Tenemos compañía. —Alex llegó corriendo hasta Matt y Aimee en el mismo instante en que el martillo neumático se paró y una cuerda cayó por el agujero. El agua había dejado de fluir y en esos momentos se estaba solidificando en un hielo residual. El nuevo agujero era lo suficientemente grande como para que cupiera un cuerpo por él. Alex cogió a Aimee y la levantó hacia la abertura.

—Vamos.

Ella se volvió y le dio un beso rápido en la comisura del labio. A continuación le dijo:

—No se atreva a tardar mucho.

Tras eso cogió la cuerda y desapareció por el agujero casi como por arte de magia. En pocos segundos la cuerda volvió y Matt no perdió un segundo: se agarró y se giró para levantar el pulgar hacia Alex, y él también desapareció por el agujero.

Matt parecía mayor. Alex recordó la primera vez que lo había visto y lo joven que le había parecido. Ahora estaba demacrado, destrozado por las pérdidas que habían sufrido. Alex se dio la vuelta en la oscuridad. Monica, Benson, Tanque, Johnson, todos ellos habían muerto. Apenas sentía dolor. Como HAWC, había sido entrenado para hacer caso omiso a los traumas físicos y emocionales. Pero seguía siendo humano. Debería haber sentido algo más. ¿Qué más estaba cambiando en su interior?

Negó con la cabeza para apartar esos pensamientos de su mente y abrió los sentidos a aquel inframundo. Podía percibir la enorme y maliciosa presencia merodeando cerca. Sentía su hambre, fuerza, ira e inteligencia milenaria. No era una criatura que mereciera habitar el mundo actual; era una cosa que pertenecía a los mitos y a las pesadillas, una criatura de la oscuridad, algo brutal.

La cuerda cayó de nuevo. Alex la cogió en el mismo momento en que el suelo tembló bajo sus pies.

El agujero era un tanto estrecho y Alex dio gracias de que el agua hubiera pulido los bordes y los hubiera tornado resbaladizos (a pesar de que su tolerancia al dolor era mucho mayor que la de una persona normal, no le emocionaba la idea de ser arrastrado por ese hielo sólido e irregular con la mitad superior de su cuerpo desnuda). Fueron necesarios cuatro hombres para sacar a Alex del agujero en el hielo. La luz cegadora le irritó los ojos y le empezaron a llorar, pero el aire era fresco y limpio a pesar incluso del leve olor a termita. Además del teniente O’Riordan y los otros soldados que lo habían sacado, había seis militares más provistos de piolets o M16. Aimee y Matt estaban a un lado, cubiertos con mantas del ejército. Se habían negado a que los subieran con el cabrestante a los helicópteros hasta asegurarse de que Alex estuviera fuera y a salvo.

El hielo estaba engrosando de nuevo y ya había alcanzado un considerable espesor en comparación a cuando el equipo de rescate había empezado a ensanchar el agujero. La neblina de la humedad se había asentado. La congelación había comenzado.

O’Riordan fue junto a Alex y le estrechó la mano.

—Me alegro de verlo, señor. Tiene una transmisión entrante. —O’Riordan le pasó la radio.

—Arcadia, sabía que lo lograría.

Cerca del agujero derretido, un montículo se desmoronó y el cañón de un M98 se asomó entre la nieve.

Borshov parpadeó con el único ojo que le quedaba y apuntó al hombre que acababan de sacar del hielo. Había mucha distancia entre ellos y no tenía mira de francotirador. Sería un disparo difícil, pero tenía la ventaja de hallarse en terreno

elevado, y Alex Hunter no tenía dónde esconderse. Si fallaba a la primera, tendría más oportunidades.

Disponía de mucho tiempo hasta que los hombres de Volkov lo recogieran. Normalizó su respiración y apuntó a la cabeza del líder de los HAWC.

Cuando vieron que Alex estaba libre, Aimee y Matt consintieron que los subieran con el cabrestante al borde del agujero principal. La superficie del hielo inferior seguía siendo bastante nítida y conforme Aimee ascendía, pudo contemplar la hermosa plaza de Aztlán con todo lujo de detalles. Sin embargo, mientras lo observaba, Aimee vio algo que su exhausta mente se negó a aceptar. Las estructuras bajo el hielo estaban cediendo. La plaza que había estado tras la puerta pareció caer al oscuro agujero y algo moteado y de un repulsivo color verdoso emergió: una mancha gigantesca estaba extendiéndose para cubrir de nuevo la ciudad, pero en esa ocasión no de hielo, sino de músculo y carne. El movimiento se ralentizó y Aimee pudo ver entonces qué estaba mirando la criatura.

Su enorme ojo estaba contemplando el hielo y Aimee sintió cómo se detenía para posarse primero en ella y a continuación en Alex y los marines. Estaba a punto de gritar para alertarlos cuando el infierno se desató.

Alex fue el primero en percibir el movimiento: un estremecimiento profundo bajo sus pies. Algo le arañó la sien, pero hizo caso omiso y gritó a los hombres que estaban en el foso de hielo.

—¡Todo el mundo lejos del agujero! ¡Ahora!

La advertencia de Alex hizo que la mayor parte de los marines fuera a las cuerdas. Sin embargo, aquellos que no estaban familiarizados con el peligro o el rango de Alex miraron primero a O’Riordan. Fue su gran error.

Los dos primeros marines se habían agazapado bajo las guías y estaban soltando los pitones cuando el hielo en el centro del agujero estalló hacia fuera.

Unos iracundos tentáculos grisáceos y verdosos emergieron del pozo. Con la cruda luz del día se podía ya apreciar el verdadero color y tamaño de la criatura. Era una monstruosidad. Algo que había permanecido ajeno a la selección natural durante millones de años, y que había crecido hasta convertirse en el dueño y señor de sus dominios, estaba accediendo de nuevo al mundo del hombre. Con un latigazo de uno de los tentáculos, golpeó a dos de los marines que no habían reaccionado con la suficiente rapidez. Se quedaron pegados a las ventosas y los ganchos se agarraron con facilidad a su piel. Los hombres fueron arrastrados al interior del agujero bajo el hielo y Alex pudo ver que la criatura no perdía un instante y se los metía directamente en su cruel e irregular boca.

Los otros marines colocaron el mosquetón en las cuerdas y ascendieron

lentamente. Alex y O’Riordan compartían cuerda y eso hizo que su ascenso fuera más lento que el de los demás. Uno de los helicópteros se colocó encima del agujero para poder cubrir a los soldados replegados, ahora que ya estaban fuera de la línea de fuego. El helicóptero descerrajó cientos de letales ráfagas con su M60 al dantesco leviatán, provocando que el icor verdoso de los tentáculos rociara todo el agujero antes de que uno de ellos saliera disparado hacia arriba cual cohete y se pegara a la parte inferior del helicóptero. Los mil seiscientos sesenta y dos caballos de potencia del aparato no sirvieron de nada ante la fuerza de la criatura, por lo que esta lo arrastró hacia el hielo para poder abrir la cabina y sacar a los soldados, como si fueran sardinas de una lata recién abierta.

El cefalópodo gigante se impulsó y sacó gran parte de su cuerpo de debajo del hielo. En esos momentos ocupaba todo el espacio del agujero y desde arriba parecía una horrenda flor abriéndose en el mismísimo infierno. Alex y O’Riordan llegaron al extremo de la abertura y corrieron hacia el último helicóptero. Mientras Matt y Aimee les hacían gestos de ánimo, llegaron hasta el aparato, se tiraron a los asientos que quedaban libres y el piloto despegó de inmediato.

—¿Queda algo de termita? —Alex miró a O’Riordan, que estaba pálido.

—Yo estaba pensando lo mismo. Preparen una carga de detonación inmediata.

—Un momento. Algo está ocurriendo.

Los helicópteros ganaron altura para alejarse del alcance de los tentáculos letales del ortocono, pero Alex se percató de que la criatura estaba empezando a retorcerse de manera incontrolable. La sangre empezó a extenderse por debajo y por encima de la línea del hielo.

Borshov había disparado varias veces y sólo había rozado a su objetivo. ¿Qué *chush’sobách’ya* de arma era esa? Sólo se había detenido cuando la piedra y el hielo bajo él habían comenzado a latir cual terremoto, resquebrajando el continente desde abajo. Entonces, ante su único ojo, una enorme criatura había empezado a emerger del agujero. *Dragan Zmey Gorynych!* Para Borshov, era un dragón de la mitología rusa. Gorynych, el devorador de hombres.

Borshov no temía a hombre alguno, pero aquella monstruosidad licuó sus entrañas y quebró sus nervios. Salió de su escondite y echó a correr hacia su punto de encuentro, confiando en que su ropa blanca y el caos allí desatado enmascararan su escapada.

El martillo neumático y sus vibraciones habían excitado a algo más que al ortocono. El inexorable ascenso de los gusanos gigantes por fin los había llevado hasta la base del techo del hielo. Podían percibir y saborear la sangre en el aire y este estaba saturado con el olor del ortocono. La sangre que había salpicado el hielo por el

ataque del helicóptero los había alentado.

El ortocono se había quitado la coraza para ganar velocidad y maniobrabilidad, pero al hacerlo se había vuelto más vulnerable a los gusanos. El primero alcanzó el cuerpo del enorme cefalópodo cuando este estaba ocupado intentando lanzarse a los helicópteros que zumbaban en el aire. Al principio el leviatán no sintió nada cuando el gusano hundió su cabeza en su carne desprotegida. Pero entonces, cuando más y más gusanos se pegaron en su piel para succionarle el interior, la gigantesca bestia fue finalmente consciente del peligro en el que estaba.

Se volvió e intentó restregarse el cuerpo contra las piedras y los bordes del hielo con la esperanza de poder zafarse de los parásitos gigantes. Pero los gusanos ya estaban introduciéndose en su carne y aquellas formas recias y plagadas de púas eran ya imposibles de separar de su propio ser.

—¿Qué demonios son esas cosas?

O’Riordan y todos los que estaban a bordo del helicóptero pudieron ver cómo el ortocono se revolvió para zafarse de los parásitos, dejando al descubierto los cuerpos rojizos y espinosos de los gusanos. El cefalópodo consiguió quitarse alguno con sus poderosos tentáculos y aplastarlo. Sin embargo, otros seguían avanzando hacia él con ciega avidez.

—El infierno es la palabra más adecuada. —En la parte trasera del helicóptero, Matt temblaba mientras contemplaba la batalla. En esos momentos, algunos de los gusanos ya habían desaparecido en el interior del cuerpo del ortocono. La bestia portaba su propia muerte.

Los alaridos y estremecimientos de la colosal criatura mientras agitaba frenéticamente los tentáculos y su cuerpo se moteaba de agujeros del tamaño de una persona, por los que entraban y salían los gusanos, conformaban una visión irreal para aquellos que estaban a bordo del helicóptero. Para el comandante Hammerson y sus hombres, que observaban desde el centro de mandos las imágenes en directo, aquello les parecía algo sacado de la mente de Lovecraft. Con los extremos finales de los gusanos todavía sobresaliendo del cuerpo del cefalópodo, este empezó a replegarse al interior del hielo, donde tal vez pensara que tenía más posibilidades de vencer a los parásitos, o bien para morir en la oscuridad de su averno.

—Santo Dios. —Alfred Beadman se desplomó sobre su asiento como si se estuviera desmayando.

El comandante Hammerson, que había visto cosas a lo largo de su trayectoria profesional que le helarían la sangre a cualquiera, permaneció estupefacto y en silencio. Las imágenes que llegaban al centro de mandos eran las de una batalla que no tenía cabida en ese mundo moderno y cuerdo. Finalmente, Hammerson habló:

—Dígame que está grabando esto, soldado.

El soldado Everson, que había estado todo ese tiempo en trance, saltó a la consola.

—Tenemos que sellar ese agujero, teniente. —Alex estaba más que convencido de que a ni una sola de esas criaturas se les podía permitir escapar de su morada en las profundidades, tanto por los seres que moraban ese mundo bajo el hielo como por los que habitaban el de encima.

—A la orden, señor. —O’Riordan procedió a dar las órdenes por su micro y los restantes helicópteros adoptaron posiciones estratégicas alrededor del agujero en el hielo. A su señal, cada uno de ellos disparó múltiples misiles Hellfire AGM114 al hielo y la nieve en un radio de seis metros alrededor del borde del agujero. Al principio sólo lograron levantar géiseres de hielo y nieve y alguna que otra roca. Pero con la tercera explosión, secciones enteras de las paredes empezaron a desmoronarse, vertiendo miles de toneladas de nieve y hielo endurecido sobre la sangrienta e infernal escena que se estaba desarrollando abajo. En cuestión de tres minutos sólo quedaba una leve y humeante depresión en el hielo. La puerta de entrada del leviatán estaba cerrada (con suerte, para siempre).

Alex se desplomó en su asiento y cerró los ojos. Aimee se acercó a él y le colocó mejor la áspera manta de color verde que tenía sobre los hombros. Alex abrió los ojos y le sonrió.

—¿Teme que me resfríe?

Ella rió y negó con la cabeza.

—¿Usted? Imposible. —Miró al hielo y dijo—: ¿Cree que eso los contendrá, Arcadia?

Alex arqueó una ceja y sonrió. Sabía que Aimee tenía muchas preguntas. Se volvió para mirar al interminable mar de hielo y habló sin emoción alguna:

—El hielo antártico se está derritiendo a mayor velocidad de la que jamás lo ha hecho en toda la historia. Esas cosas están encadenadas por la geología y el hielo, no por nosotros. No, Aimee, no creo que los contenga, si es que alguna vez lo ha hecho.

Ella se inclinó y colocó sus dedos en el revés de la mano de Alex mientras un pequeño suspiro se le escapaba de sus labios. Éste la miró y giró la mano para cogérsela mientras le acariciaba la piel con el pulgar.

Aimee apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos mientras esbozaba una sonrisa contenida. A pesar del ruido del helicóptero, Alex supo que se había quedado dormida al instante. Levantó el brazo y con cuidado la tapó con la manta. Cuando ella se le acercó más, la besó en la cabeza.

Alex suspiró y se recostó contra la pared de la cabina y, tras unos segundos más, cerró los ojos también. El hielo y la oscuridad ya le parecían muy lejanos.

EPÍLOGO

Una semana después, a mucha distancia de ahí

Viktor Petrov saltó de su cama con dosel sin importarle si despertaba a la prostituta de tan sólo trece años de edad que dormía en ella. Sonrió para sí mismo mientras se ponía la bata de seda roja y se servía dos dedos de L'Esprit de Courvoisier. De una caja de roble lustroso con incrustaciones de nácar sacó un puro Cohíba (los favoritos de Castro, cuando aún gozaba de salud suficiente para fumarlos).

Le dio un buen trago al oro líquido y se rió entre dientes. Los documentos falsificados que había adquirido eran los mejores que el dinero podía comprar. No le había hablado a nadie de sus planes, no había dejado rastro alguno y lo había pagado todo en efectivo.

—Fuera de tu alcance para siempre, cachorro Volkov.

Viktor abrió las puertas dobles que daban al balcón y escuchó los sonidos de las primeras horas de la mañana en Pattaya. Tailandia no había sido su primera opción, pero era mejor vivir como un rey allí que intentar vivir como un príncipe en cualquier otro lado. Apartó el puro de su cara y aspiró los hermosos aromas asiáticos: especias, camarones secos, vegetación en proceso de putrefacción y sexo. Allí había niñas tailandesas a montones, y a ellas les daba igual que su enorme y peludo estómago le ocultara prácticamente el pene.

Notó un leve aliento en su nuca y Viktor se volvió. Tras él se hallaba su peor pesadilla. Una figura enorme vestida toda de negro, sin rasgos ni distintivos, salvo una cavidad roja que resaltaba en un rostro prácticamente tapado por un pasamontañas.

Una mano enorme agarró el cuello de Viktor en el mismo instante en que el gigante se quitaba la máscara. Viktor mojó la parte delantera de su bata de seda; sus piernas habrían cedido de no ser porque el gigante lo tenía sujeto cual marioneta, y sus pies apenas si rozaban el suelo. Sollozó al contemplar aquel rostro desfigurado, con una oquedad roja oscura allí donde debería haber habido un ojo. La voz profunda de la Bestia le habló al oído.

—Saludos del presidente, camarada.

—Puedo pagarte más —fue todo lo que alcanzó a decir antes de ver por el rabillo del ojo una especie de clavo de treinta centímetros, más fino que una aguja de punto, acercándose a su rostro. Oyó de nuevo la voz del asesino.

—Ojo por ojo, ¿*da*?

Lo último que pensó mientras el clavo se iba aproximando a su globo ocular fue que el Lobato, después de todo, sí tenía los dientes largos.

Dos semanas después

El SS Titán navegaba a una velocidad de crucero de dieciocho kilómetros por hora, muy por debajo de su velocidad máxima, que era de treinta y dos, incluso con la carga completa. Al igual que la mayoría de los buques mercantes, el Titán estaba prácticamente automatizado e informatizado, lo que significaba que todo marchaba a la perfección, como un reloj suizo. El funcionamiento de la hélice, de cinco metros, era tan perfecto que sus rotaciones tan sólo suponían una leve y agradable vibración bajo sus pies.

Olaf Jorgenson era un hombre de cincuenta y tres años, danés de nacimiento, pero que se consideraba un ciudadano de los océanos del mundo. Tenía un aire a lo Ernest Hemingway, con barba cuidada y un pequeño sombrero blanco que cubría su cabello cano. Había llegado a sus oídos que la tripulación creía que se parecía más a Skipper, de la comedia televisiva *La isla de Gilligan*, pero eso jamás se lo habían dicho a la cara.

Estaban a medio camino de regreso a casa y, como el barco ya había entregado la carga, el Titán se elevaba sin problemas sobre las aguas. Olaf estaba encantado con sus progresos, pues el océano Antártico podía ser un auténtico cabrón si quería. Ya no era por los icebergs que flotaban en la línea de flotación o los temblores recientes de los que les habían alertado; lo que aterraba a la tripulación eran las tormentas ciclónicas que podían azotar el continente. El círculo polar antártico tenía los vientos más fuertes de cualquier lugar de la tierra y sus aguas también podían llegar a ser muy peligrosas. El Titán estaba en esos momentos navegando por la parte más al sur de la fosa de las Sándwich del Sur. Sus aguas profundas, más de lo normal, de casi siete mil metros, descendían más allá de la zona abisal, hasta la zona hadal. Aguas muy frías y oscuras.

Ese día el tiempo estaba tranquilo, con lloviznas constantes y una neblina que reducían la visibilidad a pocos cientos de metros. Daba igual. Su sonar y radar eran de tecnología puntera. Podía haber guiado el barco en la más oscura de las noches y aun así evitar al más insignificante de los barcos pesqueros.

No estaba sólo en el puente. Dos de sus oficiales de mayor antigüedad estaban junto a él, comprobando cartas y gráficas entre movimiento y movimiento de una partida de ajedrez. De repente, la alarma del sonar se encendió, una luz roja que indicaba un contacto inminente.

—Informen, por favor.

—Contacto con un cuerpo grande, mil quinientos metros de profundidad y ascendiendo a gran velocidad —le respondió su oficial mientras corría de una pantalla a otra. Olaf sabía que se encontraban en aguas muy profundas. El océano Antártico tenía una profundidad media de más de cuatro mil quinientos metros. Tenía que tratarse de ballenas.

Los dedos de su otro oficial pulsaron a gran velocidad distintos botones, tras lo cual se colocó los auriculares. Habló transcurridos unos segundos.

—No oigo cantos de ballenas... y tampoco recibo múltiples señales. Una sola masa, una masa enorme. Muy, muy grande. —Tecleó algunos comandos en el ordenador—. Contacto sólido, pero no metálico. Materiales de alta densidad presentes, pero no son metales ni materiales férricos, más bien biológicos. —Frunció el ceño.

—Novecientos metros y velocidad en aumento. Noventa kilómetros por hora en este momento. —El otro oficial abrió los ojos de par en par, como si estuviera intentando asimilar todas las pantallas e imágenes a la vez.

Olaf se levantó de su silla.

—¿Noventa kilómetros por hora? Eso no puede ser. Nada se mueve en el agua a esa velocidad. —Olaf conocía el armamento naval y hasta los misiles acuáticos estadounidenses más sofisticados, como el torpedo ligero avanzado Mark 50, solamente podían alcanzar los ochenta y siete kilómetros por hora.

Olaf pensó que tenía que deberse a un error en el sistema y que probablemente no sería más que un banco enorme de caballas. Sin embargo, había estado en la mar lo suficiente para saber que había muchas cosas inexplicables allí, cosas de las que sólo se hablaba tras unas cuantas copas.

—Incrementa la velocidad para seguir avanzando. Den la voz de alarma y prepárense para el impacto.

La alarma de colisión siguió sonando mientras la tripulación aguardaba bien sujeta en sus puestos. Todos contuvieron la respiración... aguardaron... nada. Dos de las cámaras de proa perdieron la señal.

—Estamos perdiendo velocidad. —Era cierto, el poderoso buque que medía su distancia de frenado en millas náuticas estaba aminorando la velocidad como si hubiera quedado atrapado en una red de pesca gigante—. ¿Nos hemos quedado enganchados a algo? —preguntó Olaf. Se volvió hacia su primer oficial—. Voy a salir para echar un vistazo.

Olaf subió a la cubierta de proa. Tras la calidez del puente de mando, el frío cruel hizo que las orejas se le enrojecieran y que las mejillas le ardieran, y la lluvia estaba provocando un efecto similar a la niebla, lo cual dificultaba la visión. Un olor acre y abrasador asaltó sus fosas nasales. Entre la cortina de lluvia le pareció ver una figura junto al pasamano.

—¿Hola? —gritó.

La figura avanzó hacia él. En esos momentos podía verla con total claridad.

Su último pensamiento consciente fue preguntarse cómo era posible que una joven con un bebé hubiera subido a su buque.